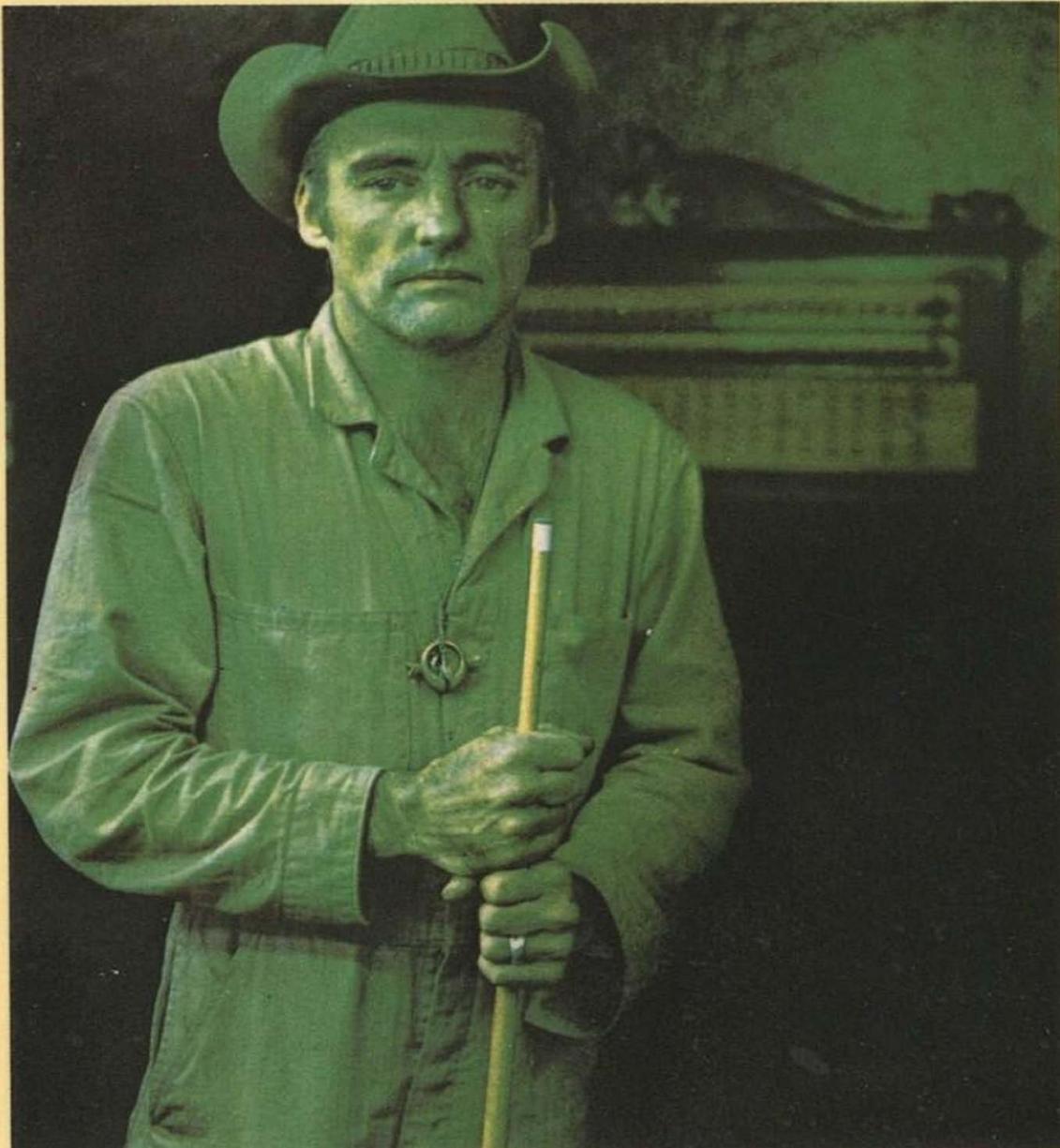


PATRICIA  
HIGHSMITH

---

*El amigo  
americano*

*( El juego de Ripley )*



Tom Ripley, el ambiguo y seductor personaje de Patricia Highsmith, inspiró la película a pleno sol, de René Clément, y, posteriormente, El amigo americano, de Wim Wenders. Wim Wenders siempre ha estado fascinado por el universo turbio de Patricia Highsmith: "A partir de una mentira inocente, de una confortable traición, se desarrolla de repente una historia horrible... un torbellino que no puede evitarse porque se conoce demasiado bien. Esto nos puede suceder a cada uno de nosotros. Y de ahí que las historias de Patricia Highsmith sean verdaderas." Nada al principio une a Jonathan Trevanny con Tom Ripley. Jonathan es un hombre honesto y pobre que lleva una existencia apacible y gris, junto a su mujer y su hijo. ¿Por qué Tom Ripley le pide que asesine a dos mafiosos? La razón es que Jonathan Trevanny no tiene nada que perder: enfermo de leucemia, le espera una muerte inminente. Insensiblemente, la conciencia de Jonathan se sumerge en un estado de duermevela. El asesinato de dos mafiosos quizá no sea verdaderamente un crimen; el dinero, que su mujer y su hijo necesitarán después de su muerte, quizá no sea, en realidad, dinero sucio...

Minuciosamente, con su arte maravilloso del suspense, Patricia Highsmith analiza el lento trabajo de corrupción en un ser acechado por la muerte, convertido en una marioneta del inquietante Ripley.

Otro servicio de:  
Editorial Palabras - Taller Literario

[www.taller-palabras.com](http://www.taller-palabras.com)



# 1

—Sí, claro —dijo Reeves.

—El crimen perfecto no existe —dijo Tom a Reeves—. Creer que sí existe es un juego de salón y nada más. Claro que muchos asesinatos quedan sin esclarecer, pero eso es distinto.

Tom se aburría. Paseaba arriba y abajo por delante de su gran chimenea, en la que ardía un fuego pequeño pero acogedor. Tenía la impresión de haber hablado de forma grandilocuente, pontificando. Pero lo cierto era que no podía ayudar a Reeves y así se lo había dicho ya.

Estaba sentado en uno de los sillones de seda amarilla, con su delgada figura inclinada hacia adelante, las manos apretadas entre las rodillas. Su rostro era huesudo, el pelo corto, castaño claro, los ojos grises y de mirada fría. No era un rostro agradable, pero habría sido guapo sin la cicatriz de doce centímetros que surcaba su cara desde la sien derecha hasta casi rozar la boca. La cicatriz era algo más sonrosada que el resto de la cara y parecía obra de unos puntos de sutura mal hechos; o tal vez se debía a que no le habían cerrado la herida con puntos de sutura. Tom nunca le había preguntado nada acerca de la cicatriz, pero Reeves le había explicado su origen de todos modos: «Me lo hizo una chica con su polvera. ¿Te imaginas?» (No. Tom no se lo podía imaginar.) Reeves le había dedicado una sonrisa fugaz, triste, una de las pocas sonrisas que Tom recordaba haber visto en su rostro. Y en otra ocasión, estando Tom presente, Reeves había atribuido la cicatriz a otra causa: «Me tiró un caballo y me arrastró unos cuantos metros al quedármeme el pie enganchado en el estribo.» Tom sospechaba que el verdadero causante era un cuchillo romo durante una pelea encarnizada.

Ahora Reeves quería que Tom le proporcionase alguien, que le sugiriese alguien dispuesto a cometer uno o dos «asesinatos sencillos» y tal vez un robo, igualmente sencillo. Reeves se había desplazado de Hamburgo a Villeperce para hablar del asunto con Tom; se quedaría a pasar la noche y al día siguiente se iría a París para discutirlo con alguien más; luego regresaría a su domicilio de Hamburgo, seguramente para seguir pensando en el asunto si sus gestiones fracasaban. Reeves se dedicaba principalmente a recibir mercancía robada, aunque últimamente hacía sus pinitos en el mundillo del juego ilegal en Hamburgo, el mundillo que precisamente ahora trataba de proteger. ¿Proteger de qué? De los «tiburones» italianos que querían meter mano en el negocio. Según Reeves, uno de los italianos que rondaban por Hamburgo era un sicario al que la Mafia había enviado a explorar el terreno; el otro pertenecía posiblemente a otra familia. Reeves confiaba en que, si se eliminaba a uno de los intrusos, tal vez a ambos, la Mafia dejaría de meter las narices y, además, la policía de Hamburgo tomaría cartas en el asunto y se encargaría de los demás, es

decir, expulsaría a la Mafia de la ciudad.

—Esos chicos de Hamburgo son buena gente —había dicho Reeves con fervor—. Puede que lo que hacen sea ilegal, dirigir un par de casinos privados, pero como clubs no son ilegales y no sacan beneficios escandalosos. No es como en Las Vegas, donde todo, absolutamente todo está corrompido por la Mafia, ¡bajo las mismísimas narices de la policía americana!

Tom cogió el atizador y removi6 el fuego; luego ech6 otro le6o en la chimenea. Ya eran casi las seis de la tarde. Pronto ser6a la hora de tomarse una copa. ¿Y por qu6 no tom6rsela ahora mismo?

—¿Te apetece...?

Justo en aquel momento apareci6 *madame* Annette, el ama de llaves de los Ripley.

—Perd6n, messieurs. ¿Quiere que les sirva las copas ahora, *monsieur* Tome? Lo digo porque como este se6or no ha querido tomar el t6...

—S6, gracias, *madame* Annette. Precisamente iba a pedirselo. Y haga el favor de decirle a *madame* Heloise que se re6na con nosotros, por favor.

Tom quer6a que Heloise aclarase un poco el ambiente con su presencia. Antes de salir para Orly a las tres de la tarde, con el objeto de recoger a Reeves, le hab6a dicho a Heloise que Reeves quer6a tratar un asunto con 6l, as6 que Heloise se hab6a pasado toda la tarde en el jard6n, sin hacer nada en particular, o en las habitaciones de arriba.

—¿No estar6as dispuesto a encargarte t6 mismo del trabajo? — pregunt6 Reeves con tono apremiante y esperanzado—. T6 no est6as relacionado con el negocio y eso es justamente lo que necesitamos. Seguridad. Despu6s de todo, la paga no est6 mal: noventa y seis mil pavos.

Tom mene6 la cabeza.

—Estoy relacionado contigo... en cierto modo.

Hab6a hecho muchos trabajitos para Reeves Minot, como, por ejemplo, enviar por correo mercanc6a robada o sacar de los tubos de dent6frico, donde Reeves los hab6a metido sin que el propietario del tubo lo supiera, objetos diminutos tales como rollos de microfilm.

¿Crees que puedo seguir por mucho tiempo con esas intrigas de capa y espada? Tengo que proteger mi reputaci6n, ¿sabes?

Tom sinti6 ganas de sonre6r, pero al mismo tiempo su coraz6n lat6a m6s de prisa, empujado por un sentimiento sincero, e irgui6 el cuerpo, consciente de la elegante casa en que viv6a, de la existencia segura que llevaba ahora, seis meses despu6s del episodio de Derwatt, de aquel episodio que hab6a estado a punto de terminar en cat6strofe y del que se hab6a librado sin apenas despertar sospechas. Hab6a sido como caminar sobre una delgada capa de hielo, s6, pero el hielo no hab6a cedido bajo sus

pies. Había acompañado al inspector inglés Webster y a un par de ayudantes del forense a los bosques de Salzburgo, donde incinerara el cadáver del hombre que se hacía pasar por el pintor Derwatt. La policía le había preguntado por qué había aplastado el cráneo del cadáver. Tom todavía se estremecía cuando pensaba en ello, ya que lo había hecho con la intención de esparcir y ocultar los dientes superiores. La mandíbula inferior se había desprendido fácilmente y Tom la había enterrado a cierta distancia del lugar de la incineración. Pero los dientes superiores... Uno de los ayudantes del forense había recogido unos cuantos, pero ningún dentista de Londres tenía ficha de los dientes de Derwatt, toda vez que éste (según se creía) había vivido en México los seis años anteriores a su muerte. «Me pareció que formaba parte de la incineración, de reducirlo a cenizas», había contestado Tom. El cadáver incinerado era el de Bernard. Sí, Tom aún sentía escalofríos, tanto por el peligro que había corrido en aquel momento como por el horror de lo que había hecho: dejar caer una piedra enorme sobre el cráneo carbonizado. Pero al menos no había matado a Bernard. Bernard Tufts se había suicidado.

—Seguro que entre toda la gente que conoces habrá alguien capaz de hacerla —dijo Tom.

—Sí, pero eso sería escoger a alguien relacionado conmigo... aún más que tú. La gente que conozco es demasiado conocida —dijo Reeves con voz triste, de hombre derrotado—. Tú conoces a mucha gente respetable, Tom; gente de la que nadie sospecha, que está por encima de todo reproche.

Tom se echó a reír.

¿Y cómo vas a conseguir a alguien así? A veces pienso que no estás bien de la cabeza, Reeves.

—¡No! Sabes muy bien lo que quiero decir. Alguien que lo hiciese por el dinero, nada más que por el dinero. No es necesario que sea un experto. Nosotros le prepararíamos el camino. Serían como... asesinatos públicos. Alguien que, en caso de ser interrogado, pareciese... absolutamente incapaz de hacer una cosa así.

*Madame Annette* entró con el carrito-bar, sobre el cual relucía el cubo de plata con el hielo. El carrito chirriaba levemente. Hacía semanas que Tom se proponía engrasar las ruedas. Hubiese podido seguir charlando con Reeves porque *madame Annette*, bendita ella, no entendía el inglés, pero ya estaba cansado de aquel tema y le encantó que el ama de llaves les interrumpiese. *Madame Annette* tenía sesenta años y pico, procedía de una familia normanda, sus rasgos eran delicados y su constitución robusta; era una joya de sirvienta. Tom no podía imaginarse a Belle Ombre funcionando sin ella.

Luego entró Heloise desde el jardín y Reeves se levantó. Heloise llevaba un mono de perneras acampanadas, con rayas color de rosa y encarnado y la palabra «LEVI» estampada verticalmente sobre todas las rayas. Tenía el pelo rubio, largo, y lo llevaba

suelto. Tom vio que la luz del fuego se reflejaba en él y pensó: «¡Cuánta pureza, comparada con lo que hemos estado tratando!»

De todos modos, la luz que se reflejaba en el pelo de Heloise era dorada e hizo que Tom pensara en el dinero. En realidad no necesitaba más dinero, aunque la venta de los cuadros de Derwatt, de la que recibía un porcentaje, llegaría pronto a su fin cuando no quedasen más cuadros que vender. Tom seguía recibiendo un porcentaje de la compañía de materiales para artistas que se comercializaban con la marca Derwatt, y eso continuaría. Luego tenía las rentas que le producían los valores Greenleaf heredados gracias a un testamento falsificado por él mismo. Era una cantidad modesta, aunque iba aumentando poco a poco. Y todo ello sin contar la generosa asignación que Heloise recibía de su padre. No servía de nada ser codicioso. Tom detestaba el asesinato a menos que fuese absolutamente necesario.

—¿Habéis charlado a vuestras anchas? — preguntó Heloise en inglés, sentándose grácilmente en el sofá amarillo.

—Sí, gracias —dijo Reeves.

El resto de la conversación se desarrolló en francés, ya que Heloise no hablaba el inglés con soltura. Reeves no sabía mucho francés, pero sí el suficiente para salir del paso y, además; no hablaron de nada importante: el jardín, el invierno benigno, que en realidad parecía haber pasado porque estaban a primeros de marzo y los narcisos ya empezaban a abrirse. Tom cogió una de las botellitas del carrito y sirvió champán a Heloise.

—¿Qué tal las cosas por Hamburgo? — preguntó Heloise, aventurándose nuevamente a hablar en inglés.

Tom vio que en sus ojos había una expresión divertida mientras Reeves se las veía y se las deseaba para contestar en francés.

Tampoco en Hamburgo hacía demasiado frío y Reeves añadió que él también tenía un jardín, dado que su petite maison se encontraba junto al Alster, lo cual era agua, es decir, una especie de bahía donde muchas personas tenían sus hogares con jardín y agua, es decir, que podían tener embarcaciones pequeñas si así lo deseaban.

Tom sabía que a Heloise no le gustaba Reeves Minot, que desconfiaba de él, que Reeves era la clase de persona que Heloise quería que Tom evitase. Lleno de satisfacción, Tom pensó que aquella noche, sin faltar a la verdad, podría decirle a Heloise que se había negado a cooperar en el plan propuesto por Reeves. A Heloise siempre le preocupaba lo que su padre diría. Jacques Plisson, su padre, era fabricante de productos farmacéuticos, millonario, gaullista, la esencia de la respetabilidad francesa. Y nunca había simpatizado con Tom. «¡Mi padre no lo aguantará más!», Heloise advertía con frecuencia a Tom, aunque él sabía que a ella le interesaba más la seguridad de su marido que seguir recibiendo la asignación que su padre le pasaba y que a menudo, según Heloise, amenazaba con retirarle. Una vez a la semana,

generalmente los viernes, Heloise almorzaba en casa de sus padres, en Chantilly. Si alguna vez su padre dejaba de pasarle la asignación, no podrían seguir viviendo en Belle Ombre; Tom lo sabía.

El menú de la cena consistió en médaillons de boeuf precedidos por alcachofas frías con una salsa inventada por la propia *madame* Annette. Heloise había cambiado el mono por un vestido sencillo de color azul cielo. A Tom le pareció que su mujer se daba cuenta de que Reeves no había conseguido sus propósitos. Antes de retirarse a descansar, Tom comprobó que Reeves tuviera todo lo necesario y le preguntó a qué hora deseaba que le subieran el té o el café a su habitación.

—Café a las ocho —dijo Reeves.

Reeves ocupaba el cuarto para huéspedes que había en la parte centro-izquierda de la casa, por lo que le correspondía el cuarto de baño que Heloise solía utilizar. *Madame* Annette ya había sacado el cepillo de dientes de Heloise y lo había dejado en el cuarto de baño de Tom, contiguo a la habitación de éste.

—Me alegra que se marche mañana. ¿Por qué está tan tenso? —preguntó Heloise mientras se cepillaba los dientes.

—Siempre lo está —Tom cerró la ducha, salió de ella y rápidamente se envolvió con una enorme toalla amarilla—. Seguramente por esto está tan delgado.

Hablaban en inglés porque a Heloise no le daba vergüenza hablarlo con él.

—¿Cómo le conociste?

Tom rodeó con un brazo la cintura de Heloise; apretándole el camisón contra el cuerpo. Le besó una mejilla; estaba fría.

—Algo imposible. Le dije que no. Ya lo habrás notado. Se ha llevado un chasco.

Aquella noche se escuchó un búho, un búho solitario que llamaba desde algún lugar situado entre los pinos del bosque comunal que se extendía detrás de Belle Ombre. Tom yacía con el brazo izquierdo debajo del cuello de Heloise, pensando. Heloise se había dormido y su respiración se hizo lenta, acompasada. Tom suspiró y siguió pensando. Pero no pensaba de manera lógica, constructiva. La segunda taza de café le tenía desvelado. Recordaba una fiesta a la que asistiera un mes antes, en Fontainebleau, una fiesta sin protocolo para celebrar el cumpleaños de una tal *madame*... ¿quién? Era el nombre del marido lo que interesaba a Tom, un nombre inglés que tal vez recordaría en cuestión de segundos. El hombre, el anfitrión, tendría unos treinta años y pico, y la pareja tenía un hijo de corta edad. Vivían en una casa de tres pisos, con un jardín en la parte posterior, en una calle residencial de Fontainebleau. El hombre se dedicaba a enmarcar cuadros; por esto Pierre Gauthier, propietario de una tienda de material artístico de la Rue Grande, donde Tom solía comprar sus pinturas y pinceles, le había llevado a la fiesta. "Venga usted conmigo, *monsieur* Ripley. ¡Tráigase a su esposa! A él le gusta tener mucha gente a su alrededor. Está algo deprimido... Y, como se dedica a hacer marcos, quizá pueda

proporcionarle usted un poco de trabajo.»

Tom parpadeó en la oscuridad y apartó un poco la cabeza para que sus pestañas no rozaran el hombro de Heloise. Recordaba a un inglés alto y rubio, lo recordaba con cierto resentimiento y desagrado, porque en la cocina, aquella cocina con el suelo de linóleo desgastado y el techo ennegrecido por el humo, con un bajorrelieve del siglo XIX, el hombre había hecho un comentario desagradable ante Tom. El hombre ¿Trewbridge? ¿Tewksbury?— había dicho con tono casi despreciativo: «Ah, sí, ya he oído hablar de usted». Tom le había dicho que se llamaba Tom Ripley y que vivía en Belle Ombre y estaba a punto de preguntarle cuánto tiempo llevaba en Fontainebleau, pensando que quizás a un inglés casado con una francesa le gustaría conocer a un americano cuya esposa también era francesa y que vivía no muy lejos de allí, pero la iniciativa de Tom había sido recibida con escasa cortesía. ¿Trevanny? ¿No se llamaba Trevanny? Rubio, pelo lacio, parecía holandés, aunque la verdad era que a menudo los ingleses parecían holandeses y viceversa.

En lo que Tom pensaba en este momento, sin embargo, era en lo que Gauthier había dicho algo más tarde aquella misma noche: «Está deprimido. No quería mostrarse antipático. Padece una enfermedad de la sangre... leucemia, creo. Muy grave. Además, como habrá adivinado al ver la casa, las cosas no le van demasiado bien» Gauthier llevaba un ojo de cristal de un curioso color verdeamarino, intento obvio de parecerse al ojo auténtico, aunque no lo conseguía. El ojo postizo de Gauthier hacía pensar en el de un gato muerto. Uno evitaba mirarlo directamente, pero los ojos se veían atraídos hipnóticamente hacia él, por lo que las palabras sombrías de Gauthier, unidas a su ojo de cristal, habían causado una fuerte impresión en Tom, una impresión de muerte que aún recordaba.

«Ah, sí, ya he oído hablar de usted» ¿Significaba esto que Trevanny o como se llamase le creía responsable de la muerte de Bernard Tufts y, con anterioridad, de la de Dickie Greenleaf? ¿O se trataba simplemente de que el inglés se sentía amargado contra todo el mundo a causa de su enfermedad? ¿Dispéptico, como un hombre con un dolor de estómago constante? Tom recordó que la esposa de Trevanny, una mujer que no era guapa pero sí interesante, con el pelo castaño, amistosa y extrovertida, se había esforzado en aquella fiesta celebrada en la pequeña salita de estar y en la cocina, donde nadie se había sentado en las pocas sillas disponibles.

Lo que pensaba Tom era: ¿aceptaría aquel hombre un encargo como el que Reeves proponía? A Tom se le ocurrió una forma interesante de abordar a Trevanny. Era una forma que podía dar resultado con cualquier hombre, si antes se preparaba el terreno, pero en este caso el camino ya estaba allanado. A Trevanny le preocupaba seriamente su salud. Tom pensó que su idea no era más que una broma pesada, una broma desagradable, pero también el hombre se había mostrado desagradable con él. Puede que la broma no durase más de un día o así, hasta que Trevanny pudiera

consultar a su médico.

A Tom le hicieron gracia sus pensamientos y se apartó cuidadosamente de Heloise, para no despertarla si empezaba a temblar al reprimir la risa. ¿Y si Trevanny era vulnerable y llevaba a cabo el plan de Reeves como un soldado, como en sueños? ¿Valía la pena probarlo? Sí, porque Tom no tenía nada que perder. Y Trevanny tampoco. Trevanny podía salir ganando. También podía salir ganando Reeves, al menos eso mismo decía él, aunque a Tom lo que Reeves quería le resultaba tan extraño como sus anteriores actividades con microfilmes, relacionadas seguramente con el espionaje internacional. ¿Estarían los gobiernos al corriente de las payasadas insensatas de algunos de sus espías? ¿De aquellos hombres caprichosos, medio locos, que iban de Bucarest a Moscú y a Washington con pistolas y microfilmes, hombres que con el mismo entusiasmo quizás habrían aplicado sus energías a la guerra internacional entre filatélicos o a adquirir secretos sobre los trenes eléctricos en miniatura?

## 2

Y fue así como al cabo de unos diez días, el 22 de marzo, Jonathan Trevanny, que vivía en la Rue Saint Merry, en Fontainebleau, recibió una curiosa carta de su amigo Alan McNear. Alan, representante en París de una empresa electrónica inglesa, había escrito la carta poco antes de salir para Nueva York en viaje de negocios y, curiosamente, un día después de visitar a los Trevanny en Fontainebleau. Jonathan esperaba —o mejor dicho, no esperaba— una carta de Alan agradeciéndole a él y a Simone la fiesta de despedida que habían dado en su honor y, desde luego, Alan escribió algunas palabras de agradecimiento, pero el párrafo que desconcertó a Jonathan decía:

«Jon, me consternó la noticia referente a la enfermedad de la sangre y todavía confío en que no sea cierta. Me dijeron que lo sabías pero que no se lo habías dicho a ninguno de tus amigos. Muy noble de tu parte, pero ¿para qué son los amigos? No irás a suponer que te evitaremos o que pensaremos que te pondrás tan melancólico hasta el punto de que no queremos verte. Tus amigos (y yo soy uno de ellos) están aquí... siempre. Pero no puedo escribir nada de lo que quiero decirte. Lo haré mejor la próxima vez que nos veamos, dentro de un par de meses, cuando me tome unas vacaciones. Perdona, pues, estas palabras inadecuadas.»

¿De qué estaría hablando Alan? ¿Acaso su médico, el doctor Perrier, habría dicho a sus amigos algo que a él le ocultaba? ¿Tal vez que no viviría mucho? El doctor Perrier no había asistido a la fiesta en honor de Alan, ¿pero le habría dicho algo a alguna otra persona?

¿Habría hablado con Simone? ¿Y estaría ella ocultándole algo también?

Mientras pensaba en estas posibilidades, Jonathan se encontraba en su jardín, a las ocho y media de la mañana, aterido bajo el jersey y con los dedos sucios de tierra. Lo mejor sería hablar con el doctor Perrier hoy mismo. No valía la pena intentarlo con Simone. Seguramente habría fingido no saber nada. *Pero, cariño, ¿de qué estás hablando?* Jonathan no estaba seguro de poder adivinar si fingía o no.

¿Y el doctor Perrier? ¿Podía fiarse de él? El doctor Perrier siempre rebosaba optimismo, lo cual estaba muy bien si uno padecía algo de poca importancia: te hacía sentirte mejor en un cincuenta por ciento, curado incluso. Pero Jonathan sabía que su enfermedad no era de poca importancia. Padecía leucemia mieloide, caracterizada por un exceso de materia amarilla en la médula ósea. Durante los últimos cinco años le habían hecho por lo menos cuatro transfusiones de sangre cada año. Se suponía que cada vez que se sintiera débil debía acudir a su médico o al hospital de Fontainebleau

para que le hicieran una transfusión. El doctor Perrier le había dicho (y así se lo había confirmado un especialista de París) que llegaría un momento en que el empeoramiento posiblemente sería rápido, en que las transfusiones ya no servirían para nada. Jonathan había leído suficientes cosas sobre su enfermedad para saberlo sin necesidad de que se lo dijeran. Ningún médico había descubierto todavía la forma de curar la leucemia mieloide. Por término medio, el paciente moría al cabo de seis a doce años, incluso de seis a ocho. Jonathan estaba entrando en el sexto año de la enfermedad.

Jonathan guardó la horca en la pequeña construcción de ladrillo que en otros tiempos había sido un retrete exterior y que ahora servía como cobertizo para guardar aperos y herramientas; luego se dirigió hacia la entrada posterior de la casa. Se detuvo con un pie en el primer escalón y aspiró el aire fresco de la mañana, pensando: «¿Cuántas semanas me quedan para disfrutar de mañanas como ésta?»

Recordó que ya había pensado lo mismo la primavera pasada. Se dijo que había que animarse, que desde hacía seis años sabía que tal vez no llegaría a cumplir los treinta y cinco. Jonathan subió los ocho escalones de hierro con paso firme, pensando ya que eran las nueve menos ocho de la mañana y que tenía que estar en la tienda a las nueve en punto o unos minutos más tarde.

Simone había ido con Georges a la Ecole Maternelle y la casa estaba vacía. Jonathan se lavó las manos en el fregadero y utilizó el cepillo de fibra vegetal, lo cual a Simone no le hubiese parecido nada bien, pero dejó el cepillo limpio. En la casa sólo había otro lavamanos: el del cuarto de baño del último piso. No tenían teléfono. Llamaría al doctor Perrier en cuanto llegase a la tienda.

Jonathan caminó hasta la Rue de la Paroisse y dobló hacia la izquierda, luego siguió andando hasta la Rue des Sablons, que cruzaba la anterior. Al llegar a la tienda marcó el número del doctor Perrier; se lo sabía de memoria.

La enfermera le comunicó —cosa que Jonathan ya se esperaba— que el doctor no tenía ningún momento libre en todo el día.

—Pero es que se trata de una urgencia. Es algo que no llevará mucho tiempo. Sólo una pregunta, en realidad... Pero tengo que verle.

—¿Se siente usted débil, *monsieur* Trevanny?

—Sí —contestó Jonathan en el acto.

La enfermera le dio hora para las doce del mediodía. Había cierto aire de presagio en aquella hora.

Jonathan se dedicaba a enmarcar cuadros. Cortaba orlas y cristales, construía marcos y elegía entre los que tenía en existencia para los clientes indecisos; y muy de vez en cuando, al comprar marcos antiguos en las subastas, con el marco se llevaba una pintura que tenía cierto interés, una pintura que podría vender después de limpiarla y exponerla en el escaparate. Pero su negocio no era lucrativo. Sacaba lo

suficiente para ir tirando. Siete años antes había tenido un socio, otro inglés, de Manchester por más señas, con el que había montado una tienda de antigüedades en Fontainebleau, comerciando principalmente con trastos viejos que restauraban y vendían. Pero el negocio no daba suficiente para dos y Roy lo había dejado para entrar como mecánico en un garaje de las proximidades de París. Poco después un médico de la capital repitió lo que un doctor de Londres ya le había dicho a Jonathan: «Es usted propenso a la anemia. Será mejor que se someta a chequeos con frecuencia y que se abstenga de hacer trabajos pesados.» Así, pues, de cargar con armaduras y sofás, Jonathan había pasado a manipular cosas más ligeras como eran los marcos y los cristales. Antes de casarse con ella, Jonathan le había dicho a Simone que quizá no viviría otros seis años, ya que por aquellas mismas fechas, cuando conoció a Simone, dos médicos le habían confirmado que su periódica debilidad era consecuencia de la leucemia mieloide.

Mientras comenzaba su jornada con calma, con mucha calma, Jonathan pensó que Simone podría casarse otra vez si él moría. Cinco tardes a la semana, de dos y media a seis y media, Simone trabajaba en una zapatería de la Avenue Franklin Roosevelt, a la que se podía ir andando desde su casa, aunque esto no había sido posible hasta hacía ahora un año, cuando George tuvo edad suficiente para entrar en el equivalente francés de un jardín de infancia. Jonathan y Simone necesitaban los doscientos francos semanales que ella ganaba, pero a Jonathan le molestaba pensar que Brezard, el patrono de Simone, era un libertino aficionado a pellizcarles el trasero a sus empleadas y, sin duda, a probar suerte en el cuarto donde guardaban las existencias. Simone era una mujer casada y Brezard lo sabía, así que Jonathan suponía que sólo llegaría hasta determinado límite, aunque los tipos como él nunca se daban por vencidos. Simone no tenía nada de coqueta; de hecho, padecía una timidez curiosa que hacía pensar que no se consideraba atractiva para los hombres. Aquella cualidad hacía que Jonathan la quisiera más. A juicio de Jonathan, Simone estaba sobrecargada de atractivo sexual, aunque era la clase de atractivo que tal vez no resultaba visible a ojos del hombre medio, y a Jonathan le fastidiaba que el cerdo de Brezard se hubiese percatado de aquel atractivo diferente que Simone tenía y que deseara parte del mismo para sí. No es que Simone hablara mucho de Brezard. Sólo en una ocasión había mencionado que intentaba pasarse de la raya con sus dependientas, que eran dos además de Simone. Aquella mañana, mientras mostraba una acuarela enmarcada a una clienta, Jonathan se imaginó fugazmente a Simone, tras un intervalo discreto, sucumbiendo ante el odioso Brezard, el cual, al fin y al cabo, era soltero y gozaba de mejor posición económica que él. Jonathan pensó que era absurdo, que Simone odiaba a los tipos como aquél.

—¡Qué bonita! ¡Excelente! — dijo la joven del abrigo rojo, sosteniendo la acuarela con el brazo extendido.

Una sonrisa se pintó lentamente en la cara alargada y seria de Jonathan, como si un sol pequeño y particular acabara de surgir de entre las nubes y empezara a brillar dentro de él. ¡El agrado de la joven era tan sincero! Jonathan no la conocía; de hecho, la muchacha había venido a recoger el cuadro que trajera una mujer mayor que ella, tal vez su madre. El precio debería haber sido veinte francos más de lo que él calculara al principio, ya que el marco no era el escogido por la mujer mayor (Jonathan no tenía suficientes: en existencia), pero no dijo nada sobre ello y aceptó los ochenta francos convenidos.

Luego Jonathan pasó la escoba por el suelo entarimado y el plumero por los tres o cuatro cuadros expuestos en su pequeño escaparate. Aquella mañana la tienda le pareció decididamente miserable. Ni una nota de color en ninguna parte, marcos de todos los tamaños apoyados contra las paredes sin pintar, muestras de madera colgando del techo, un mostrador con un libro de pedidos, una regla y lápices. En la trastienda había una mesa larga de madera, donde Jonathan trabajaba con sus cajas de ingletes, sierras y herramientas para cortar cristal. Sobre la mesa, cuidadosamente protegidas, estaban también sus cartulinas para las orlas de los cuadros, un rollo grande de papel de embalar, diversos ovillos de bramante, alambre, potes de cola para pegar, cajitas con clavos de distintos tamaños y en la pared había anaqueles con cuchillos y martillos. En principio, a Jonathan le gustaba el ambiente decimonónico que se respiraba en la tienda, aquella falta de actividad comercial. Quería que su tienda diera la impresión de estar regida por un buen artesano, y le parecía que lo había conseguido. Nunca cobraba más de lo debido, terminaba los encargos en el plazo convenido o, si se daba cuenta de que iba a tardar más, se lo comunicaba a los clientes por medio de una postal o llamándolos por teléfono. Jonathan había podido comprobar que eso era algo que la gente apreciaba.

A las once y treinta y cinco, después de enmarcar dos cuadritos y de colocar en ellos los nombres de sus respectivos propietarios, se lavó las manos y la cara con el agua fría del fregadero, se peinó, irguió el cuerpo e intentó prepararse para lo peor. El consultorio del doctor Perrier estaba en la Rue Grande, no muy lejos de la tienda. Jonathan dio la vuelta al cartelito, avisando que estaría «*Ouvertâles14.30*», cerró la puerta con llave y se puso en camino.

Tuvo que esperar en la sala del doctor Perrier con su laurel enfermizo y polvoriento. La planta nunca florecía, no se moría, jamás crecía y nunca cambiaba. Jonathan se identificaba con la planta. Una y otra vez sus ojos se sentían atraídos hacia ella, aunque intentaba pensar en otras cosas. En la mesita ovalada había ejemplares de *Paris Match*, atrasados y muy manoseados, pero Jonathan los encontraba todavía más deprimentes que el propio laurel. El doctor Perrier trabajaba también en el gran Hôpital de Fontainebleau. Jonathan tuvo que recordárselo a sí mismo, ya que de lo contrario le hubiese parecido absurdo confiar su vida, creer en la

opinión de si iba a vivir o a morir, a un médico con un consultorio tan destartado como aquél.

Apareció la enfermera y le llamó por señas.

—Yaya, vaya, vaya, ¿cómo está el paciente interesante, el más interesante de mis pacientes? — dijo el doctor Perrier, frotándose las manos y tendiendo luego una a Jonathan.

Jonathan se la estrechó.

—Me encuentro bastante bien, gracias. ¿Pero a qué viene eso... me refiero a los análisis de hace dos meses? Tengo entendido que no son muy favorables, ¿verdad?

El doctor Perrier le miró inexpresivamente y Jonathan le escrutó el rostro con atención. Luego el doctor sonrió, mostrando unos dientes amarillentos debajo del bigote recortado descuidadamente.

—¿Qué quiere decir con eso de que no son muy favorables? Usted vio los resultados.

—Pero... ya sabe que no soy un experto y quizá no los entendiese...

—¡Pero si yo se lo expliqué! Veamos, ¿qué le ocurre? ¿Vuelve a sentirse cansado?

—La verdad es que no —como sabía que el doctor quería irse a almorzar, Jonathan se apresuró a decir—: Para serle sincero, un amigo mío ha oído decir no sé dónde que... se me acerca una crisis. Que posiblemente no me queda mucha vida por delante. Como es natural, pensé que esa información se la habría dado usted.

El doctor Perrier meneó la cabeza, luego se rió, dio unos saltitos de pájaro y apoyó sus delgados brazos sobre una librería acristalada. — Mi querido señor... en primer lugar, si fuera verdad, no se lo habría dicho a nadie. No hubiese sido ético. En segundo lugar, no es cierto, al menos a juzgar por los resultados de los últimos análisis. ¿Quiere que le haga otro hoy? Puede que a última hora de la tarde, en el hospital...

—No es eso lo que pretendo. En realidad, lo que quería saber era... ¿es verdad? ¿No me ocultaría la verdad? — dijo Jonathan, riéndose—. ¿Simplemente para que me sintiese mejor?

—¡Que tontería! ¿Cree que soy de esa clase de médicos?

«Sí —pensó Jonathan, mirándole a los ojos—, y Dios le bendiga por serlo en algunos casos.»

Pero él. Jonathan, merecía conocer la verdad, porque era un hombre capaz de afrontarla. Se mordió el labio inferior y se dijo que podía presentarse en el laboratorio de París e insistir en ver otra vez a Moussu, el especialista. También podía sonsacarle algo a Simone durante el almuerzo.

El doctor Perrier le estaba dando palmaditas en el brazo.

—Su amigo... ¡y no voy a preguntarle quién es!... está equivocado o no es muy

buen amigo, creo. Vamos a ver, cuando se sienta fatigado, si es que se siente así, debe decírmelo. Eso sí que es importante.

Veinte minutos después, Jonathan subía los escalones de la entrada principal de su casa, cargado con una tarta de manzana y una barra larga de pan. Abrió con su llave y cruzó el vestíbulo en dirección a la cocina. Le llegó el olor a patatas fritas, un olor que le hacía la boca agua y siempre anunciaba el almuerzo, no la cena, y Simone habría cortado las patatas en pedacitos largos y delgados, no en pedacitos cortos y gruesos como se estilaba en Inglaterra. ¿Por qué habría pensado en las patatas fritas a la inglesa?

Simone estaba ante el fogón, con un delantal sobre el vestido, empuñando un tenedor largo.

—Hola, Jon. Te has retrasado un poco.

Jonathan la rodeó con un brazo y le besó la mejilla, luego levantó la caja de cartón y se la acercó a Georges, que estaba sentado ante la mesa, inclinada su cabeza rubia, recortando una caja vacía de gachas de avena para construir un móvil con ella.

—¡Un pastel! ¿De qué es? — preguntó Georges.

—De manzana.

Jonathan dejó la caja sobre la mesa.

Comieron cada uno un pequeño bistec, las deliciosas patatas fritas y una ensalada de verduras.

Brezard está empezando a hacer inventario —dijo Simone—. La semana que viene llegan las existencias para el verano, así que quiere hacer rebajas el viernes y el sábado. Puede que esta noche llegue un poco tarde.

Simone había calentado la tarta de manzana sobre el fogón. Jonathan esperó con impaciencia que Georges se fuese a la salita de estar, donde guardaba muchos de sus juguetes, o que saliera al jardín. Cuando por fin el pequeño se hubo ido, Jonathan dijo:

—Hoy he recibido una carta curiosa de Alan.

—¿De Alan? ¿Por qué curiosa?

—La escribí poco antes de irse a Nueva York. Al parecer, ha oído decir que...— ¿debía mostrarle a la carta de Alan? Simone entendía el inglés bastante bien—. En alguna parte le han dicho que estoy peor, que voy a sufrir una crisis fuerte... o algo. ¿Sabes tú algo de ello?

Jonathan la miró directamente a los ojos. Simone parecía sorprendida de veras.

—Pues no, Jon. ¿Cómo iba a saberlo... a menos que me lo dijeras tú?

—Acabo de hablar con el doctor Perrier. Por eso me he retrasado un poco. Perrier dice que no sabe de ningún cambio en la situación, ¡Pero ya conoces a Perrier! — Jonathan sonrió sin dejar de mirar ansiosamente a Simone—. Bueno, aquí tienes la carta —dijo, sacándola del bolsillo de atrás. Le tradujo el párrafo.

—*¡Mon Dieu!*... ¿y él... dónde lo oyó decir?

—Sí, ésa es la cuestión. Le escribiré preguntándose lo. ¿No te parece?

Jonathan volvió a sonreír. Esta vez su sonrisa fue más auténtica. Estaba seguro de que Simone no sabía nada del asunto.

Jonathan se llevó su segunda taza de café a la salita de estar, donde Georges se hallaba tendido en el suelo con sus recortes. Jonathan se sentó ante el escritorio, que siempre le hacía sentirse como un gigante. Era un *écritoire* francés bastante elegante, regalo de la familia de Simone. Jonathan procuró no apoyar demasiado peso sobre la superficie. Dirigió una carta aérea a Alan McNear en el Hotel New Yorker, empezó la carta con tono bastante despreocupado y añadió un segundo párrafo:

«No acabo de entender lo que quieres decir en tu carta sobre la noticia (referente a mí) que te conmocionó. Me encuentro bien, pero esta mañana hablé con el médico de aquí para ver si me contaba toda la historia. Niega saber nada de un empeoramiento. Así, pues, querido Alan, lo que me interesa saber es dónde te lo dijeron. ¿Podrías ponerme unas líneas cuanto antes? Debe de haber algún malentendido y me encantaría olvidarme del asunto, pero espero que comprendas mi curiosidad sobre dónde oíste la noticia.»

Echó la carta a un buzón cuando se dirigía hacia la tienda. Probablemente tardaría una semana en recibir respuesta de Alan.

Aquella tarde la mano de Jonathan era tan firme como siempre mientras pasaba la cuchilla por el borde de su regla de acero. Pensó en su carta y se la imaginó camino del aeropuerto de Orly, puede que llegando allí aquella misma noche o a la mañana siguiente. Pensó en su edad, treinta y cuatro años, y en lo poco que habría hecho en la vida si moría al cabo de otro par de meses. Había engendrado un hijo y eso era algo, pero no era ninguna proeza merecedora de grandes alabanzas. No dejaría a Simone en una posición muy segura. Hasta creía haber rebajado un poco su nivel de vida. El padre de Simone era un simple carbonero, pero a lo largo de los años la familia había conseguido rodearse de algunas comodidades: un coche, por ejemplo, y muebles que no estaban nada mal. En junio o julio pasaban las vacaciones en el sur, en una villa alquilada, y el año pasado habían pagado el alquiler de un mes para que Jonathan y Simone pudieran ir allí con Georges. A Jonathan las cosas no le habían ido tan bien como a su hermano Philip, dos años mayor que él, aunque éste parecía más débil y durante toda su vida había sido un tipo soso, más aplicado que brillante. Ahora Philip era catedrático de antropología en la universidad de Bristol, un catedrático poco brillante, de eso Jonathan estaba seguro, pero sólido y digno de confianza, con una carrera sólida ante sí, una esposa y dos hijos. La madre de Jonathan, que ya era viuda, vivía feliz con su hermano y su cuñada en Oxfordshire, cuidando del jardín grande que tenían allí y encargándose de hacer todas las compras y de preparar las comidas.

Jonathan tenía la sensación de ser el fracasado de la familia, tanto físicamente como en lo referente a su trabajo. Al principio había querido ser actor. A los dieciocho años ingresó en una escuela de arte dramático, donde pasó dos años. Su cara no estaba mal para ser actor: no era demasiado guapo, tenía la nariz grande y la boca ancha, pero, a pesar de ello, era lo bastante bien parecido como para interpretar papeles románticos y, al mismo tiempo, lo bastante corpulento como para aceptar papeles más pesados cuando llegase el momento. ¡Cuántos sueños imposibles! Apenas le habían dado un par de papeles de figurante en los dos años que estuvo merodeando por los teatros de Londres y Manchester: siempre manteniéndose a sí mismo, desde luego, trabajando en diversos empleos, incluyendo uno de ayudante de un veterinario. «Ocupa usted mucho espacio y ni siquiera está seguro de sí mismo», le dijo en una ocasión un director teatral. Y más tarde, cuando trabajaba para un anticuario, Jonathan había pensado que tal vez le gustaría dedicarse al negocio de antigüedades. Había aprendido todo lo posible de su jefe, Andrew Mott. Luego vino el gran traslado a Francia con su compañero Roy Johnson, que también tenía mucho entusiasmo, pero pocos conocimientos del negocio, con la intención de montar una tienda de antigüedades partiendo del comercio de trastos viejos. Jonathan recordó sus sueños de gloria y aventura en un país nuevo, Francia, sueños de libertad, de éxito. Y en vez del éxito, en vez de una serie de queridas que le educasen, en vez de trabar amistad con bohemios o con algún estrato de la sociedad francesa que Jonathan se había imaginado que existía pero que tal vez no, en vez de todo esto, Jonathan había seguido tirando con dificultades, sin que su situación hubiese mejorado realmente desde los tiempos en que trataba de conseguir trabajo como actor y se mantenía de cualquier manera.

El único éxito de toda su vida era su matrimonio con Simone. La noticia de su enfermedad se la habían dado el mismo mes en que conociera a Simone Foussadier. Había empezado a sentir una debilidad extraña, y románticamente se había imaginado que era cosa del estar enamorado. Procuró descansar más que de costumbre, pero la debilidad no desapareció y en una ocasión se había desmayado en plena calle de Nemours, por lo que había ido al médico, un tal doctor Perrier de Fontainebleau. El médico, sospechando que se trataba de alguna dolencia de la sangre, le había enviado a un especialista, un tal doctor Moussu de París. Después de dos días de análisis, Moussu le había confirmado que se trataba de leucemia mieloide y le había dicho que posiblemente le quedaban de seis a ocho años de vida, doce con un poco de suerte. Se produciría un ensanchamiento del bazo, cosa que en realidad ya había sucedido sin que Jonathan se diera cuenta. Así, pues, al confesar a Simone que la quería, su declaración había sido de amor y de muerte a la vez. Habría bastado para alejar a cualquier otra joven o para hacerle decir que necesitaba un poco de tiempo para pensarlo. Simone le había dicho que sí, que ella también le quería: «Lo importante es

el amor, no el tiempo.» Ni rastro del espíritu calculador que Jonathan asociaba con los franceses y con los latinos en general. Simone le confesó que ya había hablado con su familia a las dos semanas escasas de que ambos se hubieran conocido. De repente, Jonathan se sintió en un mundo más seguro que cualquier otro que hubiera conocido jamás. El amor, en un sentido real y no meramente romántico, un amor que él no podía controlar, le había salvado milagrosamente. En cierto sentido le parecía que el amor le había salvado de la muerte, pero comprendió que, en realidad, lo que el amor había hecho era disipar el terror que la muerte le inspiraba. Y aquí estaba de nuevo la muerte después de seis años, tal como el doctor Moussu de París había predicho. Quizás. Jonathan no sabía qué pensar.

Se dijo que tenía que visitar otra vez a Moussu en París. Tres años antes, bajo la supervisión del doctor Moussu, a Jonathan le habían practicado un cambio completo de sangre en un hospital de París, sometiéndose a tratamiento de Vincainestina. Su finalidad, o su esperanza, consistía en que el exceso de glóbulos blancos con los glóbulos amarillos que los acompañaban no volviera a la sangre. Pero el exceso de glóbulos amarillos había vuelto a aparecer al cabo de unos ocho meses.

Antes de pedir hora para que le viera el doctor Moussu, sin embargo, Jonathan prefirió aguardar la carta de Alan McNear. Estaba seguro de que Alan le escribiría a vuelta de correo. Alan era una persona con la que se podía contar.

Antes de salir de la tienda, Jonathan dirigió una mirada de desespero hacia aquel interior dickensiano. En realidad no había polvo, era simplemente que las paredes necesitaban otra capa de pintura.

Se preguntó si debía hacer un esfuerzo y arreglar la tienda, empezar a desplumar a sus clientes como hacían tantos otros fabricantes de marcos, a vender artículos de latón lacado a precios exorbitantes. Jonathan se estremeció. El no era de éstos.

Aquel día era miércoles. El viernes, mientras se hallaba inclinado ante una armella roscada que tal vez llevaba ciento cincuenta años en su marco de roble y no tenía la menor intención de ceder ante sus tenazas, Jonathan tuvo que dejar de pronto la herramienta y buscar un sitio donde sentarse. El asiento fue una caja de madera contra la pared. Se levantó casi en seguida y fue a mojarse la cara en el fregadero, inclinándose tanto como pudo. Al cabo de unos cinco minutos, el mareo se le pasó y a la hora de almorzar ya ni se acordaba de él. Tenía momentos así cada dos o tres meses y se alegraba cuando no le pillaban en la calle.

El martes, seis días después de enviar la carta a Alan, recibió la contestación del Hotel New Yorker.

«Sábado, 25 de marzo

Querido Jon:

Créeme, ¡me alegro de que hablaras con tu médico y que te diese buenas noticias! La persona que me dijo que estabas grave fue un individuo bajito y

calvo, con un ojo de cristal y bigote, de unos cuarenta años y pico. Parecía verdaderamente preocupado y quizá no deberías tenerlo en cuenta, ya que puede que él recibiese la noticia de otra persona.

Lo estoy pasando muy bien aquí y me gustaría que tú y Simone estuvierais conmigo, especialmente en vista de que tengo una cuenta de gastos...»

El hombre al que Alan se refería era Pierre Gauthier, propietario de una tienda de material artístico en la Rue Grande. Pierre no era amigo de Jonathan, sólo un conocido. Con frecuencia Gauthier enviaba gente a Jonathan para que éste les enmarcase sus cuadros. Gauthier había asistido a la fiesta de despedida de Alan, Jonathan lo recordaba claramente, y seguramente habría hablado con Alan entonces. Quedaba descartado de Gauthier hubiese hablado con mala intención. A Jonathan sólo le sorprendió un poco de Gauthier estuviese enterado de su enfermedad, aunque seguramente habría corrido la voz. Jonathan pensó que lo que tenía que hacer era hablar con Gauthier y preguntarle dónde se había enterado del asunto.

Eran las nueve menos diez de la mañana y, al igual que el día anterior, Jonathan había esperado que llegase el correo. Sintió el impulso de ir directamente a la tienda de Gauthier, pero se dijo que no debía mostrar una ansiedad excesiva y que lo mejor sería serenarse un poco, yendo primero a su tienda y abriéndola como cada día.

Por culpa de tres o cuatro clientes, Jonathan no tuvo un momento libre hasta las diez y veinticinco. Salió tras dejar un cartelito en el cristal de la puerta indicando que volvería a abrir a las once.

Al entrar en el comercio de material artístico, Jonathan vio a Gauthier ocupado atendiendo a dos clientas. Jonathan se entretuvo examinando unos muestrarios de pinceles hasta que Gauthier quedó libre. Entonces dijo:

—¡*Monsieur* Gauthier! ¿Qué tal vamos?

Jonathan le tendió la mano y Gauthier se la estrechó entre las suyas, al tiempo que sonreía.

—¿Y usted, amigo mío?

—Bastante bien, gracias... *Ecoutez*. No quiero hacerle perder tiempo... pero hay algo que me gustaría preguntarle.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

Por señas, Jonathan indicó a Gauthier que se alejase un poco más de la puerta, ya que ésta podía abrirse de un momento a otro. No quedaba mucho espacio en la pequeña tienda.

—Me ha dicho un amigo... mi amigo Alan, ¿se acuerda de él? El inglés. En la fiesta que di en casa hace unas semanas.

—¡Sí! Su amigo el inglés. Alain.

Gauthier le recordaba y puso cara de atención.

Jonathan procuró no mirar, siquiera al soslayo, el ojo de cristal de Gauthier y

concentrarse en el otro.

—Bueno, parece ser que le dijo usted a Alan que había oído decir que yo estaba muy grave, que tal vez no viviría mucho más.

La cara blanda de Gauthier adoptó una expresión solemne. Asintió con la cabeza.

—Sí, *m'sieur*, eso oí decir. Espero que no sea verdad. Recuerdo a Alain porque usted me lo presentó como su mejor amigo. Así que di por sentado que él lo sabría. Quizá no debía haber dicho nada. Lo siento, puede que fuese una falta de tacto. Pensé que usted estaría poniendo al mal tiempo buena cara... al estilo inglés.

—No es nada serio, *monsieur* Gauthier, porque, que yo sepa, ¡no es verdad! Acabo de hablar con mi médico. Pero...

—¡Ah, han! Eso es distinto. ¡Me alegra mucho oír eso, *monsieur* Trevanny! ¡Ja, ja!

Pierre Gauthier soltó una carcajada como si acabase de ahuyentar un fantasma y comprobara que no sólo Jonathan, sino también él mismo, volvían a hallarse entre los vivos.

—Pero me gustaría saber dónde lo oyó decir. ¿Quién le dijo que yo estaba enfermo?

—¡Ah... sí! — Gauthier se apretó los labios con un dedo y se puso a pensar—. ¿Quién? Un hombre. Sí... ¡desde luego!

Había dado con la respuesta, pero hizo una pausa. Jonathan esperó.

—Pero recuerdo que dijo que no estaba seguro. Dijo que lo había oído decir. Que se trataba de una enfermedad incurable de la sangre.

Jonathan volvió a sentirse lleno de ansiedad, como ya le había ocurrido varias veces durante la semana pasada. Se humedeció los labios.

—¿Pero quién fue? ¿Cómo se entero? ¿No se lo dijo? Gauthier volvió a titubear.

—Dado que no es verdad... ¿no sería mejor olvidarlo?

—¿Se trata de alguien a quien conoce bien?

—¡No! En absoluto, se lo aseguro.

—Un cliente.

—Sí. Eso es. Un hombre agradable, todo un caballero. Pero como dijo que no estaba seguro... De veras, *m'sieur*, no debería enfadarse con él, aunque comprendo que un comentario así le haya molestado.

—Lo que me lleva a formular una pregunta interesante: ¿Cómo se enteró el caballero en cuestión de que yo estaba muy grave? — prosiguió Jonathan, riéndose ahora.

—Sí. Exactamente. Bueno, lo importante es que no es cierto, ¿no le parece?

Jonathan vio en Gauthier la cortesía francesa, el deseo de no indisponerse con un cliente y la aversión a hablar de la muerte, cosa que ya era de esperar.

—Tiene usted razón. Eso es lo principal.

Jonathan estrechó la mano a Gauthier y se despidió de él. Los dos sonreían ahora.

Aquel mismo día, durante el almuerzo, Simone le preguntó si había recibido noticias de Alan. Jonathan contestó que sí.

—Fue Gauthier quien le dijo algo a Alan.

—¿Gauthier? ¿Él de la tienda de material para artistas?

—Sí —Jonathan estaba encendiendo un cigarrillo mientras tomaba el café. Georges había salido al jardín—. Fui a verle esta mañana y le pregunté dónde había oído el comentario. Me dijo que se lo había hecho un cliente. Un hombre. Es curioso, ¿verdad? Gauthier no quiso decirme de quién se trataba y en realidad no puedo culparle por ello. Ha sido un malentendido, por supuesto, Gauthier se hace cargo de ello.

—Pero es escandaloso —dijo Simone.

Jonathan sonrió, a sabiendas de que Simone no se sentía escandalizada de verdad, ya que adivinaba que el doctor Perrier le había dado noticias bastante buenas.

—Como se suele decir: no hay que hacer una montaña de un granito de arena.

A la semana siguiente Jonathan se tropezó con el doctor Perrier en la Rue Grande. El doctor andaba con prisas porque quería entrar en la Société Générale antes de que cerrasen a las doce en punto. Pero se detuvo para preguntarle a Jonathan cómo se encontraba.

—Bastante bien, gracias —dijo Jonathan, que en aquel momento sólo pensaba en que tenía que comprar un desatascador para el lavabo en una tienda que había a unos cien metros y que también cerraba al mediodía.

—*Monsieur* Trevanny... —el doctor Perrier se detuvo con la mano apoyada en el voluminoso tirador de la puerta del banco. Se apartó de la puerta para acercarse más a Jonathan—. A propósito de lo que hablamos al otro día... ningún médico puede estar seguro, lo que se dice seguro, ¿sabe? En una situación como la suya. No quiero que piense que le di una garantía de salud perfecta, de inmunidad durante años. Usted mismo sabe...

—¡Oh, no imaginé que me la diera! — le interrumpió Jonathan.

—Entonces se hará usted cargo —dijo el doctor Perrier, apresurándose a entrar en el banco.

Jonathan siguió su camino en busca del desatascador. Recordó que era el fregadero de la cocina el que se había atascado y no el lavabo, y Simone había prestado su desatascador a una vecina hacía unos meses y... Jonathan estaba pensando en lo que acababa de decirle el doctor Perrier. ¿Sabría algo, sospecharía algo después de ver el resultado del último análisis, algo que no estaba suficientemente definido como para hablarle de ello con seguridad?

En la puerta de la *droguerie* Jonathan encontró a una chica morena y sonriente que estaba cerrando con llave después de quitar el tirador de la puerta.

—Lo siento. Ya son las doce y cinco —dijo la chica.

### 3

Durante la última semana de marzo Tom estuvo ocupado pintando un retrato de cuerpo entero de Heloise echada en el sofá de raso amarillo. Y Heloise raras veces se mostraba dispuesta a posar. Pero el sofá permanecía quieto y Tom lo reprodujo satisfactoriamente sobre la tela. También había hecho siete u ocho bosquejos de Heloise con la cabeza apoyada en la mano izquierda y la mano derecha reposando sobre un voluminoso libro de arte. Guardó los dos bosquejos que le parecieron mejores y tiró los demás.

Reeves Minot le había escrito una carta preguntándole si se le había ocurrido alguna idea útil... sobre la persona que Reeves andaba buscando. La carta había llegado un par de días después de que Tom hablara con Gauthier, a quien solía comprar sus tubos de pintura. Tom había contestado a Reeves: «Trato de pensar, pero mientras tanto deberías seguir adelante con tus propias ideas, si es que tienes alguna.» Lo de «trato de pensar» era pura cortesía, incluso falso, al igual que muchas frases que servían para engrasar la maquinaria de las relaciones sociales, como tal vez diría Emily Post. No podía decirse que Reeves mantuviera Belle Ombre engrasada desde el punto de vista financiero, ya que lo que pagaba a Tom por sus esporádicos servicios como intermediario y receptor apenas daba para abonar las facturas de la lavandería. Pero no estaba de más mantener unas relaciones amistosas con Reeves. Este había proporcionado a Tom un pasaporte falso y se lo había enviado rápidamente a París cuando Tom lo necesitaba para ayudar a defender la industria Derwatt. Algún día Tom podía necesitar a Reeves de nuevo.

Pero el asunto de Jonathan Trevanny era un simple juego para Tom. No lo hacía con la intención de proteger los intereses de Reeves en el mundillo del juego. De hecho, a Tom le desagradaba el juego y no sentía el menor respeto por la gente que se ganaba la vida, o siquiera parte de ella, jugando. Era una especie de alcahuetería. Tom había iniciado el juego de Trevanny por curiosidad y porque en una ocasión éste le había hablado desdeñosamente; también quería ver si su palo de ciego daba en el blanco y hacía que Trevanny, a quien Tom tenía por mojigato y santurrón, lo pasaba mal durante una temporada. Luego Reeves ofrecía su cebo e insistiría, por supuesto, en que Trevanny no tardaría en morir de todos modos. Tom dudaba que Trevanny picase, pero, desde luego, pasaría una temporada incómoda. Por desgracia, Tom no sabía cuánto tardaría el rumor en llegar a oídos de Jonathan Trevanny. Gauthier era bastante chismoso, pero podía darse el caso de que, aunque se lo contase a dos o tres personas, nadie tuviera valor para hablarle del asunto al propio Trevanny.

Así que Tom, aunque estaba ocupado como de costumbre con la pintura, los estudios de alemán y francés (ahora les tocaba el turno a Schiller y Moliere), plantando en el jardín como todas las primaveras, y supervisando a los tres albañiles

que construían un invernadero en el jardín posterior de Belle Ombre, seguía contando los días que pasaban e imaginando lo que podía haber ocurrido después de aquella tarde de mediados de marzo, cuando le dijo a Gauthier que le habían dicho que Trevanny no pasaría mucho tiempo en este mundo. No era probable que Gauthier se lo dijese directamente a Trevanny, a menos que fuesen más amigos de lo que Tom se figuraba. Probablemente Gauthier se lo diría a un tercero. Tom contaba con el hecho (estaba seguro de que era un hecho) de que la posible muerte inminente de alguien resultara un tema de conversación fascinante para todo el mundo.

Cada dos semanas o así, Tom se iba a Fontainebleau, que sólo distaba unos diecinueve kilómetros de Villeperce. Fontainebleau era mejor que Moret para ir de compras, hacerse limpiar las chaquetas de ante, adquirir pilas para la radio y las cosas raras que *madame* Annette necesitaba para sus guisos. Jonathan Trevanny tenía teléfono en la tienda, pero, al parecer, no en su casa de la Rue Saint Merry. Tom lo había observado en el listín después de buscar en vano el número correspondiente al domicilio. Pero pensó que reconocería la casa cuando la viese. Hacia finales de marzo Tom sintió curiosidad por ver de nuevo a Trevanny, desde lejos, por supuesto, así que, aprovechando una visita que hizo a Fontainebleau un viernes por la mañana, día de mercado, para comprar dos floreros de terracota, y después de dejar sus compras en la parte posterior del Renault, Tom pasó por la Rue des Sablons, donde estaba la tienda de Trevanny. Era casi mediodía.

La tienda necesitaba una buena mano de pintura y resultaba un poco deprimente, como si perteneciese a un anciano. Tom no era cliente de Trevanny porque en Moret, que estaba más cerca, había un buen fabricante de marcos. La pequeña tienda, con las letras rojas y descoloridas que decían «Encadrement» sobre la puerta, se hallaba junto a varias más: una lavandería, un zapatero remendón, una agencia de viajes modesta. La puerta estaba a la izquierda, y a la derecha un pequeño escaparate mostraba un surtido de marcos y dos o tres cuadros con el precio escrito a mano en un papel. Tom cruzó la calle sin prisas, miró de reojo hacia el interior del establecimiento y vio la figura alta y nórdica de Trevanny detrás del mostrador, a unos seis metros de donde él se encontraba. Trevanny le estaba mostrando un listón a un hombre, golpeándose la mano con él y hablando. Luego dirigió la mirada hacia el escaparate y vio a Tom unos instantes, pero siguió hablando con el cliente sin cambiar de expresión.

Tom siguió su camino. Estaba seguro de que Trevanny no le había reconocido. Dobló hacia la derecha y se metió en la Rue de France, la segunda calle en importancia después de la Rue Grande, y siguió andando hasta llegar a la Rue Saint Merry; allí volvió a doblar hacia la derecha. ¿O era a la izquierda donde estaba la casa de Trevanny? No, la derecha.

Sí, ahí estaba la casa estrecha, destartalada y gris, con la frágil barandilla junto a los escalones de la entrada. A ambos lados de los escalones, el suelo era de cemento y

ninguna maceta con flores alegraba la vista. Pero Tom recordó que había un jardín en la parte de atrás. Aunque estaban muy limpias, las ventanas mostraban unas cortinas bastante lacias. Sí, allí era adonde le había llevado Gauthier aquella noche de febrero. A la izquierda de la casa había un pasaje angosto que seguramente llevaba al jardín posterior. Había un cubo de plástico para la basura ante la puerta de hierro, cerrada con un candado, que daba al jardín. Tom se imaginó que los Trevanny utilizarían siempre la puerta de la cocina para salir al jardín. Recordaba haber visto aquella puerta.

Tom caminaba lentamente por la otra acera, pero procurando no dar la impresión de estar merodeando, ya que ni siquiera podía estar seguro de que la esposa de Trevanny u otra persona no le estuviera observando en aquel momento.

¿Necesitaba comprar alguna otra cosa? Sí, pintura blanca. Se le estaba terminando. Eso le llevaría a la tienda de Gauthier, el vendedor de materiales para artistas. Apretó el paso, felicitándose porque necesitaba realmente un tubo de pintura blanca, de manera que entraría en el establecimiento de Gauthier sin falsas excusas y al mismo tiempo podría satisfacer su curiosidad.

Gauthier estaba solo en la tienda.

—*Bonjour, monsieur* Gauthier! — dijo Tom.

—*Bonjour, monsieur* Ripley! — contestó Gauthier, sonriendo—. ¿Qué tal está usted?

—Muy bien, gracias, ¿y usted?. Necesito varios tubos de pintura blanca.

—Pintura blanca —Gauthier abrió un cajón del armario que había junto a la pared—. Aquí están. Creo recordar que prefiere la marca «Rembrandt», ¿no es así?

Así era. También había pintura blanca y de otros colores marca Derwatt, en tubos adornados con la firma decidida e inclinada hacia abajo de Derwatt, escrita en negro sobre la etiqueta, pero Tom no quería pintar en casa con el nombre de Derwatt llamándole la atención cada vez que cogiera un tubo. Pagó y, mientras le daba el cambio y la bolsita con los tubos, Gauthier le dijo:

—Ah, *monsieur* Ripley, ¿se acuerda usted de *monsieur* Trevanny, el de la tienda de marcos de la Rue Saint Merry?

—Sí, claro que le recuerdo —dijo Tom, que desde hacía rato buscaba la forma de sacar a Trevanny a colación.

—Pues el rumor que oyó usted, que se iba a morir, no es verdad —Gauthier sonrió.

—¿No? ¡Estupendo! Me alegra saberlo.

—Sí *Monsieur* Trevanny hasta fue a ver a su médico. Creo que estaba algo preocupado. ¿Y quien no? ¿Eh?!Ja, ja!... Pero usted me dijo que alguien se lo había dicho, ¿verdad, *monsieur* Ripley?

—Sí. Un hombre que estaba en la fiesta... en febrero. La fiesta de cumpleaños de

*madame* Trevanny. Así que supuse que era verdad y que todo el mundo lo sabía.

Gauthier puso cara pensativa.

—¿Habló usted con *monsieur* Trevanny?

—No, no. Pero sí hablé con su mejor amigo una noche, otra noche en casa de los Trevanny, este mismo mes. Evidentemente él habló con *monsieur* Trevanny. ¡Hay que ver cómo corre la voz en casos así!

—¿Su mejor amigo? — preguntó Tom con aire de inocencia.

—Un inglés. Alain no sé qué. Se iba a América al día siguiente. Pero... ¿recuerda usted quién se lo dijo a usted, *monsieur* Ripley?

Tom meneó la cabeza lentamente.

—No recuerdo su nombre, ni siquiera qué aspecto tenía. Había tanta gente allí.

—Porque... —Gauthier se acercó un poco más y bajó la voz como si hubiera otras personas en la tienda—. Verá, es que *monsieur* Trevanny me preguntó quién me lo había dicho y yo, por supuesto, no le dije que había sido usted. Estas cosas se prestan a malas interpretaciones. No quise causarle problemas a usted. ¡Ja!

El reluciente ojo de cristal de Gauthier no reía, pero miraba fijamente, osadamente, desde su cabeza, como si detrás de él hubiera un cerebro que no fuese el de Gauthier, una especie de cerebro-computadora capaz de saberlo todo en un instante, si alguien se encargaba de programarlo adecuadamente.

—Se lo agradezco, porque no está bien hacer comentarios que no son verdad acerca de la salud de la gente, ¿eh? — Tom sonrió y se disponía a marcharse, pero agregó—: De todos modos, es verdad que *monsieur* Trevanny padece una enfermedad de la sangre. ¿No me lo dijo usted?

—Sí, así es. Me parece que es leucemia. Pero a eso ya está acostumbrado. Una vez me dijo que hacía años que la padecía.

Tom asintió con la cabeza.

—De todos modos, me alegra que no corra peligro A bientôt, *monsieur* Gauthier. Muchas gracias.

Tom se dirigió hacia su coche. El susto de Trevanny, aunque sólo durase unas horas, hasta ver al médico, al menos debió de abrir una pequeña brecha en su confianza en sí mismo. Unas cuantas personas, puede que el mismo Trevanny, habían creído que no iba a vivir más de unas pocas semanas. Y si lo habían creído, era porque no podía descartarse tal posibilidad en un hombre que padecía la enfermedad de Trevanny. Lástima que ahora ya se hubiese tranquilizado, pero quizá la pequeña brecha era todo lo que Reeves necesitaba. El juego podía entrar en la segunda fase. Probablemente Trevanny le diría que no a Reeves. En tal caso, se habría acabado el juego. Por otro lado, Reeves le abordaría como si realmente fuese un hombre desahuciado. Resultaría divertido que Trevanny cediera. Aquella tarde, después de almorzar con Heloise y con su amiga parisiense Noëlle, que iba a quedarse por la

noche, Tom dejó a las damas y redactó una carta a Reeves con su máquina de escribir.

«28 de marzo de 19...

Querido Reeves:

Tengo una idea para ti en caso de que todavía no hayas encontrado lo que buscas. Se llama Jonathan Trevanny, treinta años y pico, inglés, en-marcador de cuadros, casado con una francesa y padre de un chico de corta edad. [Aquí dio Tom las direcciones de la tienda y del domicilio de Trevanny, así como el número de teléfono de la tienda.] A juzgar por su aspecto, le iría bien un poco de dinero y, aunque puede que no sea el tipo que quieres, parece la viva imagen de la inocencia y la decencia, y lo que es más importante para ti: sólo le quedan unas semanas o meses de vida. Lo he averiguado. Tiene leucemia y acaba de enterarse de la mala noticia. Puede que esté dispuesto a encargarse de un trabajo peligroso para ganarse algún dinero ahora.

No conozco a Trevanny personalmente y no hace falta que insista en que no quiero conocerle ni deseo que tú menciones mi nombre. Lo que sugiero, en el caso de que decidas sondearle, es que vengas a F'bleau, te hospedes en una encantadora hostelería llamada Hotel de l'Aigle Noir durante un par de días, te pongas en contacto con Trevanny llamándole a su tienda, os entrevistéis y habléis del asunto. ¿Y necesito decirte que no le des tu nombre verdadero?»

De pronto Tom se sintió optimista en relación con el proyecto. La imagen de Reeves con su aire encantador de incertidumbre y ansiedad, casi de probidad, exponiéndole su idea de Trevanny, que parecía recto como un santo, le hizo reír. ¿Se atrevería a ocupar otra mesa del comedor o el bar del Hotel de l'Aigle Noir cuando Reeves se entrevistase con Trevanny? No, eso sería demasiado. Entonces se acordó de otra cosa y la añadió a la carta:

«Sí vienes a F'bleau, te ruego que no me llames por teléfono ni me escribas bajo ninguna circunstancia. Y haz el favor de destruir esta carta.

Saludos,  
Tom»

El teléfono sonó en la tienda de Jonathan a primera hora de la tarde del viernes 31 de marzo. Precisamente en aquel momento Jonathan estaba pegando papel de embalar en la parte posterior de un cuadro grande y tuvo que buscar unas pesas adecuadas —una vieja piedra arenisca que decía «LONDRES», el tarro de la cola y un mazo de madera— antes de poder descolgar el aparato.

—¿Diga?

—*Bonjour, m'sieur*. ¿Hablo con *monsieur* Trevanny?... Creo que habla usted inglés. Me llamo Stephen Wister, W-i—s—t—e-r. Voy a permanecer en Fontainebleau un par de días y me pregunto si podría dedicarme unos minutos para hablar de algo... de algo que me parece que le interesará.

El hombre tenía acento americano.

—No compro cuadros —dijo Jonathan—. Solamente les pongo el marco.

—No quería verle por nada relacionado con su trabajo. Se trata de algo que no puede explicarle por teléfono... Me hospedo en el Aigle Noir.

—¿Y?

—Me preguntaba si dispondría usted de unos minutos después de cerrar la tienda. ¿Sobre las siete? ¿Las seis y media? Podríamos tomarnos una copa o un café.

—Pero... me gustaría saber para qué quiere verme.

Una mujer acababa de entrar en el establecimiento —*¿madame* Tissot, Tissaud? — para recoger un cuadro. Jonathan le dedicó una sonrisa pidiendo disculpas.

—Tendré que explicárselo cuando nos veamos —dijo la voz dulce y sincera—. Sólo nos llevará diez minutos. ¿Dispone de un rato, a las siete, por ejemplo? Jonathan cambió de postura.

—Las seis y media me iría bien.

—Me reuniré con usted en el vestíbulo. Llevo un traje gris. Pero ya hablaré con el conserje. No le resultará difícil localizarme.

Jonathan solía cerrar alrededor de las seis y media. A las seis y cuarto se encontraba ante el fregadero, lavándose las manos con agua fría. El día era templado y Jonathan llevaba un jersey con cuello de cisne y una vieja americana de pana. No era un atuendo lo suficientemente elegante como para ir al Aigle Noir y la adición de su gabardina vieja no habría hecho más que empeorar las cosas. Pero ¿a qué venía preocuparse por ello? El hombre quería venderle algo. No podía tratarse de otra cosa.

De la tienda al hotel se tardaban solamente cinco minutos andando. Delante del hotel había un pequeño patio rodeado de una verja de hierro bastante alta, y unos cuantos peldaños llevaban hasta la puerta principal. Jonathan vio que un hombre delgado y de aspecto tenso, con el pelo muy corto, se dirigía hacia él con cierto titubeo.

—¿Míster Wister? — dijo Jonathan.

—Sí —Reeves sonrió nerviosamente y le ofreció la mano—. ¿Vamos a tomar una copa en el bar del hotel o prefiere ir a otro sitio?

El bar era agradable y tranquilo. Jonathan se encogió de hombros.

—Como quiera.

Observó que una cicatriz espantosa cruzaba una de las mejillas de Wister.

Cruzaron la amplia puerta del bar del hotel, que estaba vacío a excepción de un hombre y una mujer sentados ante una mesita.

Wister dio media vuelta, como si le repeliera tanta quietud, y dijo:

—Probemos en otra parte.

Salieron del hotel y doblaron hacia la derecha. Jonathan conocía el bar de al lado, el Café du Sport o algo así, que a esa hora estaría lleno de mozalbetes ruidosos jugando al fútbolín y obreros acodados en el mostrador. Al llegar al umbral, Wister se detuvo en seco, como si inesperadamente hubiese llegado a un campo de batalla en plena acción.

—¿Le importaría subir a mi habitación? — dijo Wister, girando sobre sus talones—. Allí se está tranquilo y podemos pedir que nos suban algo.

Regresaron al hotel subieron un tramo de escaleras y entraron en una habitación atractiva decorada a la española: hierro forjado, cubrecama color frambuesa, una alfombra color verde pálido. La maleta a los pies de la cama era la única señal de que la habitación estaba ocupada. Wister había entrado sin utilizar la llave.

—¿Qué quiere tomar? — Wister se acercó al teléfono—. ¿Whisky escocés?

—Muy bien.

El hombre encargó las bebidas; su francés resultaba torpe. Pidió que les subieran la botella y mucho hielo, por favor.

Luego se hizo el silencio. Jonathan se preguntó por qué el hombre estaría tan inquieto. Jonathan siguió contemplando la calle por la ventana. Evidentemente Wister no quería hablar hasta que les hubieran subido las bebidas. Sonó un golpecito discreto en la puerta.

Un camarero con chaqueta blanca entró con una bandeja y una sonrisa amistosa. Stephen Wister escanció el whisky generosamente.

—¿Le interesa ganar algún dinero?

Jonathan, que se había instalado en una cómoda butaca, sonrió mientras sostenía en la mano el vaso de whisky con hielo.

—¿A quién no?

—Tengo pensado un trabajo peligroso... bueno, un trabajo importante... y estoy dispuesto a pagarlo muy bien.

Jonathan pensó en drogas: probablemente el hombre quería que entregase o guardara algo.

—¿En qué negocio está usted? — preguntó cortésmente.

—En varios. El de este momento podría llamarlo el del... juego. ¿Juega usted?

—No —dijo Jonathan, sonriendo.

—Tampoco yo. Pero eso no viene al caso —el hombre se levantó de la cama donde se había sentado y se puso a caminar lentamente por la habitación—. Vivo en Hamburgo.

—¿Ah, sí?

—El juego no es legal dentro de los límites de la ciudad, aunque se juega en clubs privados. Sin embargo, tampoco eso viene al caso, quiero decir el que sea o no legal. Necesito que se elimine a una persona, posiblemente a dos, y posiblemente también que se cometa un robo. Bueno, ya he puesto mis cartas sobre la mesa.

Miró a Jonathan con expresión seria, esperanzada. El hombre se refería a matar. Jonathan se sobresaltó, luego sonrió y meneó la cabeza.

—¿Me pregunto de dónde habrá sacado mi nombre!

Stephen Wister no sonrió.

—Eso no importa —siguió paseando arriba y abajo con el vaso en la mano; sus ojos grises miraban a Jonathan de soslayo y luego se apartaban de él—. ¿Le interesa ganar noventa y seis mil dólares?

Eso equivale a cuarenta mil libras o unos cuatrocientos ochenta mil francos... francos nuevos. Sólo a cambio de pegarle un tiro a un hombre, puede que a dos, ya veremos cómo van las cosas. El plan es seguro y usted no correrá ningún peligro.

Jonathan volvió a menear la cabeza.

—No sé de dónde habrá sacado la idea de que soy un... un pistolero. Me confunde con otra persona.

—No. Nada de eso.

La sonrisa de Jonathan se esfumó bajo la mirada intensa del hombre.

—Tiene que haber alguna confusión... ¿Le importa decirme cómo dio conmigo?

—Bueno, usted... —la expresión de Wister se hizo más dolorida que nunca—. Usted no vivirá más de unas semanas. Lo sabe muy bien. Tiene esposa y un hijo pequeño, ¿no es así? ¿No le gustaría dejarles algo cuando se vaya?

Jonathan sintió que la sangre desaparecía de su rostro. ¿Cómo podía Wister saber tantas cosas? Entonces se dio cuenta de que todo estaba relacionado, que quien le había dicho a Guthier que moriría pronto conocía a aquel hombre, estaba relacionado con él de alguna forma. Jonathan no pensaba mencionar a Gauthier. Gauthier era un hombre honrado y Wister era un criminal. De pronto el whisky escocés de Jonathan perdió parte de su buen sabor.

—Recientemente corrió un rumor insensato...

Ahora fue Wister quien meneó la cabeza..

—No se trata de un rumor insensato. Puede ser que su médico no le haya dicho la

verdad.

¿Y usted sabe más que mi médico? Él no me miente. Es verdad que padezco una enfermedad de la sangre, pero... ahora no estoy peor que... —Jonathan se interrumpió—. Lo esencial es que me temo que no puedo ayudarle, mister Wister.

Wister se mordió el labio inferior y su larga cicatriz se movió desagradablemente, como un gusano vivo.

Jonathan apartó la mirada ¿Sería verdad que el doctor Perrier le había mentado? Jonathan pensó que debía llamar al laboratorio de París al día siguiente por la mañana y hacer algunas preguntas, o sencillamente presentarse allí y exigir otra explicación.

—Lamento decirle, mister Trevanny, que es usted quien no está informado, evidentemente. Al menos ha oído eso que usted llama el rumor, de modo que no soy el portador de malas noticias. Es usted muy libre de elegir, pero pienso que, dadas las circunstancias, una suma considerable como ésa resulta bastante atractiva. Podría dejar el trabajo y gozar de sus... Bueno, por ejemplo, podría hacer un crucero alrededor del mundo con su familia y, pese a ello, dejarle a su esposa...

Jonathan se sintió ligeramente mareado, se puso en pie y aspiró hondo. La sensación desapareció, pero prefirió seguir de pie. Wister seguía hablando, pero él apenas le escuchaba.

—... mi idea. En Hamburgo hay unos cuantos hombres que contribuirían a reunir los noventa y seis mil dólares. El hombre o los hombres que queremos quitar de en medio son de la Mafia.

Jonathan sólo se había recobrado a medias.

—Gracias, pero no soy un asesino. Será mejor que deje correr el asunto.

Wister persistió.

—Pero es que es justamente lo que buscamos: alguien que no esté relacionado con ninguno de nosotros ni con Hamburgo. Aunque al primer hombre, que no es más que un sicario, hay que liquidarlo en Hamburgo. La razón de ello es que queremos que la policía piense que dos bandas de la Mafia se están enfrentando en la ciudad. De hecho, queremos que la policía intervenga a favor nuestro —siguió paseando arriba y abajo, sin apenas apartar los ojos del suelo—. Al primer hombre se le debería eliminar en medio de una multitud, en medio de la aglomeración del U-Bahn, es decir, en el metro. El asesino se desprendería del arma inmediatamente, se mezclaría con la multitud y se esfumaría. Un revólver italiano, sin huellas dactilares. Ni una sola pista.

Jonathan volvió a sentarse en la silla; necesitaba descansar unos segundos.

—Lo siento, pero no.

Se dirigiría a la puerta en cuanto recuperase las fuerzas.

—Mañana estaré aquí todo el día, y puede que me quede hasta el domingo a media tarde. Me gustaría que se lo pensara. ¿Otro whisky? Le sentaría bien.

—No, gracias —Jonathan se levantó trabajosamente—. Ya es hora de irme.

Wister asintió con la cabeza; parecía decepcionado.

—Y gracias por la copa.

—No se merecen.

Wister le abrió la puerta y Jonathan salió. Se había figurado que Wister le haría coger una tarjeta con su nombre y dirección. Se alegró de que no lo hiciese.

Los faroles de la Rue de France ya estaban encendidos. Eran las siete y veintidós minutos. ¿Le había pedido Simone que comprase algo? ¿Tal vez el pan? Jonathan entró en una boulangerie y compró una barra larga. Aquella obligación cotidiana le pareció reconfortante.

La cena consistió en una sopa de verduras, un par de rodajas de *fromage de tête* sobrante y una ensalada de tomates y cebollas. Simone le dijo que en una tienda próxima a donde trabajaba vendían papel pintado rebajado. Por un centenar de francos podrían empapelar el dormitorio, y había visto uno muy bonito, con dibujos de color malva y verde, muy pálidos y de estilo art nouveau.

—Como sólo hay una ventana, el dormitorio resulta muy oscuro, Jon.

—Me parece bien —dijo Jonathan—. Sobre todo si está rebajado.

—¡Vaya si lo está! No se trata de una de esas rebajas tontas donde reducen el precio un cinco por ciento... como hace el tacaño de mi Jefe —rebañó el aceite de la ensalada con un trozo de pan y se lo metió en la boca—. ¿Te preocupa algo? ¿Te ha pasado alguna cosa hoy?

Jonathan sonrió repentinamente. No le preocupaba nada. Se alegraba de que Simone no hubiese reparado en que llegaba algo tarde y que se había tomado un buen vaso de licor.

—No, querida. No ha pasado nada. Es el final de la semana, supongo. O casi el final.

—¿Estás cansado?

Lo preguntó como lo haría un médico, rutinariamente.

—No... Tengo que telefonar a un cliente esta noche, entre las ocho y las nueve —eran las ocho y treinta y siete minutos—. Será mejor que lo haga ahora, querida. Puede que después tome un poco de café.

—¿Puedo ir contigo? — preguntó Georges, dejando el tenedor y disponiéndose a levantarse corriendo.

—Esta noche no, *monpetitvieux*. Tengo prisa y tú lo único que quieres es jugar con los futbolines. Te conozco.

—¡Goma de mascar «Hollywood»! — gritó Georges, pronunciándolo a la francesa: ¡Ollyvú!

Jonathan se estremeció mientras descolgaba la chaqueta. La goma de mascar «Hollywood», cuyos envoltorios verdes y blancos llenaban los bordillos de las aceras

y a veces su propio jardín, ejercía un atractivo misterioso sobre los retoños de la nación francesa.

—*Oui, m'sieur*—dijo Jonathan y salió.

El número de teléfono del domicilio del doctor Perrier venía en la guía y Jonathan esperaba que el doctor estuviese en casa aquella noche. Cierta *tabac* donde había teléfono quedaba más cerca que la tienda de Jonathan. El pánico empezaba a apoderarse de él, así que apretó el paso y se dirigió hacia el cilindro rojo de neón que señalaba el *tabac* dos calles más allá. Insistiría en conocer la verdad. Jonathan saludó con la cabeza al joven detrás del mostrador, al que conocía superficialmente, y señaló el teléfono y el anaquel donde estaban las guías.

—¡Fontainebleau! — gritó Jonathan.

En el estanco había mucho ruido y además alguien había puesto en marcha el tocadiscos tragaperras. Jonathan buscó el número y luego lo marcó.

El doctor Perrier se puso al aparato y en seguida reconoció la voz de Jonathan.

—Me gustaría mucho que me hicieran otro análisis. Incluso esta misma noche. Ahora mismo... si puede usted recoger una muestra.

—¿Esta noche?

—Puedo ir a verle en seguida. Dentro de cinco minutos.

—¿Se siente... se siente usted débil?

—Pues... pensé que si la muestra llegaba a París mañana... —Jonathan sabía que el doctor Perrier acostumbraba enviar varias muestras a París los sábados por la mañana—. Si pudiera sacarme una muestra esta noche o mañana a primera hora...

—Mañana por la mañana no estaré en el consultorio. Tengo que hacer unas cuantas visitas. Si tan preocupado está, *monsieur* Trevanny, pásese por mi casa ahora.

Jonathan pagó la llamada y justo antes de salir del *tabac* se acordó de comprar dos paquetes de goma de macar Hollywood; se los metió en el bolsillo de la chaqueta. Perrier vivía bastante lejos de allí, en el Boulevard Maginot; tardaría casi diez minutos en llegar.

Jonathan se encaminó hacia allí a buen paso. Nunca había estado en casa del doctor.

Era un edificio grande, sombrío, y la *concièrge* era una mujer vieja, lenta y delgada que estaba mirando televisión en una pequeña garita acristalada llena de plantas de plástico. Mientras Jonathan esperaba que el ascensor llegase a la planta baja, la *concièrge* salió al vestíbulo empujada por la curiosidad y le preguntó:

—¿Su esposa está a punto de tener un hijo, *monsieur*?

—No, no —dijo Jonathan, sonriendo y recordando que el doctor Perrier ejercía la medicina general.

Subió en el ascensor.

—Vamos a ver. ¿Qué le ocurre? — preguntó el doctor Perrier, indicándole que

cruzase el comedor—. Entre en esta habitación.

El piso estaba poco iluminado y en algún lugar había un televisor en marcha. Entraron en una habitación que parecía un consultorio pequeño, lleno de anaqueles con libros de medicina y un escritorio sobre el que reposaba el maletín negro del doctor.

—Mon dieu, cualquiera diría que está usted al borde de un colapso. Salta a la vista que ha venido corriendo. Tiene las mejillas encarnadas. ¡No me diga que ha oído otro rumor y que se cree con un pie en la sepultura!

Jonathan se esforzó en hablar con calma.

—Es sólo que quiero estar seguro. Si quiere la verdad, no me encuentro demasiado bien. Ya sé que han pasado únicamente dos meses desde el último análisis, pero... como el próximo no está previsto hasta finales de abril, ¿qué hay de malo en... —se interrumpió y encogió los hombros—. Como es fácil sacar un poco de médula y dado que puede enviarla a París mañana a primera hora —Jonathan era consciente de que su francés resultaba torpe en aquel momento, consciente de la palabra *moelle*, médula, que se le había hecho repugnante, especialmente cuando recordaba que la suya era anormalmente amarilla. Adivinó que el doctor Perrier estaba dispuesto a seguirle la corriente.

—Sí, puedo sacar la muestra. Probablemente el resultado será el mismo de la última vez. Nunca puede recibir una seguridad total de los médicos, *monsieur* Trevanny... —el médico siguió hablando mientras Jonathan se quitaba el suéter y, obedeciendo la indicación del doctor Perrier, se tumbaba en un viejo sofá de cuero. El doctor le inyectó la anestesia—. Pero me hago cargo de su inquietud —dijo el doctor Perrier al cabo de unos segundos, apretando y dando leves golpecitos en el tubo que estaba penetrando en el esternón de Jonathan.

A Jonathan le desagradaba el crujido que hacía el tubo, pero el dolor era leve y podía soportarlo muy bien. Quizás esta vez sabría algo. Antes de marcharse no pudo contenerse y dijo:

—Tengo que conocer la verdad, doctor Perrier. Usted no creerá que el laboratorio no nos da un resumen apropiado, ¿verdad? Estoy dispuesto a creer que sus cifras son correctas...

—¡Este resumen o predicción es lo que usted no puede ver, mi querido joven!

Jonathan regresó andando a casa. Había pensado decirle a Simone que venía de casa del doctor Perrier, que volvía a sentirse angustiado, pero decidió no hacerla: Simone ya había sufrido bastante por él. ¿Qué podía contestar ella si él se lo decía? Sólo conseguiría inquietarla aún más, igual que él. Georges ya estaba acostado en su dormitorio, en el piso de arriba, y Simone le estaba leyendo en voz alta. Astérix otra vez. Georges, reclinado sobre las almohadas, y Simone, sentada en un taburete bajo, a la luz de la lámpara, eran como un cuadro viviente que representase la vida hogareña.

Jonathan pensó que, de no ser porque Simone llevaba pantalones, la escena hubiera podido pertenecer al año 1880. Bajo la luz de la lámpara, el pelo de Georges parecía amarillo como el trigo.

—*¿Le Ollyvú?* — preguntó Georges, haciendo una mueca. Jonathan sonrió y sacó uno de los paquetes del bolsillo. El otro podía esperar otra ocasión.

—Has tardado mucho —dijo Simone.

—Me tomé una cerveza en el café —dijo Jonathan.

Al día siguiente, entre las cuatro y media y las cinco de la tarde, Jonathan, siguiendo la indicación del doctor Perrier, telefoneó a los laboratorios Ebberle-Valent de Neuilly. Dio su nombre, lo deletreó, y dijo que era paciente del doctor Perrier de Fontainebleau. Luego esperó que le pusieran con el departamento correspondiente, mientras el teléfono emitía un blup a cada paso del contador. Jonathan tenía la pluma y el papel preparados. Volvieron a pedirle que deletrease su nombre. Luego una voz de mujer empezó a leer el informe y Jonathan apuntó las cifras rápidamente. Hiperleucocitosis 190.000. ¿No era esa cifra más alta que la de la vez anterior?

—Ni que decir tiene que enviaremos un informe por escrito a su médico. Seguramente lo recibirá el martes;

—Este informe es menos favorable que el último, ¿verdad?

—No tengo el anterior a la vista, *m'sieur*.

—¿Hay algún médico ahí? ¿Podría hablar con un médico?

—Yo soy médico, *m'sieur*.

—Ah. Entonces este informe... aunque no tenga el anterior a la vista... no es bueno, ¿verdad?

Como un libro de texto, la mujer dijo:

—Se trata de un estado potencialmente peligroso debido a un descenso de la resistencia...

Jonathan llamaba desde la tienda. Había colocado el cartelito que decía «FERME» y corrido las cortinas de la puerta, aunque se le podía ver a través del escaparate, y cuando fue a retirar el cartelito se dio cuenta de que no había cerrado la puerta con llave. Como no esperaba que viniera nadie a recoger algún cuadro, pensó que podía cerrar. Eran las cinco menos cinco.

Se encaminó hacia el consultorio del doctor Perrier, dispuesto a esperar más de una hora si hacía falta. El sábado era un día muy ajetreado, porque la mayoría de la gente no trabajaba y aprovechaba el tiempo libre para ir al médico. En la sala de espera ya había tres personas, pero la enfermera le preguntó si tardaría mucho, Jonathan le dijo que no, y ella le hizo pasar delante del siguiente enfermo, tras pedir disculpas a éste. Jonathan se preguntó si el doctor Perrier le habría hablado de él a la enfermera.

El doctor Perrier levantó sus negras cejas al leer las notas que Jonathan había

tomado y dijo:

—Pero esto no está completo.

—Ya lo sé, pero dice algo, ¿no es así? Es ligeramente peor, ¿verdad?

—¡Se diría que tiene usted ganas de empeorar! — dijo el doctor Perrier con su acostumbrado buen humor, del que Jonathan ya no se fiaba—. Francamente, sí, es peor, pero sólo un poco. No tiene importancia.

—Un diez por ciento peor... ¿verdad?

—*Monsieur* Trevanny, ¡Usted no es un automóvil! No sería razonable que yo le hiciera un comentario antes de recibir el informe completo el martes.

Jonathan regresó a casa caminando despacio y pasó por la Rue des Sablons, por si acaso veía a alguien que quisiera entrar en su tienda. No había nadie. Sólo en la lavandería se advertía bastante actividad y los clientes cargados con hatillos de ropa tropezaban unos con otros en la puerta. Eran casi las seis. Simone saldría de la zapatería pasadas las siete, más tarde que de costumbre porque su jefe, Brezard, quería ganar hasta el último franco posible antes de cerrar hasta el martes. Y Wister seguía en el Aigle Noir. ¿Estaría esperándole a él solamente, esperando que cambiara de parecer y dijese que sí? Sería gracioso que el doctor Perrier y Wister estuvieran confabulados, que entre los dos hubiesen sobornado a los laboratorios Ebberle-Valent para que le dieran informes malos. ¿Y si Gauthier, el pequeño mensajero de las malas noticias, estaba también metido en el asunto? Como una pesadilla en la que los elementos más extraños unen sus fuerzas contra... contra el que sueña. Pero Jonathan sabía que no estaba soñando. Sabía que el doctor Perrier no estaba a sueldo de Stephen Wister. Tampoco lo estaban los del Ebberle-Valent. Y no era un sueño el empeoramiento de su estado, el hecho de que la muerte estaba más cerca de lo que se había imaginado. Aunque lo mismo le ocurría a todo aquel que vivía un día más. Jonathan veía la muerte y el proceso de envejecimiento como un declive, una pendiente hacia abajo, por decirlo literalmente. La mayoría de la gente tenía la oportunidad de tomárselo poco a poco, a partir de los cincuenta y cinco años o de la edad en que empezara a aflojar el paso, descendiendo hasta los setenta o la edad que le tocara. Jonathan se dio cuenta de que su muerte iba a ser igual que caer por un precipicio. Cuando intentaba «prepararse», su mente titubeaba y evitaba pensar en ello. Su actitud, o su espíritu, aún tenía treinta y cuatro años y quería vivir.

La casa de los Trevanny, de un gris azulado bajo la luz crepuscular, estaba completamente a oscuras. Era una casa bastante sombría, y eso les había hecho gracia a Jonathan y Simone cuando la compraron cinco años antes. «La casa de Sherlock Holmes», solía llamarla Jonathan cuando la comparaba con otra que les ofrecían en Fontainebleau. «Sigo prefiriendo la casa de Sherlock Holmes», recordó que había dicho en una ocasión. La casa tenía aire de 1890 y hacía pensar en luces de gas y barandillas brillantes, aunque, al instalarse en ella, hacía tiempo que nadie sacaba

brillo a la madera que había en la casa. A pesar de todo, uno sacaba la impresión de que hubiera sido posible dar a aquella casa cierto encanto finisecular. Las habitaciones eran más bien pequeñas, pero estaban dispuestas de manera interesante, el jardín era un espacio rectangular lleno de rosales muy descuidados, pero al menos eran rosales y había bastado limpiarlo un poco para que quedase decente. Y el pórtico de cristal festoneado que había en lo alto de la escalinata posterior, su pequeño porche acristalado, le había hecho pensar en Vuillard y Bonnard. Pero ahora le parecía que los cinco años que llevaban en la casa no habían conseguido borrar su lobrete. El nuevo papel pintado haría más alegre el dormitorio, sí, pero era sólo una habitación. La casa todavía no estaba pagada: les faltaban todavía tres años para saldar la hipoteca. Un piso como el que ocuparon en Fontainebleau durante su primer año de casados les habría salido más barato, pero Simone estaba acostumbrada a vivir en una casa con jardín —vivía en una casa así en Nemours, antes de casarse— y a Jonathan, como inglés que era, también le gustaban los jardines, aunque fuesen pequeños. Nunca se lamentó de que la casa se llevase una parte tan grande de sus ingresos.

En lo que pensaba Jonathan mientras subía los escalones de la puerta principal no era tanto en el resto de la hipoteca como en el hecho de que probablemente moriría en aquella casa. Era más que probable que nunca conociese otra casa, una casa más alegre, con Simone. Pensaba que la casa de Sherlock Holmes ya llevaba varias décadas de existencia al nacer él y duraría varias décadas más después de su muerte. Pensó que había sellado su destino al escoger aquella casa. Algún día lo sacarían de ella con los pies por delante, puede que todavía con vida, pero agonizando, y nunca más volvería a entrar en ella.

Jonathan se llevó una sorpresa al ver que Simone estaba en la cocina, jugando a las cartas con Georges. Simone levantó los ojos y sonrió, luego Jonathan vio que recordaba que él tenía que llamar al laboratorio de París aquella tarde. Pero no podía hablar de ello estando Georges presente.

—El viejo avaro decidió cerrar temprano hoy —dijo Simone—. No había clientes.

—¡Estupendo! — dijo Jonathan—. ¿Qué tal van las cosas en este garito?

—¡Estoy ganando! — dijo Georges en francés.

Simone se levantó y siguió a Jonathan hasta el vestíbulo. Le miró con expresión interrogante mientras él colgaba la gabardina.

—No hay nada de que preocuparse —dijo Jonathan, pero Simone le hizo señas para que entrase con ella en la sala de estar—. Parece ser que he empeorado un poquitín, pero no me encuentro peor, así que da lo mismo. Ya estoy hartito. Vamos a tomarnos un Cinzano.

—Estabas preocupado a causa de esa historia, ¿verdad, Jon?

—Sí. Es cierto.

—Me gustaría saber quién la puso en circulación —entornó los ojos con expresión rencorosa—. ¿Gauthier no te dijo quién se la había contado?

—No. Como dijo Gauthier, se trataba de un error, de una exageración.

Jonathan estaba repitiendo lo que ya le había dicho antes a Simone. Pero sabía que no se trataba de ningún error, que era una historia calculada, muy calculada.

Jonathan se encontraba ante la ventana del dormitorio del primer piso, contemplando cómo Simone tendía la colada en el jardín. Había fundas de almohada, los pijamas de Georges, una docena de pares de calcetines de Georges y Jonathan, dos camisones blancos, sujetadores, los pantalones color beige que Jonathan se ponía para trabajar... todo menos sábanas, ya que éstas las enviaba Simone a la lavandería, pues para ella las sábanas bien planchadas tenían importancia. Simone llevaba pantalones de *tweed* y un jersey ligero, de color rojo, que se le pegaba al cuerpo. Su espalda parecía fuerte y flexible al inclinarse ante el voluminoso cesto ovalado, del que ahora sacaba paños de cocina. El día era hermoso, soleado, y en la brisa había un anticipo del verano.

Jonathan se las había arreglado para escaparse de ir a Nemours a comer con los padres de Simone, los Foussadier. Por regla general, él y Simone iban allí cada dos domingos. A no ser que Gérard, el hermano de Simone, pasara a recogerlos en el coche, tomaban el autobús para ir a Nemours. En casa de los Foussadier almorzaban copiosamente con Gérard y su esposa y los dos hijos del matrimonio, que también vivían en Nemours. Los padres de Simone siempre mimaban a Georges, siempre tenían algún regalo para él. Alrededor de las tres de la tarde el padre de Simone, Jean-Noel, conectaba el televisor. A menudo Jonathan se aburría, pero acompañaba a Simone porque le parecía lo correcto y porque respetaba la unidad de las familias francesas.

—¿Te encuentras bien? — le había preguntado Simone, al rogarle él que no fueran a casa de los Foussadier.

—Sí, querida. Es sólo que hoy no tengo ganas; además me gustaría preparar la tierra para los tomates. ¿Por qué no vas tú con Georges?

Así que Simone y Georges se fueron en el autobús del mediodía. Simone, antes de irse, puso los restos de un *boeuf bourguignon* en una pequeña cazuela encarnada y colocó ésta sobre el fogón, para que Jonathan sólo tuviese que calentada cuando sintiera hambre.

Jonathan deseaba estar solo. Pensaba en el misterioso Stephen Wister y en su proposición. No es que pensara telefonar a Wister en el Aigle Noire, aunque era muy consciente de que Wister seguía en el hotel, apenas a trescientos metros de distancia. No tenía la menor intención de ponerse en contacto con Wister, aunque la idea le resultaba curiosamente excitante y turbadora, algo inesperado, una pincelada de color en su monótona existencia, y Jonathan quería observada, disfrutar de ella en cierto sentido. También tenía la sensación (que a menudo había sido confirmada) de que Simone podía leer sus pensamientos o, cuando menos, se daba cuenta de cuándo algo le preocupaba. Si aquel domingo parecía distraído, no quería que Simone se diese

cuenta de ello y le preguntara qué le ocurría. Así que Jonathan se puso a trabajar con entusiasmo en el jardín y a soñar despierto mientras trabajaba. Pensó en cuarenta mil libras, suma que le permitiría pagar la hipoteca en el acto, abonar los plazos pendientes de un par de cosas, pintar el interior de la casa cuando hiciera falta, comprar un televisor, guardar una cantidad para que Georges pudiera ir a la universidad, y comprar ropa nueva para Simone y para él mismo. ¡Ah, tranquilidad mental! ¡Sencillamente se acabarían las angustias! Pensó en una figura de la Mafia, tal vez dos: matones fornidos, de pelo negro, moviendo los brazos al ser atrapados por la muerte, desplomándose. Lo que Jonathan era incapaz de imaginarse, mientras hundía la pala en la tierra del jardín, era a sí mismo apretando el gatillo, quizá después de apuntar con el arma la espalda de un hombre. Más interesante, más misteriosa, más peligrosa era la forma en que Wister había conseguido su nombre. Había un complot contra él en Fontainebleau, y de alguna manera había llegado a Hamburgo. Era imposible que Wister le hubiese confundido con otro, porque hasta Wister le había hablado de su enfermedad, de su esposa y de su hijo de corta edad. Alguien a quien Jonathan consideraba un amigo, o cuando menos un conocido amistoso, no albergaba ningún sentimiento de amistad hacia él.

Jonathan pensó que Wister probablemente se iría de Fontainebleau alrededor de las cinco de la tarde. A las tres Jonathan ya había almorzado, puesto en orden unos papeles y recibos que guardaba en el cajón de la mesita del centro de la sala de estar. Luego, felizmente consciente de que no estaba en absoluto cansado, cogió la escoba y la pala, y limpió la parte exterior de las tuberías y del horno *mazout*.

Poco después de las cinco, cuando Jonathan se estaba limpiando el hollín de las manos en el fregadero de la cocina, llegó Simone con Georges y con su hermano Gérard y la esposa de éste, Yvonne. Tomaron una copa en la cocina. Los abuelos habían regalado a Georges una caja redonda llena de golosinas de Pascua, incluyendo un huevo envuelto en papel dorado, un conejo de chocolate, pastillas de goma de distintos colores, todo ello bajo un celofán amarillo que seguía intacto, pues Simone le había prohibido que la abriera, al haber comido ya dulces en Nemours. Georges salió al jardín con los pequeños de los Foussadier.

—¡No pises la tierra blanda, Georges! — gritó Jonathan.

Había pasado el rastrillo por la tierra removida hasta dejada lisa, pero había dejado los guijarros para que Georges los recogiera. Probablemente Georges haría que sus dos amiguitos le ayudasen a llenar con guijarros el carrito encarnado. Jonathan le daba cincuenta céntimos por cada carrito lleno de guijarros, aunque no estuviera lleno del todo; bastaba con que cubriesen el fondo.

Empezaba a llover. Jonathan había entrado la colada unos minutos antes.

—¡El jardín está hecho una maravilla! — dijo Simone—. ¡Mira Gérard!

Hizo una señal a su hermano para que saliese al pequeño porche de atrás.

Jonathan se dijo que probablemente Wister ya estaría en un tren de Fontainebleau a París ó; habida cuenta del dinero que parecía tener, puede que hubiese tomado un taxi para ir de Fontainebleau a Orly. Quizá ya volaba hacia Hamburgo. La presencia de Simone y las voces de Gérard e Yvonne parecían borrar a Wister del Hotel de l'Aigle Noir, convertido casi en un producto de la imaginación de Jonathan. Experimentó también una leve sensación de triunfo por no haber telefonado a Wister, como si ello significase haberse resistido con éxito a alguna clase de tentación.

Gérard Foussadier, electricista, era un hombre pulcro y serio, algo mayor que Simone, con el pelo más rubio que el de ella y bigote castaño recortado cuidadosamente. Su afición era la historia naval y construía modelos de fragatas de los siglos XIX y XVIII en los que instalaba luces eléctricas en miniatura que se encendían completamente o en parte por medio de un interruptor que había en la sala de estar de su casa. El mismo Gérard se reía del anacronismo de que en sus fragatas hubiese luz eléctrica, pero el efecto era hermoso cuando todas las otras luces de la casa estaban apagadas y ocho o diez navíos parecían surcar un mar tenebroso alrededor de la sala.

—Simone nos ha dicho que estabas algo preocupado... por tu salud, Jon —dijo Gérard con voz seria—. Lo siento.

—No demasiado. Es sólo que me he hecho otro chequeo —dijo Jonathan—. El resultado es más o menos el mismo que la vez anterior.

Jonathan estaba acostumbrado a estas frases hechas, que eran como decir «Muy bien, gracias», cuando alguien te preguntaba como estaba. Gérard pareció darse por satisfecho con la respuesta de Jonathan. Era evidente que Simone no le había dicho gran cosa.

Yvonne y Simone hablaban del linóleo. El de la cocina empezaba a estar desgastado delante del fogón y del fregadero. Ya era viejo al comprar la casa.

—¿De veras te encuentras bien, cariño? — preguntó Simone cuando los Foussadier ya se habían ido.

—Mejor que bien. Hasta me atreví a meterle mano al cuarto de las calderas. Al hollín. — Jonathan sonrió.

—Estás loco... Al menos esta noche cenarás como es debido. Mamá insistió en que te trajese tres *paupiettes* del almuerzo, ¡Y son deliciosas!

Alrededor de las once, cuando se disponían a acostarse, Jonathan se sintió súbitamente deprimido, como si sus piernas, todo su cuerpo, se hubiese hundido en algo viscoso, como si anduviera con el barro hasta las caderas. ¿Sería sólo cansancio? Pero parecía más mental que físico. Se alegró cuando apagaron las luces, cuando pudo relajarse teniendo a Simone entre sus brazos, y los brazos de ella alrededor suyo, como hacían siempre al acostarse. Pensó en Stephen Wister (¿se llamaría

realmente así?) y en que en aquel momento probablemente volaba hacia el este, su delgada figura echada sobre el asiento del avión. Jonathan se imaginó la cara de Wister con la cicatriz sonrosada, con aquella expresión desconcertada, tensa, pero Wister ya no pensaría en Jonathan Trevanny. Estaría pensando en otra persona. Seguramente tendría en cartera otros dos o tres candidatos.

La mañana se presentó fría y con niebla. Poco después de las ocho Simone salió con Georges camino de la Ecole Maternelle y Jonathan se quedó en la cocina, calentándose los dedos con un segundo tazón de *café au lait*. El sistema de calefacción no era bueno. Acababan de pasar otro invierno con bastante incomodidad e incluso ahora, en primavera, la casa resultaba fría por la mañana. El horno ya estaba en la casa al comprarla ellos, y era adecuado para los cinco radiadores de abajo, pero no para los otros cinco que ellos, llenos de esperanza, habían instalado en el piso de arriba. Jonathan recordó que ya se lo habían advertido, pero un horno más grande les hubiese costado tres mil francos nuevo y no disponían de tanto dinero.

Encontró tres cartas al pie de la ranura que había en la puerta principal. Una era la factura de la electricidad. Jonathan dio la vuelta a un sobre blanco y cuadrado y vio que en el dorso había el membrete del Hotel de l'Aigle Noir. Lo abrió. Una tarjeta cayó al suelo. Jonathan la recogió y leyó «Stephen Wister chez» escrito a mano encima de:

Reeves Minot  
Agnesstrasse 159  
Winterhude (Alster)  
Hamburg 56  
629-6757

También había una carta.

«1 de abril de 19...

Querido mister Trevanny:

Lamenté no tener noticias tuyas esta mañana ni haberlas tenido esta tarde hasta el momento. Pero en caso de que cambie de parecer, le adjunto una tarjeta con mi dirección en Hamburgo. Si se lo piensa mejor y decide aceptar mi proposición, haga el favor de telefonarme a cualquier hora, diciendo que la llamada me la cobren a mí. O venga a hablar conmigo en Hamburgo. El importe del billete de ida y vuelta se lo mandaré en cuanto tenga noticias tuyas.

De hecho, ¿no sería una buena idea que le viera un especialista de Hamburgo

y le diera otra opinión sobre su enfermedad de la sangre? Tal vez entonces se sentiría más tranquilo.

Regreso a Hamburgo el domingo por la noche.

Atentamente,  
Stephen Wister»

Jonathan se sintió sorprendido, divertido y molesto al mismo tiempo. Más tranquilo. Eso tenía gracia, ya que Wister estaba convencido de que moriría pronto. Si un especialista de Hamburgo le decía «Ach, ya, le quedan sólo uno o dos meses», ¿se sentiría entonces más tranquilo? Jonathan se metió la carta y la tarjeta en el bolsillo posterior del pantalón. Un viaje de ida y vuelta a Hamburgo gratis. Wister pensaba en todas las formas de tentarle. Resultaba interesante que hubiese enviado la carta el sábado por la tarde, para que la recibiese a primera hora del lunes, aunque Jonathan hubiera podido llamarle a cualquier hora del domingo. Pero el domingo no había recogida de cartas en los buzones de la ciudad.

Eran las ocho y cincuenta y dos minutos. Jonathan pensó en lo que tenía que hacer. Necesitaba más papel para las orlas de los cuadros; lo compraba a una empresa de Melun. Tenía que escribir por lo menos a dos clientes diciéndoles que sus cuadros estaban listos desde hacía más de una semana. Jonathan solía ir: a la tienda los lunes y emplear el tiempo en hacer diversos trabajos, aunque no abría, ya que era contrario a las leyes francesas abrir seis días a la semana.

Llegó a la tienda a las nueve y cuarto, levantó la persiana verde de la puerta y volvió a cerrar ésta con llave, después de colocar el cartelito de «FERME». Pasó un rato haciendo diversas cosas y pensando en Hamburgo. Tal vez fuera conveniente conocer la opinión de un especialista alemán. Dos años antes había consultado a un especialista de Londres, que le había dicho lo mismo que sus colegas franceses, por lo que Jonathan estaba convencido de que los diagnósticos eran correctos. Puede que los alemanes fuesen algo más concienzudos o estuvieran más al día. ¿Y si aceptaba el viaje de ida y vuelta que Wister le ofrecía? (Jonathan escribía la dirección en una postal, copiándola de su fichero.) Pero entonces quedaría obligado con Wister. Se dio cuenta de que estaba acariciando la idea de matar a alguien por cuenta de Wister, no por Wister, sino por el dinero. Un mafioso. Todos los mafiosos eran unas criminales, ¿no? Se dijo que, de todos modos, siempre podría devolverle el dinero a Wister si aceptaba su ofrecimiento. La mala era que en aquel momento no podía sacar fondos del banco, porque no tenía dinero suficiente en él. Si de veras quería asegurarse de su estada, en Alemania (a también en Suiza) se lo podían decir. Allí tenían aún las mejores médicas del mundo, ¿no? Jonathan colocó junta al teléfono la tarjeta del proveedor de papel de Melun, para que no se le olvidase llamar al día siguiente. El del papel tampoco abría los lunes. Y quién sabía si la proposición de Wister no sería factible. Durante unos instantes se vio a sí misma volando en pedazos al verse

atrapada por el fuego cruzada de los policías alemanes: le echarían el guante justa después de disparar contra el italiano. Pera aunque él muriese, Simone y Georges recibirían las cuarenta mil libras. Jonathan volvió a la realidad. No iba a matar a nadie, no. Pera Hamburgo, ir a Hamburgo, parecía una ganga, una oportunidad, aunque allí le dieran noticias espantosas. Al menos se enteraría de la verdad. Y si Wister le pagaba ahora, podría devolverle el dinero en unos tres meses, si hacía economías, no compraba ropa y ni siquiera se tomaba alguna cerveza en el café. Le daba miedo decírselo a Simone, aunque ella estaría de acuerda, desde luego, ya que se trataba de ver a otro médica, seguramente un médica excelente. Las economías saldrán del bolsillo del propio Jonathan.

Alrededor de las once Jonathan pidió conferencia con el número de Wister en Hamburgo y dijo que él pagaría la llamada. Al cabo de tres a cuatro minutos sonó el teléfono y le pusieron con el número solicitado; se oía mejor que cuando llamaba a París.

Sí, Wister al habla —dijo Wister con voz tensa.

—He recibida su carta esta mañana —dijo Jonathan—. La idea de ir a Hamburgo...

—Sí, ¿por qué no? —dijo despreocupadamente Wister.

—Quiero decir que la idea de ver a un especialista...

—Le mandaré un giro postal ahora mismo. Puede recogerlo en la estafeta de Fontainebleau. Seguramente tardará un par de horas. — Es... es usted muy amable. Una vez esté ahí, podré... ¿Puede venir hoy mismo? ¿Esta noche? Tenga sitio en casa para usted. — No sé si pueda ir hoy... Bueno ¿por qué no? — Vuelva a llamarme cuando tenga el billete. Dígame a qué hora llegará. Estaré en casa todo el día.

El corazón de Jonathan latía un poco de prisa cuando colgó el aparato.

Al llegar a casa a la hora del almuerzo, Jonathan subió al dormitorio para ver si tenía la maleta a mano. La encontró encima del armario, donde permanecía desde sus últimas vacaciones en Aries, hacía casi un año. — Querida —dijo a Simone—. Hay algo importante. He decidido ir a Hamburgo para que me vea un especialista.

¿Ah, sí?... ¿Te la sugirió Perrier?

—Bueno... de hecho, no. La idea ha sido mía. No me importaría conocer la opinión de un médico alemán. Ya sé que es un gasto. — ¡Oh Jon! ¡Gasta!... ¿Has recibida noticias esta mañana? Aunque el informe del laboratorio llegará mañana, ¿no es así?

—Sí. Pero siempre dicen lo mismo, cariño. Quiera una opinión nueva.

—¿Cuándo quieres irte?

—Pronto. Esta semana.

Poco antes de las cinco de la tarde Jonathan se presentó en la estafeta de correos de Fontainebleau. El dinero ya había llegada. Presentó su *carte d'identité* y le dieron

seiscientos francos. De la estafeta se fue al *Syndicat d'Initiatives* de la Place Franklin Roosevelt, que estaba sólo un par de travesías más allá, y compró un billete de ida y vuelta a Hamburgo en un avión que salía del aeropuerto de Orly a las nueve y veinticinco de aquella misma noche. Se dio cuenta de que tendría que darse prisa y eso le gustó, ya que le impedía pensar, titubear. Volvió a la tienda y llamó a Hamburgo; esta vez dijo que la llamada la pagarían allí.

Luego llamó a un cliente que tenía que pasar a recoger un cuadro importante y le dijo que cerraría el martes y el miércoles por «motivos de familia», la que era una excusa corriente. Tendría que dejar un aviso en la puerta del establecimiento que dijese lo mismo. Pensó que no tenía importancia, puesta que los comerciantes de la ciudad solían cerrar unos cuantos días por un motivo u otro. En una ocasión Jonathan había visto un cartelita que rezaba: "Cerrado por resaca». Jonathan cerró la tienda y se fue a casa a preparar la maleta. A la sumo estaría en Hamburgo dos días, a menos que el hospital a la que fuera insistiese en que se quedara más tiempo para hacerle unas análisis. Había consultada en la guía de ferrocarriles qué trenes había para París. El de las siete le iría bien. Tenía que ir a París y luego a Les Invalides para coger el autobús con destino a Orly. Cuando Simone regresó a casa con Georges, Jonathan ya había bajada la maleta al vestíbulo.

¿Esta noche? — dijo Simone.

—Cuanta antes, mejor, querida. Tuve un impulso. Volveré el miércoles, puede que incluso mañana por la noche.

—Pero... ¿dónde podré localizarte? ¿Has reservada habitación en un hotel?

—No. Tendré que mandarte un telegrama, querida. No te preocupes.

¿Ya has quedado de acuerdo con el doctor? ¿Cómo se llama?

—Todavía no lo sé. Sólo he oído hablar del hospital.

Se le cayó el pasaporte al tratar de meterlo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Nunca te había visto así —dijo Simone.

Jonathan le sonrió.

—Al menos... ¡salta a la vista que no estoy al borde del colapso! Simone quería ir con él hasta la estación de Fontainebleau-Avon y volver luego en autobús, pero Jonathan le suplicó que no fuera.

—Te mandaré un telegrama en cuanto llegue —dijo Jonathan.

¿Dónde está Hamburgo? — preguntó Georges por segunda vez.

—¡*Allemagne!*... ¡Alemania! — dijo Jonathan. Por suerte encontró un taxi en la Rue de France. El tren entraba en la estación de Fontainebleau-Avon al llegar Jonathan quien apenas tuvo tiempo de adquirir el billete y subir a él. Más tarde cogió un taxi de la Gare de Lyon a Les Invalides. Le sobraba algún dinero de los seiscientos francos. Durante un rato no iba a preocuparse por el dinero.

En el avión dormitó un poco con una revista sobre el regazo. Se imaginaba que

era otra persona. El avión parecía llevarse velozmente a esta persona nueva, alejándola del hombre que se había quedado en la sombría casa de la Rue Saint Merry. Se imaginó a otro Jonathan ayudando a Simone a retirar los platos en aquel momento, charlando de cosas aburridas como el precio del linóleo para el suelo de la cocina.

El avión tomó tierra. El aire era cortante y mucho más frío. Había una autopista larga e iluminada y luego las calles de la ciudad; edificios inmensos que se alzaban hacia el firmamento nocturno, faroles de forma y color distintos de los de Francia.

Y allí estaba Wister, sonriendo, acercándose a él con la mano derecha extendida.

—¡Bienvenido, mister Trevanny! ¿Ha tenido buen viaje?... Tengo el coche aquí mismo. Espero que no le haya importado venir a la terminal. Mi chófer... bueno, no es mi chófer sino uno que utilizo a veces... ha estado ocupado hasta hace unos minutos.

Se dirigieron hacia el exterior. Wister siguió hablando con su acento americano, nasal: A excepción de la cicatriz, nada en él hacía pensar en la violencia. Jonathan se dijo que era demasiado calmado, lo cual, desde el punto de vista psiquiátrico, podía resultar de mal agüero. ¿Quizá sólo se trataba de una úlcera? Wister se detuvo junto a un Mercedes-Benz negro y limpiísimo. Un hombre de más edad, que no llevaba gorra, se hizo cargo de la maleta de Jonathan y sujetó la puerta mientras éste y Wister subían al coche.

—Le presento a Kart —dijo Wister.

—Buenas noches —dijo Jonathan. Karl sonrió y musitó algo en alemán.

El viaje fue largo, Wister le enseñó el Rathaus, «el más antiguo de toda Europa y las bombas no pudieron con él», y una iglesia grande o una catedral cuyo nombre se le escapó a Jonathan. Él y Wister iban sentados en la parte trasera. Entraron en una zona de la ciudad que tenía un aire más rural, cruzaron otro puente y cogieron una carretera más oscura.

—Ya hemos llegado —dijo Wister—. Mi casa.

El coche acababa de hacer un viraje para coger una calzada empinada y se detuvo junto a una casa grande donde había varias ventanas iluminadas y una entrada también iluminada y bien cuidada.

—Es una casa antigua con cuatro pisos, y yo ocupo uno de ellos —explicó Wister—. Hay montones de casas así en Hamburgo. Acondicionadas. Desde aquí tengo una buena vista del Alster. Es el Aussen Alster, el grande. Mañana verá más cosas.

Subieron a un ascensor moderno. Karl, que llevaba la maleta de Jonathan, apretó un timbre y una mujer de mediana edad, con un delantal blanco sobre un vestido negro, abrió la puerta y sonrió.

—Le presento a Gaby —dijo Wister—. Mi asistente a horas convenidas. Trabaja para otra familia de esta casa y duerme allí, pero le dije que tal vez deseáramos

comer algo. Gaby, *Herr Trevanny ausFrankreich*

La mujer saludó amablemente a Jonathan y se hizo cargo de su gabardina. Tenía la cara redonda, de budín, y parecía ser la encarnación de la buena voluntad.

—Lávese ahí dentro, si lo desea —dijo Wister, indicando un cuarto de baño cuya luz ya estaba encendida—. Le serviré un whisky escocés. ¿Tiene apetito?

Cuando Jonathan salió del cuarto de baño, las luces —cuatro lámparas— estaban encendidas en el espacioso comedor rectangular. Wister estaba sentado en un sofá verde, fumándose un puro. En la mesita de café, delante de Wister, había dos vasos de whisky.

Gaby entró en seguida con una bandeja de emparedados y un queso redondo, amarillo claro.

—Ah, gracias, Gaby. Es tarde para Gaby —añadió Wister, dirigiéndose a Jonathan—. Pero cuando le dije que tendría un invitado, insistió en quedarse para servir los emparedados —aunque estaba de buen humor, Wister seguía sin sonreír. De hecho, juntó las cejas con expresión de ansiedad mientras Gaby disponía los platos y la cubertería de plata. Al salir Gaby, Wister dijo—: ¿Se encuentra usted bien? Ahora lo principal es la visita al especialista. He pensado en uno de los mejores, el doctor Heinrich Wentzel, que es hematólogo en el Eppendorfer Krankenhaus, el principal de los hospitales de aquí. Famoso en todo el mundo. Le he concertado visita para mañana a las dos, si le va bien.

—Desde luego. Gracias —dijo Jonathan.

—Así podrá recuperar sueño perdido. Espero que a su esposa no le importase demasiado que se marchara tan repentinamente... Después de todo, consultar con más de un médico, cuando se tiene una enfermedad seria, es lo más inteligente...

Jonathan solamente le escuchaba a medias. Se sentía un poco mareado y también algo aturdido a causa de la decoración del piso, por el hecho de que se suponía que todo aquello era alemán y aquélla era la primera vez que él visitaba Alemania. El mobiliario era bastante convencional y más moderno que antiguo, aunque había un hermoso escritorio Biedermeier apoyado en la pared enfrente de él. La mitad inferior de las paredes estaba cubierta por unas estanterías bajas llenas de libros, había cortinas largas y verdes en las ventanas, y las lámparas de los rincones diseminaban la luz de una manera agradable. Sobre el cristal de la mesita de café había una caja de madera púrpura; estaba abierta y presentaba un surtido de cigarros y cigarrillos en sus diversos compartimentos. La chimenea era blanca y sus accesorios eran de bronce, pero el fuego no estaba encendido. Sobre ella, en la pared, había un cuadro bastante interesante que parecía un Derwatt. ¿Y dónde estaba Reeves Minot? Jonathan supuso que Wister era Minot. ¿Iba Wister a confirmárselo o daba por sentado que Jonathan ya se había percatado de ello? A Jonathan se le ocurrió que él y Simone deberían pintar o empapelar toda la casa de blanco. Tenía que quitarle de la cabeza la idea de

empapelar el dormitorio con papel estilo art nouveau. Si lo que buscaban era más luz, lo lógico era optar por el color blanco...

¿Por casualidad no habrá pensado un poco más acerca de la otra proposición? —decía Wister en voz baja—. La idea de que le hablé en Fontainebleau.

—Me temo que sobre eso no he cambiado de parecer —dijo Jonathan—. A propósito... como es obvio, le debo seiscientos francos —Jonathan sonrió forzosamente. Empezaba a sentir los efectos del whisky y cuando se dio cuenta de ello, bebió nerviosamente un poco más—. Se los puedo devolver en tres meses. Ahora, para mí lo esencial es el especialista. Lo primero es lo primero.

—Desde luego —dijo Wister—. Y no piense en devolverme el dinero. Es absurdo.

Jonathan no tenía ganas de discutir, pero se sintió ligeramente avergonzado. Más que nada se sentía extraño, como si estuviera soñando o no fuese él mismo. Pensó que se trataría del aspecto extranjero que tenía todo lo que le rodeaba.

—Este italiano al que queremos eliminar —dijo Wister, cruzando las manos detrás de la cabeza y levantando los ojos hacia el techo tiene un trabajo rutinario. ¡Ja! ¡Es gracioso! No hace más que fingir que es un empleo con un horario regular. Merodea por los clubs que hay cerca de la Reeperbahn, haciendo ver que es aficionado al juego, y finge que trabaja como enólogo y estoy seguro de que tiene un compinche en la... comoquiera que llamen aquí a la fábrica de vino. Va a la fábrica todas las tardes, pero pasa las veladas en alguno de los clubs privados, jugando un poco en las mesas y viendo con quién puede trabar conocimiento. Las mañanas se las pasa durmiendo, porque se acuesta al amanecer. Bueno, vamos al grano —dijo Wister, incorporándose—. Cada tarde coge el U-bahn para volver a casa... la casa consiste en un piso de alquiler. Lo tiene alquilado por seis meses y también tiene un empleo de seis meses con los del vino, para que todo parezca legítimo... ¡Coja un emparedado!

Wister le acercó la bandeja como si acabase de darse cuenta de que los emparedados estaban allí.

Jonathan cogió un emparedado de lengua. Había también ensalada de col y encurtido sazonado con semillas de eneldo.

—Lo importante es que se apea del U-bahn en la estación de la Steinstrasse cada día alrededor de las seis y cuarto. Siempre va solo y parece cualquier otro hombre de negocios volviendo de la oficina. Queremos liquidarlo a esa hora —Wister extendió sus huesudas manos con las palmas hacia abajo—. El asesino dispara una sola vez si consigue apuntarle en la mitad de la espalda, puede que dos veces para estar más seguros, deja caer el arma y se acabó lo que se daba, como suele decirse. ¿Qué le parece?

—Si tan fácil resulta, ¿por qué me necesitan a mí? —Jonathan consiguió sonreír

cortésmente—. Yo soy un aficionado, en el mejor de los casos. Seguro que haría una chapuza.

Wister pareció no oírle.

—Puede que la policía detenga a la gente que haya allí en aquel momento. O a algunas personas. ¿Quién sabe? Treinta, puede que cuarenta si la poli llega a tiempo. La estación es inmensa, es la que tiene correspondencia con la terminal del ferrocarril. Puede que registren a la gente. Supongamos que le registran a usted — Wister encogió los hombros—. Usted se habrá desembarazado del arma. Se habrá cubierto la mano con una media fina y también se librerá de la media a los pocos segundos de haber hecho fuego. No tendrá marcas de pólvora ni habrá huellas dactilares en el arma. Usted no tiene ninguna relación con el muerto. Bueno, en realidad las cosas no llegarán tan lejos. Pero bastará un vistazo a su tarjeta de identidad francesa, el hecho de que le habrá visitado el doctor Wentzel, y quedará libre de toda sospecha. Lo que me interesa, lo que nos interesa es que no queremos a nadie que esté relacionado con nosotros o con los clubs...

Jonathan le escuchó sin hacer comentario alguno. Pensaba que el día del asesinato tendría que estar en un hotel. No convenía que se hospedase en casa de Wister, no fuera el caso que algún policía le pidiera la dirección. ¿Y Karl y la asistenta? ¿Sabían del asunto? ¿Eran dignos de confianza?

«Todo eso es una tontería», pensó Jonathan y sintió deseos de sonreír, pero no lo hizo.

—Está usted cansado —le informó Wister—. ¿Quiere ver su habitación? Gaby ya ha dejado su maleta allí.

Quince minutos después Jonathan ya llevaba el pijama, después de ducharse con agua caliente. La ventana de su habitación daba a la parte delantera de la casa, igual que las dos ventanas de la sala de estar, y desde ella Jonathan divisó una superficie de agua en la que había luces a lo largo de la orilla más próxima; también se veían las luces rojas y verdes de los barcos amarrados. El panorama era oscuro, pacífico y espacioso. El haz de un reflector barrió el cielo. La cama tenía un ancho de tres cuartos y estaba cuidadosamente preparada. En la mesita de noche había un vaso de algo que parecía agua y un paquete de maïs Gitane, su marca preferida, así como un cenicero y cerillas. Jonathan bebió un sorbo del vaso y comprobó que, efectivamente, era agua.

## 6

Jonathan se hallaba sentado en el borde de la cama, sorbiendo el café que Gaby acababa de traerle. El café era como a él le gustaba: fuerte y con un poco de crema espesa. Se había despertado a las siete y había vuelto a dormirse hasta que Wister llamó a la puerta a las diez y media.

—No se disculpe. Me alegra que haya dormido —dijo Wister—. Gaby le ha preparado un poco de café. ¿O prefiere té?

Wister añadió que le había reservado habitación en el Hotel... Victoria, se llamaba en inglés. Irían allí antes del almuerzo. Jonathan le dio las gracias. No volvieron a hablar del hotel, pero Jonathan pensó que aquello era el principio, como había pensado antes de acostarse. Si iba a encargarse del plan de Wister, no debía alojarse en su casa. Sin embargo, Jonathan se alegró al pensar que en un par de horas dejaría de estar bajo el techo de Wister.

Un amigo o conocido de Wister, llamado Rudolf no sé qué, llegó sobre el mediodía. Rudolf era joven, delgado, tenía el pelo negro y estirado, y era nervioso y cortés. Wister dijo que era estudiante de medicina. Evidentemente no hablaba inglés. A Jonathan le recordó las fotos de Franz Kafka que había visto. Subieron todos al coche, conducido por Karl, y se dirigieron hacia el hotel de Jonathan. Todo parecía tan nuevo comparado con Francia. Entonces Jonathan recordó que Hamburgo había sido arrasado por las bombas. El coche se detuvo en una calle de aspecto comercial. El hotel era el Victoria.

—Aquí todo el mundo habla inglés —dijo Wister—. Le esperaremos aquí.

Jonathan entró en el hotel. Un botones se había hecho cargo de la maleta en la puerta. Se inscribió, consultando su pasaporte británico para no equivocarse de número. Pidió que le subieran la maleta a la habitación, como Wister le había dicho que hiciera. Jonathan advirtió que el hotel era de mediana categoría.

Luego fueron a un restaurante para almorzar. Karl no comió con ellos. Antes de comer, bebieron una botella de vino sentados a la mesa y Rudolf se puso más alegre. Rudolf hablaba en alemán y Wister tradujo algunas de las cosas agradables que dijo. Jonathan pensaba en las dos, la hora en que debía presentarse en el hospital.

—Reeves... —dijo Rudolf, dirigiéndose a Wister.

A Jonathan ya le había parecido oírsele decir antes, pero esta vez no hubo confusión posible. Wister... Reeves Minot... se lo tomó con calma. Y Jonathan también.

—Anémico —dijo Rudolf, mirando a Jonathan.

—Peor —dijo Jonathan y sonrió.

—*Schlimmer* —dijo Reeves Minot y siguió hablando en alemán con Rudolf, un alemán que a Jonathan se le antojó tan torpe como el francés que hablaba Reeves,

aunque probablemente resultaba igualmente adecuado.

La comida era excelente y las raciones enormes. Reeves había traído sus puros. Pero tuvieron que salir para ir al hospital antes de acabar de fumárselos.

El hospital era un conjunto inmenso de edificios situados entre árboles y senderos bordeados por flores. Karl se había encargado otra vez de conducir el coche. El ala del hospital a la que debía ir Jonathan parecía un laboratorio del futuro; había habitaciones a ambos lados de un pasillo, igual que en un hotel, sólo que estas habitaciones contenían sillas o camas cromadas y estaban iluminadas por fluorescentes o lámparas de diversos colores. En el aire flotaba un olor que no era de desinfectante, sino de algún gas misterioso, sobrenatural, un olor que recordaba el que Jonathan había notado cinco años antes, al encontrarse bajo el aparato de rayos X que no le había curado de su leucemia. Jonathan pensó que se encontraba en la clase de lugar en el que el profano se rinde por completo ante los especialistas omniscientes. Inmediatamente se sintió débil, casi a punto de desmayarse. En aquel instante Jonathan caminaba por un pasillo que parecía interminable y cuyo suelo estaba insonorizado.

Le acompañaba Rudolf, que, en caso necesario, haría las veces de intérprete. Reeves se había quedado en el coche con Karl, aunque Jonathan no estaba seguro de si pensaban esperarle ni de cuánto tiempo duraría el reconocimiento.

El doctor Wentzel, un hombre grueso, de pelo gris y bigote de morsa, sabía un poco de inglés, pero no trataba de construir frases largas. «¿Cuánto tiempo?» Seis años. Jonathan fue pesado, interrogado sobre si últimamente había perdido peso, desnudado de cintura para arriba, y el doctor le palpó el bazo. Durante todo el reconocimiento, el doctor musitó cosas en alemán que una enfermera anotaba en un bloc. Le tomaron la presión, le examinaron los párpados, le sacaron muestras de orina y de sangre, y finalmente le extrajeron una muestra de médula del esternón con un instrumento que parecía un taladro y que funcionaba más aprisa y causaba menos molestias que el del doctor Perrier. Le dijeron que tendrían los resultados a la mañana siguiente. El reconocimiento duró sólo unos cuarenta y cinco minutos.

Jonathan y Rudolf salieron del hospital. El coche estaba a varios metros de la entrada, entre otros automóviles estacionados en la zona reservada para tal fin.

—¿Qué tal ha ido?... ¿Cuándo sabrá el resultado? — preguntó Reeves—. ¿Qué prefiere: volver a mi casa o ir al hotel?

—Me parece que el hotel, gracias.

Jonathan, aliviado, se hundió en un rincón del asiento posterior del coche. Rudolf daba la impresión de estar cantándole las alabanzas del doctor Wentzel a Reeves. Al cabo de unos minutos llegaron al hotel.

—Vendremos a recogerle para la cena —dijo alegremente Reeves—. A las siete.

Jonathan recogió la llave y subió a su habitación. Se quitó la chaqueta y se echó

boca abajo en la cama. Después de dos o tres minutos se levantó y fue hasta el escritorio. En un cajón había papel de cartas. Tomó asiento y empezó a escribir:

«4 de abril de 19...

Mi querida Simone:

Acaban de hacerme un reconocimiento y mañana sabré los resultados. El hospital es muy eficiente y el doctor se parece al emperador Francisco José. ¡Dicen que es el mejor hematólogo del mundo! Sea cual sea el resultado que me den mañana, me sentiré más tranquilo por el simple hecho de conocerlo. Con un poco de suerte puede que llegue a casa mañana antes de que recibas ésta, a menos que el doctor Wentzel quiera someterme a más pruebas.

Ahora mismo bajaré a ponerte un telegrama, sólo para decirte que estoy bien. Te echo de menos y pienso en ti y en Caïlloux.

*A bientôt* con todo mi amor,  
Jon

Jonathan colgó en el armario su mejor traje, que era azul oscuro, dejó el resto de sus cosas en la maleta, y bajó a echar la carta. La noche antes, en el aeropuerto, había hecho efectivo un cheque de viajeros por valor de diez libras, extraído de un talonario viejo en el que quedaban tres o cuatro. Redactó un telegrama breve para Simone diciéndole que estaba bien y que acababa de enviarle una carta. Luego salió, tomó nota del nombre de la calle y del aspecto del barrio lo que más le llamó la atención fue un enorme anuncio de una marca de cerveza— y fue a dar un paseo.

Las aceras estaban repletas de transeúntes y de gente que iba de compras; muchas personas llevaban un perro tejonero sujeto con una correa. En las esquinas había vendedores ambulantes de fruta y de periódicos. Jonathan se detuvo ante un escaparate lleno de suéteres muy bonitos. También había una elegante bata de seda color azul celeste, expuesta sobre un fondo de pieles de cordero color crema. Empezó a calcular el precio en francos, pero lo dejó correr, ya que no estaba realmente interesado. Cruzó una avenida muy concurrida por la que circulaban tranvías y autobuses, y llegó a un canal sobre el que había un puente para peatones, pero decidió no pasar al otro lado. Optó por ir a tomarse un café. Se dirigió hacia una cafetería de aspecto agradable en cuyo escaparate había un surtido de pastas y pasteles. Dentro había un mostrador y también mesitas. Jonathan no se decidió a entrar. De repente se dio cuenta de que tenía un miedo espantoso a lo que el informe diría la mañana siguiente. Experimentó una sensación de vacío a la que ya estaba acostumbrado, una sensación de fragilidad, como si estuviera hecho de papel de seda, y de frío en la frente, como si la vida se le estuviera evaporando.

Lo que Jonathan sabía también, o al menos lo sospechaba, era que por la mañana recibiría un informe falso. Desconfiaba de la presencia de Rudolf. Un estudiante de

medicina. Rudolf no le había ayudado, porque no le había necesitado. La enfermera del doctor Wentzel hablaba inglés. ¿No cabía la posibilidad de que Rudolf escribiera un informe falso aquella noche? ¿Que se las compusiera para sustituir con él el verdadero? Jonathan llegó incluso a imaginarse a Rudolf hurtando papel con el membrete del hospital durante la visita de aquella tarde. Luego se dijo a sí mismo que tal vez estaba perdiendo el juicio.

Dio media vuelta y emprendió el regreso al hotel por el camino más corto. Llegó al Victoria, pidió la llave y entró en la habitación. Luego se quitó los zapatos, entró en el baño, mojó una toalla y se echó con la toalla tapándole la frente y los ojos. No tenía sueño, sólo una sensación muy rara. Reeves Minot era extraño. Adelantarle seiscientos francos a un desconocido, hacerle aquella proposición insensata, prometiéndole más de cuarenta mil libras. No podía ser verdad. Reeves Minot nunca cumpliría lo acordado. Reeves Minot parecía vivir en un mundo de fantasía. A lo mejor ni siquiera era un delincuente, sino que estaba algo chiflado, un tipo que vivía a fuerza de delirios de grandeza y poder.

El teléfono despertó a Jonathan. Una voz de hombre le dijo en inglés:

—Un caballero le espera abajo, señor.

Jonathan consultó su reloj y vio que eran las siete y uno o dos minutos.

¿Hará el favor de decirle que bajaré dentro de dos minutos?

Jonathan se lavó la cara, se puso un jersey con cuello de cisne y luego una chaqueta. También cogió el abrigo. Karl estaba solo en el coche. ¿Ha pasado una tarde agradable, señor? — preguntó en inglés. Mientras hablaban de cosas sin importancia, Jonathan pudo comprobar que

Karl tenía un vocabulario inglés muy extenso. ¿A cuántos desconocidos habría transportado Karl por cuenta de Reeves Minot? ¿A qué creería Karl que se dedicaba Reeves? A lo mejor a Karl sencillamente le daba lo mismo. ¿A qué se suponía que se dedicaba Reeves?

Karl volvió a detener el coche en la calzada que formaba pendiente y esta vez Jonathan subió solo en el ascensor hasta el segundo piso. Reeves Minot, vestido con unos pantalones de franela gris y un suéter, le recibió en la puerta.

—¡Adelante! ¿Se ha tomado las cosas con calma esta tarde?

Bebieron whisky. La mesa estaba puesta para dos y Jonathan dio por sentado que aquella noche iban a estar solos. — Me gustaría que viera una foto del hombre en quien pienso —dijo Reeves, levantándose del sofá y acercándose a su escritorio Biedermeier.

Sacó algo de un cajón. Tenía dos fotografías, una de frente y la otra de perfil, en la que el sujeto aparecía entre otras personas inclinadas ante una mesa. La mesa era de ruleta. Jonathan miró la foto de frente, que era clara como las de los pasaportes. El hombre tendría unos cuarenta años, la cara cuadrada y carnosa de muchos italianos, y

empezaban a formársele mofletes entre los rebordes de la nariz y sus labios abultados. Sus ojos eran negros, cautelosos, casi asustados, pero en su débil sonrisa había también una expresión de orgullo. Reeves dijo que el sujeto se llamaba Salvatore Bianca.

—Esta foto —dijo Reeves, señalando la del grupo— fue tomada en Hamburgo hace una semana *aproximadamente*. El tipo ni siquiera juega, sólo mira. Este es uno de los raros momentos en que mira la rueda... Probablemente Bianca ha matado a media docena de hombres, de lo contrario no le emplearían como sicario. Pero no es un mafioso importante. Es de los que se pueden sacrificar. Simplemente para que la bola empiece a rodar, ¿comprende? — siguió hablando mientras Jonathan apuraba su whisky. Reeves le sirvió otro—. Bianca siempre lleva sombrero... fuera de casa, desde luego. Ala corta y copa abollada. Suele llevar un abrigo de *tweed*...

Reeves tenía tocadiscos y a Jonathan le hubiese gustado escuchar un poco de música, pero pensó que hubiera sido una grosería pedirle que pusiera un disco, aunque se imaginó a Reeves volando hacia el tocadiscos para poner exactamente lo que le diese la gana. Finalmente Jonathan decidió interrumpirle:

—Un hombre de aspecto corriente, sombrero echado sobre los ojos, el cuello del abrigo subido... ¿y se supone que hay que localizarlo entre la multitud después de ver estas dos fotos?

—Un amigo mío irá en el mismo metro desde la estación Rathaus, que es la que utiliza Bianca, hasta la de Messberg, que es la siguiente y la única que hay antes de llegar a la de Steinstrasse. ¡Mire!

La pregunta había vuelto a poner en marcha a Reeves, quien le enseñó a Jonathan un mapa de Hamburgo que se doblaba como un acordeón y en el que las líneas del metro venían indicadas por medio de puntitos azules.

—Usted subirá al U-bahn con Fritz en la estación Rathaus. Fritz vendrá después de cenar.

Jonathan tenía ganas de decirle que lamentaba decepcionarle y se sentía un poco culpable por haber permitido que Reeves llegase tan lejos. ¿O había sido al revés? No. Reeves había corrido un riesgo de locos. Probablemente estaba acostumbrado a ello, y puede que Jonathan no fuese la primera persona con quien Reeves se había puesto en contacto. Sintió la tentación de preguntarle si era la primera persona, pero la voz de Reeves seguía sonando monótonamente.

—Decididamente, cabe la posibilidad de tener que matar a otro sujeto. No quiero que se llame a engaño...

Jonathan se alegró de que hablase del lado malo del asunto. Hasta el momento, Reeves se lo había pintado todo de color de rosa: aquel asesinato que sería cosa de coser y cantar, los bolsillos llenos de dinero después, y a empezar una vida mejor en Francia o donde fuese, un crucero alrededor del mundo, lo mejor de lo mejor para

Georges (Reeves le había preguntado cómo se llamaba su hijo), una vida más segura para Simone.

«¿Cómo le voy a explicar a Simone el origen de tanta pasta?», se preguntó Jonathan.

—Esto es Aalsuppe —dijo Reeves, cogiendo su cuchara—. Especialidad de Hamburgo. A Gaby le encanta prepararla.

La sopa de anguilas era muy buena. Bebieron un Mosela frío, excelente.

—Hamburgo tiene un zoo de fama mundial, ¿sabe? El Tierpark de Hagenbeck, en Settlingen. Una excursión agradable desde aquí. Podríamos ir mañana por la mañana. Es decir... —de pronto aumentó la expresión preocupada de Reeves—, si no me surge algún imprevisto. Estoy esperando algo. Lo sabré esta noche o mañana a primera hora. Cualquiera hubiese pensado que lo del zoo era un asunto importante.

—Mañana a las once tengo que ir a buscar los resultados en el hospital —dijo Jonathan, sintiéndose desanimado, como si las once de la mañana fuera la hora señalada para su muerte.

—Desde luego. Bueno, puede que vayamos al zoo por la tarde. Los animales están en un... un hábitat natural...

Sauerbraten. Col roja.

Sonó el timbre. Reeves no se levantó y al cabo de un momento entró Gaby para anunciar que *Herr Fritz* había llegado.

Fritz llevaba una gorra en la mano y un abrigo bastante viejo. Tendría unos cincuenta años.

—Este es Paul —dijo Reeves a Fritz, señalando a Jonathan—. Es inglés, Fritz.

—Buenas noches —dijo Jonathan.

Fritz saludó a Jonathan con un gesto amistoso. Jonathan se dijo que Fritz era un tipo duro, aunque tenía una sonrisa afable.

—Siéntate, Fritz —dijo Reeves—. ¿Una copa de vino? ¿Whisky? —Reeves hablaba en alemán—. Paul es nuestro hombre —añadió en inglés, dirigiéndose también a Fritz y sirviéndole una copa de vino blanco.

Fritz asintió con la cabeza.

Jonathan sintió ganas de reírse. Aquellas gigantescas copas de vino parecían sacadas de una ópera wagneriana. Reeves se hallaba sentado de lado en la silla.

—Fritz es taxista —dijo Reeves—. Ha llevado a *Herr Bianca* a su casa muchas tardes, ¿eh, Fritz?

Fritz murmuró algo y sonrió.

—No muchas tardes, sólo un par de veces —dijo Reeves—. Claro que no... —Reeves titubeó, como si no supiera en qué idioma debía hablar, luego siguió dirigiéndose a Jonathan—. Es probable que Bianca no conozca de vista a Fritz. Aunque si le conoce, no importa demasiado, ya que Fritz se apeará en Messberg. Lo

importante es que usted y Fritz se encontrarán cerca de la estación Rathaus del U Bahn mañana, y entonces él le indicará a nuestro... nuestro Bianca. Fritz volvió a asentir con la cabeza; al parecer entendía todo lo que Reeves decía.

Hablaban de mañana. Jonathan escuchó en silencio.

—Bien, los dos cogerán el metro en la estación Rathaus, eso será sobre las seis y cuarto. Lo mejor será que estén allí justo antes de las seis, puesto que Bianca podría adelantarse por algún motivo, aunque es bastante regular y coge casi siempre el de las seis y cuarto. Kart le llevará en el coche, Paul, así que no hay nada que deba preocuparle. No se acercarán el uno al otro, usted y Fritz, pero puede que Fritz tenga que coger el metro, el mismo metro que usted y Bianca, para poder señalárselo más claramente. En cualquier caso, Fritz se apea en Messberg, la siguiente parada.

Luego Reeves dijo algo en alemán a Fritz y extendió una mano. De uno de sus bolsillos interiores Fritz extrajo un pequeño revólver negro y se lo dio a Reeves. Este miró hacia la puerta, como temiendo que Gaby entrase en aquel momento, aunque no parecía muy ansioso y el arma era apenas más grande que la palma de su mano. Después de manosearlo torpemente unos instantes, Reeves consiguió abrir el revólver y examinó sus cilindros.

—Está cargado. Tiene seguro. Aquí. Entiende algo de armas, Paul?

Jonathan tenía leves nociones. Reeves le enseñó cómo funcionaba, ayudado por Fritz. El seguro, eso era lo importante. Tenía que asegurarse de cómo se quitaba. El arma era italiana.

Fritz tenía que irse. Se despidió de Jonathan haciendo un gesto con la cabeza.

—*Bis morgen! Um sechs!*

Reeves le acompañó hasta la puerta. Luego volvió del vestíbulo con un abrigo de *tweed* color marrón rojizo; no era un abrigo nuevo.

—Esto es muy holgado —dijo—. Pruébeselo.

Jonathan no tenía ganas de probárselo, pero se levantó y se puso el abrigo. Las mangas eran algo largas. Jonathan metió las manos en los bolsillos y comprobó, como Reeves le estaba diciendo en aquel momento, que el de la derecha no tenía fondo. Llevaría el revólver en el bolsillo de la chaqueta y lo cogería a través del bolsillo sin fondo del abrigo, luego dispararía, preferiblemente una vez, y lo dejaría caer.

—Verá la multitud —dijo Reeves—, un par de centenares de personas. Usted retrocederá, como todo el mundo, a causa de la detonación.

Reeves se lo demostró inclinando el cuerpo hacia atrás y retrocediendo. Bebieron unas copas de Steinhager con el café. Reeves le hizo preguntas sobre su vida en familia, sobre Simone y sobre Georges. ¿El pequeño hablaba inglés o sólo francés?

—Está aprendiendo algo de inglés —dijo Jonathan—. Yo estoy en desventaja, porque no paso mucho tiempo con él.

Reeves llamó a Jonathan a su hotel poco después de las nueve de la mañana siguiente. Kart le recogería a las diez y cuarenta minutos para llevarle al hospital. Rudolf iría también. Jonathan ya se lo había imaginado.

—Buena suerte —dijo Reeves—. Ya nos veremos.

Jonathan se encontraba en el vestíbulo, leyendo el Times de Londres, cuando entró Rudolf unos minutos antes de lo previsto. Rudolf sonreía tímidamente, con una expresión ratonil. Se parecía más que nunca a Kafka.

—¡Buenos días, *Herr* Trevanny! — dijo.

Rudolf y Jonathan subieron a la parte posterior del coche.

—¡Suerte con el informe! — dijo amablemente Rudolf.

—Tengo intención de hablar con el médico también —dijo Jonathan con igual amabilidad.

Estaba seguro de que el otro lo había entendido, pero Rudolf puso cara de desconcierto y dijo:

—*Wir werden versuchen...*

Jonathan entró en el hospital con Rudolf, aunque éste le había dicho que él mismo se encargaría de recoger el informe y también de preguntar si el doctor Wentzel estaba libre. Karl había hecho de intérprete, por lo que Jonathan lo había entendido todo perfectamente. A decir verdad, Karl parecía neutral y Jonathan pensó que probablemente lo era. A pesar de todo, a Jonathan el ambiente le resultaba raro, como si todo el mundo estuviera interpretando un papel, interpretándolo mal, incluso él mismo. Rudolf habló con una de las enfermeras de recepción y pidió el informe de *Herr* Trevanny.

La enfermera buscó inmediatamente en una caja llena de sobres de diversos tamaños, todos ellos precintados, y sacó uno del formato de una carta comercial con el nombre de Jonathan escrito en él.

—¡...Y el doctor Wentzel? ¿Es posible verle? — preguntó Jonathan a la enfermera.

—¿El doctor Wentzel? — la enfermera consultó un libro, apretó un botón y descolgó un teléfono. Luego habló en alemán durante un minuto, colgó el aparato y, dirigiéndose a Jonathan, le dijo en inglés—: Dice su enfermera que el doctor Wentzel estará ocupado todo el día. ¿Quiere usted que le dé hora para mañana a las diez y media?

—Sí —contestó Jonathan.

—Muy bien. Tomaré nota. Aunque su enfermera dice que encontrará usted mucha... información en el sobre.

Luego Jonathan y Rudolf regresaron al coche. A Jonathan le pareció que Rudolf

se sentía decepcionado. ¿O serían imaginaciones? De todos modos, él, Jonathan, tenía en la mano el grueso sobre, el informe auténtico.

Ya en el coche, Jonathan pidió disculpas a Rudolf y abrió el sobre. Dentro había tres hojas mecanografiadas y Jonathan comprobó en seguida que muchas de las palabras eran iguales que los términos franceses e ingleses con los que estaba familiarizado. La última página, sin embargo, consistía en dos largos párrafos escritos en alemán. Había la misma palabra larga que hacía referencia a los componentes amarillos. El pulso de Jonathan fallaba a los 210.000 leucocitos, una cifra mayor que la del informe francés y más alta de lo que fuera jamás. Jonathan no se esforzó por entender la última página. Al doblar las hojas de nuevo, Rudolf dijo algo con tono cortés y extendió la mano. Muy a su pesar, Jonathan le entregó el informe. ¿Qué otra cosa iba a hacer? ¿Y qué más daba? Rudolf ordenó a Karl que siguiera conduciendo.

Jonathan miró por la ventanilla. No pensaba pedirle a Rudolf que le explicase lo que decía el informe. Prefería descifrarlo él mismo con la ayuda de un diccionario, o pedirle a Reeves que se lo tradujese. Las orejas empezaban a zumbarle. Se reclinó en el asiento y trató de respirar hondo. Rudolf le miró de reojo y se apresuró a bajar la ventanilla.

—*Meine Herrn, Herr Minot* —dijo Karl por encima del hombro—, les espera a los dos para almorzar. Luego quizás el zoo.

Rudolf profirió una carcajada y replicó en alemán.

Jonathan pensó pedir que lo llevaran nuevamente al hotel. Pero, ¿qué iba a hacer allí? ¿Sudar con el informe, incapaz de entenderlo? Rudolf quería apearse en alguna parte. Karl lo dejó junto a un canal y Rudolf extendió una mano y estrechó con firmeza la de Jonathan. Luego Karl siguió conduciendo hacia el domicilio de Reeves Minot. La luz del sol centelleaba sobre las aguas del Alster. Las pequeñas embarcaciones ancladas allí se balanceaban alegremente y otras dos o tres navegaban de un lado a otro, sencillas y limpias como juguetes nuevos.

Gaby le abrió la puerta. Reeves estaba hablando por teléfono, pero terminó pronto.

—¡Hola, Jonathan! ¿Qué noticias trae?

—No demasiado buenas —dijo Jonathan, parpadeando. La luz del sol resultaba cegadora en la habitación pintada de blanco.

—¿Y el informe? ¿Puedo verlo? ¿Usted lo entiende todo?

—No, no todo.

Jonathan le entregó el sobre.

—¿Ha podido ver al doctor?

—Estaba ocupado.

—Siéntese, Jonathan. Quizá le sentaría bien una copa.

Reeves fue a coger una de las botellas que había en una de las estanterías.

Jonathan se sentó en el sofá y echó la cabeza hacia atrás. Se sentía vacío y desanimado, pero al menos de momento no parecía que fuese a desmayarse.

—¿El informe es peor de los que le han dado en Francia? — preguntó Reeves, acercándose a él con un vaso de whisky con agua.

—Más o menos —dijo Jonathan.

Reeves echó un vistazo a la última página, a la prosa.

—Tiene que vigilar las heridas pequeñas. Eso es interesante.

«Y nada nuevo», pensó Jonathan. Sangraba fácilmente. Jonathan esperó el comentario de Reeves. De hecho, esperaba que le tradujese el informe.

—¿Rudolf se lo ha traducido?

—No. Aunque la verdad es que no se lo pedí.

—«...no puedo decir si esto representa o no un empeoramiento de su estado, ya que no he visto ningún... diagnóstico anterior... bastante peligroso en vista del período transcurrido... etcétera». Se lo traduciré palabra por palabra, si así lo desea —dijo Reeves—. Necesitaré el diccionario para traducirle algunas palabras, pero entiendo lo esencial.

—Entonces dígame solamente lo esencial.

—La verdad es que se lo podían haber redactado en inglés —dijo Reeves. Y volvió a recorrer la página con los ojos—, «...una considerable granulación de las células así como... de la sustancia... amarilla. Dado que ya se ha sometido a un tratamiento con rayos X, no es aconsejable que vuelva a someterse a él por el momento, toda vez que las células leucémicas se vuelven inmunes a él...».

Reeves siguió leyendo en voz alta durante unos instantes. Jonathan reparó en que el informe no predecía el tiempo que le quedaba de vida; ni hacía la menor insinuación en tal sentido.

—En vista de que no ha podido ver a Wentzel hoy, ¿quiere que le pida hora para mañana?

Reeves parecía sinceramente preocupado.

—Gracias, pero ya lo he hecho yo mismo. A las diez y media.

—Muy bien. ¿Y dice que su enfermera habla inglés? Entonces no necesitará a Rudolf... ¿Por qué no se echa un rato?

Reeves colocó uno de los cojines en el extremo del sofá. Jonathan se recostó con un pie en el suelo y el otro colgando por encima del brazo del sofá. Se sentía débil y amodorrado, como si pudiera dormir varias horas. Reeves se acercó a la ventana soleada, hablando del zoo. Dijo algo sobre un animal raro —Jonathan se olvidó de cuál casi al instante— que en el zoo habían recibido poco antes de Sudamérica. Una pareja de ellos. Reeves dijo que tenían que verlos. Jonathan pensaba en Georges tirando de su carrito lleno de guijarros. *Cailloux*. Sabía que no viviría para ver crecer a Georges; que no llegaría a oír cómo cambiaba de voz. De pronto se incorporó,

apretó los dientes y trató de recobrar fuerzas.

Gaby entró con una enorme bandeja.

—Le pedí a Gaby que preparase un almuerzo frío. Así podremos comer cuando sienta apetito —dijo Reeves.

Hubo salmón frío con mayonesa. Jonathan no pudo comer mucho, pero el pan moreno, la mantequilla y el vino tenían buen sabor. Reeves hablaba de Salvatore Bianca, de la conexión entre la Mafia y la prostitución, de su costumbre de emplear prostitutas en sus establecimientos de juego, y de quedarse con el noventa por ciento de las ganancias de las chicas.

—Extorsión —dijo Reeves—. El dinero es su objetivo... el terror es su método. ¡Ahí tiene Las Vegas! Los chicos de Hamburgo, por el contrario, no quieren nada de prostitutas —dijo Reeves con aire de santurronería—. Desde luego hay chicas, unas cuentas, ayudando en la barra, por ejemplo. Puede que sean asequibles, pero no en el mismo local. ¡Desde luego que no!

Jonathan apenas le escuchaba y ciertamente no pensaba en lo que Reeves decía. Jugeteó con la comida, sintió que la sangre le subía a las mejillas y en silencio inició un debate consigo mismo. Probaría lo del asesinato. Y no porque creyese que iba a morir en el plazo de unos días o semanas, sino simplemente porque el dinero era útil. Porque quería dárselo a Simone y a Georges. Cuarenta mil libras o noventa y seis mil dólares o... Supuso que sería solamente la mitad si no había que cometer otro asesinato o si le atrapaban después del primero. — Pero creo que lo hará, ¿verdad? — preguntó Reeves, limpiándose los labios con una servilleta blanquísima. Se refería a disparar el revólver aquella noche. — Si algo me pasa —dijo Jonathan—, ¿se encargará de que mi esposa reciba el dinero? — Pero... —la cicatriz de Reeves se movió al sonreír—. ¿Qué puede pasarle? Sí, claro, me encargaré de que su esposa reciba el dinero.

—Pero si algo ocurre... si solamente hay que cometer un asesinato...

Reeves apretó los labios como si no tuviera ganas de contestar.

—Entonces recibirá sólo la mitad del dinero. Pero lo más probable es que sean dos, si he de serie franco. El pago completo después del segundo. ¡Pero eso es espléndido! — sonrió y fue la primera vez que Jonathan veía una sonrisa auténtica en su cara—. Ya verá qué fácil es lo de esta noche. Y después lo celebraremos... si está usted de humor.

Alzó las manos sobre la cabeza y dio unas palmadas. Jonathan se figuró que era un gesto de júbilo, pero se trataba de una señal para Gaby.

La asistenta entró a recoger los platos.

—«Veinte mil libras», pensó Jonathan. No resultaban tan impresionantes como las cuarenta mil, pero siempre era mejor que morirse dejando sólo los gastos del entierro.

El café. Luego el zoo. Los animales que Reeves quería enseñarle eran dos criaturitas de color claro, parecidas a osos. Había bastante gente contemplándolos y Jonathan no consiguió verlos bien. Tampoco le interesaban demasiado. En cambio, sí pudo ver perfectamente unos leones que parecían estar libres de verdad. A Reeves le preocupaba la posibilidad de que Jonathan se fatigase. Eran casi las cuatro.

Ya de vuelta en casa de Reeves, éste insistió en darle a Jonathan una píldora diminuta, de color blanco, diciendo que se trataba de un «ligero sedante».

—¡Pero si no necesito ningún sedante! — dijo Jonathan. Se sentía bastante tranquilo, incluso se encontraba bien.

—Será mejor que se lo tome. Por favor, hágame caso.

Jonathan se tragó la píldora. Reeves le dijo que se echase un rato en el cuarto de los huéspedes. Así lo hizo, aunque no se durmió.

Reeves entró a las cinco para decirle que Karl no tardaría en pasar a recogerle para llevarle al hotel. El abrigo estaba en el hotel de Jonathan. Reeves le dio una taza de té azucarado que no tenía mal sabor. Jonathan supuso que en la taza solamente había té. Reeves le dio el revólver y volvió a mostrarle cómo funcionaba el seguro. Jonathan se lo guardó en el bolsillo de los pantalones.

—¡Hasta la noche! — dijo alegremente Reeves.

Karl le llevó al hotel y le dijo que le esperaría. Jonathan calculó que disponía de unos cinco o diez minutos. Se lavó los dientes con jabón porque el dentífrico lo había dejado en casa para Simone y Georges y aún no había comprado otro tubo; después encendió un Gitane y permaneció un rato mirando por la ventana, hasta que se dio cuenta de que no veía nada, que ni siquiera pensaba en nada. Entonces abrió el armario y sacó el abrigo holgado. Estaba usado, pero no demasiado. ¿De quién habría sido? Pensó que era apropiado, porque así, vistiendo ropa ajena, podría fingir que se trataba de una comedia, que el revólver era de fogeo. Pero Jonathan sabía qué era exactamente lo que estaba haciendo. No sentía la menor piedad por el mafioso al que iba a matar (o al menos eso esperaba). Se dio cuenta de que tampoco sentía piedad por sí mismo. La muerte era la muerte. Aunque por motivos distintos, su vida y la de Bianca ya no tenían ningún valor. El único detalle interesante era que a Jonathan le iban a pagar por matar a Bianca. Se metió el arma en el bolsillo de la chaqueta y luego hizo lo mismo con la media de nilón. Comprobó que moviendo los dedos, podía enfundarse la mano con la media. Con gestos nerviosos limpió el revólver con la media, para eliminar huellas dactilares, reales o imaginarias. Al disparar, tendría que apartar un poco el abrigo del costado; de lo contrario, la bala se lo agujerearía. No tenía sombrero. Resultaba curioso que a Reeves no se le hubiese ocurrido proporcionarle uno. Pero ya era demasiado tarde para preocuparse por ello.

Jonathan salió de la habitación y cerró firmemente la puerta.

Karl le esperaba de pie en la acera, junto al automóvil. Abrió la portezuela para

que Jonathan subiese. Jonathan se preguntó cuánto sabría Karl. ¿Y si estaba enterado de todo el asunto? Se disponía a decirle a Karl que lo llevase a la estación Rathaus del U-bahn, cuando el chófer, hablando por encima del hombro, le dijo:

—Tiene que reunirse con Fritz en la estación Rathaus. ¿No es así, señor?

—Sí —dijo Jonathan, aliviado.

Se arrellanó en un rincón y sus dedos rozaron ligeramente el arma. Se entretuvo quitando y poniendo el seguro, recordando que para quitarlo había que empujarlo hacia adelante.

—*Herr* Minot me sugirió este lugar, señor. La entrada está en la acera de enfrente —Karl abrió la portezuela, pero no se apeó, porque la calle estaba llena de automóviles y gente—. *Herr* Minot me dijo que fuera a recogerle en su hotel a las siete y media, señor —agregó Karl.

—Gracias.

Durante unos instantes, al oír el golpe de la portezuela que se cerraba, Jonathan se sintió perdido. Buscó a Fritz con la mirada. Jonathan se encontraba en un cruce importante cuyos rótulos rezaban «Gr. Johannesstrasse» y «Rathausstrasse». Al igual que en Londres, Piccadilly por ejemplo, la estación de U-bahn, al parecer, tenía cuatro entradas debido al gran número de calles que se cruzaban en aquel punto. Buscó la figura bajita de Fritz con la gorra sobre la cabeza. Un grupo de hombres, como jugadores de fútbol con abrigo, bajó corriendo los escalones del U-bahn y entonces vio a Fritz, apostado tranquilamente junto a la barandilla de metal de las escaleras.

El corazón le dio un salto como si acabara de encontrarse con una amante en el punto secreto de reunión. Con un gesto, Fritz le indicó los escalones y él mismo empezó a bajar por ellos.

Jonathan no quitaba ojo de la gorra de Fritz, aunque ahora habría unas quince personas o más entre ellos. Fritz se puso a un lado del gentío. Evidentemente Bianca aún no había hecho su aparición en escena y tendrían que esperarle. Alrededor de Jonathan se oían voces que hablaban en alemán, alguna carcajada, y alguien gritó:

«¡*Wiedersehen, Marx!*».

Fritz se encontraba junto a la pared, a unos tres o cuatro metros de él, y Jonathan se dejó llevar hacia allí, aunque procurando mantenerse a una distancia prudente. Pero antes de que Jonathan llegase a la pared, Fritz asintió con la cabeza y se apartó diagonalmente de ella, dirigiéndose hacia una de las taquillas. Jonathan compró su billete. Fritz siguió avanzando, confundido entre la multitud. Les taladraron los billetes. Jonathan sabía que Fritz acababa de avistar a Bianca, pero él no alcanzaba a verle.

Había un tren parado en la estación. Fritz echó a correr hacia uno de los vagones y Jonathan le imitó. En el vagón, que no iba demasiado lleno, Fritz se quedó de pie,

sujetándose a una barra vertical de metal cromado. Luego se sacó un periódico del bolsillo e hizo un gesto con la cabeza, sin mirar a Jonathan.

Entonces Jonathan vio al italiano, más cerca de él que de Fritz: era un hombre moreno, de rostro cuadrado, que llevaba un elegante abrigo gris con botones forrados de cuero marrón y sombrero del mismo color; miraba hacia adelante, como si estuviera sumido en sus pensamientos, y en su mirada había cierta expresión de enojo. Jonathan volvió a mirar a Fritz, que fingía leer el periódico, y cuando sus ojos se cruzaron Fritz movió la cabeza afirmativamente y le dirigió una leve sonrisa de confirmación.

En la parada siguiente, Messberg, Fritz se apeó. Jonathan volvió a mirar al italiano, brevemente, aunque no parecía probable que su mirada sacara al italiano de su ensimismamiento. ¿Y si Bianca, en vez de apearse en la estación siguiente, permanecía en el vagón hasta alguna estación remota en la que apenas bajara nadie más?

Pero Bianca se acercó a la puerta cuando el convoy comenzó a aminorar la marcha. Steinstrasse. Jonathan tuvo que hacer un esfuerzo, sin empujar a nadie, por permanecer justo detrás del italiano. Había un tramo de escalones que subían. La multitud, unas ochenta o cien personas, se apiñó, haciéndose más densa, ante los escalones y empezó a subir lentamente. El abrigo gris de Bianca se hallaba justo enfrente de Jonathan y todavía les faltaban un par de metros para llegar a los escalones. Jonathan pudo ver algunas canas entre los cabellos negros que cubrían la nuca del italiano, donde había también una especie de hoyo, como la cicatriz dejada por algún grano.

Jonathan empuñaba el revólver con la mano derecha, ya fuera del bolsillo de la chaqueta. Quitó el seguro. Apartó el abrigo hacia un lado y apuntó al centro del abrigo gris.

Se oyó una fuerte detonación.

Jonathan dejó caer el arma, se detuvo y retrocedió hacia la izquierda al mismo tiempo que de la multitud surgía una exclamación colectiva. Jonathan fue tal vez uno de los pocos que permanecieron callados.

Bianca se había desplomado y un grupo de personas se apiñaba a su alrededor, formando un círculo irregular.

—... *Pistole...*

—... *erschossen...!*

El revólver se encontraba en el suelo de cemento. Alguien se dispuso a recogerlo, pero tres o cuatro personas se lo impidieron. Mucha gente, por indiferencia o porque tenía prisa, empezó a subir los escalones. Jonathan se desplazó un poco a la izquierda para dar la vuelta al corro de gente que rodeaba a Bianca. Llegó a la escalera. Un hombre gritaba llamando a la «¡Polizei!». Jonathan apretó el paso, aunque no más

que las otras personas que subían hacia la calle.

Jonathan llegó a la calle y sencillamente siguió andando hacia adelante, sin importarle adónde iba. Caminaba a paso moderado y como si supiera adónde iba, aunque no lo sabía. A su derecha vio una inmensa estación de ferrocarril. Reeves la había mencionado. A su espalda no se oían pasos ni otro indicio de que le estuvieran persiguiendo. Moviendo los dedos de la mano derecha, se quitó la media. Pero no quiso tirarla tan cerca de la estación del metro.

—¡Taxi!

Acababa de ver uno libre que se dirigía hacia la estación del ferrocarril. El vehículo se detuvo y Jonathan subió a él. Indicó al taxista el nombre de la calle en que se encontraba su hotel. Se acomodó en el asiento, pero de pronto se dio cuenta de que no paraba de mirar a diestra y siniestra, como esperando encontrar un policía gesticulando, señalando el taxi y ordenando al conductor que se detuviera. ¡Absurdo! Estaba totalmente libre de sospecha.

Sin embargo, tuvo la misma sensación al entrar en el Victoria, como si la ley hubiese encontrado su dirección en alguna parte y le estuviese aguardando en el vestíbulo. Pero no. Jonathan entró silenciosamente en su habitación y cerró la puerta. Hurgó en el bolsillo, el bolsillo de la americana, buscando la media, pero no la encontró. Se le habría caído en alguna parte.

Las siete y veinte minutos. Jonathan se quitó el abrigo, lo dejó caer sobre una silla tapizada y se fue a buscar los cigarrillos que se había olvidado de llevar consigo. Inhaló el humo consolador de un Gitane. Dejó el cigarrillo sobre el borde del lavabo, se lavó la cara y las manos, luego se desnudó de cintura para arriba y se lavó con una toalla y agua caliente.

Se estaba poniendo un suéter cuando sonó el teléfono.

—*Herr* Kart le espera abajo, señor.

Jonathan bajó al vestíbulo. Llevaba el abrigo sobre el brazo. Quería devolvérselo a Reeves, quitárselo de la vista de una vez por todas.

—¡Muy buenas tardes, señor! — dijo Karl, sonriendo de oreja a oreja, como si hubiese oído la noticia y la considerase buena.

Ya en el coche, Jonathan encendió otro pitillo. Era la noche del miércoles. Le había dicho a Simone que quizás estaría de vuelta en casa aquella misma noche, aunque probablemente ella no recibiría su carta hasta la mañana siguiente. Pensó en los dos libros que debía devolver el sábado a la «Bibliothèque pour tous» junto a la iglesia de Fontainebleau.

Jonathan volvió a encontrarse en el cómodo piso de Reeves. Prefirió entregarle el abrigo a éste que a Gaby. Jonathan se sentía embarazado.

—¿Qué tal está, Jonathan? — preguntó Reeves, tenso y preocupado—. ¿Cómo ha ido?

Gaby les dejó, y Jonathan y Reeves entraron en la sala de estar.

—Creo que bien —dijo Jonathan.

Reeves sonrió un poco, e incluso aquel poco hizo que su cara pareciera radiante.

—Muy bien. ¡Estupendo! No tenía noticia, ¿sabe?... ¿Puedo ofrecerle champán, Jonathan? ¿O whisky escocés? ¡Siéntese!

—Whisky escocés.

Reeves se inclinó ante las botellas y en voz baja preguntó:

—¿Cuántos?... ¿Cuántos disparos, Jonathan?

—Uno.

De repente Jonathan se preguntó qué iba a pasar si el italiano no había muerto. ¿Acaso no era muy posible que así fuera? Jonathan cogió el whisky que Reeves le ofrecía.

Reeves tenía en la mano una copa de champán y la levantó para brindar por Jonathan.

—¿Ninguna dificultad? ¿Fritz lo hizo bien?

Jonathan asintió con la cabeza y miró al soslayo hacia la puerta por donde entraría Gaby si volvía.

—Esperemos que haya muerto. Acaba de ocurrírseme que... quizá no lo esté.

—Oh, lo que ha hecho servirá, aunque no esté muerto. ¿Le vio caer?

—Sí, sí.

Jonathan suspiró y al instante se dio cuenta de que apenas respiraba desde hacía varios minutos.

—Puede que la noticia ya haya llegado a Milán —dijo alegremente Reeves—. Una bala italiana. No es que la Mafia utilice siempre armas italianas, pero ha sido un bonito toque. Pertenece a la familia Di Stefano. Un par de tipos de la familia Genotti están también en Hamburgo y tenemos la esperanza de que las dos familias se liden a tiros una con otra.

Reeves ya se lo había dicho antes. Jonathan se sentó en el sofá. Reeves empezó a dar paseos de un lado a otro. Se le veía muy satisfecho.

—Si le parece bien, pasaremos una velada tranquila aquí mismo —dijo Reeves—. Si alguien llama, Gaby le dirá que no estoy en casa.

—¿Gaby y Karl...? ¿Saben algo del asunto?

—Gaby, nada. En cuanto a Karl, no importa que lo sepa. Sencillamente no le interesa. Trabaja para otras personas además de para mí, y está bien pagado. Le interesa no saber nada, si usted me entiende.

Jonathan le entendía. Pero la información que Reeves acababa de darle no le hizo sentirse más tranquilo.

—A propósito... me gustaría regresar a Francia mañana.

Lo cual significaba dos cosas: que Reeves podía pagarle o disponer que se le

pagase allí mismo y que cualquier otro encargo tendrían que discutirlo aquella misma noche. Jonathan tenía intención de negarse a cumplir otra misión, fuese cual fuese el precio que le ofrecieran, pero pensó que tenía derecho a la mitad de las cuarenta mil libras por lo que acababa de hacer.

—¿Por qué no, si así lo desea? — dijo Reeves—. No olvide que tiene que ir al hospital mañana por la mañana.

Pero Jonathan no quería volver a ver al doctor Wentzel. Se humedeció los labios. Su informe era malo y su estado peor. Y había otro elemento: el doctor Wentzel con sus bigotes de morsa representaba la «autoridad», y Jonathan pensaba que correría peligro si volvía a encontrarse ante el doctor. Era consciente de que no pensaba con lógica, pero esa era la impresión que tenía.

—En realidad, no veo ningún motivo para verle otra vez... ya que no me quedaré en Hamburgo. Cancelaré la cita mañana a primera hora. El doctor tiene mi dirección de Fontainebleau para enviarme la factura.

—No puede mandar francos desde Francia —dijo Reeves con una sonrisa—. Envíeme la factura cuando la reciba y no se preocupe más por eso.

Jonathan lo dejó correr, aunque no quería en modo alguno que el nombre de Reeves constase en el cheque que recibiría el doctor Wentzel. Se dijo que había llegado el momento de ir al grano, es decir, de hablarle a Reeves de su dinero. En vez de ello, se reclinó en el sofá y con acento bastante amable dijo:

—¿Qué hace usted aquí? Me refiero a en qué trabaja.

—Trabajo... —Reeves titubeó, aunque la pregunta no pareció turbarle lo más mínimo—. En varias cosas. Por ejemplo, busco cosas para los tratantes de arte de Nueva York. Todos los libros que ve allí —señalo una de las estanterías— son de arte, principalmente de arte alemán, con los nombres y direcciones de los individuos que poseen algo interesante. En Nueva York hay demanda de cuadros de pintores alemanes. Luego, por supuesto, también busco entre los pintores jóvenes de aquí y los recomiendo a galerías de arte y coleccionistas de Estados Unidos. Texas compra muchas cosas. Se llevaría usted una sorpresa.

Jonathan estaba sorprendido. Si lo que decía era verdad, Reeves Minot debía de juzgar los cuadros con la frialdad de un contador Geiger. ¿Era posible que Reeves fuera un buen juez? Se había dado cuenta de que el cuadro que colgaba sobre la chimenea —una cama color rosa en la que yacía una persona anciana, ¿hombre o mujer?— era un Derwatt auténtico. Pensó que debía de ser valiosísimo y que evidentemente era propiedad de Reeves.

—Una adquisición reciente —dijo Reeves, observando que Jonathan contemplaba el cuadro—. Regalo... de un amigo agradecido, por decirlo de algún modo.

Daba la impresión de querer añadir algo pero, al mismo tiempo, de pensar que no debía hacerla.

Durante la cena, Jonathan quiso abordar de nuevo el asunto del pago, pero no se sintió capaz, y Reeves se puso a hablar de otras cosas. Del patinaje sobre hielo que en invierno practicaba en el Alster, de trineos a vela, raudos como el viento y que a veces chocaban unos con otros. Luego, casi una hora más tarde, sentados en el sofá tomando café, Reeves dijo:

—Esta noche no puedo entregarle más de cinco mil francos, lo cual es absurdo. Nada más que calderilla, como si dijéramos —Reeves se acercó a su escritorio y abrió uno de los cajones—. Pero al menos son francos. — Volvió junto a Jonathan con el dinero en la mano—. Podría darle una cantidad igual en marcos también esta noche.

Jonathan no quería marcos, no quería tener que cambiarlos en Francia. Advirtió que los francos eran billetes de cien, agrupados en fajos de diez, tal como los entregaban en los bancos franceses. Reeves dejó los cinco fajos sobre la mesita de café, pero Jonathan no los tocó.

—Verá, no puedo reunir más en tanto los otros no aporten su parte. Cuatro o cinco personas —dijo Reeves—. Pero no hay ninguna duda de que puedo pagarle los marcos.

Jonathan pensó, un tanto vagamente, ya que no era precisamente lo que se dice un buen regateador, que Reeves estaba en una posición débil al tener que pedir el dinero a otra gente después de cometido el acto. ¿No hubiera sido mejor que sus amigos reunieran el dinero antes, formando con él una especie de fideicomiso o, cuando menos, que hubieran proporcionado más dinero?

—No lo quiero en marcos, gracias —dijo Jonathan.

—Claro, desde luego. Me hago cargo. Esa es otra cuestión: su dinero debería ingresarse en una cuenta secreta en Suiza, ¿no le parece? No le conviene ingresarlo en su cuenta en Francia. ¿O es que piensa guardarlo en un calcetín como los franceses?

—Ni pensarlo... ¿Cuándo podrá reunir la mitad? — preguntó Jonathan, como si estuviera seguro de que el dinero estaba en camino.

—En el plazo de una semana. No olvide que podría haber un segundo encargo... para que el primero resultara útil. Tendremos que estudiarlo.

Jonathan se sintió incomodado y trató de disimularlo.

—¿Cuándo lo sabrá?

—También en el plazo de una semana. Puede que en sólo cuatro días. Estaré en contacto con usted.

—Pero... para serle franco... Me parece que lo justo sería algo más de lo que me ha dado esta noche, ¿no cree?

Jonathan sintió que le ardían las mejillas.

—Desde luego. Por esto le he pedido disculpas al entregarle una suma tan

pequeña. Haremos una cosa. Haré cuanto pueda y la próxima noticia que tendrá de mí... a través de mí... será la agradable noticia de que se le ha abierto una cuenta bancaria en Suiza. Recibirá también un estado de cuentas correspondiente a la misma.

Eso parecía mejor.

—¿Cuándo? — preguntó Jonathan.

—En el plazo de una semana. Palabra de honor.

—Es decir... la mitad? — preguntó Jonathan.

—No estoy seguro de poder reunir la mitad antes... Ya se lo he explicado, Jonathan: éste ha sido un pacto por partida doble. Y los chicos que están dispuestos a pagar tanto quieren que el resultado sea el que ellos buscan.

Reeves le miró y Jonathan comprendió que le estaba preguntando en silencio si iba o no a cometer el segundo asesinato. Y en el caso de que la respuesta fuese negativa, que lo dijera ahora mismo.

—Lo entiendo —dijo Jonathan.

Un poco más, incluso una tercera parte del dinero, no estaría mal. Unas catorce mil libras, por ejemplo. Para el trabajo que había hecho, la suma no era nada despreciable. Jonathan decidió no discutir más por el momento.

Volvió a París al día siguiente, en el avión del mediodía. Reeves le había dicho que cancelaría la cita con el doctor Wentzel y Jonathan había dejado el asunto en sus manos. Reeves también le había dicho que le telefonaría el sábado, pasado mañana, en su tienda. Reeves, al acompañarle al aeropuerto, le había enseñado el periódico de la mañana, que traía la foto de Bianca en el andén del U Bahn. Reeves tenía aire triunfal, aunque no dijera nada. No había más pista que el revólver italiano y se sospechaba que el crimen era obra de un asesinato de la Mafia. El periódico calificaba a Bianca de «soldado» o sicario de la Mafia. Aquella mañana, al salir a comprar cigarrillos, Jonathan había visto la primera página de los periódicos en los quioscos, pero no había tenido ganas de comprar uno. Ya a bordo del avión, la azafata sonriente le entregó un periódico. Jonathan lo dejó doblado sobre las rodillas y cerró los ojos.

Eran casi las siete de la tarde cuando Jonathan llegó a casa después de tomar el tren y un taxi. Abrió la puerta con su propia llave.

—¡Jon!

Simone cruzó el vestíbulo para recibirle. Jonathan la rodeó con sus brazos.

—¡Hola, cariño!

—¡Te estaba esperando! — dijo ella, riéndose—. Ahora mismo. No se por qué. ¿Qué noticias traes? Quítate el abrigo. Recibí tu carta esta mañana, diciéndome que quizá llegarías anoche. ¿Estás loco?

Jonathan colgó el abrigo en la percha y alzó en brazos a Georges, que acababa de chocar con sus piernas.

—¿Y cómo está mi diablillo? ¿Cómo está *Cailloux*?

Besó la mejilla de Georges. Le había traído un camión volquete y lo tenía en la bolsa de plástico, con el whisky, pero pensó que el camión podía esperar, y sacó la botella.

—¡Ah, *quel luxe!* — exclamó Simone—. ¿La abrimos ahora?

—¡Insisto! — contestó Jonathan.

Pasaron a la cocina. A Simone le gustaba echar hielo en el whisky; a Jonathan le daba lo mismo.

—Cuéntame lo que te dijeron los médicos.

Simone dejó la bandeja del hielo en el fregadero.

—Pues... vienen a decir lo mismo que los médicos de aquí. Pero quieren probar unos medicamentos conmigo. Ya me avisarán.

En el avión, Jonathan había decidido decirle esto a Simone. Ello le dejaría vía abierta para hacer otro viaje a Alemania. Al fin y al cabo, ¿de qué servía decirle que las cosas estaban o parecían algo peores? ¿Qué podía hacer ella, salvo preocuparse un poco más? El optimismo de Jonathan había ido en aumento durante el viaje en avión: si había salido airosamente del primer episodio, tal vez llevaría a buen término el segundo.

—¿Quieres decir que tendrás que volver allí? — preguntó Simone.

—Es posible —Jonathan contempló cómo servía dos whiskies generosos—. Pero están dispuestos a pagarme por ello. Ya me avisarán.

—¿De veras? — dijo Simone, sorprendida.

—¿Eso es whisky escocés? ¿Y yo... qué me dais a mí? — dijo Georges en inglés, con tal claridad que Jonathan profirió una carcajada.

—¿Quieres probarlo? Bebe un sorbito —dijo Jonathan, ofreciéndole su vaso.

Simone le sujetó la mano.

—¡Tenemos naranjada, Georgie! — le sirvió un poco en un vaso—. ¿Quieres decir que están ensayando una cura determinada?

Jonathan frunció el ceño, aunque seguía sintiéndose dueño de la situación.

—No hay ninguna cura, cariño. Están... van a probar un montón de píldoras nuevas. Más o menos eso es todo lo que sé. ¿Salud! Jonathan se sentía un poco eufórico. Tenía los cinco mil francos en el bolsillo interior de la americana. Estaba a salvo, de momento, a salvo en el seno de su familia. Si todo iba bien, los cinco mil eran simple calderilla, como dijera Reeves Minot.

Simone se apoyó en el respaldo de una de las sillas.

¿Que van a pagarte para que vuelvas? ¿Eso quiere decir que la cosa es peligrosa?

—No. Creo que... sólo representa cierta incomodidad. Volver a Alemania. Lo único que me pagarán será el viaje.

Jonathan no había pensado los detalles: podía decir que el doctor Perrier le

pondría las inyecciones, le administraría las píldoras. Pero pensó que de momento bastaba con decir aquello.

—¿Quieres decir que... te consideran un caso especial?

—Sí. En cierto modo. Claro que no lo soy —dijo, sonriendo. No lo era y Simone lo sabía—. Simplemente puede que quieran hacer algunas pruebas. Todavía no lo sé, cariño.

—Bueno, el caso es que pareces la mar de feliz. Me alegro, querido.

—Vamos a cenar fuera esta noche. Al restaurante de la esquina. Podemos ir con Georges —dijo, haciendo caso omiso de las protestas de Simone—. Vamos, que podemos permitirnoslo.

Jonathan cogió cuatro mil de los cinco mil francos, los metió en un sobre y guardó éste en uno de los ocho cajones de madera de un armario que tenía en la trastienda. El cajón era el penúltimo del armario y no contenía más que trozos de alambres y cordel, así como algunos herretes de agujero reforzado, cosas, en suma, que sólo una persona frugal o excéntrica guardaría, según se decía el mismo Jonathan. Era un cajón que, al igual que el de debajo (Jonathan no tenía idea de lo que éste contenía), no solía abrir jamás, por lo que tampoco Simone lo abriría en las raras ocasiones en que le echaba una mano en la tienda. El cajón donde Jonathan guardaba el dinero era el primero a la derecha, debajo del mostrador de madera. Los restantes mil francos los ingresó el viernes por la mañana en la cuenta indistinta que él y Simone tenían en la Société Générale. Tal vez pasarían dos o tres semanas antes de que Simone cayera en que había mil francos de más, y a lo mejor no haría ningún comentario, aunque viera la cifra en el talonario de cheques. Y si decía algo; Jonathan podría explicarle que algunos clientes habían saldado cuentas repentinamente. Jonathan solía firmar cheques para pagar sus facturas y el talonario lo guardaba en el cajón del * critoire* de la sala de estar, a menos que él o Simone lo sacasen de all  para pagar algo, cosa que ocurría sólo una vez al mes.

Y el viernes por la tarde Jonathan ya había encontrado la forma de gastar parte de los mil francos. Compr  un traje de *tweed* color mostaza para Simone en una tienda de la Rue de France. Le costó trescientos noventa y cinco francos. Se había fijado en el traje hacía varios días, antes de irse a Hamburgo, y había pensado en Simone: el cuello redondo, el *tweed* color amarillo oscuro salpicado de marrón, los cuatro botones color marrón de la chaqueta... todo parecía creado especialmente para Simone. El precio le parecía escandaloso, demasiado elevado. Ahora casi le parecía una ganga, y contemplo con placer cómo la dependienta doblaba el traje cuidadosamente y lo metía en una caja, entre hojas de papel de seda blancas como la nieve. Y la cara que puso Simone al verlo volvió a llenarlo de satisfacción. Era la primera cosa nueva, la primera prenda bonita, que tenía Simone desde hacía dos años, pues los vestidos comprados en el mercado o en el Prisunic no contaban.

— Pero te habría costado un dineral, Jon!

—No... no tanto. Los médicos de Hamburgo me dieron un anticipo... por si tengo que volver all . Bastante generoso. No pienses más en ello.

Simone sonrió. Jonathan se dio cuenta de que no quería pensar en el dinero. No en aquel momento.

—Lo considerará como uno de mis regalos de cumpleaños.

Jonathan sonrió también. El cumpleaños de Simone lo había celebrado hacía casi dos meses.

El sábado por la mañana sonó el teléfono de Jonathan. No era la primera vez que sonaba aquella mañana, pero esta vez era la llamada irregular que denotaba una conferencia.

—Reeves al habla... ¿Cómo va todo?

—Muy bien, gracias.

De repente Jonathan se puso tenso y alerta. Había un cliente en el establecimiento, un hombre que examinaba cuidadosamente las muestras de marcos que había en la pared. Pero Jonathan hablaba en inglés.

—Estaré en París mañana y me gustaría verte. Tengo algo para usted... ya sabe qué —dijo Reeves, que parecía tan tranquilo como de costumbre.

Simone quería que Jonathan la acompañase a comer en casa de sus padres, en Nemours, al día siguiente.

—¿Podríamos vernos a última hora de la tarde... o alrededor de las seis? Mañana almuerzo fuera de casa y no estaré libre antes de esa hora.

—Claro, claro. Me hago cargo. ¡Los almuerzos dominicales de los franceses! Digamos alrededor de las seis. Estaré en el Hotel Cayré, en Raspail.

Jonathan conocía aquel hotel de oídas. Dijo que procuraría estar allí entre las seis y las siete de la tarde.

—Los domingos hay menos trenes.

Reeves le dijo que no se preocupase.

—Hasta mañana.

Evidentemente, Reeves iba a darle parte del dinero. Jonathan pasó a ocuparse del hombre que quería comprar un marco.

El domingo, Simone estaba maravillosa con su traje nuevo. Antes de salir para ir a casa de los Foussadier, Jonathan le pidió que no dijera nada acerca de que los médicos alemanes le estaban pagando.

—¡No soy tonta! — declaró Simone tan rápidamente que a Jonathan le hizo gracia y pensó que en realidad Simone estaba más con él que con sus padres. A menudo le parecía que era al revés.

—Incluso hoy —dijo Simone en casa de los Foussadier— Jon tiene que ir a París para hablar con un colega de los alemanes.

El almuerzo resultó especialmente alegre aquel domingo. Jonathan y Simone habían traído una botella de Johny Walker.

Jonathan tomó el tren de las cuatro cuarenta y nueve procedente de Fontainebleau, ya que no le iba bien ninguno de los que salían de Pierre-Nemours, y llegó a París sobre las cinco y media. Luego cogió el metro. Había una estación de metro justo al lado del hotel.

Reeves había ordenado que, al llegar Jonathan, lo hiciesen subir a su habitación. Reeves estaba en mangas de camisa y, al parecer, había estado leyendo la prensa

echado sobre la cama.

—¡Hola, Jonathan! ¿Cómo va la vida?... Siéntese... donde quiera. Quiero enseñarle algo —buscó en su maleta—:—. Esto... para empezar —le mostró un sobre blanco y cuadrado, saco una hoja mecanografiada del mismo y se la entregó a Jonathan.

La carta estaba redactada en inglés, dirigida a la Swiss Bank Corporation y firmada por Emst Hildesheim. La carta pedía la apertura de una cuenta bancaria a nombre de Jonathan Trevanny, daba la dirección del establecimiento de Fontainebleau, y decía que se adjuntaba un cheque por valor de ochenta mil marcos. La carta era una copia, pero iba firmada.

—¿Quién es Hildesheim? — preguntó Jonathan al mismo tiempo que pensaba que un marco alemán equivalía a cerca de un franco francés y seis décimas partes de otro, por lo que ochenta mil marcos, al cambio, serían algo más de ciento veinte mil francos franceses.

—Un hombre de negocios de Hamburgo... al que he hecho algunos favores. Hildesheim no está sometido a ningún tipo de vigilancia y esto no aparecerá en los libros de su compañía, así que él no tiene motivos para preocuparse. Envié un cheque personal. Lo importante, Jonathan, es que este dinero haya sido depositado a nombre de usted. El giro salió de Hamburgo ayer, de modo que la semana que viene recibirá el número de su cuenta privada. Son ciento veintiocho mil francos franceses — Reeves no sonreía, aunque mostraba aire de satisfacción. Cogió una caja que había sobre el escritorio—. ¿Le apetece un cigarro holandés? Son muy buenos.

Como los cigarros eran algo distinto, Jonathan cogió uno, sonriendo.

—Gracias —lo encendió con la cerilla que Reeves le ofrecía—. Gracias por el dinero también.

Era consciente de que no llegaba a la tercera parte. Tampoco era la mitad. Pero no se atrevió a decirlo.

—Un buen comienzo, sí. Los chicos de los casinos de Hamburgo están muy contentos. Los otros mafiosos que rondan por allí, un par de sujetos de la familia Genotti, dicen que no saben nada de la muerte de Salvatore Bianca, aunque ya era de prever que dirían eso. Lo que queremos hacer ahora es cargarnos a un Genotti, como si fuese la venganza por la muerte de Bianca. Y queremos cargarnos a un pez gordo, un capo... es decir, uno de los que vienen inmediatamente después del jefe supremo, ¿comprende? Hay uno que se llama Vito Marcangelo y que casi todos los fines de semana viaja de Munich a París. Tiene una amiguita en París. Es el jefe del negocio de la droga en Munich... al menos en lo que atañe a su familia. Por cierto hoy día Munich es más activo que Marsella, en lo que se refiere a la droga...

Jonathan le escuchaba lleno de inquietud esperando una oportunidad para decirle que no quería encargarse de otro trabajo. Durante las últimas cuarenta y ocho horas

Jonathan había cambiado de parecer, y resultaba curioso, además, la forma en que la presencia de Reeves le despojaba de su sensación de atrevimiento. Tal vez se debía a que daba más realidad a todo el asunto. Por otra parte, también estaba el hecho de que, al parecer, ya tenía ciento veintiocho mil francos en Suiza. Jonathan se sentó en el borde de una butaca.

—... en un tren en marcha, un tren diurno, el Mozart-Express.

Jonathan meneó la cabeza.

—Lo siento, Reeves. No me siento capaz de ello, de veras.

De pronto Jonathan pensó que Reeves podía bloquear el cheque en marcos. Le bastaría con enviar un telegrama a Hildesheim. Bueno, que hiciera lo que quisiese.

Reeves pareció desanimarse.

—Oh... Bueno... pues lo siento. De verdad. Tendremos que buscar a otro... si usted no quiere hacerla. Me temo que el otro se llevará la mejor parte de las ganancias —Reeves sacudió la cabeza, dio una chupada al cigarrillo y durante unos instantes miró por la ventana. Luego se inclinó y apretó firmemente el hombro de Jonathan—. ¡La primera parte salió tan bien, Jon!

Jonathan se arrellanó en la butaca y Reeves le soltó el hombro. Jonathan se sentía violento, casi obligado a pedir disculpas—. Sí pero... ¿disparar contra alguien en un tren?

Pensó que le detendrían en el acto, que no podría huir a ninguna parte.

—Nada de disparar, no. Resultaría demasiado ruidoso. Querría que lo estrangulase con un «garrotte».

Jonathan apenas daba crédito a sus oídos.

Sin perder la calma, Reeves dijo:

—Se trata de un método de la Mafia. Un cordón delgado, silencioso... ¡Un lazo! Y usted se limitará a apretarlo. Eso es todo.

Jonathan pensó en sus dedos tocando un cuello caliente. Era repugnante.

—¡Ni pensarlo! No sería capaz.

Reeves aspiró hondo y se dispuso a cambiar de marcha.

—Este hombre va bien protegido. Suele viajar con dos guardaespaldas. Pero en un tren... ya sabe, la gente se aburre de estar sentada y sale a pasear un poco por el pasillo; o va al water una o dos veces... o al vagón restaurante, a lo mejor sin los guardaespaldas. Quizá no saldría bien, Jonathan, tal vez no... encontraría la ocasión, pero podría probar... También podría empujarle, arrojarle del tren. Ya sabe que las puertas pueden abrirse mientras el tren está en marcha. Pero el sujeto gritaría... por otra parte, quizá no moriría.

Jonathan pensó que era ridículo, pero no tenía ganas de reírse. Reeves siguió soñando en silencio, con la vista clavada en el techo. Jonathan pensaba que si le detenían por un asesinato o intento de asesinato, Simone no querría tocar el dinero.

Se sentiría horrorizada, avergonzada.

—Sencillamente no puedo ayudarle —dijo Jonathan, levantándose.

—Pero... al menos podría viajar en el mismo tren. Si no se presenta la ocasión de estrangularle, tendremos que pensar en otra cosa puede que en otro capo, en otro método. ¡Pero nos encantaría que fuese ese tipo! Piensa dejar lo de la droga para ocuparse de los casinos de Hamburgo... para organizarlos, según se rumorea —Reeves cambió de tono—. ¿Lo haría con un arma de fuego, Jon?

Jonathan movió la cabeza en sentido negativo.

—No tengo valor para hacerlo. ¡Por el amor de Dios! ¿En un tren? No.

—Eche un vistazo a esto —dijo Reeves, sacando la mano izquierda del bolsillo de los pantalones.

Le enseñó algo que parecía un cordón delgado, blancuzco. En un extremo terminaba en forma de lazo que no se cerraba del todo porque se lo impedía un nudo pequeño que formaba el mismo cordón. Reeves lo arrojó sobre el poste de la cama y tiró violentamente del cordón hacia un lado.

—¿Lo ve? Es lo que los mafiosos llaman «*garrotte*». Nilón. Casi tan fuerte como el alambre. Nadie consigue gruñir más de una vez cuando... —se interrumpió. Jonathan sentía asco. Habría que tocar a la víctima con la otra mano. Y, cuando menos, se necesitarían tres minutos. Reeves pareció desistir de su empeño. Se acercó a la ventana y dio media vuelta.

—Piénselo. Llámeme dentro de un par de días. O ya le llamaré yo. Marcangelo suele abandonar Munich alrededor del mediodía, todos los viernes. Sería ideal que pudiese hacerlo el próximo fin de semana.

Jonathan se dirigió hacia la puerta. Apagó el cigarro en el cenicero de la mesita de noche.

Reeves le miraba con expresión astuta, aunque quizá miraba más allá, pensando ya en otro hombre para el trabajo. Su larga cicatriz, como sucedía cuando estaba debajo de ciertos tipos de luz parecía más gruesa de lo que era en realidad. Probablemente la cicatriz le daba un complejo de inferioridad ante las mujeres. Aunque, ¿cuánto hacía que se la habían hecho? Quizá sólo dos años; no había forma de saberlo a ciencia cierta.

—¿Bajamos a tomar una copa?

—No, gracias —dijo Jonathan.

—Por cierto, ¡quiero enseñarle un libro! —Reeves volvió a buscar en su maleta y extrajo de ella un libro cuya sobrecubierta era de un rojo brillante—. Échele un vistazo. No hace falta que me lo devuelva. Es una maravilla como trabajo de periodismo. Documental. Verá la clase de gente con la que estamos tratando. Pero son hombres de carne y hueso como todo el mundo. Quiero decir que son vulnerables.

El libro se titulaba *Cosecha siniestra: la anatomía del crimen organizado en*

*América.*

—Le telefonaré el miércoles —dijo Reeves—. Si acepta, irá a Munich el jueves y pasará la noche allí. Yo también estaré en Munich, en algún hotel. Luego regresará a París el viernes por la noche en tren.

Jonathan ya tenía la mano en el tirador de la puerta y la abrió.

—Lo siento, Reeves, pero me temo que no hay nada que hacer. Adiós.

Jonathan salió del hotel y cruzó directamente la calle hacia la estación del metro. En el andén, mientras esperaba, se entretuvo leyendo la sobrecubierta del libro. En el dorso había fotografías de frente y perfil de seis o siete hombres malcarados, de ojos negros y duros, expresión siniestra y despreocupada a la vez. Resultaba curioso el parecido de todas las expresiones, tanto si el sujeto tenía la cara gruesa como si ésta era delgada. En el libro había unas cinco o seis páginas de fotografías. Los capítulos llevaban por título el nombre de diversas ciudades norteamericanas: Detroit, Nueva York, Nueva Orleans, Chicago... y en la parte final del libro, además de un índice, había una sección dedicada a mostrar el árbol genealógico de las familias de la Mafia, sólo que toda aquella gente era contemporánea: jefes, subjefes, lugartenientes, sicarios... De éstos había unos cincuenta o sesenta en la familia Genovese, de la que Jonathan había oído hablar. Los hombres eran auténticos y en muchos casos se indicaban direcciones de Nueva York o Nueva Jersey. Jonathan hojeó el libro durante el viaje en tren a Fontainebleau. Leyó algo sobre Willie Alderman alias «Punzón», que mataba a sus víctimas inclinándose hacia ellas, como si fuera a decirles algo al oído, y clavándoles un punzón en el tímpano, uno de esos punzones que se utilizan para cortar hielo. Willie el «Punzón» aparecía fotografiado, sonriente, entre la cofradía del juego de Las Vegas, media docena de hombres con nombre italiano y un cardenal, un obispo y un monseñor (los nombres de éstos también aparecían al pie de la foto), después de que el clero recibiera «un donativo de siete mil quinientos dólares distribuidos a lo largo de cinco años». Sintióse un poco deprimido, Jonathan cerró el libro, luego, tras pasar varios minutos mirando por la ventanilla, volvió a abrirlo. El libro contenía hechos auténticos, al fin y al cabo, y los hechos auténticos resultaban fascinantes.

Jonathan cogió el autobús enfrente de la estación de Fontainebleau-Avon y se apeó en la place que había cerca del chateau; luego echó a andar hacia la Rue de France. Llevaba consigo la llave de la tienda y entró en ella para dejar el libro sobre la Mafia en el mismo cajón donde escondía los francos. Luego salió y se fue a su casa en la Rue Saint Merry.

Cierto martes del mes de abril, al ver el cartelito que rezaba «FERMETURE PROVISOIRE POUR RAISONS DE FAMILLE» en el escaparate del establecimiento de Jonathan Trevanny, Tom Ripley se había dicho que tal vez Trevanny estaba en Hamburgo. De hecho, Tom sentía mucha curiosidad por saber si Trevanny se había ido a Hamburgo, aunque no la suficiente como para telefonar a Reeves y preguntárselo. Luego, un jueves por la mañana, alrededor de las diez, Reeves le había llamado desde Hamburgo y con voz tensa a causa del júbilo reprimido le habla dicho:

—¡Ya está hecho, Tom! Todo... todo ha salido bien. ¡Te lo agradezco Tom!

De momento Tom se había quedado sin habla. ¿De veras se habría encargado Trevanny de hacer el trabajo? Heloise estaba en la sala de estar, de modo que Tom no había podido hablar con libertad, limitándose a decir que se alegraba de la noticia.

—No hizo falta utilizar el informe del falso doctor. ¡Todo salió a la perfección! Anoche.

—Así que... ¿ya está camino de casa otra vez?

—Sí. Llegará esta noche.

Tom no había querido prolongar la conversación. Había pensado en Reeves dándole el cambiaso al informe médico de Jonathan y colocando en su lugar otro que dijese que su estado era peor de lo que realmente era. Él mismo se lo había sugerido en broma, aunque Reeves era capaz de tomárselo en serio. Tom se dijo que era una broma sucia, sin gracia. Y ni siquiera había hecho falta. Sonrió, asombrado. Por el tono alegre de Reeves adivinó que la presunta víctima realmente había muerto. A manos de Trevanny. La sorpresa de Tom era auténtica. El pobre Reeves esperaba que Tom dedicase alguna palabra de elogio a la habilidad con que había organizado el golpe, pero Tom no había podido decir nada. Heloise entendía bastante el inglés y Tom no deseaba correr riesgos. De pronto, Tom decidió echar un vistazo a *Le Parisien Libéré*, el periódico que *madame* Annette compraba todas las mañanas, pero la buena mujer aún no había vuelto de la compra.

—¿Quién era? — preguntó Heloise, sin dejar de hojear las revistas sobre la mesita de café, con el propósito de tirar las más atrasadas.

—Reeves —dijo Tom—. Nada importante.

Reeves aburría a Heloise. No tenía ningún talento para la conversación superficial y daba la impresión de no disfrutar de la vida.

Tom oyó los pasos de *madame* Annette sobre la grava del jardín y se fue a la cocina para recibirla. *Madame* Annette entró por la puerta lateral y sonrió al verle.

¡Le apetecería un poco más de café, *monsieur* Tome? — preguntó el ama de llaves, dejando la cesta sobre la mesa de madera. Una alcachofa asomaba por la parte

superior de la cesta.

—No, gracias, *madame* Annette. Quería echar una ojeada a su Parisien, si me lo permite. Es por las carreras de...

Tom encontró lo que buscaba en la segunda página. No había ninguna foto. Un italiano llamado Salvatore Bianca, de cuarenta y ocho años, había resultado muerto de un balazo en una estación del metro de Hamburgo. Se desconocía la identidad del asesino. El revolver encontrado en el escenario del crimen era de fabricación italiana. Se sabía que la víctima pertenecía a la familia Di Stefano de la Mafia milanesa. El artículo apenas ocupaba ocho centímetros de largo. Pero Tom pensó que podía ser un principio interesante. Quizá llevaría a cosas más grandes. Jonathan Trevanny, aquel hombre de aspecto inocente y decididamente anticuado, había sucumbido ante la tentación del dinero (¿qué otra cosa podía ser, si no?) y perpetrado un asesinato. En cierta ocasión también Tom había sucumbido, en el caso de Dickie Greenleaf.

«¿Será Trevanny uno de los nuestros?», pensó Tom.

Aunque para él, «nosotros» significaba Tom Ripley y nadie más, Sonrió.

El domingo anterior Reeves le había telefoneado desde Orly, abatido, para decirle que de momento Trevanny se negaba a aceptar el encargo y para preguntarle si sabía de otra persona. Tom le había contestado negativamente. Reeves dijo que había escrito una carta a Trevanny, invitándole a ir a Hamburgo para someterse a un reconocimiento médico. La carta llegaría a su destino el lunes por la mañana. Fue entonces cuando Tom le había dicho:

—Si va a Hamburgo, podrías procurar que el informe resulte algo peor.

Tom hubiese podido ir a Fontainebleau el viernes o el sábado para satisfacer su curiosidad y ver fugazmente a Trevanny en su tienda, tal vez llevarle un dibujo para que lo enmarcase (a no ser que Trevanny se hubiese tomado libre el resto de la semana para recuperarse). De hecho, Tom había pensado en ir a Fontainebleau el viernes para comprar unos bastidores en el comercio de Gauthier. Pero aquel fin de semana iban a tener a los padres de Heloise en casa —habían pasado allí las noches del viernes y el sábado— y todos andaban de cabeza preparando las cosas. *Madame* Annette estaba preocupada, innecesariamente, por el menú, la calidad de los moules frescos para la cena del viernes, y después de que *madame* Annette hubiese preparado el cuarto de los huéspedes a la perfección, Heloise le había ordenado que cambiase las sábanas y las toallas del cuarto de baño porque todas llevaban las iniciales de Tom, TPR en vez de las de la familia Plissot. Los Plissot habían regalado a los Ripley dos docenas de sábanas de lino, unas magníficas sábanas gruesas, pertenecientes a los Plissot, como regalo de boda. Y a Heloise le parecía cortés, además de diplomático, utilizarlas cuando los Plissot se hospedaban en casa. *Madame* Annette había sufrido un leve descuido en tal sentido, aunque ni Tom ni Heloise la habían reñido por ello. Tom sabía que el cambio de las sábanas se debía también a

que Heloise no quería que las iniciales de Tom recordasen a sus padres, al meterse éstos en cama, que estaba casada con Tom. Los Plissot eran gente critica y estirada, lo cual resultaba aún peor debido al hecho de que Arlene Plissot, una mujer de cincuenta años, esbelta y todavía atractiva, se esforzaba de veras por parecer poco amiga de protocolos, tolerante con los jóvenes y todo lo de: más. Sencillamente no le iba aquel papel. El fin de semana había sido un auténtico calvario, a juicio de Tom, y, ¡santo cielo!, si Belle Ombre no era una casa bien llevada, ¿dónde habría una? El servicio de plata para el té (otro regalo de boda de los Plissot) estaba siempre reluciente gracias a los cuidados de *madame* Annette. Incluso la pajarera del jardín era barrida a diario, como si se tratase de un cuarto de los huéspedes en miniatura. Toda la madera de la casa brillaba y olía agradablemente debido a la cera perfumada con lavanda que Tom traía de Inglaterra. A pesar de todo ello, Adene, tumbada sobre la piel de oso delante de la chimenea, con su traje pantalón color malva, había dicho, mientras calentaba sus pies desnudos, que «la cera no basta para estos suelos, Heloise. De vez en cuando necesitan un tratamiento a base de aceite de linaza Y alcohol blanco... caliente, ¿sabes?, para que empape bien la madera».

Cuando los Plissot se marcharon el domingo por la tarde, después del té, Heloise se había quitado la chaqueta y la había arrojado con furia contra la puer-ta—ventana, que había hecho un ruido espantoso, debido al pesado broche que adornaba la chaqueta, aunque el cristal no se había roto.

—¡Champán! — gritó Heloise. Y Tom bajó corriendo a la bodega en busca de una botella.

Habían bebido champán, aunque el servicio de té seguía en la mesita (por una vez, *madame* Annette se estaba tomando las cosas con calma) y entonces había sonado el teléfono.

Era la voz de Reeves Minot y parecía desanimado.

—Estoy en Orly. A punto de salir para Hamburgo. Hoy he visto a nuestro común amigo en París y se ha negado a realizar el nuevo en cargo... tú ya sabes. Tiene que haber uno más. Así se lo he explicado.

—¿Le has pagado algo?

Tom miraba de reojo a Heloise, que bailaba unos pasos de vals con la copa de champán en la mano y tarareaba el vals de *El caballero de la rosa*.

—Sí, alrededor de la tercera parte y creo que eso no está mal. Se lo he ingresado en Suiza.

A Tom le pareció recordar que la suma prometida ascendía a casi quinientos mil francos. Un tercio de la misma no era suficiente, pero resultaba razonable.

—¿Te refieres a pegar unos cuantos tiros más? — preguntó Tom.

Heloise seguía tarareando y danzando.

—La-da—da-la—di-di...

—No —a Reeves se le quebró la voz—. Tiene que ser con un «garrotte» —añadió en voz baja—. En un tren. Me parece que ésa es la pega.

Tom quedó horrorizado. No era extraño que Trevanny se negase a hacerla.

—¿Tiene que ser en un tren?

—Tengo un plan...

Reeves siempre tenía un plan. Tom le escuchó cortésmente. Pero la idea Reeves se le antojó peligrosa y poco segura. Tom le interrumpió.

—Puede que nuestro amigo ya tenga suficiente por ahora.

—No. Creo que le interesa, pero no accede a ir a Munich y necesitamos que el trabajo se haga el próximo fin de semana.

—Ya has estado releendo *El padrino*, Reeves. Podrías optar por la pistola en vez del «garrotte».

—Las pistolas son ruidosas —dijo Reeves sin el menor asomo de humor—. El caso es que... o encuentro a otra persona, Tom, o... habrá que persuadir a Jonathan.

Tom pensó que persuadirle sería imposible, y con cierta impaciencia dijo:

—No hay mejor persuasión que el dinero. Si eso no resulta, no puedo ayudarte.

Tom recordó con desagrado la visita de los Plissot. De no ser porque necesitaban los veinticinco mil francos que Plissot daba a su hija cada año, ¿acaso él y Heloise se habrían pasado casi tres días desviviéndose por atender a los padres de ella?

—Me temo que si se le paga más —dijo Reeves— lo dejará de veras. Me parece que ya te he dicho que no puedo conseguirlo... el resto de la pasta... hasta que cumpla el segundo encargo.

Tom pensó que Reeves no entendía en absoluto a los tipos como Trevanny. Si a éste le pagaban todo lo convenido, haría el trabajo o devolvería la mitad del dinero.

—Si se te ocurre algo en relación con él —dijo Reeves, hablando con aparente dificultad—, o si sabes de otro que pueda hacerla, telefonéame. ¿Lo harás? ¿Mañana o pasado?

Tom se alegró cuando colgaron. Sacudió la cabeza rápidamente y parpadeó. A menudo las ideas de Reeves Minot le hacían sentirse como si tuviera una pesadilla desprovista incluso de la realidad que hay en la mayoría de los sueños.

Heloise saltó por encima del sofá amarillo, con una mano apoyada levemente en el respaldo y la otra sujetando la copa de champán, y aterrizó sin hacer ruido. Con gesto elegante alzó la copa hacia Tom.

—*Grace à toi, ce week-end était très réussi, mon trésor!*

—¡Gracias, cariño!

Sí, la vida volvía a ser dulce, de nuevo estaban solos y aquella noche podrían cenar descalzos si les daba la gana. ¡La libertad!

Tom pensaba en Trevanny. En realidad no estaba preocupado por Reeves, que siempre se las arreglaba para salir bien o se retiraba justo a tiempo cuando una

situación se hacía demasiado peligrosa. Pero Trevanny... resultaba algo misterioso. Se puso a pensar en el modo de conocer mejor a Trevanny. La situación era difícil, toda vez que sabía que no le caía bien. Pero no había nada más sencillo que llevarle un cuadro para que se lo enmarcase.

El martes, Tom fue en coche a Fontainebleau. Primero pasó por la tienda de Gauthier a comprar bastidores. Tal vez Gauthier le daría alguna noticia sobre Trevanny, sin necesidad de que Tom le hiciera ninguna pregunta. Algo sobre su viaje a Hamburgo, ya que, aparentemente, Trevanny había ido a consultar con un médico. Tom hizo sus compras en el establecimiento de Gauthier, pero éste no mencionó a Trevanny. Justo en el momento de irse, Tom dijo:

—¿Y cómo está nuestro amigo... *monsieur* Trevanny?

—Ah. Oui. Estuvo en Hamburgo la semana pasada, para ver a un especialista — el ojo de cristal de Gauthier miraba aviesamente a Tom mientras que el ojo sano brillaba y parecía un poco triste—. Según tengo entendido, no le dieron buenas noticias. Puede que algo peores de las que le da el médico de aquí. Pero es valiente. Ya sabe usted cómo son estos ingleses: nunca dejan entrever sus verdaderos sentimientos.

—Lamento oír que está peor —dijo Tom.

—Sí, bueno... eso me dijo él. Aunque sigue al pie del cañón.

Tom guardó los bastidores en el coche y sacó una carpeta del asiento posterior. Había traído una acuarela para que Trevanny le pusiera marco. Pensó que la conversación con Trevanny quizá no daría resultados hoy, pero, como en un futuro cercano debería ir a recoger el cuadro, tendría otra oportunidad de verle. Tom anduvo hasta la Rue des Sablons y entró en la pequeña tienda. Trevanny estaba hablando con una clienta, sujetando un trozo de listón contra la parte superior de un grabado. Miró brevemente a Tom y éste creyó que le había reconocido.

—Puede que ahora le parezca demasiado grueso, pero ya verá cuando le ponga una orla blanca... —decía Trevanny, cuyo acento era bastante bueno.

Tom buscó con la mirada algún cambio en Trevanny, alguna muestra de ansiedad tal vez... pero no logró ver ninguna. Por fin le tocó el turno a Tom.

—*Bonjour*. Buenos días. Me llamo Tom Ripley —dijo Tom, sonriendo—. Estuve en su casa en... creo que fue en febrero, ¿no? El cumpleaños de su esposa.

—Ah, si

Tom vio en la cara de Trevanny que su actitud no había cambiado desde aquella noche de febrero en que le dijera «Ah, sí, ya he oído hablar de usted».

Tom abrió la carpeta.

—Traigo esta acuarela. La pintó mi mujer. Pensé que tal vez con un marco estrecho, marrón oscuro, Y una orla... digamos de cinco centímetros como máximo, en la parte de abajo...

Trevanny prestó atención a la acuarela depositada en el gastado mostrador de madera que les separaba.

En el cuadro predominaban el verde y el púrpura, y era una interpretación libre, a cargo de Heloise, de un rincón de Belle Ombre sobre un fondo de pinos, en invierno. A Tom no le parecía malo,

Porque Heloise había sabido dejar los pinceles en el momento preciso. Heloise no tenía idea de que Tom guardaba la acuarela y Tom creía que iba a llevarse una sorpresa agradable cuando la viera enmarcada.

—Algo así tal vez —dijo Trevanny, bajando un listón de una estantería llena de muestras. Lo colocó sobre el cuadro a la distancia que ocuparía la orla.

—Me parece bien, sí.

—¿La orla blanca o cruda? ¿Algo así?

Tom tomó una decisión. Trevanny apuntó cuidadosamente su nombre y dirección en un bloc. Tom le dio también su número de teléfono.

¿Qué más podía decirle? La frialdad de Trevanny casi era palpable. Tom sabía que Trevanny diría que no, pero, pensando que no tenía nada que perder, dijo:

—¿Quizás a usted y su esposa les gustaría venir a tomar una copa en casa algún día? Villeperce no cae lejos de aquí. Traigan a su pequeño también.

—Gracias. No tengo coche —dijo Trevanny con una sonrisa cortés—. Me temo que no salimos mucho.

—Lo del coche no es problema. Podría pasar a recogerles. Y, desde luego, podrían cenar con nosotros también.

Las palabras le salieron precipitadamente. Trevanny hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta de punto y se balanceó ligeramente, como si su voluntad estuviera titubeando. Tom advirtió que Trevanny sentía curiosidad.

—Mi esposa es tímida —dijo Trevanny, sonriendo por primera vez—. No sabe mucho inglés.

—Mi esposa tampoco, la verdad. Es francesa también, ¿sabe? De todos modos... si mi casa le parece demasiado lejana, ¿por qué no nos tomamos un *pastis* ahora mismo? ¿No es hora de cerrar ya?

Lo era. Pasaban unos minutos del mediodía.

Fueron a un bar-restaurant en la esquina de la Rue de France con la Rue Saint-Merry. Trevanny se detuvo para comprar pan en la tahona. Pidió una cerveza de barril y Tom le secundó. Tom puso un billete de diez francos sobre el mostrador.

—¿Cómo se le ocurrió venir a vivir a Francia? — preguntó Tom. Trevanny le habló del negocio de antigüedades que había montado en sociedad con otro inglés.

—¿Y a usted? — preguntó Trevanny.

—Pues porque a mi mujer le gusta vivir aquí. Y también a mí. No se me ocurre una forma de vida más agradable que ésta, en realidad. Puedo viajar si lo deseo. Me

sobra el tiempo libre... el ocio, diría usted. Trabajar en el jardín y pintar. Soy un pintor dominguero, pero disfruto con ello. Cuando me entran ganas, voy a Londres a pasar un par de semanas.

Aquello era poner las cartas sobre la mesa, en cierto sentido, ingenuo, inofensivo. Sólo que Trevanny tal vez se preguntaría de dónde procedía el dinero. Tom pensó que probablemente Trevanny habría oído hablar del asunto de Dickie Greenleaf, que habría olvidado la mayor parte del mismo, como le ocurría a casi toda la gente, sólo que ciertas cosas permanecían en la memoria, como la «misteriosa desaparición» de Dickie Greenleaf, aunque posteriormente se había aceptado la tesis de que Dickie se había suicidado. Posiblemente Trevanny sabía que Tom recibía algo de dinero que Dickie le dejara en su testamento (un testamento falsificado por el propio Tom), toda vez que la historia había sido aireada por la prensa. Luego estaba el asunto Derwatt del año anterior, aunque, más que de «Derwatt», los periódicos franceses se habían ocupado de la extraña desaparición de Thomas Murchison, el americano que había pasado unos días en casa de Tom.

—Debe de ser una vida agradable —dijo secamente Trevanny, limpiándose el labio superior de espuma de cerveza.

A Tom le pareció que Trevanny quería preguntarle algo. ¿Qué? Tom se preguntó si, a pesar de su frialdad inglesa, Trevanny sentiría remordimientos, si su conciencia le empujaría a contárselo todo a su esposa o acudir a la policía y confesar. Se dijo que tenía razón al dar por sentado que Trevanny no había dicho ni diría a su mujer lo que había hecho. Sólo cinco días antes Trevanny había apretado un gatillo para matar a un hombre. Desde luego, Reeves le habría largado algún que otro sermón sobre la mala baba de la Mafia y el bien que Trevanny o cualquier otra persona haría eliminando a una de sus miembros. Entonces Tom pensó en el «*garrotte*». No, no podía imaginarse a Trevanny utilizándolo. ¿Cómo se sentiría Trevanny en relación con el asesinato que había perpetrado? ¿Acaso no había tenido tiempo para pensar en ello aún? Quizá no. Trevanny encendió un Gitane. Sus manos eran grandes. Era de esos tipos capaces de llevar ropa vieja, los pantalones sin planchar, y, pese a todo, conservar un aire señorial. Y además era bien parecido, con cierta tosquedad, sin que, al parecer, él mismo se diese cuenta de ello.

—¿Por casualidad conoce usted —dijo Trevanny, mirando a Tom con sus ojos azules y serenos— a un americano llamado Reeves Minot?

—No —dijo Tom—. ¿Vive aquí, en Fontainebleau?

—No. Pero creo que viaja mucho.

—No.

Tom bebió su cerveza.

—Será mejor que me marche ya. Mi esposa me estará esperando.

Salieron del local. Los dos iban en direcciones distintas.

—Gracias por la cerveza —dijo Trevanny.

—¡No hay de qué!

Tom volvió a su coche, que estaba en el aparcamiento del Hotel de l'Aigle, y emprendió el regreso a Villeperce. Pensaba en Trevanny, se decía que era un hombre bastante decepcionado, decepcionado en su situación presente. Sin duda Trevanny habría tenido aspiraciones en su juventud. Tom recordó a la esposa de Trevanny, una mujer atractiva con aspecto de esposa fiel y solícita, el tipo de mujer que nunca empujaría a su marido para que mejorase su posición, que nunca le azuzaría a ganar más dinero. A su manera, la esposa de Trevanny probablemente era tan recta y decente como el propio Trevanny. Y, pese a ello, Trevanny había sucumbido ante la proposición de Reeves. Lo cual quería decir que era un hombre al que se podía empujar en cualquier dirección; bastaba con hacerla de manera inteligente.

*Madame Annette* recibió a Tom con el mensaje de que *Heloise* se retrasaría un poco, ya que había encontrado una commode de bateau inglesa en un comercio de antigüedades de Chilly-en—Biére, la había pagado con un cheque, pero había tenido que acompañar al anticuario al banco.

—¡En cualquier momento llegará con la cómoda! — dijo *madame Annette*, cuyos ojos azules centelleaban—. Dice que la espere para almorzar juntos, *monsieur Tome*.

—¡No faltaría más! — dijo Tom con idéntico buen humor.

Se dijo que en la cuenta bancaria habría un ligero descubierto y que por esto *Heloise* habría tenido que ir al banco para hablar con alguien. ¿Cómo podría hablar con alguien cuando era la hora de almorzar y el banco estaría cerrado? Y *madame Annette* estaba contenta porque habría otro mueble en la casa y podría dedicarse a encerarlo, incansable como siempre. *Heloise* llevaba meses buscando una cómoda para Tom. Quería que fuese una cómoda náutica con incrustaciones de metal. Tenía el capricho de ver una commode de bateau en la habitación de Tom.

Tom decidió aprovechar la oportunidad para llamar a Reeves. Subió a su cuarto. Era la una y veintidós minutos. Desde hacía unos tres meses, en Belle Ombre había otros dos teléfonos de disco y ya no hacía falta pedir las conferencias a la telefonista.

La asistente de Reeves contestó la llamada y Tom utilizó sus conocimientos de alemán para preguntarle si *Herr Minot* estaba en casa. Sí estaba.

—¡Hola, Reeves! Tom al aparato. No puedo hablar mucho rato. Sólo quería decirte que he visto a nuestro amigo. Tomé una copa con él... En un bar de Fontainebleau. Me parece... — Tom estaba de pie, tenso, mirando por la ventana los árboles al otro lado de la calle, el cielo vacío y azul. No estaba muy seguro de lo que quería decir, sólo que deseaba decirle a Reeves que siguiese probando—. No estoy seguro del todo, pero me parece que podría dar resultado. No es más que una corazonada. Pero vuelve a probar suerte con él.

—¿Sí? — dijo Reeves, aferrándose a las palabras de Tom como si fueran las de

un oráculo que jamás se equivocara.

—¿Cuándo esperas verle?

—Pues confío en que venga a Munich el jueves. Pasado mañana. Estoy tratando de persuadirle a que consulte con otro médico en Munich. Después... el viernes el tren de Munich a París sale alrededor de las dos y diez, ¿sabes?

En una ocasión Tom había tomado el Mozart-Express en Salzburgo.

—Yo en tu lugar le permitiría llevar una pistola y... la otra cosa, pero le aconsejaría que no utilizase la pistola.

—¡Eso ya lo probé! — dijo Reeves—. Así que crees... que todavía puede cambiar de opinión, ¿eh?

Tom oyó que un coche, dos coches se detenían delante de la casa.

Sin duda era Heloise con el comerciante de antigüedades.

—Tengo que colgar, Reeves. Ahora mismo.

Horas después, a solas en su habitación, Tom examinó más atentamente la bonita cómoda instalada entre las dos ventanas que daban a la parte delantera de la casa. La cómoda era de roble, baja y sólida, con relucientes cantoneras de latón y tiradores avellanados del mismo metal. La madera encerada parecía viva, como si la hubiesen animado las manos del ebanista, o tal vez las manos del capitán o de los capitanes, o de los oficiales que la habían utilizado. Un par de muescas lustrosas, más bien oscuras, que había en la madera eran como las cicatrices que todas las cosas vivas van adquiriendo a lo largo de su existencia. En la parte superior había incrustada una placa ovalada de plata con una inscripción que rezaba: «Capt. Archibald L. Partridge, Plymouth, 1734» y, en letras mucho más pequeñas, el nombre del carpintero. A Tom le pareció un bonito toque de orgullo profesional.

El miércoles, tal como le había prometido, Reeves llamó a Jonathan a su tienda. Jonathan estaba más atareado que de costumbre y tuvo que pedirle que volviera a llamar después del mediodía.

Reeves así lo hizo, y después de las habituales palabras de cortesía le preguntó si podría desplazarse a Munich al día siguiente.

—En Munich también hay médicos, ¿sabes? y muy buenos. He pensado en uno, el doctor Max Schroeder. He averiguado que podría verle a primera hora del viernes, alrededor de las ocho de la mañana. Lo único que he de hacer es confirmárselo. Si usted...

—De acuerdo —dijo Jonathan, que ya había supuesto que la conversación se desarrollaría de aquella manera—. Muy bien, Reeves.

Me ocuparé de sacar billete y...

—De ida, Jonathan... Bueno, lo dejo en sus manos.

Jonathan lo sabía.

—Cuando sepa el vuelo, le llamaré.

—Conozco los horarios. Hay un avión que sale de Orly a la una y cuarto, directo a Munich, si le va bien.

—De acuerdo. Procuraré que sea ése.

—Si no tengo noticias tuyas, daré por sentado que lo ha cogido.

Le recibiré en la terminal de la ciudad como la vez anterior.

Distraídamente, Jonathan se acercó al fregadero, se alisó el pelo con ambas manos y luego cogió la gabardina. Llovía un poco y el tiempo era algo frío. Había tomado una decisión el día antes. Repetiría los movimientos de la vez anterior, visitando un médico de Munich en esta ocasión, y subiría al tren. Lo que le inspiraba dudas era su propio valor. ¿Hasta dónde sería capaz de llegar? Salió de la tienda y cerró la puerta con llave.

Jonathan tropezó con un cubo de basura colocado en la acera y se dio cuenta de que iba arrastrando los pies en lugar de caminar.

Levantó un poco la cabeza. Insistiría en llevar una pistola además del lazo, y si se resistía a utilizar el «*garrotte*», porque el valor le fallaba (como era de prever) y en su lugar se valía de la pistola, entonces no había que darle más vueltas. Haría un trato con Reeves: si usaba la pistola, era obvio que le cogerían; entonces la siguiente bala sería para él mismo. De esa manera no tendría la menor posibilidad de traicionar a Reeves y a la demás gente con la que éste estaba relacionado. A cambio de ello, Reeves pagaría el resto del dinero a Simone. Jonathan se daba cuenta de que su cadáver no podía pasar por el de un italiano, pero supuso que era posible que la familia Di Stefano hubiese contratado un asesino de otra nacionalidad.

—Esta mañana he recibido una llamada de un médico de Hamburgo —dijo a Simone—. Quiere que vaya a Munich mañana.

—¿Tan pronto?

Jonathan recordó que le había dicho a Simone que podía transcurrir una quincena antes de que los médicos desearan verle de nuevo; que el doctor Wentzelle había dado unas píldoras y desearía comprobar su efecto. Había hablado realmente de unas píldoras con el doctor Wentzel —con la leucemia no había nada que hacer, salvo tratar de retrasada por medio de píldoras—, pero el doctor no le había dado ninguna. Jonathan estaba seguro de que el doctor Wentzel le habría dado píldoras si le hubiera visitado por segunda vez.

—Hay otro médico en Munich... un tal Schroder. El doctor Wentzel quiere que vaya a verle.

—¿Dónde está Munich? — preguntó Georges.

—En Alemania —dijo Jonathan.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? — preguntó Simone.

—Probablemente... hasta el sábado por la mañana —repuso Jonathan, pensando que el tren posiblemente llegaría tan tarde la noche del viernes que no podría tomar otro de París a Fontainebleau.

—¿Y qué me dices de la tienda? ¿Quieres que me cuide de ella mañana? ¿Y el viernes? ¿A qué hora te iras mañana?

—Hay un avión a la una y cuarto. Sí, querida, sería una ayuda que atendieses a los clientes mañana y el viernes... aunque fuera durante una hora solamente. Hay un par de personas que pasarán a buscar unos encargos.

Jonathan hundió cuidadosamente su cuchillo en una porción de Camembert que había cogido sin que realmente le apeteciese.

—¿Estás preocupado, Jon?

—En realidad, no. Al contrario, si me dan alguna noticia, por fuerza será ligeramente mejor —se dijo que todo aquello eran palabras para quedar bien, tonterías. Los médicos no podían luchar contra el tiempo. Miró de reojo a su hijo, que parecía un poco intrigado, aunque no lo suficiente como para hacer más preguntas, y se dio cuenta de que Georges oía conversaciones parecidas desde que tenía uso de razón. Al pequeño le habían dicho que su padre «tenía un germen. Como un resfriado. Que a veces le hacía sentirse cansado. Pero que él no podía pillado. Nadie podía pillado, de modo que no le iba a hacer ningún daño».

—¿Dormirás en el hospital? — preguntó Simone.

Al principio Jonathan no entendió lo que ella quería decir.

—No. El doctor Wentzel... su secretaria dijo que me buscarían un hotel.

Al día siguiente Jonathan salió de casa poco después de las nueve de la mañana para coger el tren de las nueve cuarenta y dos minutos con destino a París, puesto

que, de haber cogido el siguiente, no habría llegado a Orly a tiempo para tomar el avión. El billete, sólo de ida, lo había comprado la tarde anterior y también había ingresado otros mil francos en la cuenta de la Société Générale, a la vez que metía quinientos francos en la cartera. Ahora quedaban dos mil quinientos francos en el cajón de la tienda. También había sacado *Cosecha siniestra* del cajón para meterlo en la maleta y devolvérselo a Reeves.

Faltaba poco para las cinco de la tarde cuando Jonathan se apeó del autobús en la terminal de Munich. El día era soleado y la temperatura agradable. Había un grupo de hombres fornidos, de mediana edad, que llevaban pantalones cortos de cuero y chaquetas verdes y en la acera tocaba un organillo. Jonathan vio que Reeves se le acercaba a buen paso.

— Se me ha hecho tarde!  Lo siento! — dijo Reeves—.  C mo est , Jonathan?

—Muy bien, gracias —contestó Jonathan, sonriendo.

—Le he reservado habitación en un hotel. Vamos a tomar un taxi. Yo estoy en otro hotel, pero subir  para hablar con usted.

Subieron al taxi. Reeves se puso a hablar de Munich. Hablaba como si verdaderamente conociera la ciudad y le gustase, no como si hablase por puro nerviosismo. Reeves tenía un mapa y le señaló el «Jardín Inglés», por donde el taxi no iba a pasar, así como el barrio que bordeaba el río Isar. Le dijo que debían encontrarse all  a las ocho de la mañana siguiente. Los dos hoteles estaban en un barrió céntrico. El taxi se detuvo ante un hotel, y un muchacho enfundado en un uniforme granate abrió la portezuela.

Jonathan se registró en el hotel. En el vestíbulo había multitud de vidrieras modernas decoradas con figuras de caballeros y trovadores alemanes. Jonathan sintió una sensación agradable al percatarse de que se encontraba insólitamente bien y, por ende, alegre.  Ser a el preludio de alguna noticia espantosa que le darían al día siguiente, de alguna horrible catástrofe? Pens  que era propio de locos estar tan alegre y se amonestó a sí mismo, como hubiera hecho de haber estado a punto de tomarse una copa de más.

Reeves subió con él a la habitación. El botones ya se iba después de depositar la maleta de Jonathan a los pies de la cama. Jonathan colgó el abrigo en el recibidor, como hubiera hecho en casa.

—Mañana por la mañana, puede que esta misma tarde, le conseguiremos un abrigo nuevo —dijo Reeves, mirando el abrigo de Jonathan con expresión algo dolida.

— S ?

Jonathan tuvo que reconocer que su abrigo estaba bastante ra do. Sonrió levemente, sin molestarse por el comentario. Al menos había traído su traje bueno y sus zapatos negros, que estaban bastante nuevos. Colgó el traje azul.

—Después de todo, viajaré en primera clase en el tren —dijo Reeves. Se acercó a la puerta y la cerró para que nadie pudiera entrar desde fuera—. Tengo la pistola. También es italiana, aunque algo diferente. No pude encontrar un silenciador, pero, si quiere que le diga la verdad, un silenciador apenas cambiaría las cosas.

Jonathan se hizo cargo. Miró la pequeña pistola que Reeves acababa de sacarse del bolsillo y durante unos instantes se sintió vacío, estúpido. Hacer fuego con aquella pistola significaría tener que pegarse un tiro inmediatamente después. Ese era el único significado que la pistola tenía para él.

—Y esto, por supuesto —dijo Reeves, extrayendo el «*garrotte*» del bolsillo.

Bajo la luz de Munich, más brillante que la de Hamburgo, el cordón tenía un color pálido, parecido al de la carne.

—Pruébalo en... en el respaldo de esa silla —dijo Reeves.

Jonathan cogió el cordón y con el lazo rodeó una protuberancia del respaldo de la silla. Luego tiró de él con indiferencia hasta que notó que se tensaba. Esta vez ni siquiera sintió asco, sólo un vacío en su interior. Se preguntó si una persona normal, al encontrar el cordón en su bolsillo o en otra parte, adivinaría en seguida para qué servía. Probablemente, no.

—Tiene que tirar con fuerza, desde luego —dijo Reeves con acento solemne—. Y mantenerlo tenso.

De repente, Jonathan se sintió enojado e iba a dar rienda suelta a su mal humor, pero se reprimió. Sacó el cordón de la silla y se disponía a arrojarlo sobre la cama cuando Reeves dijo:

—Guárdese en el bolsillo. O en el bolsillo del traje que piense ponerse mañana.

Jonathan empezó a metérselo en el bolsillo de los pantalones que llevaba puestos, pero se detuvo y finalmente lo guardó en el de los pantalones del traje azul.

—Y me gustaría enseñarle estas dos fotografías —Reeves sacó un sobre del bolsillo interior de la americana. Era un sobre blanco, sin cerrar, y contenía dos fotografías: una era del tamaño de una postal y la otra era un recorte de periódico doblado dos veces—. Vito Marcangelo.

Jonathan echó un vistazo a la foto, que estaba rasgada en un par de sitios. En ella aparecía un hombre de cabeza y cara redondas, labios gruesos y cabello negro y ondulado. Una mecha de pelo gris en las dos sienes daba la impresión que de su cabeza salía vapor.

—Alrededor de uno sesenta de estatura —dijo Reeves—. Sigue teniendo el pelo gris en el mismo sitio. No se lo tiñe. Y aquí le tiene en una fiesta.

En el recorte del periódico aparecían tres hombres y un par de mujeres de pie ante una mesa dispuesta para la cena. Una flecha dibujada a mano señalaba a un hombre bajito y risueño con las sienes plateadas. El pie de la foto estaba en alemán.

Reeves volvió a guardarse las fotos.

—Vamos a comprar el abrigo. Encontraremos algún comercio abierto. A propósito, el seguro de esta pistola funciona igual que el del revólver. Está cargada con seis balas. La guardaré aquí. ¿Le parece bien? —Reeves recogió el arma de los pies de la cama y la colocó en un rincón de la maleta de Jonathan—. Briennerstrasse es un buen lugar para ir de compras —dijo Reeves mientras bajaban en el ascensor.

Fueron andando. Jonathan había dejado el abrigo en la habitación del hotel.

Eligió un abrigo de *tweed* color verde oscuro. ¿Quién iba a pagarlo? Al parecer, eso no importaba demasiado. Jonathan también pensó que tal vez sólo le quedaban unas veinticuatro horas para llevarlo. Reeves insistió en pagar el abrigo. Aunque Jonathan le dijo que podría devolverle el dinero en cuanto cambiase unos francos por marcos.

—No, no, eso es cosa mía —dijo Reeves, sacudiendo un poco la cabeza, gesto que en él a veces equivalía a una sonrisa.

Jonathan salió del establecimiento con el abrigo puesto. Reeves iba señalándole cosas mientras caminaban: Odeonsplatz, el comienzo de la Ludwigstrasse, que, según dijo Reeves, llegaba hasta Schwabing, el barrio donde Thomas Mann tuviera su casa. Anduvieron hasta el Englischer Garten, luego cogieron un taxi para ir a una cervecería. Jonathan hubiese preferido una taza de té. Comprendió que Reeves trataba de hacer que se sintiera relajado. Jonathan ya se sentía bastante relajado y ni siquiera le preocupaba lo que el doctor Max Schroeder pudiera decirle al día siguiente. Más bien no le importaba nada lo que le dijese el doctor, fuera lo que fuese.

Cenaron en un restaurante ruidoso de Schwabing, y Reeves le informó de que prácticamente todos los presentes eran «artistas o escritores». A Jonathan le hacía reír lo que decía Reeves. Se sentía un poco aturdido a causa de la cerveza y ahora bebían Gumpoldsdinger.

Poco antes de la medianoche Jonathan se encontraba en la habitación del hotel, vestido con el pijama. Acababa de darse una ducha. El teléfono sonaría a las siete y cuarto de la mañana e iría seguido inmediatamente por un desayuno al estilo continental. Jonathan se sentó ante el escritorio, cogió papel de carta del cajón y escribió el nombre y la dirección de Simone en un sobre. Entonces se acordó de que estaría en casa pasado mañana, quizás incluso mañana por la noche. Hizo una bola con el sobre y lo arrojó a la papelera. Durante la cena le había preguntado a Reeves si conocía a un tal Tom Ripley. Reeves le había mirado sin comprender y le había dicho «No, ¿por qué?». Jonathan se metió en la cama y apretó un botón que apagó todas las luces de la habitación, incluyendo la del cuarto de baño. ¿Se había tomado las píldoras? Sí. Antes de ducharse. El frasco de las píldoras lo había guardado en el bolsillo de la chaqueta, para poder enseñárselo al doctor Schroeder al día siguiente, en caso de que al doctor le interesase verlo.

Reeves le había preguntado si los del banco suizo le habían escrito ya. Aún no,

pero era posible que la carta hubiese llegado por la mañana a la tienda. Jonathan se preguntó si Simone abriría el sobre. Se dijo que había un cincuenta por ciento de posibilidades de que lo abriera, según lo ocupada que estuviese atendiendo a los clientes. La carta de Suiza confirmaría un depósito de ochenta mil marcos y probablemente incluiría una serie de tarjetas para que Jonathan registrase su firma en ellas. Supuso que el sobre no llevaría el nombre y la dirección del remitente, nada que indicase que procedía de un banco. Dado que él regresaría el sábado, tal vez Simone dejaría la correspondencia sin abrir, suponiendo que la hubiera.

Volvió a pensar que había un cincuenta por ciento de probabilidades y se durmió dulcemente.

Por la mañana, el ambiente del hospital le pareció estrictamente rutinario y curiosamente familiar. Reeves estuvo presente todo el rato y, aunque la conversación se desarrolló exclusivamente en alemán, Jonathan se dio cuenta de que Reeves no le decía nada al doctor Schroeder sobre el anterior reconocimiento en Hamburgo. El informe del hospital hamburgués lo tenía ahora el doctor Perrier en Fontainebleau, y seguramente ya lo habría enviado a la Laboratorios Ebberle-Valent, como lo prometiera hacer.

También en el hospital de Munich había una enfermera que hablaba inglés. El doctor Max Schroeder aparentaba unos cincuenta años; su pelo era negro y siguiendo la moda, le llegaba hasta el cuello de la camisa.

—Más o menos dice —dijo Reeves a Jonathan— que se trata de un caso clásico... predicciones no muy optimistas para el futuro.

No, no había nada nuevo para Jonathan. Ni siquiera el mensaje de que los resultados del reconocimiento estarían listos para que los recogiese al día siguiente.

Eran cerca de las once de la mañana cuando Jonathan y Reeves salieron del hospital. Pasearon por la orilla del Isar, donde había cochecitos de niño, casas de pisos, una farmacia, una tienda de comestibles, todos los accesorios de una vida de la que Jonathan no se sentía parte aquella mañana. Incluso tenía que acordarse de respirar. Pensó que aquél iba a ser un día de fracasos. Le dieron ganas de arrojarle de cabeza al río Y posiblemente ahogarse o convertirse en pez. La presencia de Reeves y su conversación esporádica le irritaban. Finalmente se las arregló para no oír a Reeves. Tenía la sensación de que no iba a matar a nadie aquel día, no con el cordón que llevaba en el bolsillo y tampoco con la pistola.

—¿No va siendo hora de que vaya a buscar la maleta —dijo Jonathan, interrumpiendo a Reeves—, si el tren sale a las dos y algo?

Pararon un taxi.

Casi al mismo lado del hotel había un escaparate lleno de objetos relucientes que despedían destellos de oro y plata, como un árbol de Navidad alemán. Jonathan se

acercó al escaparate. La mayoría de los objetos consistía en chucherías para los turistas, y Jonathan se sintió decepcionado, pero luego se fijó en un giroscopio colocado oblicuamente sobre su estuche cuadrado.

—Quiero comprar algo para mi hijo —dijo Jonathan y entró en el comercio.

Señaló el giroscopio, dijo "Bitte» y lo adquirió sin reparar en el precio. Aquella mañana había cambiado doscientos francos en el hotel.

La maleta ya estaba hecha, de modo que sólo tuvo que cerrarla. La bajó él mismo al vestíbulo. Reeves le puso un billete de cien marcos en la mano y le dijo que fuera a pagar la cuenta del hotel, ya que parecería raro que de ello se encargase Reeves. El dinero ya no tenía importancia para Jonathan.

Llegaron a la estación con tiempo de sobra. En la cantina Jonathan no quiso comer nada, sólo café. Así, pues, Reeves pidió café.

—Me hago cargo de que tendrá que buscar la oportunidad usted mismo, Jon. Puede que no salga bien, lo sé, pero a este hombre lo queremos... Colóquese cerca del vagón restaurante. Fúmesse un cigarrillo, de pie en el extremo del vagón contiguo al restaurante, por ejemplo...

Jonathan se tomó un segundo café. Reeves compró el *Daily Telegraph* y un libro de bolsillo para que Jonathan se los llevase.

Luego el tren entró en la estación, haciendo sonar delicadamente los raíles, gris y azul, brillante: el Mozart-Express. Reeves buscaba a Marcangelo con la mirada, porque se suponía que iba a subir al tren en aquellos momentos, en compañía de dos guardaespaldas por lo menos. Habría unas sesenta personas abordando el tren por distintos puntos, y otras tantas apeándose de él. Reeves sujetó el brazo de Jonathan y señaló. Jonathan se encontraba de pie con la maleta en la mano junto al vagón que, según el billete, era el suyo.

Vio o creyó ver el grupo de tres hombres que Reeves le señalaba, tres hombres bajitos y tocados con sombreros, que subían al tren dos vagones más allá de donde ellos se encontraban y que luego se dirigían hacia la parte delantera del convoy.

—Es él. Incluso he visto sus sienes plateadas —dijo Reeves—. Veamos, ¿dónde estará el vagón-restaurante? —retrocedió un poco para ver mejor, se dirigió con paso vivo hacia la cabecera del tren y luego regresó junto a Jonathan—. Es el que está delante del de Marcangelo.

En aquel momento, los altavoces anunciaban en francés la salida del tren.

—¿Tiene la pistola en el bolsillo? —preguntó Reeves.

Jonathan asintió. Al subir a recoger la maleta de la habitación del hotel, Reeves le había recordado que se guardase la pistola en el bolsillo.

—Me ocurra lo que me ocurra, encárguese de que mi esposa reciba el dinero.

—Se lo prometo —dijo Reeves, dándole unas palmaditas en el brazo.

El silbato sonó por segunda vez y las puertas se cerraron de golpe. Jonathan subió

al tren sin volverse para mirar a Reeves, que seguramente le estaría siguiendo con los ojos. Jonathan encontró su asiento. En el compartimento sólo había otras dos personas, aunque tenía cabida para ocho pasajeros. Los asientos estaban tapizados con felpa granate. Jonathan colocó la maleta en el portaequipajes, luego dobló el abrigo nuevo con el forro hacia afuera y lo colocó junto a la maleta. Un joven entró en el compartimento y se asomó por la ventanilla para hablar en alemán con alguien que estaba en el andén. Los demás ocupantes del compartimento eran un hombre de mediana edad que estaba absorto con unos papeles que parecían de oficina y una señora pequeñita, de aspecto pulcro, que llevaba un sombrero y leía una novela. Jonathan tomó asiento al lado del hombre de negocios, que se hallaba sentado junto a la ventanilla, de cara a la máquina. Jonathan abrió su *Telegraph*

Eran las dos y once minutos.

Jonathan contempló la periferia de Munich deslizándose al otro lado de la ventanilla, edificios comerciales, cúpulas en forma de cebolla. En la pared de enfrente había tres fotos enmarcadas: un *château*, un lago en el que nadaban un par de cisnes, y una vista de los Alpes nevados. El tren ronroneaba sobre los lisos raíles y se balanceaba ligeramente. Jonathan entornó los ojos. Cerrando los dedos y colocando los codos sobre los apoyabrazos, casi consiguió dormirse. Había tiempo, tiempo para decidirse, tiempo para cambiar de parecer, tiempo para volver a cambiarlo. Marcangelo iba a Paris igual que él, y el tren no llegaría hasta las once y siete de la noche. Recordó que Reeves le había dicho que el tren se detendría en Estrasburgo a las seis y media. Jonathan despertó al cabo de unos minutos y observó un ir y venir de gente por el pasillo lateral, al otro lado de los cristales del compartimento. Al poco apareció un hombre empujando un carrito cargado con emparedados y botellas de cerveza y vino. El joven compró una cerveza. En el pasillo había un sujeto robusto que fumaba en pipa y de vez en cuando se apretaba contra la ventanilla para dejar paso a alguien.

Jonathan se dijo que no perdería nada pasando por delante del compartimento de Marcangelo, como si se dirigiese al vagón restaurante, sólo para hacerse una idea de la situación. Pero necesitó varios minutos para decidirse, y durante ellos se fumó un Gitane. Arrojó las cenizas en un receptáculo de metal debajo de la ventana, procurando no ensuciar las rodillas del hombre que leía unos papeles de oficina.

Al fin se levantó y se encaminó hacia la parte delantera del convoy. Le costó un poco abrir la puerta del extremo del vagón. Tuvo que cruzar otro par de puertas antes de llegar al vagón donde se encontraba Marcangelo. Jonathan caminaba lentamente, apoyándose para que el vaivén suave pero irregular del tren no le hiciera caer, mirando hacia el interior de cada uno de los compartimentos. Reconoció al instante el de Marcangelo, ya que éste se encontraba de cara a Jonathan, en un asiento central, dormido con las manos cruzadas sobre el abdomen, la barbilla apretada contra el

cuello de la camisa, balanceando la cabeza con las sienes plateadas. Jonathan vio fugazmente a otros dos tipos italianos que permanecían inclinados hacia adelante, hablando y gesticulando. Le pareció que no había nadie más en el compartimento. Siguió andando hasta el extremo del vagón y salió a la plataforma, donde encendió otro cigarrillo y se quedó mirando por la ventanilla. En aquel extremo del vagón había un retrete, en cuya cerradura circular aparecía una señal roja indicando que estaba ocupado, un hombre calvo y delgado se encontraba ante la otra ventanilla, quizás esperando que el retrete quedara libre. Era absurdo pensar en matar a alguien allí: por fuerza habría testigos. Incluso suponiendo que en la plataforma sólo estuviesen el asesino y la víctima, ¿acaso no podía aparecer alguien de un momento a otro? El tren no era nada ruidoso y si un hombre empezaba a gritar, aunque tuviera el «*garrotte*» alrededor del cuello, lo más seguro era que le oyesen los pasajeros del primer compartimento.

Un hombre y una mujer salieron del vagón restaurante y echaron a andar por el pasillo, sin antes cerrar la puerta, aunque un camarero de chaqueta blanca se encargó de cerrarla en seguida.

Jonathan emprendió el regreso a su propio vagón y una vez más echó un vistazo, aunque breve, al interior del compartimento de Marcangelo. Marcangelo fumaba un cigarrillo y estaba inclinado hacia adelante, charlando.

Jonathan decidió que, si lo hacía, tendría que ser antes de llegar a Estrasburgo. Seguramente allí subiría mucha gente con destino a París. Aunque tal vez se equivocara en esto. Pensó que dentro de una media hora tendría que ponerse el abrigo y apostarse en la plataforma del extremo del vagón de Marcangelo y permanecer esperando allí. ¿Y si Marcangelo utilizaba el lavabo del otro extremo? Había un retrete en ambos extremos del vagón. ¿Y si ni siquiera iba al lavabo? Era posible, aunque no probable. ¿Y si a los italianos sencillamente no les daba la gana de ira comer en el vagón restaurante? No, lo lógico era que fuesen al vagón restaurante, pero irían los tres juntos. Si no conseguía hacer nada, Reeves tendría que tramitar otro plan mejor. Pero él, Jonathan, tendría que matar a Marcangelo, o a algún tipo comparable, si quería cobrar más dinero.

Segundos antes de las cuatro, Jonathan se obligó a sí mismo a levantarse y recoger cuidadosamente el abrigo del portaequipajes. Ya en el pasillo, se puso el abrigo, cuyo bolsillo derecho pesaba mucho, y se dirigió, llevando en la mano el libro de bolsillo, hacia la plataforma delantera del vagón de Marcangelo.

Cuando Jonathan pasó junto al compartimento de los italianos, esta vez sin mirar hacia el interior, por el rabillo del ojo vio una confusión de figuras, hombres que bajaban una maleta o que tal vez forcejeaban en plan de broma, y oyó risas.

Al cabo de un minuto Jonathan se encontraba con la espalda apoyada contra un mapa de la Europa Central con marco metálico, de cara a la puerta del pasillo, cuya mitad superior era de cristal. A través del cristal vio que un hombre se acercaba a la puerta y la abría bruscamente. Le pareció que era uno de los guardaespaldas de Marcangelo, un sujeto de pelo negro y unos treinta años y pico, con la expresión adusta y la complexión fornida que algún día le darían aspecto de sapo malhumorado. Jonathan recordó las fotografías de la sobrecubierta de *Cosecha siniestra*. El hombre se dirigió directamente al retrete, lo abrió y entró en él. Jonathan siguió fingiendo que estaba enfrascado en su novela. Al cabo de unos pocos instantes, el hombre salió del retrete y volvió a entrar en el pasillo.

Jonathan se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración. ¿Y si el sujeto hubiese sido el propio Marcangelo? ¿No habría tenido una oportunidad perfecta al no pasar nadie camino del vagón restaurante? Se dio cuenta de que, de haberse tratado del mismísimo Marcangelo, él, Jonathan, no se habría movido de donde estaba y habría seguido fingiendo que leía. Con la mano derecha hundida en el bolsillo, se entretuvo quitando el seguro de la pistola y volviéndolo a poner. Después de todo, ¿qué arriesgaba? ¿Qué podía perder? Solamente su propia vida.

Marcangelo podía aparecer en cualquier momento, abrir la puerta y entonces... Podía ocurrir como la vez anterior, en el metro de Hamburgo. Luego una bala para sí mismo. Pero Jonathan se vio haciendo fuego contra Marcangelo, arrojando inmediatamente el arma por la puerta contigua al retrete o por la ventanilla de la puerta, que parecía de las que podían abrirse, entrando luego en el restaurante, con aire despreocupado, sentándose y encargando algo de comer.

Era totalmente imposible.

«Encargaré algo ahora mismo», pensó Jonathan y entró en el restaurante, donde muchas de las mesas estaban libres. Las mesas de un lado eran para cuatro personas; las del otro lado, para dos. Se sentó ante una de estas últimas. Se le acercó un camarero y Jonathan pidió una cerveza, pero al instante cambió de parecer y pidió vino.

—*Weisswein, bitte* —dijo Jonathan.

El camarero le trajo un cuarto de botella de Riesling frío. El traqueteo del tren sonaba más apagado y lujoso en el restaurante. La ventanilla era más grande y, al mismo tiempo, parecía más privada, haciendo que el bosque —¿Sería la Selva Negra?— cobrase un aspecto espectacularmente rico y verde. Se divisaba una serie

interminable de pinos muy altos, como si Alemania tuviera tantos que no necesitara talar ninguno para lo que fuese. No se veía ni un desperdicio, ni un papel, y tampoco se divisaba ninguna figura humana cuidando del bosque, lo cual resultaba igualmente sorprendente para Jonathan. ¿A qué hora harían la limpieza los alemanes? Jonathan trató de darse valor con el vino. En algún punto del viaje había perdido sus ímpetus y ahora tenía que recuperarlos. Apuró el resto de la botella como si se tratase de un brindis obligatorio, pagó la cuenta y se puso el abrigo tras recogerlo del asiento de enfrente. Se quedaría en la plataforma hasta que apareciese Marcangelo, y entonces haría fuego contra él, tanto si venía solo como si le acompañaban sus dos guardaespaldas.

Jonathan abrió la puerta del vagón. Volvía a estar encarcelado en la plataforma, de nuevo con la espalda apoyada contra el mapa, los ojos clavados en la estúpida novela... *David se preguntó si Elaine sospechaba algo. Desesperado, pasó revista a los acontecimientos de...* Los ojos de Jonathan pasaban por encima de la letra impresa como si fueran los ojos de un analfabeto. Recordó algo que se le había ocurrido antes, hacía unos días. Simone rechazaría el dinero si sabía cómo lo había conseguido y, desde luego, lo sabría si él se pegaba un tiro en el tren. Se preguntó si Reeves o alguien más lograría persuadirla, convencerla, de que lo que Jonathan había hecho no era exactamente cometer un asesinato. Estuvo en un tris de soltar una carcajada. No había la menor esperanza. ¿Y qué estaba haciendo allí de pie? ¿Por qué no echaba a andar y regresaba a su asiento?

Alguien se acercaba y Jonathan alzó la vista. Entonces parpadeó.

El hombre que se le acercaba era Tom Ripley.

Ripley abrió la puerta, sonriendo ligeramente.

—Jonathan —dijo en voz baja—. Déme aquello, ¿quiere? El «*garrotte*».

Se colocó al lado de Jonathan y se puso a mirar por la ventanilla.

De pronto Jonathan se sintió completamente aturdido. ¿De qué lado estaría Tom Ripley? ¿Del de Marcangelo? Luego se sobresaltó al ver que tres hombres se aproximaban por el pasillo.

Tom se acercó un poco más a Jonathan para dejarles pasar.

Los tres hombres hablaban en alemán y entraron en el vagón restaurante.

Tom, hablando por encima del hombro, se dirigió a Jonathan:

—El cordón. Vamos a probado, ¿de acuerdo?

Jonathan comprendió, al menos en parte. Ripley era amigo de Reeves. Conocía el plan de Reeves. Con los dedos de la mano izquierda Jonathan hizo un ovillo con el cordón en el bolsillo de los pantalones. Sacó la mano del bolsillo y entregó el «*garrotte*» a Tom. Luego miró hacia otro lado y se sintió aliviado.

Tom se metió el «*garrotte*» en el bolsillo derecho de la americana.

—Quédese aquí; puede que le necesite.

Tom se acercó al retrete, comprobó que estaba libre y entró. Luego cerró la puerta. El «*garrotte*» ni siquiera tenía el lazo preparado.

Tom lo dispuso para utilizarlo y lo volvió a guardar cuidadosamente en el bolsillo derecho de la americana. Sonrió levemente. ¡Jonathan se había puesto pálido como una sábana! Dos días antes, al telefonar a Reeves, éste le había dicho que Jonathan vendría pero que probablemente pediría una pistola. Tom pensó que seguramente la llevaba encima en aquel momento, pero se dijo que utilizarla era imposible en tales condiciones.

Pisó el pedal del agua y se mojó las manos, las sacudió y se pasó las palmas por la cara. También él se sentía algo nervioso. ¡Su primera acción contra la Mafia!

Tom se había dicho que probablemente Jonathan haría una chapuza y, como él le había metido en el asunto, pensó que le correspondía a él ayudarlo a salir del apuro. Así que el día antes había cogido el avión para Salzburgo, con la intención de tomar el tren al día siguiente, es decir, hoy. Le había pedido a Reeves que le describiese a Marcangelo, pero se lo había pedido como sin darle importancia, por lo que no creía que Reeves sospechase que él también iría en el Mozart-Express. Al contrario, Tom le había dicho a Reeves que su plan era descabellado y que lo mejor sería que dejara en paz a Jonathan con la mitad del dinero y que buscara a otro para el segundo trabajo, si realmente deseaba que saliera bien. Pero había sido inútil. Reeves era igual que un chiquillo disfrutando con un juego inventado por él mismo, un juego bastante obsesivo, con reglas severas... para los demás. Tom quería ayudar a Trevanny. Además, ¡qué causa más buena la suya! ¡Cargarse a un pez gordo de la Mafia! ¡Tal vez a dos mafiosos!

Tom odiaba a la Mafia, odiaba sus sucios negocios de préstamos, sus chantajes, su condenada iglesia, su cobardía al delegar siempre los trabajos sucios en los subordinados, para que la ley no pudiera echarles el guante a los mandamases, no pudiera meterlos entre rejas salvo por evasión de impuestos o alguna trivialidad por el estilo. Comparado con los mafiosos, Tom casi se sentía virtuoso. Al pensarlo, soltó una sonora carcajada, una carcajada que resonó en el diminuto compartimento de metal y azulejos en que se encontraba. (También se dio cuenta de que tal vez Marcangelo estaba ante la puerta, esperando que el retrete quedase libre.) Sí, había gente menos honrada, más corrompida, decididamente más despiadada que él mismo, y esta gente eran los mafiosos, aquella encantadora y pendenciera colección de familias que, según la Liga Ítaloamericana, no existía, era producto de la imaginación de los novelistas. ¡La misma Iglesia, con sus obispos haciendo que la sangre se licuase en la festividad de San Genaro, con sus niñitas viendo visiones de la Virgen María, todo esto era más real que la Mafia! ¡Vaya si lo era! Tom se enjuagó la boca con agua, escupió, limpió el lavabo con agua y dejó que ésta se fuera por el desagüe. Luego salió.

En la plataforma no había nadie más que Jonathan Trevanny. Fumaba un cigarrillo, pero lo tiró en seguida, como un soldado con ganas de parecer más eficiente a ojos de un oficial superior. Tom le sonrió tranquilizadamente y se situó ante la ventanilla lateral, junto a Jonathan.

—¿Han pasado por aquí, por casualidad?

Tom no quería mirar a través de las dos puertas que les separaban del vagón restaurante.

—No.

—Puede que tengamos que esperar hasta después de Estrasburgo, pero confío que no.

Una mujer salió del restaurante y trató de abrir la puerta sin conseguirlo. Tom se apresuró a abrírsele.

—Dankeschon —dijo la mujer.

—Bitte —replicó Tom.

Tom se colocó al otro lado de la plataforma y extrajo un ejemplar del *Herald-Tribune* del bolsillo de la chaqueta. Eran las cinco y once minutos. Debían llegar a Estrasburgo a las seis y treinta y tres minutos. Tom supuso que los italianos habrían almorzado copiosamente y no pensaban ir al vagón restaurante.

Un hombre entró en el lavabo.

Jonathan tenía los ojos puestos en su libro, pero los levantó al notar que Tom le miraba y éste sonrió una vez más. Cuando el hombre salió del lavabo, Tom se acercó a Jonathan. En el pasillo del vagón, a varios metros de donde ellos estaban, había dos hombres de pie, uno fumándose un puro y los dos mirando por la ventanilla, sin prestar atención a Tom y Jonathan.

—Trataré de acabar con él dentro del retrete —dijo Tom. Después tendremos que arrojarlo por la puerta —Tom indicó con la cabeza la puerta contigua al retrete—. Si estoy en el retrete con él, dé un par de golpes en la puerta para indicar que no hay moros en la costa. Después lo arrojaremos con tanta fuerza como podamos.

Con aire muy despreocupado, Tom encendió un Gauloise, luego bostezó lentamente, deliberadamente.

El pánico de Jonathan, que había alcanzado un punto culminante al entrar Tom en el retrete, empezaba a aminorar un poco. Tom quería llevar a cabo el trabajo. El porqué era algo que escapaba al poder de imaginación de Jonathan. También tenía la impresión de que tal vez Tom se propusiera hacer una chapuza y dejarle a él en la estacada. Pero, ¿por qué? Lo más probable era que Tom Ripley deseara una parte del dinero, quizá todo el resto. En aquel momento a Jonathan sencillamente le daba lo mismo. No le importaba nada. Le pareció que el propio Tom estaba preocupado. Se encontraba apoyado en la pared de enfrente del retrete, con el periódico en las manos, pero no leía.

Entonces Jonathan vio que se acercaban dos hombres. El segundo era Marcangelo. El primero no era uno de los italianos. Jonathan miró a Tom, que inmediatamente le devolvió la mirada, y movió la cabeza una vez.

Al llegar a la plataforma, el primer hombre miró a su alrededor, vio el retrete y entró en él. Marcangelo pasó por delante de Jonathan, vio que el retrete estaba ocupado, dio media vuelta y volvió al pasillo. Jonathan vio que Tom sonreía y hacía un gesto con la mano como diciendo «¡Maldita sea, el pez se nos ha escapado!».

Jonathan podía ver perfectamente a Marcangelo: estaba en el pasillo, a unos pasos de la puerta, mirando por la ventanilla y esperando. Se le ocurrió que los guardaespaldas de Marcangelo, que estaban en el centro del vagón, al no saber que su jefe había tenido que esperar, tardarían menos tiempo en inquietarse si Marcangelo no volvía al compartimento. Hizo un leve movimiento con la cabeza, esperando que Tom entendiera que con él le indicaba que Marcangelo aguardaba cerca de allí.

El hombre del retrete salió y entró de nuevo en el pasillo. Marcangelo echó a andar hacia la plataforma. Jonathan miró rápidamente a Tom, pero éste estaba enfrascado en el periódico.

Tom se dio cuenta de que la figura rechoncha que entraba en la plataforma era Marcangelo otra vez, pero no apartó los ojos del periódico. Justo enfrente de Tom, Marcangelo abrió la puerta del retrete y Tom dio un salto hacia adelante como si quisiera entrar en él antes que el italiano, pero al mismo tiempo echó el lazo al cuello de Marcangelo con la esperanza de ahogar su grito al arrastrarle, dando un fuerte tirón al «*garrotte*», como un boxeador descargando un golpe cruzado con la derecha, hacia el interior del retrete. Cerró la puerta y tiró brutalmente del «*garrotte*», al mismo tiempo que pensaba que era la misma arma que Marcangelo habría utilizado en sus buenos tiempos. Tom vio que el nilón se hundía en la carne del cuello de Marcangelo. Lo retorció otra vez por detrás de la nuca y siguió tirando con fuerza. Con la mano izquierda Tom movió el pestillo de la puerta. Cesó el gorgoteo del italiano, la lengua asomó por entre sus labios horribles, mojados, los ojos se cerraron, luego volvieron a abrirse con horror y en ellos apareció la mirada perdida y fija, atónita, de los moribundos. La dentadura postiza cayó al suelo ruidosamente al chocar contra los azulejos. Tom casi se estaba cortando el pulgar y el lado del índice debido a la fuerza con que tiraba del cordón, pero se dijo que era un dolor que valía la pena soportar. Marcangelo se había desplomado, pero el «*garrotte*», mejor dicho, Tom, lo sujetaba más o menos en posición de sentarse. Tom pensó que Marcangelo ya había perdido el conocimiento; era imposible que siguiese respirando. Tom recogió la dentadura y la tiró al retrete y luego consiguió apretar el pedal para que el agua se llevase lo que había en la taza. Con gesto de asco se limpió los dedos en el hombro acolchado de Marcangelo.

Jonathan había observado que en la cerradura del retrete aparecía la señal roja

indicando que estaba ocupado. El silencio le tenía alarmado. ¿Cuánto tiempo duraría? ¿Qué estaba pasando dentro? ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Jonathan no dejaba de mirar hacia el interior del vagón.

Jonathan pensaba que los amigos de Marcangelo iban a aparecer de un momento a otro si su jefe tardaba en regresar al compartimento. Ya no había moros en la costa. ¿Había llegado el momento de llamar? Marcangelo ya tenía que estar muerto. Jonathan se acercó al retrete y dio dos golpecitos en la puerta.

Tom salió tranquilamente, cerró la puerta y examinó la situación. Y en aquel preciso momento entró en la plataforma una mujer vestida con un traje de *tweed* rojizo, una mujer más bien bajita de mediana edad, que evidentemente se proponía entrar en el retrete, cuyo indicador volvía a ser verde.

—Lo siento —le dijo Tom—. Alguien... un amigo mío está vomitando ahí dentro, me temo.

—*¿Bitte?*

—*Mein Freund ist da drinnen ziemlich krank* —dijo Tom con una sonrisa de disculpa—. *Entschuldigen Sie, gnädige Frau. Er kommt sofort heraus.*

La mujer asintió con la cabeza y sonrió. Luego volvió al pasillo.

—¡Vamos, échame una mano! —susurró Tom, dirigiéndose al retrete.

—Viene alguien mas —dijo Jonathan—. Uno de los italianos.

—¡Diablos!

Tom pensó que a lo mejor el italiano se quedaría esperando en la plataforma si le veía entrar en el retrete y cerrar la puerta.

El italiano, un tipo cetrino, miro a Jonathan y a Tom, vio que el retrete decía libre y siguió su camino hacia el vagón restaurante, sin duda para ver si Marcangelo estaba allí.

—¿Podrá atizarle con la pistola cuando yo le haya dado un puñetazo? — le preguntó Tom a Jonathan.

Jonathan movió la cabeza afirmativamente. La pistola era pequeña, pero la adrenalina de Jonathan empezaba a moverse por fin.

—Como si en ello le fuera la vida —añadió Tom—. Puede que así sea.

El guardaespaldas volvió a salir del restaurante, ahora moviéndose más deprisa. Tom se encontraba a la izquierda del italiano y de repente le asió la pechera de la camisa, lo apartó para que no pudieran verle desde la puerta por la que acababa de salir y le propinó un puñetazo en la mandíbula, seguido de un puñetazo en el estómago con la izquierda. Casi en el mismo instante Jonathan golpeó la nuca de! italiano con la culata de la pistola.

—¡La puerta! — exclamó Tom, sacudiendo la cabeza y tratando de impedir que e! italiano cayese de bruces.

El italiano no estaba inconsciente y agitaba los brazos débilmente, pero Jonathan

ya había abierto la puerta lateral y el instinto le decía a Tom que no debía malgastar un solo segundo asestando otro golpe al italiano. De pronto llegó hasta ellos el estruendo de las ruedas del tren. A empujones y patadas sacaron al italiano del lavabo y lo arrojaron del tren. Tom perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer al vacío, pero Jonathan le sujetó por los faldones de la chaqueta. La puerta volvió a cerrarse con estrépito.

Jonathan se pasó los dedos por el pelo despeinado.

Con un gesto, Tom le indicó que se colocase en el otro extremo de la plataforma, desde donde podía ver todo el pasillo. Jonathan obedeció y Tom advirtió que estaba haciendo un esfuerzo por serenarse y volver a aparentar que era un viajero como cualquier otro.

Tom arqueó las cejas con expresión interrogativa y Jonathan asintió. Tom volvió a meterse en el lavabo y cerró la puerta, confiando en que Jonathan conservase la suficiente presencia de ánimo para llamar otra vez cuando no hubiera moros en la costa. Marcangelo yacía hecho un ovillo en el suelo, con la cabeza junto al pedestal del lavabo, el rostro pálido y un tanto azulado. Tom apartó la mirada y oyó que una puerta se abría en el exterior, la puerta del vagón restaurante, y luego sonaron dos golpes en la puerta del lavabo, dos golpes que le sonaron a música. Esta vez la abrió sólo un poquito.

—Parece que no hay peligro —dijo Jonathan.

De un puntapié, Tom abrió la puerta, apartando los pies de Marcangelo y por medio de señas indicó a Jonathan que abriese la puerta lateral de la plataforma. Pero, de hecho, el trabajo lo hicieron entre los dos, ya que Jonathan tuvo que ayudar a Tom a sostener el peso de Marcangelo hasta que la puerta lateral quedó totalmente abierta. La puerta tendía a cerrarse de nuevo a causa de la marcha del tren. Arrojaron a Marcangelo de cabeza y Tom le atizó un último puntapié, pero no logró tocarlo porque el cuerpo del italiano ya había caído en un vertedero de ceniza, tan cerca de Tom, que éste pudo ver claramente la ceniza y las briznas de hierba. Tom sujetó el brazo derecho de Jonathan mientras éste alargaba la mano hacia la palanca de la puerta y la asía.

Tom cerró la puerta del lavabo, jadeando, tratando de aparentar tranquilidad.

—Vuelva a su asiento y apéese en Strasburgo —dijo—. Interrogarán a todos los que viajan en este tren —nerviosamente dio un golpecito en el brazo de Jonathan—. Buena suerte, amigo mío.

Tom contempló cómo Jonathan abría la puerta que daba al pasillo. Luego se dispuso a entrar en el vagón restaurante, pero en aquel momento salía de él un grupo de cuatro personas y Tom se echó a un lado mientras cruzaban las dos puertas, charlando y riendo. Tom entró por fin en el restaurante y se sentó ante la primera mesa libre que encontró. Se colocó de cara a la puerta por la que acababa de entrar.

Esperaba ver aparecer al segundo guardaespaldas de un momento a otro. Cogió el menú y se puso a estudiarlo con aire despreocupado. Ensalada de col picada. Ensalada de lengua. Gulaschsuppe... El menú venía en francés, inglés y alemán.

Al atravesar el pasillo del vagón de Marcangelo, Jonathan se encontró cara a cara con el segundo guardaespaldas italiano, que le empujó groseramente al pasar por su lado. Jonathan se alegró de sentirse aturdido; de lo contrario, tal vez hubiese reaccionado con alarma al contacto físico con el mafioso. El tren emitió un pitido largo seguido de otros dos cortos. ¿Tendrían algún significado? Jonathan regresó a su asiento y se sentó sin quitarse el abrigo, cuidando de no mirar a ninguna de las cuatro personas que ocupaban el compartimento. Su reloj marcaba las cinco y treinta y un minutos. Le pareció que había pasado más de una hora desde que mirara su reloj y viera que eran las cinco y un par de minutos. Se estremeció, cerró los ojos y carraspeó al imaginar el cuerpo de Marcangelo despedazado por las ruedas del tren. Quizá no había caído bajo las ruedas. ¿Estaría muerto el guardaespaldas? Tal vez lo habían encontrado con vida y describiría con exactitud a Tom Ripley y a él. ¿Por qué le había ayudado Tom Ripley? ¿Había sido una ayuda? ¿Qué pensaba sacar Ripley de todo aquello? Se dio cuenta de que ahora estaba a merced de Ripley. Aunque probablemente éste sólo quería dinero. ¿O le aguardaba algo peor aún? ¿Algún tipo de chantaje? El chantaje podía presentarse bajo muchas formas.

¿Debería tratar de coger un avión de Estrasburgo a París aquella misma noche o era mejor que se quedase en un hotel de Estrasburgo? ¿De cuál de las dos maneras estaría más a salvo? ¿Y a salvo de qué, de la Mafia o de la policía? ¿Y si algún pasajero, al asomarse a la ventanilla había visto un cuerpo, quizá dos, cayendo del tren? ¿O acaso los dos cuerpos habían caído demasiado cerca del convoy para ser vistos por un pasajero? Si alguien hubiese visto algo el tren no se habría detenido, pero Jonathan supuso que habrían avisado por radio. Permaneció alerta por si aparecía algún empleado del ferrocarril en el pasillo, por si se advertía alguna señal de agitación pero no vio ninguna.

En aquel momento, después de encargar Gulaschsuppe y una botella de Carlsbad, Tom estaba mirando el periódico que había apoyado en el tarro de la mostaza y mordisqueando un panecillo.

Le entraban ganas de reír al pensar en el italiano con cara de ansiedad que había estado esperando pacientemente ante el lavabo ocupado. El hombre se había llevado una sorpresa al ver que del lavabo salía una mujer. En aquel momento, el italiano volvía a examinar el interior del vagón restaurante a través de los cristales de las dos puertas. Y ahora entraba, intentando ocultar su nerviosismo, buscando a su capo o a su compinche o a ambos, recorriendo el vagón de punta a punta, como si esperase encontrar a Marcangelo debajo de una de las mesas o charlando con el chef en el otro extremo del vagón.

Tom no había alzado los ojos al entrar el italiano, pero había notado que el hombre le miraba. Ahora se arriesgó a mirar por encima del hombro, como si esperase ver al camarero con la comida, y vio que el guardaespaldas —un sujeto rubio, de pelo rizado, que llevaba un traje a rayas y una corbata color púrpura, de pala ancha hablaba con un camarero en el otro extremo del restaurante. El camarero, que estaba muy atareado sirviendo, meneó la cabeza y siguió su camino. El guardaespaldas volvió a recorrer el pasillo y salió del restaurante.

La sopa de Tom, roja a causa de la paprika, llegó junto con la cerveza. Tom tenía hambre, ya que sólo había desayunado ligeramente en el hotel de Salzburgo, que esta vez no era el Goldener Hirsch, ya que allí le conocía el personal. Tom había tomado el avión de Salzburgo en vez del de Munich, porque no deseaba encontrarse con Reeves y Jonathan Trevanny en la estación del ferrocarril. En Salzburgo le había quedado tiempo para comprar una chaqueta de cuero verde, con flecos del mismo color, para Heloise. Pensaba esconderla hasta el cumpleaños de Heloise en octubre. A Heloise le había dicho que iba a París y que se quedaría allí una noche, tal vez dos, para ver algunas exposiciones de arte. Y como hacía lo mismo de vez en cuando, hospedándose en el Inter-Continental o en el Ritz o en el Pont Royal, a Heloise no le había extrañado. De hecho, Tom variaba de hotel, con el fin de que, si le decía a Heloise que se iba a París cuando en realidad se iba a otro sitio y ella le llamaba por teléfono al Inter-Continental, por ejemplo, no se alarmara si no le localizaba allí. También había comprado el billete en Orly en lugar de una de las agencias de viajes de Fontainebleau o de Moret, donde le conocían, y había utilizado el pasaporte falso que Reeves le proporcionara el año pasado: Robert Fiedler Mackay, norteamericano, ingeniero, nacido en Salt Lake City, soltero. Se le había ocurrido que la Mafia, haciendo un pequeño esfuerzo, podía conseguir la lista de pasajeros del tren. (Estaría él en el la lista de gente interesante que tenía la Mafia) Tom vaciló antes de atribuirse semejante honor, aunque cabía la posibilidad de que algún miembro, de la familia Marcangelo se hubiese fijado en su nombre al salir éste en los periódicos. No era material reclutable, ni prometía como posible víctima de extorsiones, pero, aun así, era un hombre casi al margen de la ley.

Sin embargo, el guardaespaldas o sicario de la Mafia no le había mirado tan atentamente como a un joven fornido que llevaba una chaqueta de cuero y estaba sentado al otro lado del pasillo. Quizá todo iba bien.

Tendría que tranquilizar un poco a Jonathan Trevanny. Sin duda éste creía que él, Tom, quería dinero y pensaba chantajearle de algún modo. Tom se echó a reír (aunque, como seguía con los ojos clavados en el periódico, pensarían que estaba leyendo a Art Buchwald) al recordar la cara de Trevanny al verle aparecer en la plataforma y en el momento de darse cuenta de que tenía intención de ayudarle. En Villeperce, después de meditarlo un poco, Tom había decidido echarle una mano con

el fin de que Jonathan pudiera al menos cobrar el dinero que le habían prometido. De hecho, Tom se sentía vagamente avergonzado por haber metido a Jonathan en aquel asunto, por lo que acudir en ayuda de Jonathan mitigaba un poco su sentimiento de culpabilidad. Sí, si todo salía bien, Trevanny sería un hombre de suerte y mucho más feliz. Así pensaba Tom, que creía en el pensamiento positivo. No había que esperar sino pensar lo mejor y las cosas saldrían bien sin más. Tendría que ver a Trevanny otra vez para explicarle unas cuantas cosas y, sobre todo, el mérito de la muerte de Marcangelo tenía que corresponderle enteramente a Trevanny, para que cobrase el resto del dinero de Reeves. Lo esencial era no dar la impresión de que él y Trevanny eran amigos. Tom se preguntó qué le estaría pasando a Trevanny en aquel momento si el segundo guardaespaldas había decidido recorrer todo el tren en busca de sus compañeros. La bendita Mafia trataría de dar con el asesino, puede que con los asesinos. A menuda la Mafia tarda años en dar con alguien, pero nunca dejaba de buscar. Aunque el hombre al que buscara huyese a Sudamérica, Tom sabía que la Mafia era capaz de localizarlo. Tom pensó que, de todos modos, en aquel momento Reeves Minot corría más peligro que él o Jonathan Trevanny.

Al día siguiente trataría de llamar por teléfono a Trevanny a su tienda. Por la mañana. O tal vez por la tarde, no fuera el caso que Trevanny no consiguiese llegar a París aquella noche. Tom encendió un Gauloise y miró a la mujer del traje de *tweed* colar rojizo a la que él y Trevanny vieran en la plataforma y que ahora mostraba un aire de ensueño mientras comía una primorosa ensalada de lechuga y pepino. Tom se sentía eufórico.

Al bajar del tren en Estrasburgo, a Jonathan le pareció que en la estación había más policías que de costumbre, quizá seis en lugar de los dos a tres que había allí normalmente. Uno de los agentes parecía estar examinando los papeles de un hombre. ¿O se trataba solamente de que el hombre le había preguntado por una dirección y el agente estaba consultando la guía? Jonathan salió de la estación sin entretenerse. Había decidido hacer noche en Estrasburgo, ya que sin saber exactamente por qué, la ciudad le parecía más segura que París aquella noche. Era probable que el guardaespaldas superviviente prosiguiera el viaje hasta París para reunirse con sus amigos, al menos que diera la casualidad de que en aquel momento le estuviese siguiendo a él, dispuesto a atacarle por la espalda. Jonathan sintió que un sudor frío bañaba su cuerpo, y de repente se dio cuenta de lo cansado que estaba. Al negar a un cruce de calles, dejó la maleta en el suelo y recorrió con los ojos aquellos edificios que le resultaban desconocidos. Había mucho ir y venir de transeúntes y coches. Eran las seis y cuarenta minutos, sin duda la hora punta de Estrasburgo. Jonathan pensó que se registraría bajo un nombre falso. Si en el libro de registro escribía un nombre falso, junto a un número de carnet de identidad también falso, nadie le pediría el carnet auténtico. Luego se dio cuenta de que, si daba un nombre

falso, se sentiría aún más inquieto. Jonathan comenzaba a ser consciente de lo que había hecho. Sufrió un breve acceso de náuseas. Luego recogió la maleta y siguió caminando penosamente. La pistola pesaba mucho en el bolsillo del abrigo. No se atrevió a tirarla a la alcantarilla o a algún cubo de basura. Se vio a sí mismo haciendo todo el viaje hasta París y luego hasta su propia casa con la pequeña pistola todavía en el bolsillo.

Tras dejar el Renault familiar verde cerca de la Porte d'Italie en París, Tom llegó a Belle Ombre poco después de la una de la madrugada del sábado. No se veía ninguna luz en la fachada principal de la casa, pero al subir las escaleras con la maleta, Tom comprobó con alegría que Heloise tenía encendida la luz de su habitación. Entró a verla.

—¡De vuelta por fin! ¿Qué tal París? ¿Qué has hecho?

Heloise llevaba un pijama de seda verde y tenía el edredón de satén rosa hasta la cintura.

—Ah, esta noche me equivoqué al escoger una película.

Tom vio que el libro que Heloise estaba leyendo era el que él había comprado hacía poco. El libro trataba del movimiento socialista francés, Tom pensó que no mejoraría las relaciones con el padre de Heloise. A menudo Heloise hacía comentarios muy izquierdistas, aunque sin la menor intención de poner en práctica tales principios. Pero Tom tenía la impresión de que poco a poco iba empujándola hacia la izquierda. Empujándola con una mano mientras la cogía con la otra.

—¿Viste a Noëlle? — preguntó Heloise.

—No. ¿Por qué?

—Porque daba una cena esta noche. Me parece. Necesitaba otro hombre. Nos invitó a los dos, desde luego, pero le dije que probablemente estabas en el Ritz Y le sugerí que te telefonease.

—Esta vez he estado en el Crillon —dijo Tom, agradablemente consciente del aroma de la colonia de Heloise mezclada con el de la crema Nivea. Y se sintió desagradablemente consciente de su propia suciedad después del viaje en tren—.

¿Todo bien por aquí?

—Muy bien —dijo Heloise de un modo que a Tom le pareció seductor, aunque sabía que no era esa la intención de ella. Lo que Heloise quería decir era que había pasado un día feliz y normal y que se sentía muy dichosa.

—Tengo ganas de ducharme. Volveré dentro de diez minutos. Tom se fue a su propio cuarto, donde se dio una ducha de veras en la bañera, en vez de utilizar la ducha tipo teléfono que había en el cuarto de baño de Heloise.

Al cabo de unos minutos, después de meter la chaqueta austríaca que había comprado para Heloise en el último cajón de la cómoda, cubriéndola con los suéteres, Tom dormitaba en la cama al lado de Heloise, demasiado cansado para seguir leyendo *L'Express*. Se preguntaba si *L'Express* llevaría la foto de uno de los dos mafiosos, o de ambos, junto a la vía del tren, en la edición de la semana siguiente. ¿Habría muerto el guardaespaldas? Tom confiaba fervientemente que hubiese caído debajo de las ruedas, ya que temía que no estuviera muerto al arrojado del tren.

Recordó que Jonathan había tirado de él cuando estaba a punto de caer al exterior y, al recordado, se estremeció con los ojos cerrados. Trevanny le había salvado la vida, o cuando menos le había salvado de una caída tremenda y posiblemente había impedido que las ruedas del tren le amputasen un pie.

Tom durmió bien y se levantó alrededor de las ocho y media de la mañana, antes de que Heloise despertara. Tomó café en la sala de estar y, a pesar de la curiosidad que sentía, no puso la radio para escuchar las noticias de las nueve. Dio un paseo por el jardín, contempló con orgullo el plantío de fresas que había recortado y limpiado de hierbajos recientemente, y echó un vistazo a los tres sacos de arpillera llenos de bulbos de dalia que había guardado durante el invierno y que debía plantar uno de aquellos días. Pensó que aquella tarde trataría de hablar con Trevanny por teléfono. Cuanto antes lo viera, mejor para la tranquilidad de Trevanny. Tom se preguntó si Jonathan también se habría fijado en el guardaespaldas rubio y nervioso. Tom se había cruzado con él por el pasillo, cuando acababa de salir del vagón restaurante y regresaba a su compartimento, tres vagones más atrás. El guardaespaldas parecía a punto de estallar de frustración y Tom había sentido fuertes deseos de decirle, con su mejor italiano callejero, «Si esto sigue así, perderás el empleo, ¿eh?».

*Madame Annette* regresó de la compra antes de las once y, al oírla cerrar la puerta de la cocina, Tom fue a echar un vistazo a *Le Parisien Libéré*.

—Los caballos —dijo Tom con una sonrisa cogiendo el periódico.

—¡*Ah oui!* ¿Ha apostado algo, *monsieur* Tome?

*Madame Annette* sabía que Tom no apostaba.

—No. Es que quiero ver qué tal le fue a un amigo mío.

Tom encontró lo que buscaba al pie de la primera página, una noticia corta, de unos siete centímetros de largo. Italiano estrangulado. Otro gravemente herido. Al estrangulado se le identificaba como Vito Marcangelo, cincuenta y dos años, de Milán. A Tom le interesaba más el herido grave: Filippo Turoli, treinta y un años, que también había sido empujado del tren y suma múltiples contusiones, varias costillas rotas y un brazo malherido que tal vez tendría que serle amputado en un hospital de Estrasburgo. El periódico decía que Turoli estaba en coma y su estado era crítico. Añadía que un pasajero había visto uno de los cuerpos en el terraplén y había avisado a un empleado del ferrocarril, aunque para entonces el lujoso Mozart-Express ya había recorrido muchos kilómetros, puesto que iba *a pleine vitesse* camino de Estrasburgo. Luego un equipo de rescate había encontrado los dos cuerpos. Se calculaba que habrían transcurrido cuatro minutos entre las dos caídas y la policía proseguía activamente sus investigaciones.

Obviamente, habría más sobre el asunto, probablemente con fotografías, en ediciones posteriores. Pensó que lo de los cuatro minutos era un bonito toque de detección, un detalle muy francés, como un problema aritmético para niños. Si un

tren circula a cien kilómetros por hora y desde él arrojan a un mafioso y luego se encuentra a otro mafioso a la distancia de dos tercios del primero, ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde que se arrojó al primer mafioso hasta que el segundo corrió la misma suerte? Respuesta: cuatro minutos. El periódico no decía nada sobre el segundo guardaespaldas, que evidentemente había cerrado el pico y no había presentado ninguna queja sobre el servicio del Mozart-Express.

Pero el guardaespaldas llamado Turoli no había muerto, y Tom pensó que tal vez habría podido verle antes de que le atizara en la mandíbula. Probablemente el hombre tendría alguna idea de cómo era Tom y podía describirlo o identificarlo, si volvía a verle alguna vez. Pero lo más probable era que Turoli no hubiese podido verle ya que Jonathan le había golpeado por la espalda.

Alrededor de las tres y media, cuando Heloise ya había salido para visitar a Agnes Grins en el otro extremo de Villeperce, Tom busco en la guía el número de teléfono de la tienda de Jonathan en Fontamebleau y comprobó que el que recordaba era correcto.

Trevanny se puso al aparato.

—Hola. Aquí Tom Ripley. Esto... sobre el cuadro que le traje... ¿Está solo en este momento? — Sí. — Me gustaría verle. Creo que es importante. ¿Puede reunirse conmigo a las... digamos después de cerrar? ¿Alrededor de las siete?

—Sí —la voz de Trevanny era tensa.

—Podría esperarle en el coche en las inmediaciones del bar Salamandre. Ya sabe a qué bar me refiero... ese que hay en la Rue Grande.

—Sí, lo conozco.

—Entonces iremos a alguna parte y hablaremos. ¿A las siete menos cuarto?

—De acuerdo —dijo Trevanny como si hablase con los dientes apretados. Al colgar el aparato, Tom se dijo que Trevanny iba a llevarse una sorpresa agradable. Al cabo de un rato, cuando Tom se encontraba en su atelier, Heloise le llamó por teléfono.

—¡Hola, Tome! No vendré a casa, porque Agnes y yo vamos a preparar algo delicioso y queremos que vengas. Antoine está aquí, ¿sabes? ¡Hoy es sábado! Así que ven a las siete y media más o menos.

¿De acuerdo?

—¿Y si fueran las ocho, cariño? Estoy trabajando un poco.

—¿*Tu travailles?*

Tom sonrió.

—Estoy haciendo unos bosquejos. Llegaré a las ocho.

Antoine Grais era un arquitecto con esposa y dos hijos pequeños. Tom pensó que pasaría una velada agradable, relajante, con sus vecinos. Salió en coche temprano hacia Fontainebleau, con la intención de comprar una planta —eligió una camelia—

para regalársela a los Grais y utilizar esto como excusa en caso de que se retrasara un poco.

En Fontainebleau Tom compró también el *France-Soir* para leer las últimas noticias sobre Turoli. El periódico no decía que su estado hubiera cambiado, pero sí decía que, al parecer, los dos italianos pertenecían a la familia Genotti de la Mafia y posiblemente habían sido víctimas de una banda rival. Tom se dijo que al menos eso agradaría a Reeves, ya que era lo que éste se proponía. Encontró aparcamiento a pocos metros del Salamandre. Miró por la ventanilla trasera y vio que Trevanny caminaba hacia él, con pasos algo lentos; luego Trevanny vio el coche de Tom. Trevanny iba enfundado en una gabardina cuya decrepitud era impresionante.

—¡Hola! — dijo Tom, abriendo la portezuela—. Suba y nos iremos a Avon... o adonde sea. Trevanny subió al coche, musitando apenas un saludo. Avon es una ciudad gemela de Fontainebleau, aunque más pequeña. Tom condujo el coche por la pendiente que llevaba a la estación de ferrocarril de Fontainebleau-Avon y cogió la curva de la derecha para entrar en Avon.

—¿Todo bien? — preguntó amablemente Tom.

—Sí —dijo Trevanny.

—Supongo que habrá visto los periódicos.

—Sí.

—El guardaespaldas no ha muerto.

—Lo sé.

Desde que viera los periódicos de Estrasburgo a las ocho de aquella mañana, Trevanny se imaginaba que Turoli iba a salir de su estado de coma en cualquier momento y haría una descripción de él y de Tom Ripley, los dos hombres de la plataforma.

—¿Regresó a París anoche?

—No, me... me quedé en Estrasburgo y vine en avión esta mañana.

—¿Ningún problema en Estrasburgo? ¿Ningún rastro del segundo guardaespaldas?

—Ninguno —dijo Jonathan.

Tom conducía lentamente, buscando un lugar tranquilo. Se acercó al bordillo en una calle corta con casas de dos plantas, se detuvo y apagó las luces del vehículo.

—Me parece —dijo Tom, sacando los cigarrillos— que, teniendo en cuenta que la prensa no habla de pistas, al menos no de pistas válidas, que hicimos un trabajo bastante bueno. El único problema es ese guardaespaldas comatoso —Tom ofreció un pitillo a Jonathan, pero éste prefirió coger uno de los suyos—. ¿Ha tenido noticias de Reeves? — preguntó Tom.

—Sí. Esta tarde. Antes de que llamara usted.

Al llamar Reeves por la mañana, Simone había cogido la llamada. «Te llaman

desde Hamburgo. Un americano», le había dicho Simone. Esto también ponía nervioso a Jonathan; el solo hecho de que Simone hubiese hablado con Reeves, aunque éste no diera su nombre.

—Espero que no se muestre tacaño a la hora de pagar —dijo Tom—. Yo le pinché un poco, ¿sabe? Debería pagarle el resto ahora mismo.

«¿Y cuánto querrías tú?», pensó Jonathan, pero decidió dejar que fuera el propio Ripley quien abordarse el asunto. Tom sonrió y se acomodó en el asiento.

—Probablemente estará usted pensando que yo quiero parte de las... cuarenta mil libras, ¿no es así? Pues se equivoca.

—Oh, pues sí. Francamente, me imaginaba que querría parte del dinero.

—Por eso quería verle hoy. Por eso y por otras razones. La otra razón es preguntarle si está preocupado —la tensión que se advertía en Jonathan hacía que Tom se sintiese torpe, que se le trabase la lengua. Soltó una carcajada—. ¡Claro que está preocupado! Pero hay preocupaciones y preocupaciones. Tal vez yo podría ayudarle... es decir, si me lo cuenta.

Jonathan se preguntó qué querría Ripley. No había duda alguna de que algo pretendía.

—Supongo que se debe a que no acabo de entender por qué estaba usted en el tren

—¡Por placer! Porque para mí es un placer eliminar, o ayudar a eliminar, a dos sujetos como los de ayer. ¡Sencillamente por eso! También fue un placer ayudarle a ganarse algún dinero. Sin embargo, me refería a sí estaba preocupado por lo que hicimos. Se me hace difícil decirlo con palabras. Puede que porque no estoy nada preocupado. Al menos de momento.

Jonathan sintió que le faltaba equilibrio. Tom Ripley se estaba mostrando evasivo, de alguna manera, o quizá bromeaba. Jonathan aún sentía hostilidad hacia Ripley, desconfianza. Y ahora era demasiado tarde. El día anterior en el tren, al ver que Ripley se disponía a encargarse del trabajo, Jonathan le habría podido decir «De acuerdo, a usted se lo dejo», y luego hubiese podido volver a su compartimento. No habría servido para borrar el asunto de Hamburgo, del que Ripley estaba enterado, pero... El día anterior el dinero no había sido la motivación. Sencillamente, Jonathan había sido presa de pánico, incluso antes de que apareciese Ripley. Ahora Jonathan no encontraba el arma más adecuada para defenderse.

—Sospecho que fue usted —dijo Jonathan— quien hizo circular el rumor de que yo estaba en las últimas. Usted le dio mi nombre a Reeves.

—Sí —dijo Tom, algo contrito pero con firmeza—. Pero no era ninguna obligación, ¿verdad? Le hubiese podido decir que no a Reeves —Tom hizo una pausa, esperando, pero Jonathan no contestó—. No obstante, la situación ha mejorado considerablemente, confío. ¿No es así? Espero que no esté usted a pocos pasos de la

muerte. Además, ahora tiene pasta en abundancia.

Jonathan vio que el rostro de Tom se iluminaba con su sonrisa americana, inocente. Nadie que viese a Tom Ripley en aquel momento podría imaginarse que fuese capaz de asesinar a alguien, de utilizar el «*garrotte*», y, sin embargo, eso era lo que había hecho unas veinticuatro horas antes.

—¿Tiene costumbre de gastar bromas pesadas? — preguntó Jonathan con una sonrisa.

—No. No, desde luego que no. Esta podría ser la primera vez.

—Y no quiere... nada en absoluto.

—No se me ocurre qué podría desear de usted. Ni siquiera amistad, ya que eso sería peligroso. Jonathan se movió nerviosamente e hizo un esfuerzo por dejar de jugar con una caja de cerillas. Tom adivinó lo que Trevanny estaba pensando: que se encontraba a merced de Tom Ripley en cierto modo, tanto si Ripley quería algo como si no.

—No le tengo más dominado de lo que usted me tiene a mí —dijo Tom—. El «*garrotte*» lo manejé yo, ¿no es verdad? Si yo puedo decir algo contra usted, también usted puede decir algo en contra mía. Piénselo así.

—Cierto —dijo Jonathan.

—Si hay algo que me gustaría hacer, es protegerle.

Esta vez se rió Jonathan; Ripley no.

—Desde luego, puede que no sea necesario. Esperemos que no. Lo malo son siempre los demás. ¡Ja! — Tom permaneció unos instantes con la mirada fija más allá del parabrisas—. Su esposa, por ejemplo. ¿Qué le ha dicho sobre el dinero?

Eso sí era un problema, un problema real, tangible y sin resolver.

—Le dije que los médicos alemanes? Me estaban pagando algo. Que están haciendo unas pruebas... utilizándome.

—No está mal —dijo pensativamente Tom—. Pero puede que se nos ocurra algo mejor. Porque, como es obvio, con esa excusa no podrá justificar toda la suma y vale la pena que ambos disfruten de ella. ¿Y si le dice que se le ha muerto algún pariente? ¿En Inglaterra? Un primo solitario, por ejemplo.

Jonathan sonrió y miró a Tom.

—Eso ya se me había ocurrido, pero, francamente, no tengo a nadie.

Tom comprendió que Jonathan no tenía costumbre de inventar excusas. Tom habría sabido inventar alguna para decírsela a Heloise por ejemplo, si de pronto hubiese llegado a su poder una cantidad elevada de dinero. Se habría inventado algún pariente excéntrico y solitario que llevase años apartado en algún lugar, en Santa Fe o Sausalito, por ejemplo, un primo en tercer grado de su madre, algo por el estilo, y habría adornado el personaje con detalles que recordaba de un breve encuentro en Boston, cuando él, Tom, era pequeño, huérfano como realmente era. Poco se había

imaginado él que el primo de marras tenía un corazón de oro.

—A pesar de todo, debería resultarle fácil inventarse a alguien, teniendo como tiene familia en Inglaterra. Ya pensaremos en ello —agregó Tom al ver que Jonathan estaba a punto de decir que no. Tom consultó su reloj—. Me temo que se me está haciendo tarde para la cena y supongo que a usted también. Ah, hay algo más: la pistola. No tiene importancia, pero ¿se libró de ella?

La pistola estaba en un bolsillo de la gabardina que Jonathan llevaba en aquel momento.

—La tengo aquí. Me gustaría mucho quitármela de encima.

Tom extendió una mano.

—Venga, pues. Así nos libraremos de una cosa — Trevanny le entregó el arma y Tom la metió en la guantera—. No ha sido utilizada nunca, de modo que no resulta demasiado peligrosa, pero me desembarazaré de ella porque es italiana — Tom hizo una pausa para pensar. Seguro que había algo más y aquel era el momento para pensar en ello, ya que no tenía intención de volver a ver a Jonathan.

Entonces se acordó—. A propósito, doy por sentado que a Reeves le dirá que este trabajo lo ha hecho usted solo. Reeves no sabe que yo iba en el tren. Es mucho mejor así.

Jonathan más bien había supuesto lo contrario, y tardó un poco en digerir la noticia.

—Creía que usted y Reeves eran bastante amigos.

—Sí lo somos. Pero no demasiado. Guardamos las distancias —en cierto sentido, Tom estaba pensando en voz alta y tratando de decir algo que no asustase a Trevanny, para que éste se sintiese más seguro de si mismo. Resultaba difícil—. Nadie más que usted sabe que yo iba en aquel tren. Di otro nombre al comprar el billete. De hecho utilice un pasaporte falso. Me di cuenta de que a usted le apuraba la idea de usar el «*garrotte*». Hablé con Reeves por teléfono —Tom puso el motor en marcha y encendió las luces—. Reeves está algo chiflado.

—¿De veras?

Una moto provista de un potente faro apareció por la esquina y pasó rugiendo por su lado, apagando el ronroneo del coche durante unos segundos.

—Le gustan los juegos —dijo Tom—. Se dedica principalmente a la receptación, como quizá ya habrá adivinado usted. Es decir, recibe artículos robados y luego los coloca. Es algo tan estúpido como jugar a espías, pero al menos a Reeves todavía no le han atrapado... atrapado y puesto en libertad y todo eso. Tengo entendido que le va bastante bien en Hamburgo, pero no he visto el domicilio que tiene allí. No debería meterse en asuntos como este otro. No son lo suyo. Jonathan se había imaginado que Tom Ripley visitaba con frecuencia a Reeves Minot en Hamburgo. Recordó que la noche que pasó en el piso de Reeves apareció Fritz con un paquetito. ¿Joyas?

¿Droga? Jonathan vio que el coche pasaba ahora por el viaducto, luego divisó los árboles verdes, oscuros, cerca de la estación del ferrocarril, las copas brillando bajo la luz de los faroles. Sólo Tom Ripley, el hombre que iba sentado junto a él, le resultaba desconocido. De nuevo sintió que el miedo se apoderaba de él.

—Si me permite la pregunta... ¿cómo es que me eligió a mí?

Justo en aquel instante Tom cogía la difícil curva hacia la izquierda, en lo alto de la colina, para entrar en la Avenue Franklin Roosevelt, y tuvo que detenerse para dejar pasar a los coches que venían por el otro lado.

—Por una razón mezquina. Lamento decírselo, pero es la verdad. Aquella noche de febrero, en su fiesta, usted dijo algo que no me gustó. Dijo «Sí, ya he oído hablar de usted» de un modo bastante antipático.

Jonathan lo recordó. También recordó que aquella noche se sentía cansadísimo y, por consiguiente, estaba de pésimo humor. Así que, por una leve muestra de antipatía, Ripley le había metido en el lío en que ahora se encontraba. Jonathan tuvo que recordarse a sí mismo que no era así, que en el lío se había metido él mismo.

—No tendrá que volver a verme —dijo Tom—. El trabajo ha sido un éxito. Al menos eso creo, siempre y cuando no volvamos a tener noticias de ese guardaespaldas —se preguntó si debía pedirle disculpas a Jonathan. «Al infierno», pensó—.

Y, desde el punto de vista moral, espero que no se reproche nada. Esos sujetos eran asesinos también. A menudo asesinan a personas inocentes. Así que nosotros nos tomamos la justicia por nuestra propia mano. La Mafia sería la primera en estar de acuerdo en que la gente debería tomarse la justicia por su propia mano. Esa es la piedra angular de su forma de ver las cosas —Tom viró hacia la derecha y metió el coche en la Rue de France—. No le llevaré hasta la puerta de su casa.

—Déjeme aquí mismo, donde le vaya bien. Y muchas gracias.

—Si puedo, enviaré un amigo a recoger el cuadro.

Tom detuvo el coche y Jonathan se apeó.

—Como guste.

—Llámemme si tiene algún problema —dijo Tom con una sonrisa. Al menos Jonathan le devolvió la sonrisa, como si algo le hiciese gracia.

Jonathan echó a andar hacia la Rue Saint Merry y al cabo de unos segundos empezó a sentirse mejor... aliviado. En gran parte, su alivio se debía a que Ripley no parecía sentirse preocupado... ni por el guardaespaldas que seguía con vida ni por el hecho de que ambos habían permanecido en la plataforma del tren durante un rato desmesuradamente largo. Y además estaba el asunto del dinero... eso resultaba tan increíble como el resto.

Jonathan aflojó el paso al acercarse a la casa de Sherlock Holmes, aunque se daba cuenta de que llegaba con mayor retraso que nunca. Las tarjetas del banco suizo que

él debía firmar habían llegado a su tienda el día antes. Simone no había abierto la carta y Jonathan, después de firmarlas, las había echado al correo aquella misma tarde. Su cuenta tenía un número de cuatro cifras que Jonathan había creído que recordaría, pero del que ya no se acordaba. Simone había aceptado su segunda visita a Alemania para que le viera el especialista, pero ya no habría más visitas y él tendría que justificar el dinero —no la totalidad del mismo, pero sí una buena parte de aquel dinero extra, por ejemplo— mediante historias sobre inyecciones, píldoras y cosas por el estilo y puede que tuviera que hacer uno o dos viajes más a Alemania sólo para dar sustancia a la historia de que los médicos seguían haciendo pruebas. Resultaba difícil y no encajaba en el estilo habitual de Jonathan. Esperaba que se le ocurriera una explicación mejor, pero sabía que no sería así a menos que se estrujase el cerebro tratando de encontrar alguna.

—Llegas tarde —dijo Simone cuando le vio entrar.

Se encontraba en la sala de estar con Georges; el sofá estaba cubierto de libros de cuentos.

—Los clientes —dijo Jonathan, colgando su gabardina. La ausencia del peso de la pistola era un alivio. Jonathan sonrió a su hijo—. ¿Cómo está el niño de los guijarros? ¿Qué estás tramando?

Jonathan se lo dijo en inglés. Georges sonrió también; parecía una calabacita rubia. Uno de sus dientes frontales se había esfumado durante el viaje de Jonathan a Munich.

—Estoy escardando<sup>1</sup> —dijo Georges.

—Leyendo. Escardar es lo que se hace en el jardín. A no ser, claro está, que tengas algún defecto del habla.

—¿Qué es un defecto de melocotón?<sup>2</sup>

Worms, por ejemplo. Pero aquello podía seguir toda una eternidad. ¿Qué son los gusanos?<sup>3</sup> Una ciudad de Alemania.

—Un defecto del habla... igual que cuando ta-tartamudeas. B-b—bé gayer... Eso es un...

—Oh, John, mira esto —dijo Simone, cogiendo un periódico—. No me fijé en ello a la hora de comer. Mira. Dos hombres... no, un hombre resultó muerto en el tren de Alemania a París ayer. ¡Asesinado y arrojado desde el tren!

Jonathan miró la foto del muerto que aparecía en el terraplén, leyó el relato de los hechos como si no lo hubiera visto antes... *estrangulado...puedequealasegunda víctima haya que amputarle un brazo...*

—Sí, en el Mozart-Express. No observé nada raro durante el viaje. Aunque, claro, como había treinta vagones más o menos...

Jonathan le había dicho a Simone que la noche anterior había llegado demasiado tarde para coger el último tren con destino a Fontainebleau y que había pasado la

noche en un pequeño hotel de París.

—La Mafia —dijo Simone, meneando la cabeza—. Seguramente bajaron las cortinas del compartimento para poder estrangularle. ¡Qué horror!

Se levantó para dirigirse a la cocina. Jonathan miró a Georges, que en aquel momento estaba absorto en un libro de Astérix. No le hubiese gustado tener que explicarle a su hijo qué significa «estrangular».

Aquella noche, aunque se sentía algo tenso, Tom estaba de excelente humor en casa de los Grai. Antoine y Agnes Grai vivían en una casa redonda de piedra que tenía un torreón y estaba rodeada de rosas trepadoras. Antoine rondaba los cuarenta, era pulcro y bastante severo, muy amo de su casa y tremendamente ambicioso. Durante toda la semana trabajaba en un modesto estudio de París, y los fines de semana se reunía con la familia en el campo, donde se cansaba aún más trabajando en el jardín. Tom sabía que Antoine le consideraba perezoso, ya que, si el jardín de Tom estaba igual de bien cuidado, ¿qué había en ello de milagroso considerando que Tom no tenía nada que hacer en todo el día? El plato espectacular que habían preparado Agnes y Heloise era una langosta a la cazuela con gran variedad de pescado y mariscos mezclados con el arroz, con dos salsas a escoger.

—Se me ha ocurrido una manera maravillosa de provocar un incendio forestal —dijo pensativamente Tom mientras tomaban el café—. Una manera especialmente adecuada para el sur de Francia, donde hay tantos árboles secos en verano. Se coloca una lupa en un pino, incluso en invierno podría hacerse, y luego, cuando llega el verano, los rayos del sol atraviesan el cristal de aumento y éste enciende una pequeña hoguera entre las agujas de pino. La instalación se hace cerca de la casa de alguien a quien tengas manía, por supuesto, y, ¡zas!, ¡las llamas lo arrasan todo! No es probable que la policía o los del seguro encontrasen la lupa entre los restos del incendio, y aunque dieran con ella... Perfecto, ¿verdad?

Antoine se ríe de mala gana, mientras que las dos mujeres soltaron gritos de horror. — Si eso ocurre en mi finca del sur, ya sabré quién ha sido —dijo Antoine con su voz de barítono.

Los Grai eran dueños de una pequeña propiedad cercana a Cannes, que alquilaban en julio y agosto, cuando el alquiler era más alto; ellos la utilizaban el resto del verano.

Sin embargo, Tom pensaba principalmente en Jonathan Trevanny, un sujeto rígido, reprimido, pero esencialmente decente. Jonathan iba a necesitar algo más de ayuda. Tom confiaba en que fuese únicamente ayuda moral.

---

1. Juego de palabras intraducible: Georges dice weeding (escardar) en lugar de decir reading (leer). (N. del T.)

2. Juego de palabras in traducible: Georges entiende peach defect (defecto de

melocotón) en lugar de speech defect (defecto del habla). (N. del T.)

3. Juego de palabras intraducible: worms significa «gusanos» en inglés

Debido al estado incierto en que se hallaba Vincent Turoli, el domingo Tom cogió el coche y se fue a Fontainebleau a comprar los periódicos de Londres, el *Observer* y el *SundayTimes*, que normalmente compraba el lunes por la mañana en el *journaux-tabac* de Villeperce. El quiosco de prensa de Fontainebleau se encontraba enfrente del Hôtel de l'Aigle Noir. Tom buscó a Jonathan con la mira da, ya que probablemente también Trevanny compraba los periódicos dominicales de Londres, pero no le vio. Eran las once de la mañana y quizá Trevanny ya había pasado por el quiosco. Tom subió al coche y examinó primero el *Observer*. No traía nada sobre el incidente del tren. Tom no estaba seguro de que los periódicos ingleses se tomaran la molestia de hablar del asunto, pero hojeó el *SundayTimes* y encontró algo en la página tres, una breve columna que Tom devoró rápidamente. El periodista había dado un toque ligero a la noticia: «...Debió de ser un trabajo mafioso excepcionalmente rápido... Vincent Turoli, de la familia Genotti, con un brazo de menos y un ojo en mal estado, recobró el conocimiento a primera hora del sábado y su estado mejora tan rápidamente que es probable que pronto sea trasladado en avión a un hospital de Milán. Pero, si sabe algo, no lo dice.» Para Tom no era ninguna noticia, lo de que no decía nada, pero saltaba a la vista que el herido viviría. Mala suerte. Tom pensó que probablemente Turoli ya habría dado su descripción a sus compinches. En Estrasburgo le habrían visitado miembros de la familia. Cuando los mafiosos importantes ingresan en el hospital, durante todo el día y la noche eran protegidos por miembros de su banda y puede que Turoli recibiera el mismo trato. Tom pensó en ello en cuanto le cruzó por la mente la idea de eliminar a Turoli. Recordó la hospitalización, vigilada por la Mafia, de Joe Colombo, jefe de la familia Profaci, en Nueva York. A pesar de las pruebas abrumadoras en sentido contrario, Colombo negó pertenecer a la Mafia; negó incluso que ésta existiera. Las enfermeras habían tenido que andar con pies de plomo para no tropezar con los guardaespaldas que dormían en los pasillos durante la estancia de Colombo en el hospital. Era mejor no pensar en la posibilidad de quitar a Turoli de en medio. Probablemente ya habría hablado de un hombre de unos treinta años, pelo castaño, estatura algo superior a la media, que le había atizado en la mandíbula y el estómago. Y por fuerza tenía que haber otro hombre detrás, ya que le habían golpeado en la nuca. Lo que faltaba por ver era si Turoli le reconocería perfectamente en el caso de que volviese a vede. Tom se dijo que era muy probable que así fuera. Lo curioso era que Turoli, suponiendo que le hubiera visto, probablemente recordaría mejor a Jonathan, sencillamente porque Jonathan no se parecía a nadie más, era más alto y más rubio que la mayoría de la gente. Huelga decir que Turoli cambiaría impresiones con el segundo guardaespaldas, que seguía estando vivo y bien.

—Cariño —dijo Heloise cuando Tom entró en la sala de estar—, ¿te gustaría hacer un crucero por el Nilo?

Tom tenía los pensamientos tan lejos de allí, que tuvo que hacer un esfuerzo por recordar qué era el Nilo y dónde estaba. Heloise se encontraba sentada en el sofá, con los pies desnudos, hojeando una serie de folletos de viajes. Recibía periódicamente buen número de ellos de una agencia de viajes de Moret. La agencia se los enviaba por iniciativa propia, en vista de que Heloise era tan buena clienta.

—No sé. Egipto...

—¿Acaso esto no te parece *séduisant*?

Mostró a Tom una foto de un barquito llamado *Isis*, bastante parecido a un vapor del Mississippi, que navegaba cerca de unos cañaverales.

—Sí. Sí me lo parece.

—O vayamos a otra parte. Si tú no tienes ganas de ir a ningún lado, miraré qué le parece la idea a Noëlle —dijo Heloise, volviendo a ocuparse de los folletos.

La primavera comenzaba a dejarse sentir en la sangre de Heloise, ha hacerle cosquillas en los pies. No habían ido a ninguna parte desde poco después de las Navidades. Habían hecho un viaje bastante agradable en un yate, de Marsella a Portofino y vuelta a Marsella. Los propietarios del yate eran amigos de Noëlle, gente algo mayor, y poseían una casa en Portofino. En aquellos momentos Tom no tenía ganas de ir a ninguna parte, pero no se lo dijo a Heloise.

Fue un domingo tranquilo y agradable. Tom trazó dos bosquejos de *madame Annette*, inclinada ante la tabla de planchar, con la intención de pintar un cuadro. Le salieron bastante bien. *Madame Annette* planchaba en la cocina los domingos por la tarde, mientras miraba la televisión, después de colocar el aparato junto a las alacenas. Tom se decía que no había nada más doméstico, más francés, que la figura recia y a la vez diminuta de *madame Annette* inclinada ante la tabla de planchar un domingo por la tarde. Quería captar el espíritu de la escena sobre la tela, el color naranja, muy pálido, de la pared de la cocina bajo la luz del sol y el delicado azul lavanda de cierto vestido de *madame Annette*, aquel vestido que tanto realzaba sus hermosos ojos azules.

Luego, instantes después de las diez de la noche, sonó el teléfono, cuando Tom y Heloise estaban echados delante de la chimenea, leyendo la prensa dominical. Tom contestó.

Era Reeves y parecía disgustado, muy disgustado. La conexión no era clara.

—Aguarda unos instantes, ¿quieres? Probaré el teléfono del dormitorio —dijo Tom.

Reeves dijo que aguardaría y Tom subió corriendo al piso de arriba, tras decirle a Heloise que era Reeves y que no se oía bien. No era que el teléfono de arriba funcionase necesariamente mejor, pero Tom quería esta solo durante la conversación.

—Decía que mi piso. El de Hamburgo. Hoy han puesto una bomba en él.

—¿Qué? ¡Dios mío!

—Te llamo desde Ámsterdam.

—¿Estás herido? — preguntó Tom.

—¡No! — gritó Reeves con voz quebrada—. Ha sido un milagro. Casualmente no me encontraba en casa alrededor de las cinco. Gaby tampoco estaba, porque los domingos no trabaja. Estos tipos... seguramente lanzaron una bomba a través de la ventana. Toda una hazaña. Los del piso de abajo oyeron llegar un coche a toda velocidad y después oyeron cómo se alejaba también a toda marcha, al cabo de un minuto. Luego, dos minutos después, una explosión espantosa... arrancó todos los cuadros de las paredes.

—Oye... ¿hasta qué punto están enterados?

—Me dije que sería mejor para mi salud irme a otro sitio. Salí de la ciudad en menos de una hora.

—¿Cómo se enteraron? — chilló Tom para hacerse oír.

—Ni idea. De veras que ni idea. Puede que le sacaran algo a Fritz, porque Fritz no acudió a una cita que tenía conmigo hoy. Espero que al viejo Fritz no le haya ocurrido nada malo. Pero él no conoce... ya sabes, el nombre de nuestro amigo. Le llamé Paul siempre que Fritz estaba presente. Le dije que era inglés, de modo que Fritz se imagina que vive en Inglaterra. Honradamente, creo que lo hacen porque sospechan algo, Tom. Creo que, en esencia, nuestro plan ha funcionado.

El bueno de Reeves, él siempre tan optimista: una bomba en su piso, sus bienes perdidos y decía que el plan había sido un éxito. — Escúchame, Reeves, ¿qué me dices de...? ¿Qué vas a hacer con tus cosas de Hamburgo? ¿Con tus papeles, por ejemplo?

—Meterlos en una caja fuerte del banco —se apresuró a decir Reeves—. Puedo hacer que los envíen. ¿Qué papeles, de todos modos? Si estás preocupado... sólo tengo una libretita de direcciones y siempre la llevo encima. Desde luego lamento muchísimo haber perdido un montón de discos y cuadros que tenía allí, pero la policía dijo que protegería todo lo que pudiera. Como es natural, me interrogaron, amablemente, desde luego, durante unos cuantos minutos, pero les dije que me sentía aturdido, lo cual era cierto, y que tenía que permanecer alejado de Hamburgo durante una temporada. La policía sabe dónde estoy.

—¿Sospechan que ha sido la Mafia? — Si sospechan algo en este sentido, no lo dijeron. Tom, muchacho, volveré a llamarte mañana seguramente. Toma nota de mi número, ¿quieres?

Medio a regañadientes, aunque era consciente de que podía necesitarlo, Tom apuntó el nombre del hotel de Reeves, el Zuyder Zee, y el número del teléfono.

—Desde luego, nuestro amigo mutuo hizo un trabajo fino, aunque el segundo hijo

de perra siga con vida. Para tratarse de un anémico... —Reeves se interrumpió y soltó una carcajada casi histérica.

—¿Ya se lo has pagado todo?

—Ayer-dijo Reeves.

—Supongo, pues, que ya no le necesitarás.

—No. Hemos conseguido que la policía de aquí, quiero decir de Hamburgo, se interese. Eso es lo que queríamos. He oído decir que han llegado más tipos de la Mafia. Así que...

La línea se cortó bruscamente. Tom se sintió molesto, le embargó una sensación de estupidez, al quedarse allí de pie, con el teléfono en la mano, oyendo sólo un zumbido. Colgó el aparato y permaneció unos segundos de pie en la habitación, preguntándose si Reeves volvería a llamarle, pensando que probablemente no lo haría y tratando de digerir las noticias. Por lo que él sabía de la Mafia, pensó que tal vez dejarían las cosas como estaban, contentándose con la bomba contra el piso de Reeves. Tal vez no pedían la cabeza de Reeves. Pero era evidente que la Mafia sabía que Reeves tenía algo que ver con los asesinatos, de modo que había fracasado el propósito de crear la impresión de que se trataba de una guerra entre bandas mafiosas rivales. Por otro lado, sin embargo, la policía de Hamburgo haría un esfuerzo extra por limpiar la ciudad de mafiosos, por expulsarlos de los clubs de juego privados. Como todas las cosas que Reeves hacía o en las que intervenía, la situación era vaga. El veredicto debería ser: no ha sido un éxito total.

El único resultado feliz de todo el asunto era que Trevanny había cobrado su dinero. Seguramente recibiría la noticia el martes o el miércoles. ¡Buenas noticias de Suiza!

Los días siguientes fueron tranquilos. No hubo más llamadas telefónicas ni llegó ninguna carta de Reeves Minot. Los periódicos no dijeron nada sobre Vincent Turoli, que seguiría en el hospital de Estrasburgo o en el de Milán, y Tom compró también el *Herald-Tribune* de París y el *Daily Telegraph* de Londres en Fontainebleau. Tom plantó sus dalias, tres horas de trabajo un día por la tarde, porque las tenía en paquetes pequeños dentro del saco de arpillera, etiquetas según su color, y trató de disponer los plantíos de color con el mismo cuidado con que hubiese preparado mentalmente una tela. Heloise pasó tres noches en Chantilly, donde vivían sus padres, porque su madre debía someterse a una operación sin importancia para extirparle un tumor que tenía en alguna parte y que por suerte resultó ser benigno. *Madame Annette*, creyendo que Tom se sentía sólo le consoló con platos americanos que había aprendido a preparar para complacerle: costillas de cerdo con salsa barbacoa, estofado de almejas y pollo frito. De vez en cuando Tom se preguntaba por su propia seguridad. En el ambiente pacífico de Villeperce, en aquel pueblo soñoliento y algo relamido, y a pesar de la alta verja de hierro de Belle Ombre, aquella verja que

parecía proteger la casa de Tom igual que si fuese un castillo, pero que en realidad no la protegía, ya que cualquiera podía saltarla, podía presentarse un asesino, un mafioso que llamaría a la puerta o haría sonar el timbre, empujaría a *madame* Annette a un lado, subiría corriendo las escaleras y acabaría con Tom. Probablemente la policía de Moret tardaría sus buenos quince minutos en llegar a Belle Ombre, eso suponiendo que *madame* Annette pudiera avisarla en seguida. Si algún vecino oía uno o dos disparos, pensaría que se trataba de un cazador probando su suerte con los búhos, y probablemente no se molestaría en averiguar el origen de los tiros.

Durante los días que Heloise pasó en Chantilly, Tom decidió comprar un clavicémbalo para Belle Ombre, también para él mismo, desde luego, y posiblemente para Heloise. En cierta ocasión, en alguna parte, había oído a Heloise interpretando una sencilla tonada al piano. ¿Dónde? ¿Cuándo? Tom sospechaba que Heloise había padecido lecciones de piano cuando era niña y, conociendo a sus padres, estaba seguro de que habrían eliminado todo placer de sus esfuerzos musicales. De todos modos, un clavicémbalo seguramente costaría un montón de dinero (resultaría más barato comprarlo en Londres, por supuesto, pero luego tendría que pagar el ciento por ciento de impuestos que los franceses le cobrarían para entrarlo en el país), aunque, sin duda, un clavicémbalo entraba en la categoría de adquisiciones culturales, de modo que Tom no se hizo ningún reproche por desearlo. Un clavicémbalo no era una piscina. Tom llamó por teléfono a un anticuario de París al que conocía bastante bien y, aunque el hombre sólo comerciaba con muebles, pudo darle a Tom las señas de una tienda digna de confianza, también en París, donde tal vez podría comprar el instrumento deseado.

Tom fue a París y se pasó un día entero oyendo hablar de clavicembalos al comerciante, examinando instrumentos, probándolos con tímidos acordes y tratando de decidirse. La gema que eligió, de mandea beige embellecida aquí y allá con pan de oro, le costó más de diez mil francos. Le dijeron que se la entregarían el 26 de abril y que el afinador tendría que poner manos a la obra inmediatamente, dado que la mudanza trastornaría al instrumento.

La compra del clavicémbalo llenó de euforia a Tom, le hizo sentirse invencible mientras regresaba al lugar donde dejara el coche, Impermeable a los ojos y puede que incluso a las balas de la Mafia.

Y en Belle Ombre no había estallado ninguna bomba. Las calles arboladas y sin asfaltar de Villeperce parecían tan tranquilas como siempre. No se veía ningún sujeto desconocido merodeando por allí. Heloise regresó el viernes, de muy buen humor, y Tom esperaba con ilusión el momento de darle la sorpresa: el miércoles llegaría el enorme cajón de embalaje, manipulado cuidadosamente por los transportistas, conteniendo el clavicémbalo. Iba a resultar más divertido que las Navidades.

Tom tampoco le dijo nada del clavicémbalo al ama de llaves. Pero el lunes le dijo:

—*Madame Annette*, tengo que pedirle algo: El miércoles vendrá a almorzar un invitado especial, puede que también se quede a cenar. Me gustaría agasajarle espléndidamente.

Los ojos azules de *madame Annette* se iluminaron. Nada le gustaba más que hacer un esfuerzo extra, preocuparse más que de costumbre, si se trataba de algo relacionado con la cocina.

—¿*Un vrai gourmet?*— preguntó con acento esperanzado.

—Eso diría yo —replicó Tom—. Ahora reflexione usted. No pienso decirle lo que debe preparar. Que sea una sorpresa para *madame Heloise* también.

*Madame Annette* sonrió maliciosamente. Se hubiera dicho que también a ella le habían hecho un regalo.

El giroscopio que Jonathan compró en Munich para Georges resultó ser el más apreciado de los juguetes que jamás regalara a su hijo. Su magia seguía haciendo efecto cada vez que Georges lo sacaba del estuche cuadrado donde Jonathan insistía en que lo guardase.

—¡Cuidado no se te caiga! — dijo Jonathan, tumbado boca abajo en la sala de estar—. Es un instrumento delicado.

El giroscopio obliga a Georges a aprender nuevas palabras inglesas, ya que Jonathan estaba demasiado absorto para molestarse en hablar en francés. La maravillosa rueda del giroscopio daba vueltas cuando Georges la empujaba con la punta de un dedo, o se inclinaba hacia un lado desde lo alto de un torreón perteneciente a un castillo de plástico. Este objeto lo había sacado el pequeño de una caja de juguetes viejos y lo utilizaba en lugar de la torre Eiffel indicada en la hoja de color rosa donde venían las instrucciones para el giroscopio.

—Un giroscopio de mayor tamaño —dijo Jonathan— impide que los buques se balanceen en el mar —Jonathan le explicó bastante bien para qué servía el instrumento y pensó que si lo colocaba en un barco de juguete, metía éste en la bañera y agitaba el agua, podría demostrar lo que quería decir—. Los buques grandes, por ejemplo, tienen tres giroscopios funcionando al mismo tiempo.

—Jon, el sofá —Simone se encontraba en el umbral de la puerta de la salida—. No me dijiste lo que pensabas. ¿Verde oscuro?

Jonathan cambió de postura y se apoyó sobre los codos. En sus ojos el hermoso giroscopio seguía dando vueltas y conservando su milagroso equilibrio. Simone se refería a que habían decidido cambiar la funda del sofá.

—Lo que pienso es que deberíamos comprar un sofá nuevo —dijo Jonathan, levantándose—. Hoy he visto anunciado un Chesterfield negro por cinco mil francos. Apuesto que soy capaz de encontrarlo por tres mil quinientos francos si busco un poco.

—¿Tres mil quinientos francos nuevos?

Jonathan ya esperaba que Simone se escandalizase.

—Considéralo una inversión. Podemos permitirnoslo.

Jonathan conocía a un anticuario que tenía su establecimiento a unos cinco kilómetros de la ciudad y que comerciaba únicamente con muebles grandes, bien restaurados. Hasta entonces no había podido comprar nada allí.

—Un Chesterfield sería magnífico... ¡pero no tires la casa por la ventana! ¡Te estás volviendo muy manirroto!

Aquel mismo día Jonathan también había hablado de comprar un televisor nuevo.

—No soy ningún manirroto —dijo tranquilamente—. Sería un necio si lo fuese.

Simone le indicó por señas que fuera con ella al vestíbulo, como si quisiera decirle algo que Georges no debía oír. Jonathan la abrazó y a Simone se le desarregló el peinado al tocar con la cabeza los abrigos colgados en el vestíbulo.

—De acuerdo —le susurró Simone al oído—. Pero, ¿cuándo vuelves a Alemania?

A Simone no le hacían ninguna gracia los viajes a Alemania. Jonathan le decía que estaban probando unas píldoras nuevas, que Perrier se encargaba de suministrárselas, que, aunque su estado siguiera siendo el mismo, cabía la posibilidad de que mejorase y que, desde luego, no iba a empeorar. Debido al dinero que Jonathan decía que le estaban pagando, Simone no creía que su marido no estuviese corriendo ningún riesgo. Aun así, Jonathan no le había dicho la cantidad exacta, no le había hablado de la suma que tenía ingresada en la Swiss Bank Corporation de Zurich. Lo único que sabía Simone era que tenían ingresados unos seis mil francos en la Société Générale de Fontainebleau en vez de los cuatrocientos o seiscientos francos que normalmente tenían allí y que a veces, cuando pagaban un plazo de la hipoteca, bajaban a doscientos. — Me encantaría tener un sofá nuevo. Pero, ¿crees que lo mejor es comprado ahora? ¿Pagando semejante precio? No olvides la hipoteca.

—¿Cómo podría olvidarla, cariño? ¡Condenada hipoteca! — Jonathan se echó a reír. Jonathan quería saldar la hipoteca de golpe—. De acuerdo, tendré cuidado. Lo prometo.

Jonathan sabía que tenía que inventar una historia mejor o, en su defecto, mejorar la que ya le contara a Simone. Pero de momento prefería descansar, disfrutar pensando en su nueva fortuna, puesto que gastar parte de la misma no resultaba fácil. Y aún podía morir en el plazo de un mes. Las tres docenas de píldoras que le había dado el doctor Schroeder de Munich y que ahora Jonathan tomaba a razón de dos diarias, no iban a salvarle la vida ni a producir ningún cambio de consideración. La sensación de seguridad podía ser una especie de fantasía, pero ¿acaso no era tan real como todo lo demás mientras duraba? ¿Qué otra cosa había? ¿Qué era la felicidad si no una actitud mental?

Y había el otro factor desconocido, el hecho de que el guardaespaldas llamado Turoli seguía vivo.

La tarde del sábado 29 de abril, Jonathan y Simone asistieron en el teatro de Fontainebleau a un concierto de obras de Schubert y Mozart a cargo de un cuarteto de cuerda. Jonathan había comprado dos localidades de las más caras y quería que Georges les acompañase, ya que el pequeño era capaz de portarse bien si se le hacían algunas advertencias de antemano. Pero Simone se había opuesto. Se sentía más avergonzada que Jonathan cuando Georges no se portaba como un niño modélico.

—Dentro de un año, sí —dijo Simone.

Durante el descanso salieron al espacioso vestíbulo, donde estaba permitido fumar. Estaba lleno de caras conocidas, entre ellas la de Pierre Gauthier, el que

vendía material para artistas. Jonathan se llevó una buena sorpresa al ver que Gauthier lucía cuello de pajarita y corbata negra.

—Es usted un embellecimiento de la música esta noche, *madame!* — dijo Gauthier, admirando el vestido rojo de Simone.

Simone aceptó el cumplido graciosamente. Jonathan pensó que realmente se la veía radiante y feliz. Gauthier estaba solo. De pronto Jonathan recordó que la esposa de Gauthier había muerto unos años antes, cuando Jonathan aún no le conocía bien.

—¡Todo Fontainebleau está aquí esta noche! — dijo Gauthier, esforzándose por hacerse oír sobre el murmullo de las conversaciones. Su ojo bueno escudriñó las varias docenas de personas que llenaban el vestíbulo y su calva relucía debajo del pelo negro y canoso que había peinado cuidadosamente sobre ella—. ¿Querrán tomar un café conmigo después? ¿En el café que hay enfrente? — preguntó Gauthier—. Tendré mucho gusto en invitarles.

Simone y Jonathan estaban a punto de decir que sí, cuando Gauthier se puso algo rígido. Jonathan siguió la mirada de Gauthier y vio a Tom Ripley en un grupo de cuatro o cinco personas, a sólo unos tres metros de donde se encontraban ellos. Los ojos de Ripley se cruzaron con los de Jonathan al mismo tiempo que le saludaba con la cabeza. Ripley hizo como si fuera a acercarse para saludarles, y en aquel momento Gauthier se separó de Jonathan y Simone. Ésta volvió la cabeza para ver a quién habían mirado tanto Jonathan como Gauthier.

—*¡Tout a l'heure, peut-être!* — dijo Gauthier.

Simone miró a Jonathan y arqueó levemente las cejas.

Ripley sobresalía de los demás, no tanto por ser alto como por tener un aspecto poco francés con su pelo castaño que despedía reflejos dorados a la luz de las lámparas de brazos. Llevaba una chaqueta de raso color ciruela. La bella muchacha rubia que le acompañaba y que parecía no llevar maquillaje, debía de ser su esposa.

—¿Y bien? — dijo Simone—. ¿Quién es ése?

Jonathan sabía que se refería a Ripley y se daba cuenta de que el corazón le latía más aprisa.

—No lo sé. Le he visto antes, pero no sé cómo se llama.

—Estuvo en casa... ese hombre —dijo Simone—. Me acuerdo de él. ¿A Gauthier no le cae bien?

Sonó el timbre avisando al público para que volviera a sus localidades.

—No lo sé. ¿Por qué?

—¡Porque me pareció que quería escabullirse! — dijo Simone, como si la cosa fuera obvia.

El placer de la música se había esfumado para Jonathan. ¿Dónde estaría sentado Tom Ripley? ¿En uno de los palcos? Jonathan no alzó la mirada para ver los palcos. Tal vez Ripley estaba al otro lado del pasillo central. Se dio cuenta de que no era la

presencia de Ripley lo que le había estropeado la velada, sino la reacción de Simone. Y sabía que la causa de dicha reacción eran las muestras de agitación que él mismo había dado al ver a Ripley. Jonathan hizo un esfuerzo deliberado por relajarse, apoyando el mentón en la mano, aunque sabía que no conseguiría engañar a Simone. Al igual que mucha gente, Simone había oído contar ciertas historias sobre Tom Ripley (aunque en aquel preciso instante no lograra recordar su nombre) y tal vez relacionaría a Tom Ripley con... ¿con qué? De momento, Jonathan no lo sabía. Pero le daba miedo lo que se avecinaba. Se reprochó por haber mostrado su nerviosismo de manera tan clara, tan ingenua. Jonathan era consciente de que estaba metido en un lío, en una situación muy peligrosa, y que tenía que tomarse las cosas con calma, si es que ello le era posible. Tenía que ser actor. Un actor algo distinto de cuando en su juventud se esforzara por triunfar en escena. Ahora la situación era completamente real. O, si se prefería, completamente falsa. Era la primera vez que Jonathan se mostraba falso con Simone.

—Veamos si podemos encontrar a Gauthier —dijo Jonathan cuando se dirigían hacia la salida, mientras a su alrededor sonaban aún los aplausos y poco a poco iban convirtiéndose en las palmadas coordinadas con que el público francés solía pedir una propina más.

Pero no encontraron a Gauthier. A Jonathan se le escapó la respuesta de Simone, a la que no parecía interesarle dar con Gauthier. Tenían a la canguro —una chica de su propia calle— en casa con George. Eran casi las once. Jonathan no buscó a Tom Ripley ni le vio.

El domingo, Jonathan y Simone fueron a Nemours, a almorzar con los padres de ella y con Gérard y su esposa. Como de costumbre, pusieron la televisión después de comer, aunque Jonathan y Gerard no hicieron caso de ella.

—¡Es excelente que los boches te paguen un subsidio por utilizarte como conejillo de Indias! — dijo Gérard, soltando una de sus poco frecuentes carcajadas—. Es decir, siempre y cuando no te hagan ningún daño.

Lo dijo en argot, hablando rápidamente, y fue el primer comentario suyo que realmente llamó la atención de Jonathan.

Los dos se estaban fumando un puro. Jonathan había comprado una caja en un *tabac* de Nemours.

—Sí. Montones de píldoras. Su idea consiste en atacar con ocho o diez drogas a la vez. Ya sabes... confundir al enemigo. También hace que a las células enemigas les cueste más inmunizarse —Jonathan siguió divagando en el mismo tono, medio convencido de que iba improvisando sobre la marcha, medio recordando que se trataba de un método contra la leucemia sobre el que había leído algo unos meses antes—. Desde luego, no hay ninguna garantía. Podrían presentarse efectos secundarios y por esto precisamente están dispuestos a pagarme algún dinero por

prestarme a los experimentos.

¿Qué clase de efectos secundarios?

—Pues... tal vez un descenso de nivel de coagulación de la sangre —a Jonathan cada vez le salían mejor aquellas frases sin sentido y la atención que le prestaba Gérard no hacía más que inspirarle—. Náuseas... aunque de momento no las he tenido. Además, huelga decirlo, aún no conocen todos los efectos secundarios.

Corren un riesgo. Y lo mismo hago yo.

¿Y si sale bien? ¿Y si lo consideran un éxito?

—Un par de años de vida más —dijo Jonathan con acento complacido.

El lunes por la mañana Jonathan y Simone fueron con una vecina, Irene Pliesse —la mujer que todas las tardes tenía a Georges en su casa, después de la escuela, hasta que Simone podía pasar a recogerlo— a casa del anticuario de los alrededores de Fontainebleau donde Jonathan esperaba encontrar un sofá. Irene Pliesse era una mujer acomodadiza, de huesos grandes, que a Jonathan siempre le había parecido un tanto masculina, aunque a lo mejor no lo era en absoluto. Era madre de dos hijos de corta edad y en su casa de Fontainebleau había más pañitos de adorno y más cortinas de organdí de lo que es normal ver en una casa. De todos modos, era generosa con su tiempo y con su coche, y a menudo se había brindado voluntariamente a llevarles en coche a Nemours cuando los Trevanny comían allí en domingo. Pero Simone, con sus escrúpulos característicos, no había aceptado en ninguna ocasión, dado que lo de Nemours era un asunto regular de familia. Por lo tanto, el placer de utilizar los servicios de Irene Pliesse para buscar el sofá no se veía empañado por ningún sentimiento de culpabilidad, e Irene se tomó tanto interés por la adquisición del mueble como si éste tuviera por destino su propia casa.

Les dieron a elegir entre dos Chesterfields, ambos de armazón antiguo y ambos tapizados recientemente con cuero nuevo de color negro. Jonathan y Simone prefirieron el mayor de los dos, y Jonathan consiguió que se lo dejaran por tres mil francos en lugar de tres mil quinientos. Jonathan sabía que era una ganga, porque había visto un sofá del mismo tamaño anunciado, con fotografía y todo, por cinco mil. Aquella suma inmensa, tres mil francos, casi lo que él y Simone ganaban en un mes, ahora le parecía una nimiedad. Jonathan se sorprendió al ver lo poco que costaba acostumbrarse a tener algo de dinero.

Hasta Irene, cuya casa parecía opulenta al lado de la de los Trevanny, quedó impresionada al ver el sofá. Y Jonathan advirtió que a Simone no se le ocurrió nada que decir para quitarle importancia a la cosa.

—Jon ha recibido una herencia inesperada de un pariente de Inglaterra. No es mucho... pero decidimos comprar algo bonito con el dinero.

Irene asintió con la cabeza. Jonathan se dijo que todo iba bien. Al día siguiente por la noche, antes de cenar, Simone dijo:

—Hoy me he dejado caer por la tienda de Gauthier para saludarle.

Jonathan se puso en guardia inmediatamente al notar el tono de voz de Simone. Jonathan estaba tomándose un whisky con agua y leyendo el periódico de la tarde.

—¿Ah, sí?

—Jon... ¿no fue ese Ripley quien le dijo a Gauthier que... que no te quedaba mucho tiempo de vida?

Simone hablaba en voz baja, aunque Georges estaba en el piso de arriba, probablemente en su cuarto.

¿Lo habría reconocido así Gauthier al hacerle Simone una pregunta directa? Jonathan no sabía cómo reaccionaría Gauthier ante una pregunta directa y Simone sabía ser dulcemente persistente hasta que obtenía una respuesta.

—Gauthier me dijo... —empezó a decir Jonathan— que... Bueno, como ya te dije, no quiso darme el nombre de quien se lo había dicho. De modo que no lo sé.

Simone le miró. Estaba sentada en el hermoso sofá Chesterfield, que desde el día anterior transformaba su sala de estar. Jonathan pensó que se debía a Ripley el que Simone estuviera sentada en el sofá nuevo. El pensamiento no contribuyó a tranquilizarle.

¿Gauthier te dijo que había sido Ripley? — preguntó Jonathan con aire de sorpresa.

—No, no quiso decírmelo. Pero yo le pregunté sencillamente si había sido Ripley. Le describí al hombre que vimos en el concierto. Gauthier sabía a quién me refería. Tú también parece saber... su nombre.

Simone bebió un sorbo de Cinzano. A Jonathan le pareció que le temblaba un poco la mano.

—Podría ser, desde luego —dijo Jonathan, encogiéndose de hombros—. No olvides que Gauthier me dijo que quienquiera que se lo había dicho... —Jonathan soltó una carcajada—. ¿Hay que ver lo complicado que resulta todo esto! El caso es que, según me dijo, el que se lo había dicho a él podía estar equivocado; a veces se exageran las cosas. Lo mejor es olvidarlo, de veras, cariño. Es una estupidez echar la culpa a los desconocidos. Y también darle demasiada importancia al asunto.

—Sí, pero... —Simone ladeó la cabeza y en sus labios apareció una expresión de amargura que Jonathan sólo había visto una o dos veces en ellos—. Lo más curioso es que sí fue Ripley. Lo sé. No es que Gauthier me lo dijese, no. No me lo dijo. Pero lo adiviné... ¿Me escuchas, Jon?

—Sí, querida.

—Es porque... a Ripley le falta muy poco para ser un delincuente. Puede que lo sea en realidad. Ya sabes que a muchos criminales nunca les echan el guante. Por esto lo pregunto. Te lo pregunto a ti. Todo este dinero, Jon... ¿Lo... por casualidad lo recibes de ese *monsieur* Ripley?

Jonathan hizo un esfuerzo y miró directamente a Simone. Se dijo que tenía que proteger lo que ya poseía y que no estaba tan relacionado con Ripley como para mentir si decía que no era de él de quien lo recibía.

—¿A santo de qué iba a recibirlo de él, cariño?

—¡Sólo porque es un delincuente! ¿Quién sabe por qué motivo iba a pagártelo? ¿Qué tiene él que ver con esos médicos alemanes? ¿De veras son médicos ésos de los que me hablas?

La voz de Simone empezaba a ponerse histérica. El color le arrebolaba las mejillas.

Jonathan frunció el ceño.

—¡Pero, querida, si Perrier tiene los dos informes que me dieron!

—Tiene que haber algo muy peligroso en esas pruebas, Jon, por que de lo contrario no te pagarían tanto. ¿No es así?... Tengo la impresión de que no me dices toda la verdad.

Jonathan se rió un poco.

—¿Que podría tener ese Tom Ripley... ese vago...? Además, es americano. ¿Qué podría tener que ver él con los médicos alemanes?

—Fuiste a ver a los médicos alemanes porque tenías miedo de morir pronto. Y fue Ripley, estoy segura, quien hizo circular la historia de tu muerte inminente.

Georges bajaba las escaleras a trompicones, hablando con un juguete que llevaba a rastras. Georges en su mundo de sueños; pero era una presencia, a sólo unos metros, y Jonathan se sintió irritado. Le parecía increíble que Simone hubiese descubierto tantas cosas y sintió impulsos de negarlo todo, a toda costa.

Simone esperaba que dijese algo.

—No sé quién se lo dijo a Gauthier —dijo Jonathan.

Georges apareció en la puerta y su llegada fue un alivio para Jonathan, ya que cortó la conversación. Georges preguntó algo sobre un árbol que se veía desde la ventana de su cuarto. Jonathan no le prestó atención y dejó que Simone le contestara.

Durante la cena, Jonathan tuvo la sensación de que Simone no acababa de creerle, de que quería creerle, pero no podía. A pesar de ello, Simone (puede que debido a la presencia de Georges) se mostró la misma de siempre. O casi. No se la veía huraña ni fría. Pero a Jonathan el ambiente le resultaba incómodo. Y se dio cuenta de que seguiría siendo incómodo a menos que se le ocurriera alguna explicación más concreta del dinero que le pagaban los hospitales alemanes. Detestaba las mentiras, exagerar el peligro que corría con el fin de justificar el dinero.

Incluso le cruzó por la mente la posibilidad de que Simone decidiera hablar con el propio Tom Ripley. ¿Acaso no podía telefonarle? ¿Solicitarle una entrevista? Jonathan descartó la idea. A Simone no le gustaba Tom Ripley. No desearía acercarse a él.

Aquella misma semana Tom Ripley entró en la tienda de Jonathan. Su cuadro estaba listo desde hacía varios días. Jonathan estaba atendiendo a un cliente cuando entró Ripley, y éste se entretuvo examinando unos marcos ya terminados apoyados en una pared, dispuesto a esperar hasta que Jonathan quedase libre. Por fin se marchó el cliente.

—Buenos días —dijo Tom afablemente—. No pude encontrar a nadie para que viniese a recoger el cuadro, así que decidí venir yo mismo.

—Muy bien. Ya está listo —dijo Jonathan, dirigiéndose a la trastienda para recoger el cuadro. Lo tenía envuelto en papel de embalar, pero el papel no estaba atado, y llevaba una etiqueta que decía "RIPLEY" pegada con cinta adhesiva sobre el papel. Jonathan depositó el bulto en el mostrador—. ¿Desea verlo?

A Tom le agradó el resultado. Contempló el cuadro a cierta distancia, sosteniéndolo con el brazo extendido.

—Estupendo. Muy bonito. ¿Cuánto le debo?

—Noventa francos.

Tom sacó el billetero.

—¿Todo anda bien?

Jonathan se dio cuenta de que tomaba aire dos veces antes de responder.

—Ya que lo pregunta —cogió el billete de cien francos, hizo un gesto cortés con la cabeza, abrió la caja registradora y tomó el cambio—. Mi esposa... —Jonathan miró hacia la puerta y se alegró al ver que en aquel momento no venía nadie—. Mi esposa habló con Gauthier el otro día. Gauthier no le dijo que usted había inventado aquella historia sobre mí... defunción. Pero parece que mi mujer lo ha adivinado. La verdad es que no sé cómo. Intuición, supongo.

Tom había previsto que ocurriría aquello. Era consciente de su reputación, de que mucha gente desconfiaba de él, le evitaba. A menudo pensaba que su ego hubiese podido quedar hecho añicos mucho antes —como le habría ocurrido al ego de una persona normal— de no ser porque la gente, cuando llegaba a conocerle, cuando pasaba una velada en Belle Ombre, les tomaban bastante simpatía a él y a Heloise y les invitaban a su casa.

—¿Y usted qué le dijo a su esposa?

Jonathan trató de hablar rápidamente, temiendo no disponer de mucho tiempo.

—Lo que vengo diciéndole desde el principio: que Gauthier siempre se ha negado a revelarme la identidad de la persona que hizo circular el rumor. Lo cual es cierto.

Tom lo sabía: Gauthier se había negado galantemente a mencionar su nombre.

—Bueno, no pierda la serenidad. Si no volvemos a vernos... Por cierto, lamento lo del otro día en el concierto —añadió Tom con una sonrisa.

—Sí. Pero... es una desgracia. Lo peor de todo es que mi esposa le asocia a usted... trata de asociarle con el dinero que ahora tenemos. No es que yo le haya

dicho cuánto tenemos en realidad.

Tom también había pensado en eso. Desde luego, era irritante.

—No le traeré más cuadros para que los enmarque.

Un hombre cargado con una tela grande intentaba cruzar la puerta.

—*¡Bon, m'sieur!*—dijo Tom, agitando la mano libre—. *Merci. Bon soire.*

Tom salió del establecimiento. Pensó que, si Trevanny estaba preocupado seriamente, siempre podría telefonarle. Tom ya le había dicho al menos una vez que así lo hiciese. Era una desgracia, una molestia para Trevanny, que su esposa sospechase que él, Tom, era el responsable de aquel rumor desagradable. Por otro lado, no resultaba fácil relacionar dicho rumor con el dinero de los hospitales de Hamburgo y Munich, y menos aún con el asesinato de dos mafiosos.

El domingo por la mañana, mientras Simone colgaba la colada en el jardín y Georges y Jonathan construían una pared con piedras, llamaron a la puerta.

Era una de las vecinas, una mujer de unos sesenta años de cuyo nombre Jonathan no estaba seguro... ¿Delattre? ¿Delambre? La mujer parecía afligida por algo.

—Usted perdone, *monsieur* Trevanny.

—Pase, pase usted —dijo Jonathan.

—Se trata de *monsieur* Gauthier. ¿No ha oído la noticia?

—No.

—Anoche le atropelló un automóvil. Ha muerto.

—¿Muerto?... ¿Aquí en Fontainebleau?

—Iba de regreso a su casa alrededor de la medianoche, tras pasar la velada con un amigo, alguien que vive en la Rue de la Paroise. Ya sabe usted que *monsieur* Gauthier vive en la Rue de la République, a poca distancia de la Avenue Franklin Roosevelt. Fue en ese cruce donde hay un pequeño triángulo de césped, allí donde también hay un semáforo. Alguien vio a los autores del hecho: dos chicos que iban en un automóvil. No se detuvieron. Se saltaron una luz roja, atropellaron a *monsieur* Gauthier ¡y no se detuvieron!

—¡Santo Dios!... ¿No quiere usted sentarse, *madame*...?

Simone acababa de aparecer en el vestíbulo.

—Ah, bonjour, *madame* Delattre —dijo.

—Simone, ¡Gauthier ha muerto! — dijo Jonathan—. Lo atropelló un conductor que se dio a la fuga.

—Dos chicos —dijo *madame* Delattre—. ¡No se detuvieron!

Simone profirió un grito sofocado.

—¿Cuándo?

—Anoche. Ya estaba muerto cuando lo llevaron al hospital. Sobre la media noche.

—¿No quiere pasar y sentarse, *madame* Delattre? — preguntó Simone.

—No, no, gracias. Tengo que ir a ver a una amiga. *Madame Mockers*. No sé si ya se habrá enterado. Le conocíamos tan bien todos, ¿saben?

*Madame Delattre* estaba apunto de prorrumpir en lágrimas y dejó el cesto de la compra en el suelo unos instantes, para secarse los ojos.

Simone le apretó la mano.

—Gracias por venir a decírnoslo, *madame Delattre*. Ha sido usted muy amable.

—El entierro es el lunes —dijo *madame Delattre*. En San Luis —luego se marchó.

Por alguna razón, la noticia no afectó a Jonathan.

—¿Cómo se llama?

—*Madame Delattre*..Su marido es lampista —dijo Simone, como si, por supuesto, Jonathan debiera saberlo. *Delattre* no era el fontanero al que avisaban ellos. *Gauthier* muerto. Jonathan se preguntó qué sería del comercio propiedad del muerto. Se dio cuenta de que estaba mirando fijamente a Simone. Los dos permanecían de pie en el angosto vestíbulo.

—Muerto —dijo Simone. Alargó la mano y cogió la muñeca de Jonathan, sin mirarle—. Deberíamos asistir al entierro el lunes, ¿sabes?

—Desde luego.

Un entierro católico. Ahora el oficio se decía en francés en lugar de latín. Se imaginó a todos los vecinos, caras conocidas y desconocidas, en la iglesia.fría, llena de cirios.

—Se dieron a la fuga —dijo Simone. Cruzó el vestíbulo y, al llegar a la puerta, miró a Jonathan por encima del hombro—. Es realmente vergonzoso.

Jonathan la siguió cruzando la cocina y saliendo al jardín. Se alegró cuando de nuevo se encontró bajo la luz del sol.

Simone ya había terminado de tender la colada. Arregló algunas de las prendas y después recogió el cesto vacío.

—Se dieron a la fuga... ¿De veras crees que fue así, Jon?

—Eso ha dicho.

Los dos hablaban en voz baja. Jonathan aún se sentía algo aturdido, pero sabía lo que Simone estaba pensando.

Simone se le acercó un poco más, sin soltar el cesto. Luego le señaló los escalones que subían hasta el pequeño porche, como si los vecinos del jardín de aliado pudiesen oírles.

—¿Crees que sea posible que le hayan matado a propósito? ¿Alguien contratado para darle muerte?

—¿Por qué?

—Puede que porque supiera algo. Por eso. ¿Acaso no es posible?

¿Por qué una persona inocente iba a morir de esta manera... accidentalmente?

—Pues porque... estas cosas pasan a veces —dijo Jonathan.

Simone meneó la cabeza.

—No piensas que existe una posibilidad de que *monsieur* Ripley tenga algo que ver con el asunto?

Jonathan advirtió que en Simone había un odio racional.

—En absoluto. Desde luego que no.

Jonathan habría apostado su vida a que Tom Ripley no tenía ninguna relación con lo ocurrido. Se disponía a decirlo sí, pero pensó que resultaría demasiado fuerte y, si quería mirarlo desde otro ángulo, una apuesta algo cómica.

Simone se dispuso a pasar por su lado y entrar en la casa, pero se detuvo cerca de él.

—Es verdad que Gauthier no me dijo nada definido, Jon, pero puede que supiese algo. Creo que sí sabía algo. Tengo la impresión de que le han matado adrede.

Jonathan se dijo que Simone estaba sencillamente escandalizada, igual que él. Estaba expresando con palabras ideas que no había meditado lo suficiente. La siguió al interior de la cocina.

—¿Sabía algo sobre qué?

Simone guardó el cesto en el armario del rincón.

—Ahí está lo malo. No lo sé.

El oficio de difuntos por Pierre Gauthier tuvo lugar a las diez de la mañana del lunes en la iglesia de San Luis, la principal de Fontainebleau. El templo estaba lleno, e incluso había gente fuera, en la acera, donde dos automóviles negros aguardaban lúgubrementemente; uno era un reluciente coche fúnebre y el otro una especie de minibús que se encargaría de llevar a los parientes y amigos que no dispusiesen de coche propio. Gauthier era viudo y no tenía hijos. Quizá tenía un hermano o hermana y, acaso, algunas sobrinas o sobrinos. Jonathan esperaba que así fuera. El oficio le pareció triste, solitario, a pesar de la nutrida asistencia.

—¿Sabe usted que perdió el ojo de cristal en la calle? — le susurró a Jonathan el hombre que tenía a su lado en el templo—. Se le cayó al ser atropellado.

—¿De veras?

Jonathan meneó la cabeza en señal de asentimiento. El hombre que acababa de hablarle era dueño de un comercio. Jonathan le conocía de vista, pero no podía relacionado con ninguna de las tiendas de la ciudad. Mentalmente vio con claridad el ojo de cristal de Gauthier sobre el asfalto negro. Tal vez lo habría aplastado algún coche o puede que algunos chiquillos curiosos lo hubiesen encontrado junto al bordillo. ¿Cómo sería la parte posterior de un ojo de cristal?

La luz temblorosa, entre amarilla y blanca, de los cirios apenas conseguía iluminar las tristes paredes grises del templo. El día era nublado. El sacerdote entonó en francés las frases propias del oficio. El ataúd de Gauthier, corto y grueso, se hallaba instalado frente al altar. Al menos, si tenía poca familia, Gauthier tenía muchos amigos. Varias mujeres Y algunos hombres se secaban las lágrimas de los ojos. Y otras personas murmuraban entre ellas, como si de esta manera encontrasen más consuelo que en las palabras que el sacerdote recitaba.

Se oyeron unas campanadas suaves, como las de un carrillón.

Jonathan miró a su derecha, a la gente que ocupaba los bancos del otro lado del pasillo central, y sus ojos se posaron en el perfil de Tom Ripley. Ripley miraba hacia el frente, hacia el sacerdote que en aquel momento volvía a hablar, y parecía seguir la ceremonia con mucha concentración. Su cara se distinguía entre las de los franceses que le rodeaban. ¿O no se distinguía? ¿Se debía ello solamente a que él, Jonathan Trevanny, le conocía? ¿Por qué se habría tomado la molestia de asistir al entierro? Casi en el mismo instante, Jonathan se preguntó si Tom Ripley, con su presencia en la iglesia, estaría haciendo comedia. Es decir, si realmente tenía algo que ver con la muerte de Gauthier, como sospechaba Simone, si incluso le había maquinado y contratado a los autores del hecho. Cuando todos los presentes se levantaron para salir en fila india del templo, Jonathan trató de evitar a Tom Ripley y pensó que la mejor forma de lograrlo consistía en no intentar evitarle, sobre todo no volver a mirar

hacia donde Ripley se encontraba. Pero en la escalinata de la iglesia, Tom apareció de pronto al lado de Jonathan y Simone y les saludó.

—¡Buenos días! — dijo Ripley en francés. Llevaba una bufanda negra al cuello y una gabardina azul marino—. *Bonjour, madame*. Me alegra verles a los dos. Creo que ustedes eran amigos de *monsieur* Gauthier.

Debido a la densidad de la multitud, bajaban lentamente los escalones, tan lentamente que resultaba difícil mantener el equilibrio.

—*Oui* —replicó Jonathan—. Era uno de los comerciantes de nuestro vecindario, ¿sabe? Un hombre muy agradable.

Tom asintió con la cabeza.

—Todavía no he visto la prensa esta mañana. Un amigo mío que vive en Moret me llamó para comunicarme el suceso. ¿Tiene la policía alguna idea sobre quién fue?

—No que yo sepa —dijo Jonathan—. Sólo que fueron «dos chicos». ¿Tú has oído decir algo más, Simone?

—No. Nada.

Tom volvió a asentir con la cabeza.

—Tenía la esperanza de que ustedes hubiesen oído algo... ya que viven mas cerca que yo.

Tom Ripley parecía preocupado sinceramente en vez de representar una comedia ante ellos.

—Tengo que comprar un periódico. ¿Van ustedes al cementerio? — preguntó Tom.

—No —dijo Jonathan.

De nuevo asintió Tom con la cabeza. Los tres habían llegado ya al pie de la escalinata.

—Yo tampoco. Voy a echar de menos al viejo Gauthier. Es una pena. Mucho gusto en haberles saludado.

Ripley sonrió fugazmente y se marchó.

Jonathan y Simone siguieron andando hasta la esquina de la rue de la Paroisse, camino de casa. Los vecinos les saludaban con la cabeza, sonreían brevemente y en algunos casos les decían «Buenos días, *madame, m'sieur*» de un modo distinto a como lo habrían hecho en una mañana normal. Los motores de los automóviles empezaban a ponerse en marcha, preparándose para seguir al coche fúnebre hasta el cementerio. Jonathan recordó que quedaba justo detrás del hospital de Fontainebleau, donde tan a menudo le habían hecho transfusiones.

—¡*Bonjour, monsieur* Trevanny! ¡*Et madame!* — era el doctor Perrier, tan enérgico como siempre y casi igual de risueño. Apretó con fuerza la mano de Jonathan al mismo tiempo que saludaba a Simone con una pequeña reverencia—. ¡Qué desgracia! ¿Verdad?... No, no, no, no, no han encontrado ni rastro de los chicos.

Pero alguien dijo que el coche llevaba matrícula de París. Un D. S. negro. Eso es todo lo que saben... ¿Y cómo se encuentra usted, *monsieur* Trevanny?

La sonrisa del doctor Perrier denotaba confianza.

—Más o menos como siempre —dijo Jonathan—. No me quejo.

Se alegró de que el doctor Perrier se despidiese de ellos casi en seguida, ya que era consciente de que Simone sabía que se suponía que visitaba al doctor con frecuencia, por lo de las píldoras e inyecciones, aunque hacía por lo menos una quincena que no aparecía por casa de Perrier, desde el día en que le entregara el informe del doctor Schroeder que habían recibido por la mañana en la tienda.

—Tenemos que comprar un periódico —dijo Simone.

—Allí en la esquina —dijo Jonathan.

Compraron un periódico y Jonathan se quedó de pie en la acera, donde había aún bastantes de las personas que acababan de asistir al oficio fúnebre por Gauthier, y leyó lo que el rotativo decía acerca «del vergonzoso y gratuito acto de unos jóvenes maleantes» que había tenido lugar a última hora de la noche del sábado en una calle de Fontainebleau. Simone leyó la noticia por encima del hombro de Jonathan. El periódico dominical no había tenido tiempo de publicarla, por lo que ésta era la primera relación de lo ocurrido que llegaba a sus ojos. Alguien había visto un coche grande, oscuro, en el que iban por lo menos dos hombres jóvenes, pero el periódico no decía nada de una matrícula de París. El coche había seguido su camino hacia París, pero se esfumó antes de que la policía tratase de darle caza.

—Es realmente vergonzoso —dijo Simone—. No sucede a menudo, ¿sabes?, que un conductor francés se dé a la fuga después de atropellar a alguien.

Jonathan detectó cierto tono de chauvinismo.

—Eso es lo que me hace sospechar... —Simone se encogió de hombros— Claro que podría estar totalmente equivocada. Pero resulta característico que ese tipo, Ripley, haga acto de presencia en el entierro de *monsieur* Gauthier.

—Parecía... —Jonathan se calló. Estaba a punto de decir que Tom Ripley parecía sinceramente consternado aquella mañana, que además compraba los materiales para pintar en la tienda de Gauthier, pero se percató de que no se suponía que él, Jonathan, estuviera enterado de ese particular—. ¿Qué quieres decir con eso de «característico»?

Simone volvió a encoger los hombros y Jonathan adivinó que, estando de aquel humor, tal vez se negaría a decir una palabra más sobre el asunto.

—Creo que es posible que ese tal Ripley averiguase de boca de *monsieur* Gauthier que yo le pregunté quién empezó a contar esa historia acerca de ti. Yate dije que sospechaba que había sido Ripley, aunque *monsieur* Gauthier se negara a confirmado. Y ahora... esta... esta muerte tan misteriosa de *monsieur* Gauthier.

Jonathan guardó silencio. Se acercaban ya a la Rue Saint Merry.

—Pero por aquella historia, cariño... No es posible que por ella valiera la pena matar a un hombre. Sé razonable.

De repente Simone recordó que necesitaban algo para el almuerzo. Entró en una *charcuterie* y Jon se quedó esperándola en la acera. Durante unos segundos Jonathan se dio cuenta —de un modo distinto, como si lo viera a través de los ojos de Simone— de lo que había hecho al matar a un hombre de un tiro y ayudar a matar a otro. Jonathan había racionalizado el hecho diciéndose a sí mismo que los dos hombres eran pistoleros, asesinos. Simone, por supuesto, no lo vería de aquella manera. Eran seres humanos, después de todo. Simone ya estaba bastante disgustada ante la posibilidad de que Tom Ripley hubiese contratado a alguien para matar a Gauthier... sólo la posibilidad. Si supiera que su propio marido había apretado un gatillo... ¿o era que en aquel momento Jonathan seguía bajo la influencia del oficio de difuntos al que acababa de asistir? Al fin y al cabo, el oficio había girado en torno a la santidad de la vida humana, a pesar de que el sacerdote dijera que el otro mundo era mejor aún. Jonathan sonrió irónicamente. Era la palabra santidad...

Simone salió de la *charcuterie* portando torpemente una serie de paquetes, puesto que no llevaba la cesta de la compra. Jonathan cogió un par de ellos. Siguieron caminando.

Santidad. Jonathan le había devuelto a Reeves el libro sobre la Mafia. Si alguna vez le remordía la conciencia por lo que había hecho, lo único que necesitaba hacer era recordar algunos de los asesinos de los que hablaba el libro.

A pesar de todo, Jonathan sintió cierta aprensión cuando subió los escalones de su casa detrás de Simone. Se debía a la hostilidad que Simone mostraba ahora hacia Ripley. A Simone no le importaba demasiado Pierre Gauthier, no tanto como para sentirse tan afectada por su muerte. Su actitud se componía de un sexto sentido, de moralidad convencional y de los impulsos protectores propios de una esposa. Creía que Ripley era la fuente de los rumores sobre la próxima muerte de Jonathan, y éste comprendió que no habría forma de quitarle aquella idea de la cabeza, porque ninguna otra persona podía sustituir fácilmente a Ripley como tal fuente, especialmente ahora que Gauthier estaba muerto y no podía respaldar a Jonathan si éste trataba de inventarse otra persona.

Tom se quitó la bufanda negra en el coche y condujo hacia el sur, camino de Moret y de casa. Era una lástima que Simone albergase hostilidad hacia él, que sospechase que él hubiera maquinado la muerte de Gauthier. Encendió un cigarrillo con el encendedor del tablero. Iba en el Alfa-Romeo rojo y sintió la tentación de apretar el acelerador a fondo, pero se contuvo y siguió circulando a una velocidad prudencial.

Estaba seguro de que la muerte de Gauthier había sido accidental, un accidente

horrible, desgraciado, pero accidente y nada más, a menos que Gauthier anduviera mezclado en asuntos más extraños, de los que Tom no supiera nada.

Una enorme urraca cruzó volando la carretera, recortándose hermosamente sobre el fondo verde pálido de un sauce llorón. El sol empezaba a asomar entre las nubes. Tom pensó en detenerse en Moret para comprar algo —siempre parecía haber algo que *madame* Annette necesitase o que le gustara—, pero no recordaba que aquella mañana le hubiese pedido nada, y en realidad tampoco tenía ganas de detenerse. Era el hombre de Moret que solía enmarcarle los cuadros quien le había llamado el día antes para comunicarle lo de la muerte de Gauthier. Seguramente Tom le habría dicho alguna vez que compraba las pinturas en la tienda que Gauthier poseía en Fontainebleau. Tom pisó el acelerador y adelantó a un camión, luego a dos Citroëns que circulaban a gran velocidad, y pronto llegó al desvío correspondiente a Villeperce.

—Ah, Tom, te han puesto una conferencia por teléfono —dijo Heloise al verle entrar en la sala.

—¿Desde dónde? — preguntó Tom, aunque ya lo suponía. Probablemente era Reeves.

—Alemania, me parece.

Heloise volvió a sentarse ante el clavicémbalo, que ahora ocupaba un lugar de honor cerca de las puertas-ventanas.

Tom reconoció una *chaconne* de Bach en lo que Heloise interpretaba en aquel instante.

—¿Volverán a llamar? — preguntó.

Heloise volvió la cabeza, haciendo ondear su pelo rubio y largo.

— No lo sé, *chéri*. Sólo hablé con la telefonista, porque la llamada era de persona a persona.

—¡Ahí la tienes! — agregó al oír que el teléfono volvía a sonar.

Tom subió corriendo a su cuarto.

La telefonista se aseguró de que él fuera *monsieur* Ripley y luego la voz de Reeves dijo:

—Hola, Tom. ¿Puedes hablar con libertad?

Reeves parecía más tranquilo que la vez anterior.

—Sí. ¿Estás en Ámsterdam?

—Ajá. Y tengo que darte una noticia que no encontrarás en el periódico y que me parece que te va a gustar. El guardaespaldas ha muerto. Ya sabes, el que se llevaron a Milán.

—¿Quién te ha dicho que ha muerto?

—Pues me lo dijo uno de mis amigos de Hamburgo. Uno del que normalmente me puedo fiar. Tom pensó que aquello parecía uno de los rumores que la Mafia podía

poner en circulación. Lo creería cuando viera el cadáver.

—¿Algo más?

—Pensé que la noticia podía animar a nuestro mutuo amigo, la de que ese tipo ha muerto. Ya sabes. — Desde luego. Me hago cargo, Reeves. ¿Y cómo estás tú? — Todavía vivo —Reeves se rió forzosamente—. También estoy dando instrucciones para que envíen mis cosas a Ámsterdam. Me gusta esta ciudad. Me siento mucho más seguro que en Hamburgo.

Te lo puedo asegurar. Ah, se me olvidaba una cosa. Mi amigo Fritz. Me llamó por teléfono. Gaby le dio el número. Ahora está con su primo en una población pequeña cerca de Hamburgo. Pero le dieron una paliza y perdió un par de dientes, el pobre. Esos cerdos le dieron una paliza para ver si le sacaban algo...

Tom pensó que la paliza había dado cerca del blanco y sintió pena por aquel Fritz desconocido... el chófer de Reeves o su recadero.

—Fritz sólo sabe que nuestro amigo se llama «Paul» —prosiguió Reeves—. Además, Fritz les hizo una descripción falsa: pelo negro, estatura baja y regordete, aunque me temo que no lo creyeran. Fritz salió bastante bien librado, teniendo en cuenta lo que le hicieron. Dijo que se había mantenido en sus trece, dándoles una falsa descripción de nuestro amigo y diciéndoles que no sabía nada más sobre él. Me parece que soy yo el que está en apuros.

Tom pensó que, desde luego, eso era cierto, toda vez que los italianos sabían cómo era Reeves.

—La noticia me parece muy interesante. Pero no creo que debamos pasarnos todo el día hablando, amigo mío. ¿Qué es en realidad lo que te preocupa?

Tom oyó claramente el suspiro de Reeves.

—Hacer que me envíen mis cosas aquí. Aunque le di algo de dinero a Gaby y ella se encargará de mandármelas. Ya he escrito a mi banco y todo lo demás. Incluso me estoy dejando la barba. Y, por supuesto, utilizo un... otro nombre.

Tom ya había supuesto que Reeves utilizaría otro nombre, así como uno de sus pasaportes falsos.

—¿y qué nombre es ese?

—Andrew Lucas... de Virginia —dijo Reeves con una risita nerviosa—. Por cierto, ¿has visto a nuestro mutuo amigo?

—No. ¿Por qué iba a verle?... Bueno, Andy, tenme al corriente de cómo van las cosas.

Tom estaba seguro de que Reeves le llamaría si tenía problemas, si eran problemas del tipo que no le impedirían llamarle, porque Reeves pensaba que Tom Ripley podía sacarle de cualquier apuro. Pero, sobre todo por el bien de Trevanny, Tom quería saber si Reeves estaba en algún brete.

—Lo haré, Tom. ¡Ah, una cosa más! ¡Uno de los hombres de Di Stefano fue

muerto a tiros en Hamburgo! El sábado por la noche. Puede que venga en los periódicos y puede que no. Pero seguro que los que se lo cargaron eran de la familia Genotti. Eso es justamente lo que pretendíamos...

Reeves colgó por fin.

Tom se puso a pensar. Si la Mafia daba con Reeves en Ámsterdam, le arrancarían información a fuerza de torturarlo. Tom dudaba que Reeves fuese capaz de aguantar las torturas tan bien como las aguantara Fritz. Se preguntó cuál de las dos familias le había echado el guante a Fritz: ¿la Di Stefano o la Genotti? Probablemente, Fritz sólo estaba enterado de la primera operación, el asesinato en el metro de Hamburgo. La víctima había sido un simple sicario. Los Genotti estarían mucho más furiosos, ya que ellos habían perdido un capo y, según Reeves acababa de comunicarle, un sicario o guardaespaldas. ¿No se habrían enterado ya las dos familias que los instigadores de los asesinatos eran Reeves y los chicos de los casinos de Hamburgo; que no se trataba de una guerra entre familias mafiosas? ¿Se habrían desentendido ya de Reeves? Tom se sentía totalmente incapaz de proteger a Reeves si éste lo necesitaba. ¡Qué fácil le habría resultado si se trataba de un solo hombre! Pero los mafiosos eran incontables.

Antes de colgar el aparato, Reeves le había dicho que llamaba desde una estafeta de correos. Al menos eso era menos peligroso que llamar desde su hotel. Tom pensó en la primera llamada de Reeves. ¿No le había llamado desde un hotel que se llamaba Zuyder Zee? A Tom le parecía que sí.

Las notas puras del clavicémbalo le llegaron desde abajo, como un mensaje de otro siglo. Tom se dispuso a bajar. Heloise le preguntaría cosas sobre el entierro, le pediría que le hablase del mismo, aunque, al preguntarle él si quería acompañarle, Heloise había dicho que los oficios de difuntos la deprimían.

Jonathan se encontraba en pie en la sala de estar, mirando por la ventana que daba a la calle. Pasaban unos minutos de las doce del mediodía. Tenía conectada la radio portátil para oír las noticias de mediodía, y ahora daban música «pop». Simone estaba en el jardín con Georges, que se había quedado solo en casa mientras él y Simone asistían al entierro. En la radio, una voz de hombre cantaba «corriendo sin parar... corriendo sin parar» y Jonathan siguió contemplando cómo un cachorro de perro, al parecer alsaciano, corría y brincaba a la zaga de dos mozalbetes, en la acera de enfrente.

Jonathan era consciente de la temporalidad de todas las cosas, de todas las clases de vida, no sólo la del perro y los dos mozalbetes, sino también de las casas que había más allá; era la sensación de que todo perecería, de que todo acabaría por desmoronarse, de que las formas serían destruidas, olvidadas incluso. Jonathan pensó en Gauthier metido, en su ataúd y se dijo que tal vez en aquel preciso instante estaban bajándolo hasta el fondo de la tumba, pero luego borró a Gauthier de su mente y se

puso a pensar en sí mismo. No tenía la energía del perro que acababa de pasar por la calle. En el caso de que la hubiera tenido, sus mejores años ya eran cosa del pasado. Era demasiado tarde y Jonathan sentía que le faltaba la energía necesaria para disfrutar de lo que le quedaba de vida, ahora que tenía los recursos para ello. Debería cerrar la tienda, venderla o regalarla. ¿Qué más daba? Sin embargo, pensándolo bien, no podía despilfarrar el dinero con Simone, porque, de hacerlo, ¿que tendrían ella y Georges cuando él muriese? Cuarenta mil libras no eran una fortuna. Los oídos le zumbaban.

Jonathan empezó a aspirar hondo, poco a poco. Trató de levantar la ventana que tenía delante y se dio cuenta de que no tenía fuerza suficiente para ello. Dio media vuelta y se quedó mirando hacia el centro de la habitación, las piernas pesadas, casi incontrolables. El zumbido de sus oídos ahogaba completamente la música de la radio.

Recobró el conocimiento en el suelo de la sala de estar, sudando y sintiendo frío, Simone estaba arrodillada a su lado, pasándole suavemente una toalla mojada por la frente y la cara.

—¡Cariño, acabo de encontrarte! ¿Cómo te sientes?... No pasa nada, Georges. ¡Papá está bien!

Pero la voz de Simone parecía asustada.

Jonathan volvió a apoyar la cabeza en la alfombra.

—¿Un poco de agua?

Jonathan consiguió beber unos sorbos del vaso que Simone le ofrecía. Volvió a echarse.

—¡Me parece que tendré que pasarme toda la tarde aquí!

La voz de Jonathan luchaba contra el zumbido en sus oídos.

—Deja que te arregle esto.

Simone tiró de la chaqueta de Jonathan y algo salió de un bolsillo y cayó al suelo. Jonathan vio que Simone recogía algo, luego le miraba otra vez con expresión preocupada. Procuró mantener los ojos abiertos, clavados en el techo, porque las cosas resultaban peores si los cenaba. Pasaron minutos, minutos de silencio. Jonathan no estaba preocupado, porque sabía que seguiría viviendo, que aquello no era la muerte, sólo un desvanecimiento. Puede que fuese un primo hermano de la muerte, pero ésta no llegaría así. Probablemente la muerte le arrastraría más dulcemente de una forma seductora como una ola al deslizarse sobre la arena para volver al mar, tirando con fuerza de las piernas de un nadador que se hubiese aventurado demasiado lejos y que, misteriosamente, hubiese perdido la voluntad de seguir luchando. Simone salió de la habitación, llevándose a Georges consigo, y al cabo de unos minutos regresó con una taza de té caliente.

—Le he echado mucho azúcar. Te sentará bien. ¿Quieres que avise al doctor

Perrier?

—No, cariño. Gracias.

Tras beber unos sorbos de té, Jonathan consiguió levantarse y se sentó en el sofá.

—¿Qué es esto, Jon? — preguntó Simone, mostrándole la libretita azul del banco suizo.

—Ah... eso...

Jonathan sacudió la cabeza tratando de despejarse un poco más.

—Es una libreta de banco, ¿no?

—Pues... sí.

La suma era de seis cifras, más de cuatrocientos mil francos, que iban indicados por medio de una «f» detrás de los números. Jonathan sabía también que Simone había echado un vistazo a la libreta con toda inocencia, creyendo que servía para anotar la compra de algo para la casa, una especie de registro que tenían en común.

— Dice francos. ¿Francos franceses?... ¿De dónde los sacaste? ¿Se puede saber qué es esto, Jon?

La suma estaba en francos franceses.

—Es una especie de anticipo, querida... de los médicos alemanes.

—Pero... —Simone parecía perpleja—. Son francos franceses, ¿no es así? ¡Y esta suma! — se rió un poco, nerviosamente.

De pronto Jonathan sintió calor en el rostro.

—Ya te he dicho de dónde proceden, Simone. Naturalmente... sé que es una suma bastante elevada. No quise decírtelo de una vez. Pensé que...

Con mucho cuidado, Simone dejó la libreta azul sobre el billetero de Jonathan, en la mesa baja que había enfrente del sofá. Luego cogió la silla del escritorio y se sentó en ella, de lado, sujetando el respaldo con una mano.

—Jon...

En aquel momento apareció Georges en la puerta y Simone, muy decidida, fue hasta él, le cogió por los hombros y le obligó a dar media vuelta.

—*Chou-chou*, papá y yo estamos hablando. Déjanos solos unos minutos —volvió a la silla y se sentó sin decir nada—. Jon, no te creo.

Jonathan advirtió un temblor en la voz de Simone. No se trataba solamente de la suma de dinero, por mucho que ésta la hubiese sorprendido, sino también del aire de secreto que últimamente envolvía su conducta... los viajes a Alemania.

—Pues... tienes que creerme —dijo Jonathan, que había recuperado parte de sus fuerzas. Se levantó—. Es un adelanto. No creen que pueda utilizarlo. No tendré tiempo de gastarlo. Pero tú sí podrás emplearlo.

Simone no respondió a su carcajada.

—Está a tu nombre... Jon, sea lo que sea lo que estás haciendo, no me dices la verdad.

Simone se quedó esperando una respuesta, y durante unos segundos Jonathan hubiera podido decirle la verdad, pero no dijo nada.

Simone salió de la habitación.

Y el almuerzo fue como una especie de obligación. Apenas hablaron. Jonathan pudo ver que Georges estaba desconcertado, y se imaginó cómo serían los días siguientes. Tal vez Simone no volvería a hacerle preguntas y se limitaba a mostrarse fría, a esperar que él contase la verdad o le diese explicaciones. Largos silencios en la casa sin volver a hacer el amor, sin más afecto, sin más risas. Tenía que inventar otra justificación, algo mejor. Aunque dijese que corría el riesgo de morir bajo el tratamiento de los médicos alemanes, ¿era lógico que le hubiesen pagado tanto? En realidad no. Jonathan se dio cuenta de que su vida no valía tanto como las vidas de dos mafiosos.

La mañana del viernes resultó preciosa, con una lluvia fina alternándose con el sol cada media hora o así. Justo lo que le hacía falta al jardín. Heloise se había ido a París porque en una de las boutiques de modas del Faubourg St-Honoré había rebajas, y Tom estaba seguro de que volvería también con un pañuelo o algo más importante de Hermès. Tom se sentó ante el clavicémbalo y tocó la base de una de las variaciones Goldberg, procurando pulsar las teclas correctamente. Había comprado unas cuantas partituras en París, el mismo día en que adquiriera el instrumento. Sabía cómo debía sonar la variación, ya que tenía el disco de la Landowska. Mientras la tocaba por tercera o cuarta vez, diciéndose que empezaba a progresar, sonó el teléfono.

—¿Diga? — dijo Tom.

—Hola... esto... ¿con quién hablo, por favor? — preguntó en francés una voz de hombre.

Tom, más lentamente que de costumbre, sintió cierta inquietud.

—¿Con quién deseaba hablar? — preguntó con idéntica cortesía.

—¿*Monsieur Anquetin*?

—No, no es aquí —dijo Tom, colgando el aparato.

El acento del hombre era perfecto. Aunque la verdad era que los italianos podían encargarle la llamada a un francés o a un italiano que hablase el francés con acento perfecto. ¿O sería cosa de sus nervios? Tom volvió a sentarse ante el clavicémbalo, de cara a las ventanas, y hundió las manos en los bolsillos posteriores. ¿Y si la familia Genotti había localizado a Reeves en su hotel y estaba comprobando todos los números de teléfono a los que Reeves había llamado. Si así era, el hombre que acababa de llamar no se daría por satisfecho con su respuesta. Una persona corriente hubiese dicho «Se equivoca usted. Esta es la residencia de fulano de tal». La luz del sol entro lentamente por las ventanas, como un líquido que atravesara las cortinas rojas y cayera sobre la alfombra. La luz del sol era como un arpegio que Tom casi podía oír, esta vez de Chopin quizás. Se dio cuenta de que le daba miedo llamar a Reeves en Ámsterdam y preguntarle qué ocurría. La llamada no le había parecido una conferencia, aunque no siempre era posible distinguir si lo era. Tal vez venía de París. O de Ámsterdam. O de Milán. El número de Tom no constaba en la guía. La telefonista se negaría a dar su nombre o su dirección, pero conociendo la centralita, la 424, al que tuviese el número le resultaría fácil encontrar el distrito, si era eso lo que buscaba. Formaba parte de la región de Fontainebleau. Tom sabía que para la Mafia no era imposible averiguar que Tom Ripley vivía en aquella región, en Villeperce incluso, ya que del asunto Derwatt habían hablado los periódicos seis meses antes, publicando incluso su foto. Desde luego, muchas cosas dependían del segundo

guardaespaldas, que estaba vivo y no había sufrido herida alguna, el mismo que había recorrido el tren buscando a su capo y a su colega. Puede que el sujeto recordase la cara de Tom por haberla visto en el vagón restaurante.

Tom volvía a practicar la base de la variación Goldberg cuando el teléfono sonó por segunda vez. Habían transcurrido diez minutos desde la primera llamada. Esta vez iba a decir que era la casa de Robert Wilson. No había manera de disimular su acento americano.

—Oui —dijo Tom con tono de aburrimiento.

—Oiga...

—Sí. Diga —dijo Tom, reconociendo la voz de Jonathan Trevanny.

—Quisiera verle —dijo Jonathan—, si dispone de tiempo.

—Sí, por supuesto... ¿Hoy?

—Si es posible, sí. No puedo... no quiero que nos veamos a la hora de comer, si no le importa. ¿Más tarde?

—¿Digamos alrededor de las siete?

—Aunque sean las seis y media. ¿Puede venir a Fontainebleau?

Tom quedó en reunirse, con Jonathan en el Bar Salamandre. Adivinó qué ocurría: Jonathan no sabía cómo explicarle a su mujer lo del dinero. Parecía preocupado, aunque no desesperado.

A las seis de la tarde, Tom cogió el Renault porque Heolise aún no había vuelto con el Alfa. Heloise le había telefoneado para decirle que se iba a tomar unos cócteles con Noëlle y que posiblemente cenaría con ella también. Y había comprado una maleta muy bonita en Hermès, aprovechando las rebajas. Heloise creía que, cuanto más compraba en las rebajas, más ahorraba y más virtuosa era.

Al llegar Tom; Jonathan ya estaba en el Salamandre, de pie ante el mostrador, tomándose una cerveza negra, probablemente una Whitbread. En el bar había más ajeteo y ruido que de costumbre y Tom supuso que podrían hablar sin miedo en el mostrador. Tom saludó con la cabeza, sonrió y pidió lo mismo para él.

Jonathan le contó lo que había ocurrido, Simone había visto la libreta del banco suizo. Jonathan le había dicho que se trataba de un adelanto de los médicos alemanes, que el corría el riesgo de tomar sus drogas y que el dinero era una especie de compensación por arriesgar la vida.

—Pero en realidad no me cree —Jonathan sonrió—. Incluso ha insinuado que me hice pasar por alguien en Alemania, para apoderarme de una herencia por cuenta de una banda de delincuentes o algo parecido. Y dice que el dinero es la tajada que me corresponde. O cree que he hecho de falso testigo en algún asunto —Jonathan saltó una carcajada.

Tenía que gritar para hacerse oír, pero estaba seguro de que nadie les estaba escuchando o, en el caso de hacerla, no entendería lo que decían. Tres camareros

trabajaban frenéticamente detrás del mostrador, sirviendo Pernods, vino tinto y cerveza de barril.

—Me hago cargo —dijo Tom, echando una ojeada al ruidoso local. Seguía preocupándole la llamada de aquella mañana, que no se había repetido por la tarde. Al salir camino del bar, incluso había echado un vistazo a los alrededores de Belle Ombre y también a Villeperce, por si veía algún desconocido por las calles. Era curioso cómo uno acababa por conocer a todos los habitantes del pueblo, a simple vista, incluso desde lejos, hasta el punto de que un desconocido llamaba en seguida la atención. Tom incluso había sentido un poco de miedo al poner en marcha el Renault. Colocar dinamita en el encendido era uno de los procedimientos favoritos de la Mafia —.

—¡Tendremos que pensar algo! — dijo Tom a voz en grito.

Jonathan asintió con la cabeza y bebió su cerveza.

—Es curioso. Excluyendo cometer un asesinato, iba sugerido toda clase de cosas!

Tom puso el pie en la barra de apoyo y trató de pensar en medio del ruido. Miró el bolsillo de la chaqueta de pana que llevaba Jonathan, una chaqueta vieja, con el bolsillo zurcido, sin duda por Simone.

—¿Qué pasaría si le dijese la verdad? — dijo Tom, preso de súbita desesperación —. Después de todo, estos mafiosos, estos morpions...

Jonathan meneó la cabeza.

—Ya he pensado en ello. Simone... es católica. Eso...

Tomar la píldora regularmente era una concesión que Simone hacía. Jonathan había podido comprobar que la retirada de los católicos era lenta: no querían que les viesen derrotados, aunque cedieran de vez en cuando. A Georges le estaban educando en el catolicismo, cosa inevitable en aquel país, pero Jonathan procuraba que el pequeño viese que aquélla no era la única religión del mundo; trataba de hacerle comprender que gozaría de libertad para elegir cuando fuese un poco mayor, y por el momento Simone no se había opuesto a sus esfuerzos.

—¡Para ella es tan diferente! — gritó Jonathan, que empezaba a acostumbrarse al ruido y casi le gustaba la muralla protectora que el mismo les brindaba—. Sería un verdadero golpe para ella, algo que jamás podría perdonar, ¿sabe? La vida humana y todo eso.

—¡Humana! ¡Ja, ja!

—Lo malo —dijo Jonathan, volviendo a ponerse serio— es que es casi como todo mi matrimonio. Quiero decir que es como si mi matrimonio estuviera en juego — miró a Tom, que trataba de seguirle—. ¡Qué lugar para hablar de cosas serias! — Jonathan volvió a empezar con decisión—. Hablando en plata, las cosas ya no son iguales entre ella y yo. Y no veo de qué manera podrían mejorar. Sencillamente esperaba que usted tuviese alguna idea... sobre lo que debería decir o hacer. Por otro

lado, no sé por qué debería tenerla. Se trata de mi problema.

Tom pensaba que podían buscar un lugar más tranquilo o hablar en el coche. ¿Pero conseguiría pensar mejor en un sitio donde hubiera menos ruido?

—¡Miraré si se me ocurre algo! — chilló Tom.

¿Por qué todo el mundo, incluyendo Jonathan, suponía que él podía darles alguna idea? Con frecuencia Tom pensaba que ya tenía suficientes problemas tratando de encontrar su propio rumbo. A menudo su propio bienestar requería ideas, aquellas inspiraciones que a veces acudían a él cuando estaba bajo la ducha, o trabajando en el jardín, aquellos regalos de los dioses que sólo se presentaban después de reflexionar angustiadamente. Pensó que una persona sola no disponía del equipo mental necesario para ocuparse de los problemas ajenos y conservar el mismo grado de excelencia. Luego se dijo que su propio bienestar iba ligado al de Jonathan, después de todo, y si Jonathan se venía abajo... pero no se imaginaba a Jonathan diciéndole a alguien que él también iba en el tren, ayudándole. No habría necesidad de decirlo y Jonathan, por cuestión de principios, no lo diría. *¿Cómo adquiere uno noventa y dos mil dólares repentinamente?* Ese era el problema. Era la pregunta que Simone le estaba haciendo a Jonathan.

—Si pudiéramos convertirlo en un asunto doble —dijo finalmente Tom.

—¿Qué quiere decir?,

—Añadir algo a la suma que los doctores pudieran haberle pagado... ¿Qué le parece una apuesta? Uno de los médicos ha hecho una apuesta con otro en Alemania y ambos le han hecho a usted depositario de la suma, una especie de fideicomisario... Quiero decir que el dinero lo tiene usted en fideicomiso. Eso podría justificar... digamos cincuenta mil dólares, más de la mitad. ¿O piensa usted en francos? ¡Hum! ... más de doscientos cincuenta mil francos, tal vez.

Jonathan sonrió. La idea resultaba divertida, pero algo descabellada.

—¿Otra cerveza?

—Sí —dijo Tom, encendiendo un Gauloise—. Mire. Podría decirle a Simone que... que debido a que la apuesta parecía tan frívola a cruel o lo que sea, usted no quería hablarle de ella, pero que han apostado por su vida. Un médico ha apostado que usted vivirá... toda una vida, por ejemplo. Eso les dejaría a usted y Simone algo más de doscientos mil francos para ustedes... ¡Por cierto, espero que haya empezado a disfrutarlos!

¡Toc! ¡Toc! Un camarero colocó sobre el mostrador el vaso y la botella de Tom. Jonathan ya estaba tomando la segunda cerveza.

—Hemos comprado un sofá... que nos hacía mucha falta —dijo Jonathan—. También podríamos permitirnos el lujo de un televisor. Desde luego, su idea es mejor que nada. Gracias.

Un hombre rechoncho de unos sesenta años, saludó a Jonathan con un breve

apretón de manos y siguió su camino hacia la trastienda del bar sin dirigir una sola mirada a Tom. Tom miraba fijamente a dos muchachas rubias, sentadas a una mesa, y al trío de chicos con pantalones acampanados que se las estaban camelando. Un perro viejo y gordinflón, de patas delgadas, miró tristemente a Tom mientras esperaba que su dueño apurase su petit rouge.

—¿Ha tenido noticias de Reeves últimamente? — preguntó Tom.

—Últimamente... no desde hace como un mes, me parece.

Así, pues, Jonathan no sabía lo de la bomba en el piso de Reeves y Tom no vio razón para decírselo. Sólo conseguiría hacer que su moral se tambalease.

—¿Y usted las ha tenido? ¿Está bien?

—En realidad no lo sé —dijo Tom con acento despreocupado, como si Reeves no acostumbrase a escribir ni a telefonar. De pronto Tom se sintió incómodo, como si le estuvieran vigilando—. Salgamos de aquí, ¿eh? — hizo una señal al barman para que cogiera sus dos billetes de diez francos, aunque Jonathan también había echado mano de su billetero—. Tengo el coche ahí fuera, a la derecha.

Ya en la acera, Jonathan, con cierto embarazo, dijo: ¿Usted sigue bien? ¿No tiene nada de qué preocuparse?

Llegaron junto al coche.

—Yo soy de los que siempre se preocupan. Nadie lo diría, ¿verdad? Trato de pensar en lo peor antes de que ocurra. No es exactamente lo mismo que ser pesimista —Tom sonrió—. ¿Va a su casa? Le llevaré.

Jonathan subió al coche.

Al subir al coche y cerrar la portezuela, Tom inmediatamente notó una sensación de intimidación, como si estuviesen en una habitación de su propia casa. ¿Y cuánto tiempo seguiría su casa siendo segura? Tuvo una visión desagradable de los ubicuos mafiosos, como cucarachas negras corriendo por todas partes. Si huía de su casa, llevándose consigo a Heloise y a *madame* Annette o haciendo que se fueran, antes que él, la Mafia sencillamente podía pegar fuego a Belle Ombre. Tom pensó en el fuego devorando el clavicémbalo o en este saltando en mil pedazos como una bomba. Reconoció que la casa y el hogar le inspiraban un amor que normalmente sólo se encontraba en las mujeres.

—Corro más peligro que usted, si aquel guardaespaldas, el segundo, puede identificar mi cara. Mi foto ha salido varias veces en los periódicos. Eso es lo malo —dijo Tom.

Jonathan lo sabía.

—Le pido perdón por haberle rogado que nos viéramos hoy. Me temo que estoy preocupadísimo por mi mujer. Es porque, para mí mis relaciones con ella son lo más importante de mi vida. Es la primera vez que intento engañarla de alguna manera, ¿sabe? Y me ha salido bastante mal, lo cual me ha hecho pedazos. Pero usted... ha

sido una ayuda. Se lo agradezco.

—Sí. Esta vez no ha tenido importancia —dijo amablemente Tom refiriéndose a haberse visto aquella tarde. Pero pienso que...

—Tom abrió la guantera y sacó la pistola italiana—. Pienso que debería tener esto a mano. En la tienda, por ejemplo.

—¿De veras? Si quiere que le diga la verdad, me temo que lo haría muy mal en un tiroteo.

—Es mejor que nada. Si en la tienda se le presenta algún tipo sospechoso... ¿No tiene un cajón detrás del mostrador?

Jonathan sintió un cosquilleo en la columna vertebral, porque días antes había soñado exactamente lo mismo: un pistolero de la Mafia se presentaba en la tienda y le disparaba un tiro a quemarropa, en la cara.

—Pero, ¿por qué cree que la necesitaré? Alguna razón tendrá para creerlo, ¿no?

De repente Tom se preguntó por qué no se lo contaba todo a Jonathan. Quizás así andaría con más cuidado. Al mismo tiempo, sin embargo, Tom se dijo que de nada serviría andar con más cuidado.

También se le ocurrió que Jonathan correría menos peligro si se iba de la ciudad con su mujer y su hijo y no volvía hasta transcurrida una temporada.

—Sí, esta mañana recibí una llamada telefónica que me preocupó. Era un hombre que parecía francés, pero eso no significa nada.

Me preguntó por alguien, un nombre francés también. Puede que no quiera decir nada, pero no acabo de estar seguro. Porque en cuanto abro la boca se me nota que soy americano y puede que el sujeto ese estuviera haciendo comprobaciones... —Tom se interrumpió—. Bueno, para que lo sepa todo, en el piso de Reeves en Hamburgo pusieron una bomba... supongo que sería a mediados de abril.

—¿En su piso? ¡Santo Dios! ¿Resultó herido?

—En aquel momento no había nadie en el piso. Pero Reeves se fue corriendo a Ámsterdam. Todavía está allí, que yo sepa, bajo un nombre falso.

Jonathan pensó en alguien registrando el piso de Reeves en busca de nombres y direcciones, encontrando la suya y puede que también la de Tom Ripley.

—Entonces, ¿cuánto sabe el enemigo?

—Oh, Reeves dice que todos los papeles importantes los tiene a buen recaudo. Atraparon a Fritz... supongo que conocerá a Fritz. Y le dieron una paliza, aunque, según Reeves, Fritz se comportó heroicamente. Les hizo una descripción falsa de usted... por ser usted el hombre contratado por Reeves o por quien fuera —Tom suspiró—. Doy por sentado que sospechan de Reeves y de algunos de los hombres de las casillas... solamente.

Miró directamente a los ojos de Jonathan; parecía más sorprendido que asustado.

—¡Dios bendito! —susurró Jonathan—. ¿Cree que habrán encontrado mi

dirección... nuestras direcciones?

—No —dijo Tom, sonriendo—. De haberlas encontrado, ya se habrían presentado aquí, no le quepa ninguna duda.

Tom tenía ganas de volver a casa. Hizo girar la llave del encendido y se mezcló con el tráfico de la Rue Grande.

—Entonces... suponiendo que el hombre que le telefoneó fuera uno de ellos, ¿cómo consiguió su número de teléfono?

—Ahora entramos en el reino de las conjeturas —dijo Tom, encontrando por fin un espacio libre. Seguía sonriendo. Sí, era peligroso y esta vez no iba a sacar ni un penique del asunto, ni siquiera estaba protegiendo su propio dinero, que era lo que hiciera en el asunto Derwatt, aquel asunto que había estado a punto de terminar con fiasco—. Quizá porque Reeves cometió la estupidez de llamarme desde Ámsterdam. Lo digo contando con la posibilidad de que los chicos de la Mafia le localizasen en Ámsterdam, ya que, entre otras cosas, dijo a su asistente que le mandase sus bienes allí. Es una estupidez hacer eso tan pronto —dijo Tom, como haciendo un paréntesis—. Me pregunto si... aun en el caso de que Reeves abandonase su hotel de Ámsterdam, los chicos de la Mafia no comprobarían las llamadas telefónicas que habían hecho. De ser así, puede que encontrasen mi número. A propósito, confío que a usted no le llamase desde Ámsterdam. ¿Está seguro?

—La última llamada que recibí procedía de Hamburgo. Lo sé —Jonathan recordaba la voz alegre de Reeves diciéndole que su dinero, la totalidad del mismo, sería depositado en seguida en el banco suizo. A Jonathan le preocupaba el bulto de la pistola en su bolsillo—. Perdone, pero creo que será mejor que antes de ir a casa pase por la tienda para librarme de esto. Déjeme aquí mismo.

Tom acercó el coche al bordillo.

—Tómeselo con calma. Si se siente seriamente... alarmado sobre algo, no dude en llamarme. Lo digo en serio.

Jonathan sonrió torpemente; estaba asustado.

—O si le puedo ayudar en algo. Llámeme también.

Tom siguió su camino.

Jonathan echó a andar hacia su tienda. Tenía una mano metida en el bolsillo, sosteniendo el peso del arma. Colocó la pistola en el cajón del dinero, debajo del grueso mostrador. Tom tenía razón: la pistola era mejor que nada. Además, Jonathan sabía que contaba con otra ventaja; su propia vida no le importaba demasiado. Le pareció que si le mataban a él no sería como si le pegasen un tiro a Tom Ripley que se hallaba en la plenitud de la vida, gozando de una salud excelente, y todo por nada, literalmente por nada.

Si alguien entraba en su tienda con la intención de matarle y sí él tenía la suerte de disparar primero, sería el final del juego, de todas las maneras. Jonathan no

necesitaba que eso se lo dijera Tom Ripley. Los disparos atraerían a la gente, a la policía, el muerto sería identificado y le preguntarían por qué un hombre de la Mafia había querido matar a Jonathan Trevanny. Después saldría a relucir lo del viaje en el tren, porque la policía le preguntaría sobre sus movimientos durante las últimas semanas, desearía ver su pasaporte. Sería el fin.

Jonathan cerró con llave la puerta del establecimiento y prosiguió su camino hacia la Rue Saint-Merry. Pensó en la bomba que había estallado en el piso de Reeves, en todos aquellos libros, los discos, los cuadros. Pensó en Fritz, el hombre que le llevara hasta el sicario que se llamaba Salvatore Bianca, en aquel Fritz que había recibido una paliza sin traicionarle.

Eran casi las siete y media y Simone estaba en la cocina.

—¡*Bonsoir!* — saludó Jonathan, sonriendo.

—*Bonsoir*-dijo Simone. Cerró el horno, luego se irguió y se quitó el delantal—. ¿Y qué estabas haciendo con *monsieur* Ripley esta tarde?

Jonathan sintió un ligero cosquilleo en el rostro. ¿Dónde les habría visto? ¿Al apearse del coche de Tom?

—Vino a hablarme sobre unos marcos —dijo Jonathan—. Así que fuimos a tomarnos una cerveza. Faltaba poco para la hora de cerrar.

—¿Ah, sí? — Simone le miró, sin moverse—. Ya entiendo.

Jonathan colgó la americana en el vestíbulo. Georges bajó las escaleras para saludarle, diciendo algo sobre su aerodeslizador. Georges estaba montando un modelo que Jonathan le había comprado y que resulta demasiado complicado para él. Jonathan lo levantó en volandas—. Le echaremos un vistazo después de cenar, ¿de acuerdo?

El ambiente no mejoró. Cenaron un delicioso puré de verduras, preparado con una batidora de seiscientos francos que Jonathan acababa de comprar: servía para preparar zumos de fruta y lo pulverizaba casi todo, incluyendo los huesos de pollo. Jonathan trató sin éxito de hablar de otras cosas. Simone no tardaba en cortar la conversación. Jon pensó que no era imposible que Tom le fuera a buscar para que colocase los marcos a algunos cuadros. Después de todo, Tom le había dicho que pintaba.

—A Ripley le interesa que le ponga marco a varias cosas —dijo Jon—. Puede que tenga que ir a su casa para verlas.

—¿Sí? — dijo Simone con el mismo tono de antes. Luego le dijo algo agradable a Georges.

A Jonathan no le gustaba Simone cuando se ponía de aquel modo, y ello le hacía odiarse a sí mismo. Se había propuesto darle una explicación, la explicación de la apuesta, sobre el dinero del banco suizo. Pero aquella noche sencillamente no pudo.

Después de dejar a Jonathan, Tom tuvo el impulso de detenerse en un café—bar y llamar a su casa. Quería saber si todo estaba bien y si Heloise ya había vuelto. Sintió un gran alivio al oír la voz de Heloise.

—*Oui, chéri*, acabo de llegar. ¿Dónde estás? No, solamente tomé una copa con Noëlle.

—Heloise, cariño mío: hagamos algo agradable esta noche. Puede que los Grais o los Berthelin estén libres... Ya sé que es tarde para invitar a alguien a cenar, pero para después de la cena. Puede que los Clegg... Sí, tengo ganas de ver gente —Tom añadió que llegaría a casa en quince minutos.

Tom conducía velozmente, pero con prudencia. Aquella noche se sentía curiosamente inquieto. Se preguntó si *madame* Annette habría recibido alguna llamada telefónica durante su ausencia.

Heloise, o *madame* Annette, había encendido la luz del porche, aunque todavía no era de noche. Un Citroën grande le adelantó lentamente momentos antes de que Tom cruzara la puerta del jardín.

Tom lo siguió con la vista: el coche era azul oscuro, se movía pesadamente a causa del mal estado de la calzada y su matrícula terminaba en 75, lo que significaba que era de París. A bordo iban dos personas como mínimo. ¿Estarían vigilando Belle Ombre? Probablemente se preocupaba demasiado.

—¡Hola, Tome! Les Clegg vendrán a tomar una copa y les Grais vendrán a cenar. Antoine no ha ido a París hoy. ¿Estás contento?

—Heloise le besó la mejilla—. ¿Dónde estabas? ¡Mira qué maleta! Reconozco que no es muy grande, pero...

Tom miró la maleta color púrpura oscuro, rodeada por una cinta de tela roja. Los cierres y la cerradura parecían de latón. El cuero semejaba cabritilla, y quizá lo era.

—Sí, es bonita de veras.

Lo era realmente, como el clavicémbalo o la commode de bateau que tenía en su cuarto.

—Echa un vistazo dentro —Heloise la abrió—. Resistente de verdad —dijo en inglés.

Tom se inclinó y le besó el pelo.

—Es preciosa, querida. Podemos celebrar la compra de la maleta... y del clavicémbalo. Los Clegg y los Grais no han visto aún el clavicémbalo, ¿verdad? No, no lo han visto... ¿Cómo está Noëlle?

—Tome, estás nervioso por alguna razón —dijo Heloise en voz baja por si *madame* Annette andaba cerca de allí.

—No —dijo Tom—. Es sólo que tengo ganas de ver gente. He pasado un día muy

tranquilo. Ah, *madame Annette*, ¡*bonsoir!* Tenemos invitados. Dos para la cena. ¿Podrá arreglárselas?

*Madame Annette* acababa de entrar con el carrito bar.

—*Mais oui, monsieur Tome*. Tendrá que ser una cena *a la fortune du pot*, pero probaré a hacer un *ragoût*... al estilo de Normandía como lo hago yo, si se acuerda...

Tom no prestó atención a los ingredientes. En casa había carne de buey, de ternera y riñones, porque *madame Annette* había tenido tiempo de salir a comprar algunas cosas a última hora de la tarde.

Tom estaba seguro de que no tendrían que contentarse con lo que hubiera. Pero tuvo que esperar hasta que la buena señora terminó. Entonces Tom dijo:

—Por cierto, *madame Annette*, ¿ha llamado alguien desde que salí a las seis?

—*No, monsieur Tome*.

Con gran pericia, *madame Annette* descorchó un botellín de champán.

—¿Ninguna? ¿Ni siquiera alguien que se equivocase?

—*Non, monsieur Tome*.

Con mucho cuidado, *madame Annette* llenó una copa de champán para Heloise. Tom advirtió que Heloise le estaba observando, pero decidió persistir en vez de irse a la cocina para hablar con *madame Annette* a solas. ¿O era mejor que fuese a la cocina? Sí. Eso resultaría muy fácil. Cuando *madame Annette* salió, Tom le dijo a Heloise:

—Iré a buscar una cerveza. *Madame Annette* había dejado que él mismo se preparase una copa, como a menudo le gustaba hacer. Entró en la cocina y encontró a *madame Annette* en plena actividad: las verduras estaban lavadas y preparadas, y algo hervía ya en los fogones. —*Madame*—dijo Tom—, es muy importante... hoy. ¿Está segura de que no ha telefonado nadie? ¿Ni siquiera alguien que se equivocase? La pregunta pareció refrescarle la memoria, con gran alarma por parte de Tom.

—*Ah, oui*, el teléfono sonó sobre las seis y media. Un hombre preguntó por... por un nombre que ahora no recuerdo, *monsieur Tome*. Luego colgó. Se equivocó de número, *monsieur Tome*.

—¿Y usted qué le dijo?

—Le dije que aquí no vivía la persona por la que preguntaba.

—¿Le dijo que aquí vivían los Ripley?

—Oh, no, *monsieur Tome*. Le dije solamente que se equivocaba de número.

Me pareció que era lo correcto.

Tom le sonrió. Si, había sido lo correcto. Tom se había reprochado el haber salido de casa a las seis de la tarde sin antes decirle a *madame Annette* que no diera su nombre en ninguna circunstancia. Y *madame Annette* lo había hecho todo como era debido, por iniciativa propia.

—Excelente. Eso es siempre lo correcto —dijo Tom con admiración—. Por esto

nuestro número no viene en la guía, para gozar de un poco de intimidad, *¿n'est-ce pas?*

—*Biensûr* —contestó *madame* Annette, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Tom regresó a la sala de estar, olvidando por completo la cerveza. Se sirvió un whisky. No se sentía muy tranquilizado, sin embargo. Si se trataba de un mafioso que le andaba buscando, quizás aumentaría su suspicacia al ver que dos personas de la misma casa se abstenían de darle el nombre del propietario. Tom se preguntó si estarían haciendo comprobaciones en Milán, en Ámsterdam o puede que en Hamburgo. ¿No vivía ese Tom Ripley en Villeperce? Ese número de la centralita 424, ¿no sería un número de Villeperce? Desde luego que lo era. Los números de Fontainebleau empezaban por 422, pero el 424 correspondía a una región más hacia el sur, que incluía Villeperce.

—¿Qué te está preocupando, Tome? — preguntó Heloise. — Nada, cariño... ¿Qué me dices de tus planes para el crucero? ¿Has visto algo que te guste?

—¡Ah, sí! Algo que no resulta *casse-pied* de tan empingorotado, sino más bien agradable y sencillo. Un crucero por el Mediterráneo, incluyendo Turquía, desde Venecia. Quince días... y no hace falta vestirse para la cena. ¿Qué te parece, Tome? El barco zarpa cada tres semanas durante los meses de mayo y junio.

—En este momento no estoy muy de humor. Pregúntale a Noëlle si le gustaría ir contigo. Te sentaría bien.

Tom subió a su habitación y abrió el último cajón de la cómoda más grande. Encima estaba la chaqueta verde que comprara para Heloise en Salzburgo. En la parte posterior del fondo del cajón había una Luger que Tom había adquirido de Reeves tres meses antes. Curiosamente, no se la había comprado directamente a Reeves, sino a un hombre con el que Tom había tenido que verse en París con el fin de recoger algo que el hombre debía entregarle, algo que Tom había tenido que guardar un mes antes de reexpedirlo. A modo de favor, en realidad a guisa de pago, Tom había pedido una Luger, y se la habían dado. Era del calibre 7.65 e iba acompañada por dos cajitas de municiones. Tom comprobó que el arma estuviese cargada, luego abrió el armario ropero y examinó su rifle de caza, que era de fabricación francesa. También estaba cargado y tenía el seguro puesto. Tom supuso que, en caso de peligro, necesitaría la Luger, aquella misma noche o al día siguiente o la noche del día siguiente. Tom se asomó a las dos ventanas de su dormitorio, que daban a distintos lugares. Buscó algún coche que circulase despacio con las luces apagadas, pero no vio ninguno. Ya era de noche.

Un coche apareció por la izquierda y se dirigió hacia la casa con aire decidido. Eran los queridos e inofensivos Clegg. El coche cruzó la entrada de Belle Ombre. Tom bajó a darles la bienvenida.

Los Clegg —Howard, de unos cincuenta años, inglés, y su esposa, Rosemary, también inglesa— se quedaron a tomar un par de copas, y luego los Grais se unieron a ellos. Clegg, un abogado que se había retirado a causa de una dolencia cardíaca, era, a pesar de ello, más animado que nadie. Su pelo gris, pulcramente cortado, su americana de *tweed*, ya algo madura, y sus pantalones de franela gris irradiaban la sensación de estabilidad que Tom necesitaba. Clegg de espaldas a la ventana, con un vaso de whisky en la mano y contando una anécdota divertida... ¿Qué podía ocurrir aquella noche para destruir aquel aire de compañerismo rural? Tom había dejado encendida la luz de su habitación y también había encendido la luz de la mesita de noche de Heloise. Los dos coches estaban aparcados descuidadamente sobre la grava. Tom quería dar la impresión de que en su casa se estaba celebrando una fiesta mayor de la que en realidad celebraban. Sabía que ello no iba a detener a los chicos de la Mafia, si se proponían arrojar una bomba y que; por consiguiente ponía en peligro a sus amigos. Pero tenía la impresión de que la Mafia prefería asesinarle silenciosamente: atraparle cuando estuviera solo y entonces atacarle, puede que sin arma de fuego, sólo una paliza súbita que resultaría fatal. Los de la Mafia podían hacerlo en las calles de Villeperce y largarse antes de que la gente de la ciudad se diera cuenta de lo que pasaba.

Rosemary Clegg, esbelta y hermosa a su mediana edad, le estaba prometiendo a Heloise una planta que ella y su marido acababan de traer de Inglaterra.

—¿Tienes intención de provocar algún incendio este verano? — preguntó Antoine Grais.

—En realidad los incendios no son mi fuerte —dijo Tom, sonriendo—. Sal y echa un vistazo a las obras del invernadero.

Tom y Antoine salieron por la puerta-ventana y bajarán los escalones hasta el césped. Tom llevaba una linterna. Los cimientos ya estaban puestos y las piezas del armazón de acero se hallaban depositadas sobre el césped, al que no hacían ningún bien, y hacía una semana que los albañiles no asomaban por allí. Uno de los habitantes del pueblo ya había advertido a Tom que aquella gente tenía tanto trabajo en verano que saltaba de un encargo a otro, tratando de complacer a todo el mundo o, al menos, de tener a mucha gente colgada.

—Me parece que eso va progresando —dijo Antoine.

Tom había consultado con Antoine sobre el mejor tipo de invernadero y le había pagado sus servicios. Así mismo, Antoine le había conseguido los materiales con un descuento de profesionalidad o, al menos, más baratos de lo que le hubieran salido a un albañil. Tom miró más allá de donde se encontraba Antoine, hacia el sendero que se internaba en el bosque, donde no se veía ninguna luz, mucho menos luces de automóviles.

Pero a las once de la noche, después de cenar, cuando los cuatro tomaban café y

Bénédictine, Tom decidió que al día siguiente sacaría a Heloise y a *madame* Annette de la casa. Sacar a Heloise le resultaría más fácil. La persuadiría de que pasara unos días con Noëlle —Noëlle y su marido tenían un piso muy grande en Neuilly— o en casa de sus padres. *Madame* Annette tenía una hermana en Lyon y, por suerte, la hermana tenía teléfono, de modo que podría avisarla con tiempo. ¿Y qué explicación les daría? A Tom no le seducía la idea de decirles que «necesitaba estar solo unos días» o algo por el estilo. Por otra parte, si reconocía que había algún peligro, Heloise y *madame* Annette se alarmarían. Insistirían en llamar a la policía.

Tom abordó a Heloise aquella noche, cuando los dos se estaban preparando para acostarse.

—Querida —dijo en inglés—, tengo la impresión de que va a ocurrir algo espantoso y no quiero que estés aquí. Es por tu seguridad.

También me gustaría que *madame* Annette se marchase mañana, así que espero que puedas ayudarme a persuadirla a que se vaya a visitar a su hermana.

Heloise, que tenía la espalda apoyada en dos cojines de color azul claro, frunció un poco el entrecejo y dejó sobre la mesita el yogur que se estaba comiendo.

—¿Qué sucede que te parezca tan espantoso? Tienes que decírmelo, Tome.

—No —Tom meneó la cabeza, luego se echó a reír—. Puede que sólo se trate de mis nervios, que simplemente no sea nada. Pero no está de más curarse en salud, ¿verdad?

—No quiero grandes explicaciones, Tome. ¿Qué ha pasado? ¿Se trata de Reeves! Es eso, ¿no?

—En cierto modo.

Era mucho mejor que decirle que se trataba de la Mafia.

—¿Dónde está?

—En Ámsterdam, me parece.

—¿No vivía en Alemania?

—Sí, pero está haciendo un trabajo en Ámsterdam.

—Dime, ¿quién más está mezclado? ¿Por qué estás preocupado? ¿Qué has hecho, Tome?

—¡Caramba! ¡Pero si no he hecho nada, cariño!

Era la respuesta que Tom solía dar en aquellas circunstancias. Ni siquiera le daba vergüenza.

—En tal caso, ¿acaso tratas de proteger a Reeves?

—Me ha hecho algunos favores. Pero a quien quiero proteger ahora es a ti... a nosotros y a Belle Ombre. No a Reeves. Así que tienes que dejarme intentarlo, cariño.

—¿A Belle Ombre?

Tom sonrió y, sin alterarse, dijo:

—No quiero ningún contratiempo en Belle Ombre. No quiero nada roto, ni un solo vidrio. Tienes que confiar en mí. ¡Trato de evitar cualquier cosa violenta... o peligrosa!

Heloise parpadeó y con tono algo picado dijo:

—De acuerdo, Tome.

Tom sabía que Heloise no le haría más preguntas, a menos que la policía formulase una acusación o que él tuviera que darle explicaciones sobre el cadáver de algún mafioso. Minutos después los dos sonreían, y aquella noche Tom durmió en la cama de Heloise. Tom pensó que a Jonathan Trevanny debía de resultarle mucho más difícil. No era que Simone pareciese una mujer difícil, fisgona o neurótica, pero Jonathan no estaba acostumbrado a hacer nada que se saliera de lo normal, ni siquiera a contar mentirijillas. Como el propio Jonathan había dicho, debía de ser horrible que Simone empezase a desconfiar de él. Y, debido al dinero, era natural que Simone sospechase algún crimen, algo vergonzoso que Jonathan no se sentía capaz de admitir.

A la mañana siguiente, Heloise y Tom hablaron con *madame* Annette. Heloise se había hecho subir el té a su habitación y Tom estaba tomándose su segundo café en la sala de estar.

—*Monsieur* Tome dice que quiere estar solo unos días, para pensar y pintar — dijo Heloise.

Habían decidido que, después de todo, aquella era la mejor excusa.

—Y unas vacaciones cortas no le harían ningún daño, *madame* Annette. Unas cortas vacaciones antes de las largas de agosto —añadió Tom, aunque *madame* Annette, recia y activa como siempre, parecía estar en gran forma.

—Si *madame et m'sieur* así lo desean, desde luego. Eso es lo importante, ¿no?

*Madame* Annette sonrió y, aunque sus ojos azules no reflejaban mucho entusiasmo, en seguida se mostró de acuerdo y dijo que llamaría a su hermana Marie-Odile, la que vivía en Lyon.

El correo llegó a las nueve y media. Entre otras cosas había un sobre cuadrado y blanco, con un sello suizo y la dirección en letras de molde, sin remitente. Tom sospechó que las letras eran de Reeves. Quería abrirlo en la sala de estar, pero Heloise estaba allí, diciéndole a *madame* Annette que la llevaría en coche a París, para que tomase el tren de Lyon, así que Tom subió a su cuarto. La carta decía:

«11 de mayo

Querido Tom:

Estoy en Ascona. Tuve que irme de Ámsterdam porque estuvo a punto de pasarme algo en el hotel, pero he conseguido dejar mis pertenencias en un almacén de Ámsterdam. ¡Dios mío! ¡Ojalá lo dejasen correr! Estoy en esta bonita población, haciéndome pasar por un tal Ralph Platt, hospedado en una

posada de la montaña que se llama Die Drei Baeren. ¿Acogedora? Al menos está alejada y es una pensión de tipo familiar. Deseándoos lo mejor a ti y a Heloise,

Atentamente,

R»

Tom arrugó la carta, luego la rompió en pedacitos y los tiró a la papelera. La cosa se estaba poniendo tan fea como Tom se había imaginado: la Mafia había localizado a Reeves en Ámsterdam y sin duda ahora conocía cuál era el número de teléfono de Tom, ya que habría comprobado todos los números a los que Reeves había llamado. Tom se preguntó qué querría decir Reeves al afirmar que había estado a punto de pasarle «algo» en el hotel. Se juró ante sí mismo, no por primera vez, que jamás volvería a tener nada que ver con Reeves Minot. En el caso que ahora le preocupaba, lo único que había hecho él era proporcionarle una idea a Reeves. Eso debería haber resultado inofensivo y en realidad lo era. Tom comprendió que su equivocación había sido el intento de ayudar a Jonathan Trevanny y, desde luego, Reeves no estaba enterado de ello, ya que, de haberlo estado, no habría cometido la estupidez de telefonar a Belle Ombre.

Tom quería que Jonathan Trevanny acudiera a Belle Ombre aquella misma noche, incluso a primera hora de la tarde, aunque sabía que Jonathan trabajaba los sábados. Si ocurría algo, dos hombres podrían afrontar la situación mejor que uno solo, vigilando la casa por delante y por detrás, por ejemplo, toda vez que una persona sola no podía estar en todas partes. ¿Y a quién podía recurrir si no a Jonathan? Jonathan no prometía mucho como luchador, pero tal vez en una crisis sabría comportarse adecuadamente, como hiciera en el tren. Allí no lo había hecho nada mal, y Tom recordó que también le había salvado la vida al impedir que cayera bajo las ruedas. Quería que Jonathan se quedase a pasar la noche en Belle Ombre y se dijo que tendría que ir a buscarle, ya que a aquellas horas no había autobuses y Tom no quería que cogiese un taxi. En vista de lo que podía ocurrir aquella noche, no quería que algún taxista pudiese recordar haber llevado a un hombre de Fontainebleau a Villeperce, un recorrido poco frecuente.

¿Me telefonarás esta noche, Tome? — preguntó Heloise mientras llenaba una maleta grande en su habitación. En primer lugar iría a casa de sus padres.

—Sí, amor mío. ¿Te parece bien sobre las siete y media? — Tom sabía que los padres de Heloise cenaban temprano, a las ocho de la tarde—. Te llamaré, y lo más probable es que te diga que todo va bien.

—¿Sólo te preocupa esta noche?

No era así, pero Tom no quiso decírselo.

—Eso creo.

Alrededor de las once de la mañana, cuando Heloise y *madame* Annette estuvieron listas para partir, Tom se las arregló para ser el primero en entrar en el

garaje, antes incluso de ayudarles a bajar el equipaje, aunque el ama de llaves, fiel a la vieja idea de la escuela francesa, opinaba que era ella quien debía bajar el equipaje de las dos, puesto que era la sirvienta. Tom miró debajo de la capota del Alfa. El motor presentaba el habitual cuadro de metal y alambres. Lo puso en marcha. No hubo ninguna explosión. La noche anterior, antes de cenar, Tom había salido a cerrar la puerta del garaje con un candado, aunque, tratándose de la Mafia, a Tom nada le hubiese sorprendido: eran capaces de abrir un candado y volverlo a cerrar como si nada.

—Estaremos en contacto, *madame* Annette —dijo Tom, besándole la mejilla—. ¡Que se divierta!

—¡Adiós, Tome! ¡Llámame esta noche! ¡Y ten cuidado! — gritó Heloise.

Tom sonrió mientras agitaba una mano en señal de despedida. Se notaba que Heloise no se sentía demasiado preocupada. Mejor así.

Luego Tom entró en la casa para telefonar a Jonathan.

Jonathan había tenido una mañana difícil. Simone, aunque con tono bastante amable, porque en aquel momento estaba ayudando a Georges a ponerse un jersey de cuello de cisne, le había dicho:

—Pienso que no podemos seguir así, Jon. ¿Y tú? Simone y Georges tenían que salir de casa en un par de minutos, puesto que el pequeño debía ir a la escuela y ya eran las ocho y cuarto.

—Pienso lo mismo. Y sobre esa suma en el banco suizo... —Jonathan estaba decidido a echarse de cabeza. Hablaba de prisa, con la esperanza de que Georges no entendiese todo lo que decía—. Si quieres saber la verdad, se trata de una apuesta y me encargaron que guardase el dinero. Así que...

—¿Quiénes?

Simone parecía tan perpleja y enfadada como siempre.

—Los médicos —dijo Jonathan—. Están probando un tratamiento nuevo... uno de ellos... y otro apuesta contra él. Otro médico. Me dije que lo encontrarías demasiado macabro, así que decidí no decirte nada del asunto. Pero eso quiere decir que a nosotros nos pertenecen solamente unos doscientos mil, menos ahora. Es lo que me pagan, los de Hamburgo, por probar sus píldoras.

Jonathan se dio cuenta de que Simone se esforzaba por creerle, pero sin conseguirlo. — ¡Es absurdo! — dijo ella—. ¿Tanto dinero por una apuesta, Jon? Georges alzó los ojos hacia ella.

Jonathan miró a su hijo y se humedeció los labios.

¿Sabes lo que pienso? ¡Y me da igual que Georges me oiga! Pienso que le estás guardando un dinero sucio a ese canalla de Tom Ripley. ¡Y él, por supuesto, te paga un poquito a cambio del favor! Jonathan advirtió que le temblaban las manos y dejó el tazón de *café au lait* sobre la mesa de la cocina. Los dos, Jonathan y Simone, estaban de pie.

—¿No podría encargarse él mismo de ocultar su dinero en Suiza?

Jonathan sintió deseos de cogerla por los hombros y decirle que tenía que creerle. Pero sabía que ella le rechazaría de un empujón. De modo que se limitó a erguir el cuerpo y dijo: —¿Qué puedo hacer yo si tú no me crees? Lo que te he dicho es la verdad pura y simple.

A Jonathan le habían hecho una transfusión el lunes pasado, el día del desmayo. Simone le había acompañado al hospital y luego Jonathan se había ido solo a ver al doctor Perrier, al que había tenido que telefonar antes para que lo dispusiese todo para la transfusión. La visita al doctor Perrier había sido pura rutina, pero Jonathan le había dicho a Simone que el doctor le había dado más medicamentos enviados por el doctor de Hamburgo. El doctor de Hamburgo, Wentzel, no había enviado las píldoras

que le recetara, pero éstas se encontraban a la venta en Francia y Jonathan tenía una provisión de las mismas en casa. Jonathan había decidido que el médico de Hamburgo era el que apostaba a favor del tratamiento y que el de Munich era el que apostaba en contra, aunque todavía no se lo había dicho a Simone.

—Pues no te creo —dijo Simone con voz dulce y siniestra a la vez—. Vamos, Georges, que ya es hora de irnos.

Jonathan parpadeó y se quedó mirando cómo Simone y Georges cruzaban el vestíbulo hacia la puerta principal. Georges recogió la cartera con los libros y, sorprendido tal vez por la discusión entre sus padres, se olvidó de decirle adiós a Jonathan, que tampoco dijo nada.

Como era sábado, Jonathan tuvo mucho trabajo en la tienda. El teléfono sonó varias veces. Sobre las once de la mañana la voz que le habló desde el otro extremo del hilo era la de Tom Ripley.

—Me gustaría verle hoy. Es bastante importante —dijo Tom—. ¿Puede hablar en este momento?

—Pues no.

Había un hombre ante el mostrador, enfrente de Jonathan, esperando para pagarle el cuadro que se encontraba envuelto entre los dos.

—Siento molestarle en sábado. ¿Tardará mucho en poder venir a mi casa? ¿Podrá quedarse esta noche?

Jonathan se sobresaltó ligeramente y pensó en cerrar la tienda, informar a Simone. Informarla, ¿de qué?

—Sí, claro que podré.

—¿A qué hora estará libre? Pasaré a recogerle. ¿Le parece bien a las doce del mediodía? ¿O es demasiado pronto?

—No. Me va bien.

—Le recogeré en la tienda. O en la calle. Otra cosa... traiga la pistola.

Tom colgó.

Jonathan atendió a los clientes que había en la tienda y colgó el cartelito que decía «FERME» cuando aún había alguien dentro. Se preguntó qué le habría pasado a Tom Ripley desde el día anterior. Simone estaba en casa aquella mañana, aunque los sábados por la mañana pasaba más tiempo fuera que dentro de casa, porque era el día en que hacía la compra y se encargaba de otras cosas, tales como ir a la tintorería. Jonathan decidió escribirle una nota y echarla por el buzón de la puerta principal. A las once y cuarenta minutos la nota ya estaba escrita y Jonathan salió de la tienda. Echó a andar por la Rue de la Paroisse, que era el camino más corto para llegar a casa y también donde más probabilidades había de tropezarse con Simone, pero no se cruzó con ella. Echó la carta por la ranura que decía «LETTRES» y regresó rápidamente por donde había venido. La nota decía:

«Querida: No vendré a comer ni a cenar y he cerrado la tienda. Me ofrecen un trabajo importante algo lejos de aquí y han pasado a recogerme en coche.

J.»

La nota era poco explícita, cosa nada propia de él. Y, sin embargo, ¿cómo podían las cosas resultar peores de lo que ya habían sido aquella mañana?

Jonathan volvió a entrar en el establecimiento, cogió su vieja gabardina y se metió la pistola italiana en el bolsillo. Al salir de nuevo, vio que se acercaba el Renault verde de Tom. Ripley abrió la portezuela, casi sin detener el vehículo y Jonathan subió.

—¡Buenos días! — saludó Tom—. ¿Qué tal andan las cosas?

—¿En casa? — muy a su pesar, Jonathan buscaba con los ojos a Simone entre las personas que transitaban por la calle—. Me temo que no muy bien.

A Tom no le costó imaginárselo.

—¿Pero usted se encuentra bien?

—Sí, gracias.

Al llegar al Prisunic, Tom viró hacia la derecha y cogió la Rue Grande.

—Recibí otra llamada telefónica —dijo Tom—. Mejor dicho, la recibí mi ama de llaves. Igual que la otra vez: número equivocado. Ella no dijo de quién era la casa, pero me ha puesto nervioso. A propósito, he mandado al ama de llaves y también a mi esposa a pasar unos días fuera de casa. Tengo la corazonada de que podría ocurrir algo. Así que le he llamado para que me ayude a defender el fuerte. No puedo recurrir a nadie más. No me atrevo a avisar a la policía para que vigile la casa. Si encontrasen un par de mafiosos merodeando por los alrededores, empezarían a hacerme preguntas desagradables, desde luego.

Jonathan ya lo sabía.

—Aún no hemos llegado —Tom pasó junto al Monumento y entró en la carretera que conducía a Villeperce—, así que todavía tiene tiempo de echarse atrás. Gustosamente volveré a llevarle a Fontainebleau y no hará falta que se disculpe por no querer unirse a mí. Puede que haya peligro y puede que no lo haya. Pero a dos personas les resultará más fácil vigilar la casa.

—Sí.

Jonathan se sentía curiosamente paralizado.

—Es sólo que no quiero abandonar mi casa —Tom conducía a bastante velocidad—. No quiero que la devore el fuego o que salte en pedazos como el piso de Reeves. A propósito, Reeves está en Ascona ahora. Dieron con él en Ámsterdam y tuvo que salir pitando.

—¿De veras? — Jonathan experimentó unos segundos de pánico, de náusea. Le pareció que todo se estaba desmoronando—. ¿Ha... ha notado algo extraño cerca de casa?

—No en realidad. La voz de Tom era tranquila. Su cigarrillo formaba un ángulo airoso con sus labios.

Jonathan pensó que podía desdecirse. En aquel mismo momento. Bastaría con decirle a Tom que no se veía con ánimos, que probablemente se desmayaría si las cosas se ponían feas. Podía volver a casa, donde estaría a salvo. Jonathan aspiró hondo y bajó un poco la ventanilla. Sería un hijo de perra si se rajaba, un cobarde y un mierda. Al menos podía intentarlo. Se lo debía a Tom Ripley. Además, ¿a qué venía preocuparse tanto por su propia seguridad? ¿Preocuparse ahora, tan de repente? Jonathan sonrió un poco, sintiéndose mejor.

—Le conté a Simone lo de la apuesta sobre mi vida. No salió demasiado bien.

—¿Qué dijo?

—Lo mismo de siempre. No me cree. Lo que es peor, ayer nos vio juntos... en alguna parte. Ahora se imagina que yo le estoy guardando dinero... a mi nombre. Ya sabe, dinero sucio.

—Sí — Tom se hacía cargo de la situación. Pero no le pareció importante comparada con lo que podía ocurrirle a Belle Ombre, a él mismo y quizás a Jonathan también—. No soy ningún héroe, ¿sabe? — dijo inesperadamente Tom—. Si la Mafia me atrapase y me pegara para arrancarme información, dudo que pudiera soportarlo tan valientemente como Fritz.

Jonathan guardó silencio. Se daba cuenta de que Tom se sentía tan atemorizado como él segundos antes.

El día era esplendoroso, en el aire había un presagio del verano y la luz era brillante. Era una vergüenza tener que trabajar en un día como aquél, tener que encerrarse entre cuatro paredes como Simone haría por la tarde. Ya no hacía falta que Simone trabajase, por supuesto. Jonathan pensaba decírselo desde hacía un par de semanas.

En aquel momento entraban en Villeperce, un pueblo pequeño, de ésos donde quizás había sólo una carnicería y una panadería. — Ahí está Belle Ombre —dijo Tom, señalando con la cabeza una torre con cúpula que sobresalía entre algunos chopos.

El pueblo quedaría medio kilómetro a sus espaldas, tal vez. Las casas eran aquí grandes y estaban muy separadas unas de otras. Belle Ombre parecía un chateau pequeño, de líneas clásicas y fuertes, pero suavizadas por las cuatro torres redondeadas de las esquinas y que llegaban hasta el césped. Había una verja de hierro y Tom tuvo que apearse para abrirla con la voluminosa llave que acababa de sacar de la guantera. Luego el coche pasó por encima de la grava hasta detenerse en el garaje.

—¡Hermoso lugar! — exclamó Jonathan.

Tom asintió con la cabeza y sonrió.

—Regalo de boda de los padres de mi esposa, principalmente. Y últimamente,

cada vez que al llegar veo que sigue en pie, siento una gran alegría. ¡Entre, por favor!

Tom también tenía la llave de la puerta principal.

—:No estoy acostumbrado a encontrar la puerta cerrada con llave —dijo Tom—. Normalmente mi ama de llaves está en casa.

Jonathan penetró en un vestíbulo espacioso, cuyo piso era de mármol blanco, y seguidamente pasó a una sala de estar. Había dos alfombras, una chimenea grande y un sofá de raso amarillo con aspecto de ser cómodo. Y junto a las puer-tas—ventanas había un clavicémbalo. Todo el mobiliario era bueno y estaba bien cuidado.

—Quítese la gabardina —dijo Tom, que de momento se sentía aliviado: Belle Ombre estaba tranquila y no había visto nada extraño en el pueblo. Se acercó a la mesa del vestíbulo y del cajón extrajo la Luger. Jonathan le estaba mirando y Tom sonrió—. Sí, pienso llevar esto encima todo el día. Por esto me he puesto unos pantalones viejos. Tienen los bolsillos grandes. Ahora comprendo por qué algunos prefieren llevar la funda bajo el sobaco —Tom se metió el arma en un bolsillo de los pantalones—. Haga lo mismo con la suya, si no le importa.

Jonathan obedeció.

Tom pensó en el rifle que tenía arriba. Lamentaba poner manos a la obra tan aprisa, pero se dijo que era lo mejor.

—Vamos arriba. Quiero enseñarle algo.

Subieron las escaleras y Tom llevó a Jonathan a su cuarto. Jonathan se fijó en seguida en la *commodebateau* y se acercó a ella para examinarla mejor.

—Regalo reciente de mi esposa... Mire... —Tom tenía el rifle en la mano—. Tengo esto. Para largo alcance. Bastante certero, aunque no tanto como un fusil del ejército, desde luego. Quiero que se asome a esta ventana.

Jonathan se asomó. Al otro lado de la calle había una casa de tres pisos. Era de estilo decimonónico y estaba bastante apartada de la calle y más que medio oculta entre los árboles. A ambos lados de la calle había árboles que formaban dos líneas irregulares. Jonathan se imaginó un coche deteniéndose ante la verja del jardín y precisamente de eso le hablaba Tom en aquel momento: el rifle resultaría más certero que una pistola.

—Claro que todo depende de lo que hagan ellos —dijo Tom—. De si tienen intención de arrojar una bomba incendiaría, por ejemplo. En tal caso el rifle será lo más indicado. Desde luego, la casa también tiene ventanas en la parte posterior. Y a los lados. Venga por aquí.

Tom condujo a Jonathan a la habitación de Heloise, una de cuyas ventanas daba al césped de la parte trasera. Más allá del césped, la arboleda era más densa, mientras que unos cuantos chopos lo bordeaban por la derecha.

—Hay un camino que cruza ese bosque, a la izquierda, aunque ahora apenas se ve. Y en mi *atelier*... —Tom salió al pasillo y abrió una puerta a mano izquierda. Las

ventanas de aquella habitación también daban a la parte posterior, hacia donde caía el pueblo de Villeperce, pero desde ella sólo se divisaban los cipreses, chopos y tilos de una finca pequeña—. Podríamos vigilar ambos lados de la casa. No quiero decir que tengamos que permanecer pegados a las ventanas, pero... La otra cosa importante que quería decirle es que quiero que el enemigo crea que estoy solo. Si usted...

El teléfono estaba sonando. Durante unos segundos Tom pensó en dejar que siguiera sonando, sin descolgado, luego se dijo que tal vez se enteraría de algo si contestaba. Entró en su cuarto y descolgó el aparato.

—*¿Oui?*

—*¿Monsieur Ripley?*—dijo en francés una voz de mujer—. Ici, *madame* Trevanny. ¿Está mi esposo ahí por casualidad?

La voz era muy tensa.

—*¿Su marido? Mais non, madame!* — dijo Tom con tono de sorpresa.

—*Merci, m'sieur. Excusez-moi.*

La mujer colgó. Tom suspiró. Realmente Jonathan estaba en apuros.

—Mi esposa —dijo Jonathan desde la puerta.

—Sí —dijo Tom—. Lo siento. Le he dicho que no estaba aquí. Puede enviarle un *pneu*, si lo desea. O telefonarla. A lo mejor está en la tienda. —No, no. Dudo que esté allí —pero podía estar porque tenía llave. Era sólo la una y cuarto. Tom pensó de qué otra manera podía Simone saber su número si no lo encontraba anotado en el establecimiento de Jonathan. — O, si quiere, le llevo ahora mismo a Fontainebleau. Usted tiene la palabra, Jonathan.

—No —dijo Jonathan—. Gracias.

«Renunciación —pensó Jonathan—. Simone ha adivinado que Tom mentía.»

—Le pido disculpas por la mentira. Siempre estará a tiempo de echarme la culpa a mí. De todos modos, dudo que pueda rebajarme más a ojos de su esposa en aquel momento a Tom le importaba un comino, no tenía tiempo ni ganas de comprender a Simone. Jonathan no decía nada—. Bajemos a ver qué encontramos en la cocina.

Tom corrió la cortina de su cuarto, aunque dejó un resquicio para poder observar la calle sin mover la cortina. Hizo lo mismo en la habitación de Heloise y en la sala de estar. Los aposentos de *madame* Annette decidió dejarlos como estaban. Las ventanas daban al sendero lateral y al césped de la parte posterior.

Quedaba mucho del delicioso *ragoût* que *madame* Annette preparara la noche anterior. La ventana sobre el fregadero de la cocina no tenía cortinas, así que Tom indicó a Jonathan que se sentase donde no pudieran verle desde el exterior. Jonathan se sentó ante la mesa de la cocina, con un vaso de whisky con agua.

—Lástima que no podamos trabajar en el jardín después de comer —dijo Tom, mientras lavaba una lechuga en el fregadero. Cada vez que pasaba un coche no podía evitar el echar un vistazo por la ventana. Sólo habían pasado dos en los últimos diez

minutos.

Jonathan se había fijado en que las dos puertas del garaje estaban abiertas de par en par. El coche de Tom se encontraba aparcado sobre la grava, enfrente de la casa. El silencio era tan grande que se hubiese oído cualquier pisada sobre la grava.

—Y no puedo poner música porque tal vez nos impediría oír el ruido en el caso de que viniera alguien. ¡Qué aburrimiento! —dijo Tom.

Aunque ninguno de los dos comió mucho pasaron largo rato ante la mesa, en la parte de la sala de estar que hacía las veces de comedor. Tom preparó café. Como no encontró nada sustancioso para la cena, Tom telefoneó al carnicero de Villeperce y pidió un buen bistec para dos.

—Ah, es que *madame* Annette se ha tomado unos días de vacaciones —dijo como contestación a la pregunta del carnicero.

Los Ripley eran tan buenos clientes, que Tom no vaciló en pedirle al carnicero que le trajera algunas lechugas y otras cosas de la verdulería de al lado.

El estrepitoso ruido de neumáticos sobre la grava les anunció la llegada de la camioneta del carnicero media hora más tarde. Tom se puso en pie de un salto. Pagó al chico del carnicero, que llevaba un delantal con salpicaduras de sangre, y le dio una propina. En aquel momento Jonathan estaba hojeando unos libros sobre muebles y parecía bastante contento, de modo que Tom fue arriba con el propósito de pasar un rato poniendo en orden su *atelier*, ya que *madame* Annette nunca tocaba aquella habitación.

Poco antes de las cinco sonó el teléfono y su timbre fue como un grito en medio del silencio, un grito apagado para Tom, ya que se había aventurado a salir al jardín y en aquel momento se estaba entreteniendo con los *secateurs*. Entró corriendo en la casa, aunque le constaba que Jonathan no tocaría el teléfono. Seguía sentado cómodamente en el sofá, rodeado de libros.

La llamada era de Heloise. Estaba muy contenta porque había llamado a Noëlle y ésta le había dicho que un amigo suyo, Jules Grifaud, que era decorador de interiores, se había comprado un chalet en Suiza y quería que Noëlle y Heloise fueran con él en coche y le hiciesen compañía durante una semana o más, mientras arreglaba sus cosas en el chalet.

—El paisaje de los alrededores es tan bonito —dijo Heloise—. Además, también podemos ayudarle

A Tom se le antojó fatal, pero si Heloise estaba entusiasmada, eso era lo importante. Tom ya se figuraba que Heloise acabaría por no hacer aquel crucero por el Adriático, como una turista corriente.

—¿Estás bien, cariño?... ¿Qué estás haciendo?

—Pues... trabajando un poquito en el jardín... Sí, todo está muy tranquilo.

Alrededor de las siete y media, cuando se encontraba ante la ventana de la sala de estar, Tom vio el Citroën azul oscuro —le pareció que era el mismo que viera aquella mañana— pasando por delante de la casa, esta vez a mayor velocidad que la anterior, aunque no tanta como la del coche que se dirige a un punto concreto. ¿Era el mismo? Bajo la luz del crepúsculo los colores resultaban engañosos, apenas se notaba la diferencia entre el verde y el azul. Pero el coche que acababa de pasar era un descapotable y su capota, de color blanco, estaba sucia, igual que el de la mañana. Tom miró hacia la verja de entrada de Belle Ombre: la había dejado entornada, pero el chico de la carnicería la había cerrado al irse. Decidió dejarla cerrada aunque no con llave. Chirriaba un poco.

—¿Qué ocurre? — preguntó Jonathan.

Jonathan estaba bebiendo café. No había querido té. El nerviosismo de Tom se le estaba contagiando y, por lo que había podido comprobar, Tom no tenía ningún motivo para sentirse tan inquieto.

—Me parece que he visto el mismo coche de esta mañana. Un Citroën de color azul oscuro. El de esta mañana llevaba matrícula de París. Conozco la mayor parte de los coches de estos alrededores y sólo dos o tres personas tienen automóviles con matrícula de París.

—¿Ha podido ver la matrícula esta vez?

Para Jonathan ya era de noche, así que había encendido una lámpara a su lado.

—No... Voy a buscar el rifle —Tom subió como si tuviese alas y volvió inmediatamente con el rifle, sin dejar ninguna luz encendida en el piso de arriba—. Desde luego —dijo a Jonathan—, no pienso utilizar ningún arma de fuego si puedo evitarlo. Es por el ruido. No es temporada de caza y un disparo seguramente atraería a los vecinos... o alguien tal vez se pondría a investigar. Jonathan...

—¿Sí? — dijo Jonathan, que se había levantado.

—Puede que tenga que blandir este rifle como si fuese una maza

—Tom le mostró cómo debía hacerlo para que la parte más pesada del arma, la culata, resultase lo más eficaz posible—. Ya ve cómo funciona, en caso de que tenga que dispararlo. Ahora tiene puesto el seguro —se lo enseñó también.

«Pero no están aquí», pensó Jonathan. Y al mismo tiempo se sintió extraño, irreal, tal como se sintiera en Hamburgo y Munich, cuando sabía que sus blancos eran reales e iban a materializarse.

Tom calculó cuánto tiempo tardaría el Citroën en recorrer la carretera circular que conducía de vuelta al pueblo. Cabía la posibilidad, desde luego, que se dieran media vuelta en algún lugar apropiado y volvieran a pasar por delante de la casa.

—Si aparece alguien en la puerta —dijo Tom—, me da la impresión de que me

acribillarán cuando la abra. Para ellos sería la forma más sencilla, ¿comprende? Después, el tipo de la pistola sube corriendo al coche que le espera y se largan.

Jonathan se dijo que Tom estaba algo sobreexcitado, pero le escuchó atentamente.

—Otra posibilidad es que arrojen una bomba por esa ventana —dijo Tom, señalando la que daba al jardín principal—. Como hicieron en el caso de Reeves. De modo que, si le parece bien... lo siento, pero no estoy acostumbrado a comentar mis planes. Suelo tocar de oído. Pero si le parece bien, ¿quiere esconderse entre los arbustos que hay a mano derecha de la puerta principal... los de la derecha son más espesos... y atizarle con el rifle a quien suba los escalones y llame a la puerta? Puede que no llamen a la puerta, pero estaré vigilando con la Luger por si a alguien se le ocurre tirar una bomba: Si está en la puerta, átícele rápidamente, porque el tipo también actuará de prisa. Llevará una pistola en el bolsillo y todo lo que querrá es verme mejor.

Tom se acercó a la chimenea, donde había querido encender fuego olvidándose después, y cogió uno de los leños de la cesta de madera. Luego lo dejó en el suelo, a la derecha de la puerta principal. El leño no era tan pesado como el jarrón de amatista que había en la cómoda junto a la puerta, pero resultaba mucho más fácil de manejar.

—¿Qué le parece si la puerta la abro yo? —preguntó Jonathan—. Si saben qué aspecto tiene usted y me ven a mí, entonces...

—No —a Tom le sorprendió el valiente ofrecimiento de Jonathan—. En primer lugar, puede que no esperasen a ver quién abría, sino que hicieran fuego en el acto. Y si se parasen a mirarle y usted les dijera que yo no vivo aquí, o que no estoy en casa, le apartarían de un empujón y entrarían a ver o... —Tom se echó a reír, imaginándose a los mafiosos hiriendo a Jonathan en el estómago y empujándolo hacia dentro al mismo tiempo—. Creo que usted debería apostarse junto a la puerta ahora, si está dispuesto. No sé cuánto tiempo tendrá que permanecer ahí, pero ya le llevaré algo de comer cuando haga falta.

—Desde luego.

Jonathan cogió el rifle y salió. La carretera que pasaba por enfrente de la casa estaba tranquila. Se apostó bajo la sombra de la casa y practicó con el rifle, levantándolo tan alto como fuese necesario para descargar un golpe sobre la cabeza de quien llamara a la puerta.

—Así está bien —dijo Tom— ¿Le apetece un whisky ahora? Puede dejar el vaso entre los arbustos. Da igual que se rompa. Jonathan sonrió.

—No, gracias.

Se ocultó entre los arbustos, unos arbustos en forma de ciprés, de un metro y medio de altura; también había laureles. Estaba muy oscuro y Jonathan pensó que quedaba absolutamente oculto. Tom cerró la puerta.

Jonathan se sentó en el suelo, con la barbilla apoyada en las rodillas y el rifle a su

lado, cerca de la mano derecha. Se preguntó si la espera duraría una hora o tal vez más. ¿O sería un juego inventado por Tom? Jonathan no podía creer que se tratara solamente de un juego. Tom no estaba loco y creía realmente que aquella noche podía ocurrir algo, y esa pequeña posibilidad hacia aconsejable tomar precauciones. Luego, al oír que se acercaba un coche, Jonathan sintió una punzada de auténtico miedo, el impulso de entrar corriendo en la casa. El coche pasó de largo a gran velocidad. Jonathan ni siquiera consiguió verlo a través de los arbustos y la verja del jardín. Apoyó un hombro sobre el tronco delgado de un arbusto y empezó a sentir sueño. Al cabo de cinco minutos yacía cuan largo era, boca arriba, pero todavía completamente despierto; empezaba a notar el frío del suelo penetrándole en los omóplatos. Si el teléfono sonaba otra vez, posiblemente sería Simone. Jonathan se preguntó si Simone en un arrebato de mal genio, cogería un taxi para presentarse en casa de Tom. O tal vez llamaría a su hermano Gérard, que vivía en Nemours, y le pediría que la llevase en su coche. Esto último era algo más probable. Jonathan dejó de pensar en esa posibilidad por que resultaba demasiado espantosa. Ridícula. Impensable. ¿Qué explicación le daría si ella le encontraba escondido entre los arbustos fuera de la casa, aun cuando consiguiera ocultar el rifle?

Jonathan oyó que la puerta de la casa se abría. Se había quedado medio dormido.

—Aquí tiene una manta—susurró Tom. La carretera estaba desierta y Tom salió de la casa con una manta de viaje que entregó a Jonathan—. Póngasela debajo. El suelo debe de resultar muy incómodo.

Al oír sus propios susurros, Tom comprendió que los de la Mafia podían venir a pie, sigilosamente. No había pensado en ello antes. Volvió a entrar en la casa sin decirle una palabra más a Jonathan.

Tom subió al piso de arriba y en la oscuridad examinó la situación desde las ventanas, tanto las de delante como las de detrás. Todo parecía estar en calma. La luz de un farol brillaba sobre la carretera a unos cien metros de la casa, a la izquierda, en dirección al pueblo, pero no alcanzaba muy lejos. Tom sabía muy bien que la luz no caía enfrente de Belle Ombre. Reinaba un silencio absoluto, aunque eso ya era normal. Incluso se habrían oído los pasos de alguien que transitara por la carretera, a pesar de que las ventanas estaban cerradas. Tom se dijo que ojalá pudiera poner un poco de música. Se disponía a apartarse de las ventanas cuando oyó débilmente unos pasos en el camino de tierra y entonces vio una linterna no muy potente que se acercaba a Belle Ombre por la derecha. Tom estaba seguro de que, quienquiera que fuese la persona de la linterna, no entraría en Belle Ombre, y no entró, sino que siguió su camino y se perdió de vista antes de llegar al farol. No pudo distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer.

Quizá Jonathan tendría hambre. Eso no tenía remedio. También Tom la tenía. Pero, sí, claro que podía remediarse. Tom bajo las escaleras, todavía a oscuras,

rozando la barandilla con la punta de los dedos, y entró en la cocina —en la sala de estar y en la cocina la luz permanecía encendida y preparó unos canapés de caviar. El caviar era el sobrante de la noche anterior y el tarro estaba en la nevera, de modo que tardó poco en preparar los canapés. Tom se dirigía hacia la puerta con la bandeja de canapés cuando oyó el ronroneo de un coche que venía por la izquierda. El vehículo pasó por delante de Belle Ombre y se detuvo a mano derecha. Luego se oyó débilmente el golpe de una portezuela al cerrarse a medias. Tom dejó la bandeja sobre la cómoda que había aliado de la puerta y empuñó la pistola.

Se oyeron pasos firmes y no demasiado apresurados en la carretera y luego sobre la grava del jardín.

«Este no es de los que tiran bombas», pensó Tom.

Sonó el timbre. Tom aguardó unos segundos y luego, en francés dijo:

—¿Quién es?

—Abra, por favor. Quisiera preguntarle una dirección —dijo una voz masculina con un acento francés perfecto.

Jonathan, que permanecía agazapado con el rifle desde que se oyeran los primeros pasos, surgió rápidamente de los arbustos al oír que Tom corría el pestillo de la puerta. El hombre estaba dos escalones más arriba, pero Jonathan era tan alto que la diferencia no importaba. Alzó el rifle y con todas sus fuerzas golpeó la cabeza del hombre con la culata justo en el momento en que el desconocido se volvía ligeramente hacia él debido al ruido que hiciera Jonathan al salir de entre los arbustos. El golpe le dio detrás de la oreja izquierda, justo debajo del ala del sombrero. El hombre se tambaleó, chocó contra la hoja izquierda de la puerta y se desplomó.

Tom abrió la puerta, cogió los pies del sujeto y tiró de él hacia el interior de la casa, mientras Jonathan le ayudaba sosteniendo al caído por debajo de los hombros. Luego Jonathan recogió el rifle y entró también. Tom cerró la puerta, cogió el leño y empezó a descargar golpes sobre la cabeza rubia del hombre, cuyo sombrero se encontraba ahora sobre el mármol del vestíbulo, vuelto al revés. Tom alargó la mano para coger el rifle y Jonathan se lo entregó. Entonces Tom golpeó una de las sienes del hombre con la culata de acero.

Jonathan apenas podía dar crédito a sus ojos. La sangre corría por el mármol blanco. El caído era el guardaespaldas fornido y rubio, de pelo rizado, que tan nervioso se había mostrado en el tren.

—¡Un hijo de perra menos! — susurró Tom con satisfacción. Este es aquel guardaespaldas. ¡Mire la pistola!

El arma asomaba por el bolsillo derecho de la chaqueta del sujeto.

—Metámoslo en la sala de estar —dijo Tom, y ambos tiraron y empujaron el cuerpo por el vestíbulo—. ¡Cuidado que la sangre no manche esa alfombra! — Tom

apartó la alfombra de un puntapié—. El próximo tipo llegará dentro de un minuto. Estoy seguro. Por fuerza serán dos, puede que hasta tres.

Tom cogió un pañuelo —lavanda, con las iniciales bordadas— del bolsillo del pecho del caído y limpió la mancha de sangre en el suelo, cerca de la puerta. De un puntapié hizo volar el sombrero, que pasó por encima del cuerpo postrado y fue a caer cerca de la puerta que comunicaba el vestíbulo con la cocina. Después Tom cerró el pestillo de la puerta principal, procurando no hacer ruido.

—Puede que el siguiente no resulte tan fácil —susurró.

Se oyeron pasos sobre la grava y el timbre sonó dos veces, nerviosamente.

Tom se echó a reír en silencio y empuñó la Luger. Por señas indicó a Jonathan que sacara su pistola también. De pronto, a Tom le entraron convulsiones de risa y se dobló sobre sí mismo para reprimirlas; luego se irguió, sonrió a Jonathan y se secó las lágrimas de los ojos.

Jonathan no sonrió.

El timbre volvió a sonar. Fue un timbrazo largo, insistente.

Jonathan vio que la expresión de Tom cambiaba en una fracción de segundo. Tom frunció el ceño, hizo una mueca, como si no supiese qué tenía que hacer.

—No emplee la pistola —susurró Tom— a menos que se vea obligado.

Alargó la mano izquierda hacia la puerta. Jonathan supuso que Tom se disponía a abrir y a disparar contra el hombre, o encañonarlo con la Luger.

Luego volvieron a oírse pasos sobre la grava. El hombre que se encontraba fuera se dirigía hacia la ventana que quedaba a espaldas de Jonathan y que ahora estaba completamente cubierta por las cortinas. Jonathan se echó a un lado.

—¿Angy?... ¡Angy! — susurró el hombre.

—Pregúntele a ése qué es lo que quiere —susurró Tom—. Háblele en inglés... como si fuera usted el mayordomo. Déjele entrar. Yo le tendré encañonado... ¿Se siente capaz de hacerlo?

Jonathan no quiso pararse a pensar si se sentía o no capaz de hacer lo que Tom le indicaba. Se oyó ahora un golpe en la puerta y luego sonó el timbre otra vez.

—¿Quién es, por favor? — preguntó Jonathan, colocándose ante la puerta.

—*Je... je voudrais demander mon chemin, s'il vous plaît.*

El acento no era demasiado bueno.

Tom sonrió con satisfacción.

—¿Con quién deseaba hablar, señor? — preguntó Jonathan.

—*¡Une direction!... ¡S'il vous plaît* —chilló la voz, en la que ya se advertía la desesperación.

Tom y Jonathan intercambiaron una mirada y con un gesto Tom le indicó que abriese la puerta. Tom se encontraba inmediatamente a la izquierda de quien estuviese ante la puerta, pero sin que pudiera vérselo al abrirla.

Jonathan corrió el pestillo, hizo girar el pomo del candado automático y entornó la puerta, completamente convencido de que iba a recibir un balazo en el estómago, pero se mantuvo erguido y rígido, con la mano derecha en el bolsillo empuñando la pistola.

El italiano era algo más bajo que el otro y llevaba un sombrero parecido; también tenía una mano metida en un bolsillo y quedó visiblemente sorprendido al encontrarse ante un hombre alto que vestía ropa corriente.

—Usted, dirá señor.

Jonathan reparó en que la manga izquierda de la chaqueta del Italiano estaba vacía.

El hombre dio un paso al frente y en aquel instante Tom le clavó el cañón de la Luger en el costado.

—¡Venga esa pistola! — dijo Tom en italiano.

Jonathan también encañonaba al hombre con su arma. El italiano hizo como si fuera a disparar la pistola que llevaba en el bolsillo y Tom le empujó la cara con la mano izquierda. El hombre no abrió fuego. El italiano pareció quedar paralizado al encontrarse inesperadamente tan cerca de Tom Ripley.

—¡Ripley! — exclamó el italiano con un tono que era mezcla de terror, sorpresa y puede que de triunfo.

—¡Basta de cuentos! ¡Venga ya esa pistola! — dijo Tom en inglés, apoyando de nuevo la pistola en las costillas del hombre y cerrando la puerta de un puntapié.

El italiano captó la idea, al menos. Dejó caer la pistola al suelo cuando Tom le indicó que era eso lo que quería. Entonces el italiano vio a su compinche en el suelo, a varios metros de distancia, se sobresaltó y abrió desmesuradamente los ojos.

—Eche el pestillo —dijo Tom a Jonathan. Y luego, en italiano, dijo—: ¿Alguien más ahí fuera?

El italiano meneó la cabeza vigorosamente, con lo que quería decir que no quedaba nadie más. Tom vio que llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo debajo de la americana. Uno no podía fiarse de lo que leía en los periódicos.

—Vigílelo mientras lo cacheo —dijo Tom, empezando a registrar al italiano—. ¡Fuera la chaqueta!

Tom le quitó el sombrero al italiano y lo arrojó hacia donde yacía Angy. El hombre dejó que su chaqueta se le deslizara por la espalda y cayese al suelo. La pistolera del sobaco estaba vacía. Tampoco llevaba ningún arma en los bolsillos.

—Angy... —dijo el italiano.

—Angy è morto —dijo Tom—. Y tú también lo estarás si no haces lo que te ordenemos. ¿Quieres morir? ¿Como te llamas?... ¿Cuál es tu nombre?

—Lippo. Filippo.

—Lippo. No bajas las manos y no te muevas. La mano, quiero decir. Colócate ahí

—señaló hacia donde se encontraba el muerto. Lippo levantó el brazo sano, es decir, el derecho—. Encañónelo, Jon, mientras salgo a echar un vistazo al coche.

Con la Luger preparada para disparar, Tom salió de la casa y al llegar a la carretera dobló hacia la derecha, acercándose al automóvil con cautela. Se oía el motor. El coche estaba junto a la cuneta, con las luces de estacionamiento encendidas. Tom se detuvo y permaneció con los ojos cerrados durante unos segundos, luego los abrió y trató de ver si alguien se movía aliado del vehículo o en su interior. Siguió avanzando poco a poco, sin detenerse, esperando un posible disparo desde el coche. Silencio. ¿Era posible que sólo hubiesen mandado dos hombres? Con las prisas, Tom se había olvidado de coger una linterna. Con la pistola apuntando hacia el asiento delantero, por si había alguien agazapado allí, Tom abrió la portezuela de la izquierda. La luz interior del coche se encendió. El automóvil estaba vacío. Tom cerró la portezuela, sólo lo suficiente para que la luz se apagase, se agachó y aguzó el oído. No oyó nada. Regresó corriendo y abrió la verja de Belle Ombre, luego volvió hacia el coche, subió y lo hizo retroceder hasta que sintió grava debajo de los neumáticos. Justo en aquel momento por la carretera pasó un coche procedente del pueblo. Tom apagó el encendido y las luces de estacionamiento. Llamo a la puerta y se anunció a Jonathan.

—Al parecer, no hay nadie más —dijo Tom.

Jonathan seguía donde Tom le había dejado hacía unos instantes, encañonando a Lippo con su pistola. El italiano había bajado el brazo sano, que le colgaba un poco sobre el costado.

Tom sonrió a Jonathan, luego a Lippo.

—Al fin solos, ¿eh, Lippo? Porque si nos mientes, estás finito. ¿Entendido?

Lippo parecía haber recuperado su orgullo de mafioso y se limitó a mirar a Tom con los ojos entornados.

—¡Responde!

—¡Sí! — exclamó Lippo, furioso y asustado.

—¡Cansado, Jonathan? Siéntese —Tom le acercó una silla tapizada de amarillo—. Tú siéntate también, si quieres —le dijo Tom a Lippo—. Siéntate junto a tu compinche —dijo Tom en italiano, empezando a recordar algunas palabras de argot.

Pero Lippo permaneció de pie. Tom calculó que tendría poco más de treinta años, alrededor de uno setenta de estatura; sus hombros eran redondos pero fuertes, empezaba a hechar barriga y era irremisiblemente estúpido, sin ninguna cualidad para llegar a capo.

Tenía el pelo negro y estirado, y el rostro aceitunado, algo verdoso en aquel momento.

—¿Me recuerdas del tren? ¿Un poquitín? — preguntó Tom, sonriendo. Miró al bulto rubio que yacía en el suelo—. Si te portas como es debido, Lippo, no acabarás

igual que Angy. ¿De acuerdo? — Tom apoyó las manos en las caderas y sonrió a Jonathan—. ¿Y si nos tomáramos un gin- tonic para reanimarnos? ¿Se encuentra bien, Jonathan? — Tom vio que el color había vuelto a las mejillas de Jonathan.

—Jonathan asintió con la cabeza al mismo tiempo que sonreía tensamente.

—Sí.

Tom entró en la cocina. Mientras sacaba la bandeja del hielo, sonó el teléfono.

—¡No haga caso del teléfono, Jonathan!

—¡De acuerdo!

Jonathan presintió que se trataba otra vez de Simone. Eran ya las nueve y cuarenta y cinco minutos.

Tom intentaba encontrar la forma de obligar a Lippo a despistar a sus compañeros. El teléfono sonó ocho veces y enmudeció. Inconscientemente, Tom había contado los timbrazos. Entró en la sala de estar con una bandeja que contenía dos vasos, hielo, y una botella abierta de agua tónica. La ginebra estaba en el carrito bar, cerca de la mesa.

Tom le entregó su vaso a Jonathan y dijo:

—¡Salud! — luego, dirigiéndose a Lippo, añadió—: ¿Dónde está tu cuartel general, Lippo? ¿En Milán?

Lippo optó por mantener un silencio insolente. ¡Qué lata! Sería necesario golpearle un poco. Tom miró con asco la mancha de sangre que empezaba a secarse bajo la cabeza de Angy, dejó el vaso sobre la cómoda de madera que había junto a la puerta y volvió a entrar en la cocina. Mojó una bayeta fuerte —torchon la llamaba *madame Annette*— y limpió la mancha que ensuciaba el parqué encerado por el ama de llaves. Con el pie apartó a un lado la cabeza de Angy y metió la bayeta debajo. Le pareció que ya no sangraba. Empujado por una inspiración súbita, Tom registró los bolsillos de Angy más concienzudamente que antes, los pantalones, la americana... Encontró cigarrillos, un encendedor, calderilla. Dejó en su sitio el billetero que había en el bolsillo del pecho. En un bolsillo posterior había un pañuelo arrugado. Tom tiró de él y vio que también salía un «*garrotte*».

—¡Mire! — exclamó Tom, dirigiéndose a Jonathan—. ¡Justo lo que necesitaba! ¡Ah, esos rosarios de la Mafia! — Tom levantó el «*garrotte*» y se rió con placer—.

Será para ti, Lippo; si no eres buen chico —agregó en italiano—. Después de todo, no queremos armar ruido con las pistolas, ¿verdad?

Jonathan permaneció unos segundos con la vista clavada en el suelo mientras Tom se acercaba a Lippo, haciendo girar el «*garrotte*» alrededor de un dedo.

—Pertenece a la distinguida familia Genotti, ¿*non e vero, Lippo?* Lippo titubeó, pero muy fugazmente, como si la idea de negado pasara rápidamente por su cerebro.

—Sí—dijo con voz firme y un deje de *vergogna*.

Tom encontraba divertida la situación. Aquellos tipos se sentían fuertes cuando

estaban juntos, cuando eran muchos. Cuando se encontraban solos, como ahora ocurría a Lippo, la cara se les ponía amarilla o verde. Tom lamentaba lo del brazo de Lippo, pero aún no le estaba torturando y, además, conocía las torturas que la Mafia infligía a sus víctimas si se negaban a pagar o a prestar los servicios exigidos: uñas de los pies y dientes arrancados, quemaduras con cigarrillos.

—¿A cuántos hombres has matado, Lippo?

—*¡Nessuno!*—exclamó Lippo.

—A ninguno —dijo Tom, dirigiéndose a Jonathan—. ¡Ja, ja! — Tom fue a lavarse las manos en el lavabo pequeño que queda enfrente de la puerta principal. Luego terminó su copa, recogió el leño que había cerca de la puerta y se acercó a Lippo con el leño en la mano—. Lippo, esta noche vas a telefonar a tu jefe. Puede que sea tu nuevo capo, ¿eh? ¿Dónde está esta noche? ¿Milán? ¿*Monaco di Bavaria*? — Tom golpeó levemente la cabeza de Lippo con el leño, sólo para demostrarle que iba en serio, pero el golpe fue bastante fuerte debido al nerviosismo de Tom.

—¡Basta! — chilló Lippo, tambaleándose y protegiéndose la cabeza con la mano—. ¿Pegarle a un tipo que sólo tiene un brazo? — dijo con voz chillona, hablando el italiano callejero de Nápoles, aunque Tom, que no era un experto, pensó que también podía ser el de Milán.

—*¡Sissi!* ¡y dos contra uno además! — replicó Tom—. No jugamos limpio, ¿eh? ¿De eso te quejas? — Tom le llamó algo inmencionable y giró sobre sus talones para coger un cigarrillo—. ¿Por qué no le rezas a la Virgen María? — dijo Tom por encima del hombro—. Y otra cosa —agregó en inglés—. ¡Basta ya de gritos o te doy con esto en la cabeza! — se acercó a Lippo enarbolando el leño y dejándolo caer con fuerza, para demostrarle lo que quería decir—. Con esto he matado a Angy.

Lippo parpadeó. Tenía la boca ligeramente abierta y respiraba con dificultad, ruidosamente.

Jonathan había terminado con su copa. Encañonaba a Lippo con la pistola, empuñándola con ambas manos porque el arma le resultaba pesada. No estaba completamente seguro de darle a Lippo si se veía obligado a disparar; además, cada dos por tres Tom se interponía entre él y el italiano. En aquel momento Tom asió con una mano el cinturón de Lippo y se puso a zarandearlo. Jonathan no entendía todo lo que Tom estaba diciendo, ya que hablaba a ratos en italiano, a ratos en francés y también en inglés, aunque más que hablar mascullaba palabras. Finalmente Tom, encolerizado, alzó la voz, dio un empujón al italiano y se volvió. Lippo apenas había dicho nada.

Tom se acercó a la radio, pulsó un par de mandos y se oyeron algunos compases de un concierto para violoncelo. Tom puso el aparato a medio volumen. Luego se aseguró de que las cortinas estuvieran totalmente echadas.

—¿No le parece horrible? — dijo Tom con tono de disculpa, dirigiéndose a

Jonathan—. Es sórdido. No quiere decirme dónde está su jefe, de manera que tendré que sacudirle un poco. Como es natural, le tiene tanto miedo a su jefe como a mí.

Tom dirigió una breve sonrisa a Jonathan, se acercó a la radio y cambió de emisora. Encontró una que transmitía música «pop». Luego con gesto decidido, volvió a coger el leño.

Lippo esquivó el primer golpe, pero Tom le descargó un revés en la sien. Lippo soltó un gemido.

—¡No! ¡Lasciame!—gritó el italiano.

—¡El número de tu jefe! — chilló Tom.

¡Crac! Un golpe en el abdomen de Lippo, que dio en la mano con que trataba de protegerse. Cayeron al suelo unas partículas de cristal. Lippo llevaba el reloj en la muñeca derecha y el golpe debía de haberlo roto en pedazos. Con gesto de dolor, Lippo se apretó el estómago con la mano al mismo tiempo que miraba los cristales que acababan de caer al suelo. Abrió espasmódicamente la boca para tomar aire.

Tom se quedó esperando, con el leño preparado.

—¡Milano! — exclamó Lippo.

—De acuerdo. Pues ahora vas a...

A Jonathan se le escapó el resto.

Tom señaló el teléfono. Luego se acercó a la mesa próxima a las ventanas, donde estaba el teléfono, y cogió papel y lápiz. Preguntó al italiano por el número de Milán.

Lippo se lo dijo y Tom lo anotó.

Después Tom soltó un discurso más largo, tras el cual se volvió hacia Jonathan y dijo:

—Le he dicho a este tipo que le estrangularemos si no llama a su jefe y le dice lo que yo le indicaré.

Tom ajustó el «garrotte» para utilizarlo, y en el momento en que se volvía hacia Lippo se oyó un coche en la carretera, el ruido de un coche que se detenía ante la verja.

Jonathan se levantó, pensando que eran refuerzos italianos o Simone en el coche de Gérard, Jonathan no estaba seguro de cuál de las dos cosas era peor, ya que ambas venían a significar la muerte en aquel momento.

Tom no quiso apartar las cortinas para asomarse. El motor del automóvil siguió ronroneando. En el rostro de Lippo no se advertía ningún cambio, ninguna muestra de alivio.

Luego el coche siguió su camino, hacia la derecha. Tom atisbó por entre las cortinas. El coche se alejaba, decididamente, y todo estaba bien, a no ser que de él se hubiesen apeado algunos hombres que ahora "estuviesen escondidos entre los arbustos, dispuestos a disparar a través de las ventanas. Escuchó durante varios segundos, y pensó que tal vez en el coche iban los Grai, que eran ellos quienes había

telefoneado hacía unos minutos, y que, al ver el coche desconocido que estaba aparcado sobre la grava, dentro del jardín, habían decidido seguir su camino, creyendo que los Ripley tenían visita.

—Bueno, Lippo —dijo Tom con calma—. Ahora vas a telefonar a tu jefe y yo te escucharé por este chisme — Tom cogió el auricular redondo que iba unido a la parte posterior del teléfono y que los franceses utilizaban para oír mejor—. Y si algo no me suena perfecto —prosiguió Tom, hablando ahora en francés, al ver que el italiano lo entendía—, no vacilaré en tirar de esto con fuerza, ¿ves? — Tom le hizo una demostración apretando el lazo alrededor de su puño, luego se acercó a Lippo y le pasó el «*garrotte*» por encima de la cabeza.

Lippo retrocedió bruscamente, sorprendido, luego Tom tiró de él hacia adelante, como si llevara un perro atado con una correa, y le obligó a acercarse al teléfono. Después le hizo sentarse en una silla, para poder tirar del cordón con más fuerza.

—Ahora diré que te pongan con tu jefe. Me temo que la llamada la tendrá que pagar él. Y tú le dirás que estás en Francia y que tú y Angy creéis que os están siguiendo. Le dirás que habéis visto a Tom Ripley y que Angy dice que no es el hombre que andabais buscando. ¿De acuerdo? ¿Entendido? A la menor palabra extraña, a la menor contraseña o algo por el estilo... —Tom tiró del cordón, pero no fuertemente como para que se hundiera en el cuello de Lippo.

—¡*Sissi!* — dijo Lippo, aterrorizado, mirando a Tom y seguidamente al teléfono.

Tom marcó el número de la centralita y pidió conferencia con Milán, Italia. Cuando la telefonista le preguntó su número, como hacían siempre las telefonistas francesas, Tom se lo dio.

¿De parte de quién? — preguntó la telefonista.

—Lippo. Simplemente Lippo —repuso Tom. Luego le dio el número. La telefonista le dijo que le llamaría. Tom miró a Lippo y le dijo—: ¡Si resulta que es el número de una verdulería o de alguna amiguita tuya, te estrangularé igualmente! ¿Capish?

Lippo se estremeció; parecía buscar desesperadamente alguna forma de escapar, pero sin dar con ella.

El teléfono sonó.

Por señas, Tom indicó a Lippo que descolgase el aparato mientras él cogía el auricular redondo y se lo acercaba al oído. La telefonista estaba diciendo que en Milán aceptaban la llamada.

—¿*Pronto?* — dijo una voz de hombre en el otro extremo.

Con la mano derecha, Lippo sostenía el auricular junto a su oreja izquierda.

—*Pronto.* Lippo al aparato. ¡Luigi!

—Si —dijo la otra voz.

—Escucha, yo... —Lippo tenía la camisa pegada a la espalda a causa del sudor

—. Hemos visto...

Tom apretó un poco el lazo para obligarle a seguir.

—Estás en Francia, ¿no? ¿Con Angy? — dijo la otra voz con cierta impaciencia  
—. *Allora...* ¿qué ocurre?

—Nada. He... hemos visto a ese tipo. Angy dice que no es el hombre que buscamos... No...

—Y nos parece... puede que nos estén siguiendo.,

—¿Que os están siguiendo? ¿Quién? — preguntó secamente el de Milán.

—No sé. Dime qué... ¿Qué debemos hacer? — preguntó Lippo en argot, utilizando una palabra que Tom no entendió. Lippo parecía verdaderamente asustado ahora.

A Tom le dolían las costillas de tanto reírse. Miró a Jonathan, que seguía encañonando a Lippo con su pistola. Tom no alcanzaba a entender todo lo que decía Lippo, pero no le pareció que éste les estuviese gastando alguna jugarreta.

—¿Que volvamos? — preguntó Lippo.

—¡Si! — exclamó Luigi—. ¡Abandonad el coche! ¡Coged un taxi hasta el aeropuerto más próximo! ¿Dónde estáis en este momento?

—Dile que tienes que colgar —susurró Tom, haciendo un gesto.

—Tengo que colgar. *Rivederchi*, Luigi —dijo Lippo, colgando el aparato y mirando a Tom con ojos de perro apaleado.

Tom pensó que Lippo estaba acabado y que él mismo lo sabía. Por una vez se sintió orgulloso de su reputación. No tenía la menor intención de respetar la vida de Lippo. La familia de Lippo no había respetado la vida de nadie en circunstancias parecidas.

—Levántate, Lippo —dijo Tom, sonriendo—. Veamos qué más tienes en los bolsillos.

Al empezar Tom a registrarle, el italiano echó el brazo sano hacia atrás, como si quisiera golpearle, pero Tom no se molestó en esquivar. Pensó que era sólo cosa de los nervios. Encontró monedas en uno de los bolsillos, un papelito arrugado que, al examinarlo, resultó ser un billete de tranvía italiano; después, en un bolsillo posterior, encontró un «*garrotte*» confeccionado con un cordón a rayas rojas y blancas que le hizo pensar en la muestra de una barbería. Era fino como una cuerda de tripa, y de hecho, Tom pensó que lo era.

—¡Mire qué tenemos aquí! ¡Otro más! le dijo Tom a Jonathan levantando el «*garrotte*» como si fuera un guijarro bonito que acabase en encontrar en la playa.

Jonathan apenas miró el cordón que colgaba de la mano de Tom.

El primer «*garrotte*» seguía alrededor del cuello de Lippo. Jonathan no miró al muerto que yacía a menos de dos metros de él, con un zapato vuelto hacia dentro de una manera poco natural, pero, a pesar de no mirarle, por el rabillo del ojo seguía

viendo a la figura caída.

—¡Cielo santo! — exclamó Tom, consultando su reloj.

No sabía que fuese tan tarde, que ya hubiesen dado las diez de la noche. Tenía que hacerlo ahora; él y Jonathan tendrían que coger el coche y conducir durante varias horas y luego volver antes de que saliera el sol, a ser posible. Tenían que librarse de los cadáveres a cierta distancia de Villeperce. Hacia el sur, desde luego, en dirección a Italia. Quizás hacia el sudeste. En realidad no importaba, pero Tom prefería que fuese hacia el sudeste. Tom aspiró hondo, preparándose para actuar, pero la presencia de Jonathan le cohibía. Sin embargo, no sería la primera vez que Jonathan veía cómo se libraba de un cadáver y no había tiempo que perder. Tom recogió el leño del suelo.

Lippo esquivó el golpe y se arrojó al suelo, o tal vez tropezó y cayó sin querer, pero Tom le asestó un golpe en la cabeza, luego otro, con el leño. Pero Tom no había puesto toda su fuerza en el golpe, ya que no deseaba más manchas de sangre en el suelo de *madame Annette*.

—Sólo está inconsciente —le dijo Tom a Jonathan—. Hay que acabar con él y si no quiere verlo... váyase a la cocina.

Jonathan se levantó. Decididamente no quería verlo.

—¿Sabe conducir? — preguntó Tom—. Me refiero a conducir mi coche, el Renault. ¿Sabrá llevarlo? — Sí —contestó Jonathan. Tenía carnet de conducir desde sus primeros tiempos en Francia con Roy, su compañero de Inglaterra, pero en aquel momento no lo llevaba encima.

—Tendremos que conducir esta noche. Métase en la cocina.

Con un gesto, Tom indicó a Jonathan que se fuera de allí. Luego se inclinó para realizar su tarea de apretar el «garrote», una tarea nada agradable —esta frase manida le cruzó por la mente—, pero ¿y la gente que no tenía la suerte de haber perdido el conocimiento antes de ser estrangulada? Tom apretó el cordón con fuerza, vio cómo se hundía en la carne y se dio ánimos pensando en Vito Marcangelo muriendo del mismo modo en el Mozart-Express: Tom había hecho bien aquel trabajo y el de ahora era el segundo.

Oyó un coche que avanzaba tentativamente por la carretera; después el vehículo se acercó a la casa y frenó.

Tom siguió apretando con la misma fuerza. ¿Cuántos segundos habrían transcurrido? ¿Cuarenta y cinco? No más de un minuto, por desgracia.

—¿Qué ha sido eso? — susurró Jonathan, saliendo de la cocina.

El motor del automóvil seguía en marcha.

Tom meneó la cabeza.

Los dos oyeron unos pasos ligeros que se acercaban rápidamente por la grava, luego un golpe en la puerta. De pronto Jonathan se sintió débil, como si las piernas

fueran a fallarle.

—Me parece que es Simone —dijo Jonathan.

Tom confiaba desesperadamente en que Lippo estuviese muerto. Miró la cara del italiano y vio que sólo presentaba un color rosa oscuro. ¡Maldito!

Volvieron a llamar a la puerta.

—¿*Monsieur*? Ripley?... ¡Jon!

—Pregúntele quién está con ella —dijo Tom—. Si la acompaña alguien, no podemos abrir la puerta. Dígale que estamos ocupados.

¿Con quién estás, Simone? — preguntó Jonathan a través de la puerta cerrada.

—¡Con nadie!... Le he dicho al taxista que esperase. ¿Qué ocurre, Jon?

Jonathan vio que Tom había oído las palabras de Simone. — Dígale que se libre del taxi —dijo Tom.

—Paga el taxi y despídalo, Simone —dijo Jonathan.

—¡Ya está pagado!

—Entonces dile que se marche.

Simone se alejó hacia la carretera para obedecer. Oyeron que el taxi se alejaba. Simone volvió, subió los escalones y esta vez no llamó, sólo se quedó esperando.

Tom se irguió dejando el «*garrotte*» alrededor del cuello de Lippo. Se preguntó si Jonathan sería capaz de salir y explicarle a Simone que no podía entrar en la casa, que dentro había otras personas y que ya le pedirían otro taxi. Tom pensaba en las impresiones que se habría llevado el taxista. Habían hecho lo mejor despidiéndolo en vez de permitirle que viera cómo no abrían la puerta a Simone, la puerta de una casa cuya luz estaba encendida y en la que al menos había una persona.

—¡Jon!—dijo Simone—. ¿Quieres abrir la puerta? Me gustaría hablar contigo.

—¿Puede entretenerla ahí fuera mientras pido otro taxi? — preguntó Tom en voz baja—. Dígale que estamos hablando de negocios con otras dos personas.

Jonathan asintió con la cabeza, titubeó unos instantes y luego corrió el pestillo. Abrió un poco la puerta, con la intención de salir pero Simone la empujó bruscamente y entró en el vestíbulo.

—¡Jon! Siento... —jadeando, miro a su alrededor como si buscara a Tom Ripley, el amo de la casa, luego le vio y al mismo tiempo vio a los dos hombres que yacían en el suelo y profirió un grito. El bolso se le escapó de las manos y cayó sobre el mármol con un ruido breve y apagado—. ¡*Mon dieu!*... ¿Qué está pasando aquí?

Jonathan le cogió una mano con fuerza.

—No los mires. Estos...

Simone se quedó rígida. Tom se le acercó.

—Buenas noches, *madame*. No se asuste. Estos hombres se han colado en la casa. Han perdido el conocimiento. ¡Hemos tenido un problemita!... Jonathan, acompañe a Simone a la cocina.

Simone permaneció donde estaba. Se tambaleó un poco y tuvo que apoyarse en Jonathan durante un momento; luego alzó la cabeza y miró a Tom con ojos histéricos.

—¡Parecen muertos! ¡Asesinos! ¡*C'est épouvantable!* ¡Jonathan! ¡No puedo creer que seas tú!

Tom se dirigió al carrito-bar.

—¿Crees que Simone podrá tomar un poco de coñac, Jonathan?

—Sí... Vamos a la cocina, Simone.

Se colocó de modo que, al dirigirse a la cocina, quedase entre Simone y los cadáveres, pero ella no se movió.

Tom, al ver que la botella de coñac era más difícil de abrir que la de whisky, echó un poco de éste en uno de los vasos que había en el carrito y, sin añadirle agua ni hielo, se lo llevó a Simone.

—*Madame*, me hago cargo de que esto es horrible. Estos hombres son de la Mafia... italianos. Vinieron aquí para atacarnos... o al menos, para atacarme a mí — Tom se sintió aliviado al ver que Simone bebía unos sorbitos de whisky, sin apenas hacer muecas, como si se tratara de una medicina que fuera a sentarle bien—. Jonathan me ha ayudado y le estoy muy agradecido. Sin él... —Tom se calló.

Simone volvía a mostrar señales de cólera.

—¿Sin él? ¿Qué hace él aquí?

Tom irguió más el cuerpo y entró en la cocina, pensando que era la única forma de hacerla salir de la sala de estar. Simone y Jonathan le siguieron.

—Eso no se lo puedo explicar esta noche, *madame* Trevanny. Ahora, no. Ahora tenemos que irnos... con estos hombres. ¿Quiere que...? Tom pensó si tenían tiempo, había tiempo de llevarla a Fontainebleau en el Renault y volver luego para sacar los cadáveres de la casa con la ayuda de Jonathan. — No. Tom no tenía ni la menor intención de perder tanto tiempo, cuarenta minutos o más—. *Madame*, ¿quiere que le pida un taxi para volver a Fontainebleau?

—No quiero dejar a mi marido. Quiero saber qué hace mi marido aquí... ¡con un cerdo como usted!

La furia de Simone iba dirigida enteramente contra él. Tom deseó que saliera toda a la superficie, en aquel momento y para siempre, como una gran erupción. No sabía como enfrentarse con una mujer furiosa, aunque la verdad era que no había tenido que vérselas con muchas. Para Tom era como un caos circular, un anillo de pequeños incendios, y si conseguía apagar uno, la mente de la mujer saltaba hacia el siguiente. Miró a Jonathan y dijo:

—Si Simone quisiera tomar un taxi para volver a Fontainebleau...

—Ya sé, ya sé. Simone, de veras, es mejor que vuelvas a casa.

—¿Vendrás tú conmigo? — preguntó ella.

—No... no puedo —dijo Jonathan, desesperado.

—Entonces es que no quieres. Estás de su parte.

—Si me dejas que te lo explique más tarde, cariño...

Jonathan siguió hablándole en la misma vena mientras Tom pensaba que tal vez Jonathan no estaba dispuesto a secundarle o que había cambiado de parecer. Viendo que Jonathan no llegaría a ninguna parte con Simone, Tom le interrumpió:

—Jonathan —Tom le hizo una señal—. Nos perdonará un momento, *madame* — Tom se dirigió a la sala con Jonathan y le habló en susurros—: Tenemos por delante seis horas de trabajo... o las tengo yo. He de llevarme a estos dos y desembarazarme de ellos... y preferiría estar de vuelta para el amanecer —antes incluso. ¿De veras está dispuesto a ayudar?

Jonathan se sentía perdido, tan perdido como se hubiera sentido en medio de una batalla. Pero, en lo referente a Simone, la situación ya parecía totalmente perdida. Nunca podría explicárselo. Regresar a Fontainebleau con ella no le serviría de nada. Había perdido a Simone, ¿y qué más podía perder? Estos pensamientos cruzaron por la mente de Jonathan como una sola imagen.

—Sí, estoy dispuesto.

—Muy bien. Gracias— Tom le dirigió una sonrisa tensa—. Seguro que Simone no querrá quedarse aquí. Desde luego, podría quedarse en el cuarto de mi mujer. Puede que encuentre algún sedante. ¡Pero por el amor de Dios! ¡No puede venir con nosotros!

—No —dijo Jonathan. Simone era responsabilidad suya. Pero se sentía impotente, incapaz de persuadirla o de darle órdenes—. Nunca, nunca he podido decirle...

—Hay cierto peligro —le interrumpió Tom y luego enmudeció. No había tiempo que perder hablando y volvió a entrar en la sala. Miró a Lippo y le pareció que ahora su rostro estaba amoratado. De todos modos, el cuerpo del italiano tenía ese aspecto de abandono que presentan los muertos, no un aspecto de persona que esté soñando o durmiendo, sino que, sencillamente, daba la impresión de ser algo vacío, como si el conocimiento hubiese partido para no volver jamás. Simone salió de la cocina cuando Tom se dirigía hacia allí. Vio que el vaso estaba vacío y fue a buscar la botella del carrito-bar. Tom echó más whisky en el vaso que Simone sostenía en la mano, aunque ella le hizo señas indicando que no quería más—. No tiene que bebérselo, *madame* — dijo. Como hemos de irnos, tengo que decirle que correrá algún peligro si se queda aquí. Sencillamente no sé si vendrá algún otro sujeto como estos dos.

—Entonces iré con ustedes. Iré con mi marido.

—Eso es imposible, *madame* —dijo Tom con firmeza.

—¿Qué van a hacer?

—No estoy seguro, pero tenemos que libramos de esta... ¡de esta carroña! — Tom hizo un gesto señalando a los dos caídos—. ¡*Charogne!* —agregó.

—Simone, tienes que coger un taxi y volver a Fontainebleau —dijo Jonathan.

—*¡Non!*

Jonathan le asió la muñeca y con la otra mano le cogió el vaso, para evitar que lo derramara.

—Tienes que hacer lo que te digo. Es por tu vida, por mi vida. ¡No podemos quedarnos a discutir!

Tom subió corriendo las escaleras. Después de buscar durante casi un minuto, encontró la botellita donde Heloise guardaba las píldoras de fenobarbital. Las tomaba tan de vez en cuando, que la botellita estaba en el fondo del botiquín, medio oculta por las demás cosas que en él había. Bajo con dos píldoras entre los dedos y sigilosamente las echó en el vaso de Simone —tras cogerlo de la mano de Jonathan— y lo llenó de soda hasta el borde.

Simone se bebió el contenido del vaso y se sentó en el sofá amarillo. Parecía más calmada, aunque todavía era demasiado pronto para que las píldoras hiciesen efecto. Tom vio que Jonathan hablaba por teléfono y supuso que estaría pidiendo un taxi. Sobre la mesita del teléfono estaba abierta la delgada guía correspondiente a Seine-et-Marne. Tom, se sentía un poco aturdido, igual que Simone. Pero Simone también parecía atontada por todo lo que acababa de ver.

—Sólo Belle Ombre, Villeperce —dijo Tom cuando Jonathan le miró.

Mientras Jonathan y Simone esperaban el taxi en la puerta principal, sumidos los dos en un silencio terrible, Tom salió al jardín por una puerta ventana y cogió una lata de gasolina que guardaba en el cobertizo, junto con los aperos de jardinería. Lamentó que la lata no estuviese completamente llena, aunque parecía estarlo por lo menos en sus tres cuartas partes. Tom llevaba la linterna consigo. Al doblar una de las esquinas de la fachada principal, oyó que un coche se aproximaba lentamente a la casa y pensó que ojalá fuese el taxi. En lugar de meter la lata de gasolina en el Renault, Tom la escondió entre los laureles. Después llamó a la puerta principal y Jonathan le franqueó el paso.

—Me parece que el taxi ya está aquí —dijo Tom.

Tom dio las buenas noches a Simone y dejó que Jonathan la acompañara hasta el taxi que esperaba al otro lado de la verja de entrada. El taxi se alejó y Jonathan volvió a la casa. Tom estaba cerrando de nuevo la puerta ventana.

—¡Santo Dios! — exclamó Tom, sin saber qué otra cosa decir y sintiéndose inmensamente aliviado al encontrarse de nuevo a solas con Jonathan—. Espero que Simone no esté demasiado furiosa. Aunque no se lo puedo reprochar.

Jonathan se encogió de hombros. Parecía aturdido y trató de decir algo, pero no pudo articular ni una palabra.

Tom se percató de su estado y, como el capitán de un barco dando órdenes a una tripulación atemorizada, dijo:

—Se le pasará, Jonathan —y al mismo tiempo pensó que Simone no llamaría a la policía, ya que, de hacerla, su marido se vería implicado. Tom advirtió que estaba recuperando su fortaleza, su capacidad para actuar. Al pasar junto a Jonathan, le dio una palmadita en el brazo—. Vuelvo en seguida.

Tom sacó la lata de gasolina de entre los arbustos y la colocó en la parte posterior del Renault. Luego abrió el Citroën de los italianos y la luz interior del mismo se encendió. Echó una ojeada al indicador y comprobó que el depósito estaba algo más que medio lleno. Habría suficiente: quería conducir durante más de dos horas. Sabía que en el depósito del Renault no había mucha gasolina, sólo algo más de la mitad, y los cadáveres irían en él. Ni él ni Jonathan habían cenado. Eso no era prudente. Volvió a entrar en la casa y dijo:

—Deberíamos comer algo antes de irnos.

Jonathan le siguió a la cocina, alegrándose de poder alejarse unos instantes de los cuerpos que yacían en la sala de estar. Se lavó las manos y la cara en el fregadero de la cocina. Tom le sonrió. Comer ésa era la respuesta... por el momento. Sacó el bistec del refrigerador y lo metió en el horno. Luego cogió un plato grande, un par de cuchillos para carne y dos tenedores. Finalmente se sentaron a la mesa, comiendo del

mismo plato, metiendo los trozos de bistec; en un platito de sal y en otro de salsa HP. El bistec era excelente. Tom incluso había encontrado una botella medio llena de clarete en el mostrador de la cocina. Peor había cenado muchas veces.

—Eso le sentará bien —dijo Tom, dejando el cuchillo y el tenedor sobre el plato.

El reloj de la sala de estar dio una campanada y Tom supo que eran las once y media.

—¿Café? — dijo Tom—. Hay Nescafé.

—No, gracias —ni Tom ni Jonathan había dicho una sola palabra mientras engullían el bistec. Ahora Jonathan dijo—: ¿Cómo vamos a hacerla?

—Los quemaremos en alguna parte. Dentro de su coche —contestó Tom—. No es imprescindible quemarlos, pero resulta un procedimiento bastante típico de la Mafia.

Jonathan miró a Tom mientras éste enjuagaba un termo en el fregadero, sin importarle el hecho de estar de pie ante una ventana. abierta. Tom utilizaba el grifo de agua caliente. Después echó un poco de Nescafé en el termo y lo llenó de agua hirviendo.

—¿Azúcar? — preguntó Tom—. Me parece que nos hará falta.

Luego Jonathan ayudó a Tom a sacar al rubio, que empezaba a ponerse rígido. Mientras lo llevaban hacia fuera, Tom dijo algo, bromeando. Después Tom dijo que había cambiado de parecer: los dos cadáveres irían en el Citroën.

—... aunque el Renault —dijo Tom con voz entrecortada— es más grande.

En la parte delantera de la casa reinaba ahora la oscuridad, ya que ni siquiera llegaba el resplandor del farol. Echaron el segundo cadáver sobre el primero, en el asiento posterior del Citroën descapotable, y Tom sonrió porque la cara de Lippo parecía enterrada en el cuello de Angy, pero se abstuvo de hacer comentarios. En el suelo del automóvil encontró un par de periódicos y los utilizó para cubrir los dos cuerpos lo mejor que pudo. Tom se aseguró de que Jonathan supiera conducir el Renault, le mostró las luces de cambio, los faros y las de estacionamiento.

—De acuerdo, póngalo en marcha. Mientras, cerraré la casa.

Tom entró en la casa, dejó una luz encendida en la sala de estar, volvió a salir y cerró la puerta principal con dos vueltas de llave.

Tom le había explicado a Jonathan que su primer objetivo era Sens, luego Troyes. Desde Troyes se dirigirían más hacia el Este. Tom tenía un mapa en el coche. Se encontrarían primero en Sens, en la estación del ferrocarril. Tom colocó el termo en el coche de Jonathan.

—¿Se encuentra bien? — preguntó Tom—. No dude en pararse y beber un poco de café si le apetece —Tom se despidió de Jonathan haciendo un gesto alegre con la mano—. Salga usted primero. Quiero cerrar la verja. Ya le adelantaré luego.

De manera que Jonathan salió el primero, Tom cerró la verja con el candado, y no tardó en adelantar a Jonathan en la carretera que conducía a Sens, localidad a sólo

treinta minutos de distancia. Jonathan parecía arreglárselas bastante bien con el Renault. Tom habló brevemente con él en Sens. Acordaron que también en Troyes se encontrarían ante la estación. Tom no conocía la ciudad y en la carretera resultaba peligroso que un coche tratara de seguir a otro, pero el camino de «La Gare» estaba bien señalizado en todas las poblaciones.

Era alrededor de la una cuando Tom llegó a Troyes. Hacía más de media hora que no veía a Jonathan detrás de él. Entró en la cantina de la estación para tomar café, un segundo café, y se quedó mirando por la puerta de cristal, esperando el Renault que se detendría en la zona reservada para aparcar enfrente de la estación. Finalmente, Tom pagó la consumición y salió. Al dirigirse hacia su coche, vio venir al Renault y agitó un brazo. Jonathan le vio.

—¿Todo va bien? — preguntó Tom. Le pareció que Jonathan estaba tranquilo—. Si quiere tomar café aquí, o utilizar el retrete, será mejor que vaya solo.

Jonathan no quiso hacer ninguna de las dos cosas. Tom le persuadió para que bebiese un poco de café del termo. Comprobó que nadie les estaba observando. Acababa de llegar un tren y diez o quince personas se dirigían a sus coches aparcados o a los coches de los que habían venido a recibirles.

—A partir de aquí cogeremos la Nacional 19 —dijo Tom—. Nos dirigiremos a Bar... Bar-sur—Aube... y volveremos a encontrarlos en la estación. ¿De acuerdo?

Tom puso el motor en marcha. La carretera nacional estaba más despejada, con muy poco tráfico salvo dos o tres camiones elefantinos, cuyas partes posteriores eran rectangulares y llevaban luces blancas o rojas a su alrededor, formas que se movían y que Tom pensó que tal vez serían ciegas, al menos ciegas ante los dos cadáveres que iban en la parte posterior del Citroën, cubiertos con periódicos, una carga insignificante comparada con las de los camiones. Tom no conducía velozmente ahora, a no más de noventa kilómetros por hora. En la estación de ferrocarril de Bar él y Jonathan se asomaron a la ventanilla para hablar.

—La gasolina empieza a bajar —dijo Tom—. Quiero llegar más allá de Chaumont, así que me detendré en la próxima estación de servicio, ¿de acuerdo? Y usted haga lo mismo.

—Bien —dijo Jonathan.

—Siga en la Nacional 19. Nos veremos en la estación de Chaumont.

Al salir de Bar, Tom se detuvo en una estación de la Total. Estaba pagando al encargado cuando Jonathan entró detrás de él. Tom encendió un pitillo y no miró a Jonathan. Tom estaba dando cortos paseos, estirando las piernas. Después apartó un poco el coche y entró en el lavabo. Faltaban sólo cuarenta y dos kilómetros para Chaumont.

Y allí llegó Tom a las dos y cincuenta y cinco minutos. Enfrente de la estación de ferrocarril ni siquiera había un taxi, sólo unos cuantos coches aparcados, sin nadie en

ellos. Aquella noche no pasarían más trenes. El café bar de la estación estaba cerrado. Cuando llegó Jonathan, Tom se acercó caminando al Renault y dijo:

—Sígueme. Vaya buscar un lugar tranquilo.

Jonathan estaba cansado, pero su fatiga había cambiado de marcha y se sentía capaz de seguir conduciendo durante horas y más horas. El Renault era rápido y funcionaba perfectamente, sin apenas esfuerzo alguno por su parte. Jonathan desconocía por completo la región en que se hallaba ahora. Eso no importaba. Además, ahora resultaba fácil, bastaba con no perder de vista las luces rojas del Citroën. Tom conducía más despacio ahora y en un par de ocasiones se detuvo ante un camino lateral, tentativamente, y luego prosiguió su marcha. La noche era negra y no se veían las estrellas, quizá debido a la luz del salpicadero. Un par de coches pasaron en dirección contraria y un camión adelantó a Jonathan. Luego Jonathan vio que el indicador derecho de Tom se encendía y apagaba varias veces, y el Citroën desapareció por la derecha. Jonathan le siguió y apenas pudo ver la garganta negra de la carretera o camino cuando llegó a ella. Era un camino de tierra que inmediatamente se internaba en el bosque. El camino era angosto y no permitía el paso de dos automóviles, uno de esos caminos que es frecuente encontrar en la campiña francesa y que utilizan los agricultores o los hombres que recogen leña. Los arbustos rozaron delicadamente el parachoques delantero y había baches también.

El coche de Tom se detuvo. Habrían recorrido un par de centenares de metros desde la carretera principal, describiendo una amplia curva. Tom tenía las luces apagadas, pero la del interior del coche se encendió al abrir la portezuela. Tom la dejó abierta y se encaminó hacia Jonathan, agitando alegremente ambos brazos. En aquel instante Jonathan estaba apagando el motor y las luces del Renault. La imagen de Tom con sus pantalones holgados y su chaqueta de ante verde permaneció unos instantes en los ojos de Jonathan, como si Ripley estuviera compuesto de luz. Jonathan parpadeó.

Luego Tom llegó a su lado.

—Terminaremos en un par de minutos. Recule el coche unos ocho metros. ¿Sabe cómo dar marcha atrás?

Jonathan puso el motor en marcha. El coche tenía luces posteriores. Al detenerse, Tom abrió la segunda portezuela del Renault y sacó la lata de gasolina. Con la otra mano sostenía la linterna.

Tom roció con gasolina los periódicos que cubrían los dos cuerpos, luego roció los trajes. Tom echó gasolina sobre la capota, después sobre el tapizado del asiento delantero, que por desgracia era de plástico en vez de tela. Tom levantó la mirada hacia el punto donde las ramas de los árboles formaban una especie de bóveda sobre el camino: hojas jóvenes que todavía no habían alcanzado la plenitud del verano. Unas cuantas se chamuscarían, pero sería por una buena causa. Tom sacudió la lata

para que las últimas gotas cayesen sobre el piso del Citroën, donde había algunos desperdicios, los restos de un bocadillo, un viejo mapa de carreteras.

Jonathan se le acercaba caminando lentamente.

—Ya terminamos —dijo Tom en voz baja.

Encendió una cerilla y por la portezuela anterior del coche la arrojó al asiento de atrás. Los periódicos se inflamaron en el acto.

Tom dio un paso hacia atrás y se agarró a la mano de Jonathan al resbalar en una depresión en la vena del camino.

—¡Al coche! —susurró Tom, echando a correr hacia el Renault. Se colocó en el asiento del conductor, sonriendo. El Citroën ardía bien. La capota empezaba a arder por el medio, con una llamita amarilla que parecía un cirio.

Jonathan subió por el otro lado.

Tom puso el motor en marcha. Respiraba de forma algo entrecortada, pero no tardó en echarse a reír.

—No ha estado mal, ¿verdad? ¡Me parece estupendo!

Las luces del Renault brotaron hacia adelante y durante unos momentos disminuyeron el holocausto que crecía ante ellos. Tom hizo recular el coche, bastante aprisa, torciendo el cuerpo para poder ver por la ventanilla trasera.

Jonathan tenía los ojos clavados en el coche que ardía y que desapareció por completo al coger la curva del camino. Luego Tom enderezó el cuerpo. Volvían a estar en la carretera principal.

—¿Consigue ver algo desde aquí? —preguntó Tom, disparando el coche hacia delante.

A través de los árboles Jonathan pudo ver un resplandor, como una luciérnaga. Después la luz se esfumó. ¿O se la había imaginado?

—Nada en absoluto ahora. No.

Durante unos segundos, Jonathan sintió miedo al no ver la luz, como si hubiesen fracasado en la empresa o el fuego se hubiera apagado. Pero sabía que no era así. Era sencillamente que el bosque se había tragado el fuego, ocultándolo por completo. Y, sin embargo, alguien lo encontraría. ¿Cuándo? ¿Quedarían muchos restos?

Tom soltó una carcajada.

—Está ardiendo. ¡Arderán! ¡Estamos salvados!

Jonathan vio que Tom echaba una ojeada al tacómetro, que iba subiendo hacia los ciento treinta. Luego Tom redujo la velocidad hasta los cien.

Tom iba silbando una tonada napolitana. Se sentía bien, sin un asomo de cansancio, ni siquiera necesitaba un cigarrillo. La vida brindaba pocos placeres comparables al de cargarse a unos mafiosos. Y a pesar de ello...

—Ya pesar de ello... —dijo alegremente Tom.

—¿Sí?

—Eliminar a dos, sirve de poco. Es como aplastar un par de cucarachas cuando toda la casa está llena de ellas. Creo, sin embargo, en esforzarse y, sobre todo, es agradable hacer que de vez en cuando la Mafia se entere de que la gente puede diezmar sus filas. Lo malo es que en este caso creerán que han sido los de otra familia los que han liquidado a Lippo y Angy. Al menos espero que así lo crean.

Jonathan empezaba a tener sueño. Luchó contra él, obligándose a permanecer erguido, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Se estremeció al pensar que pasarían horas antes de volver a casa... a casa de Tom o a la suya. Tom parecía estar fresco como una rosa, cantando en italiano la tonada que silbara momentos antes.

*«...papa ne meno  
Como faremo fare l'amor...»*

Tom se puso a charlar despreocupadamente, contándole que su esposa iba a pasar unos cuantos días con unos amigos en un chalet de Suiza. Luego Jonathan se despertó un poco al oír que Tom decía:

—Recline la cabeza en el asiento, Jonathan. No hace falta que permanezca despierto. Espero que se encuentre bien. ¿No es así?

Jonathan no sabía cómo se encontraba. Se sentía algo débil, pero eso le ocurría a menudo. Le daba miedo pensar en lo que acababa de pasar, en lo que estaba pasando, carne y huesos ardiendo, convirtiéndose en rescoldos que durarían horas y horas. De repente sintió que le invadía la tristeza, como un eclipse. Se dijo que ojalá pudiera borrar las últimas horas, extirparlas de su memoria. Sin embargo, él, Jonathan, había estado allí, actuando, ayudando. Echó la cabeza atrás y se quedó medio dormido. Tom seguía hablando alegremente, despreocupadamente, como si sostuviese una conversación con alguien que de vez en cuando le contestara. De hecho Jonathan nunca le había visto tan de buen humor. Se preguntó qué le diría a Simone. El simple hecho de pensar en ese problema le dejaba agotado.

—Misas cantadas en inglés, ¿sabe? — decía Tom—. Hacen que me sienta violento. Uno atribuye a la gente de habla inglesa el mérito de creer en lo que dice, de modo que una misa en inglés... te da la impresión o bien de que el coro ha perdido el juicio o que lo forma un hatajo de embusteros. ¿No está de acuerdo? Sir John Stainer...

Jonathan despertó cuando el automóvil se detuvo. Tom se había acercado a la cuneta y sonreía mientras bebía café utilizando el tapón del termo a modo de taza. Le ofreció un poco a Jonathan, que bebió unos sorbos. Después prosiguieron el viaje.

El amanecer caía sobre un pueblecito que Jonathan nunca había visto anteriormente. La luz acababa de despertarle.

—¡Sólo faltan veinte minutos para llegar a casa! — dijo alegremente Tom.

Jonathan musitó algo y volvió a entornar los ojos. Tom se puso a hablar del

clavicémbalo, de su clavicémbalo.

—Lo importante de Bach es que te civiliza instantáneamente. Basta una frase para...

Jonathan abrió los ojos pensando que acababa de oír las notas de un clavicémbalo. Sí. No era un sueño. No había estado dormido en realidad. La música venía del piso de abajo. Vacilaba, volvía a empezar. Una zarabanda, quizás. Jonathan alzó el brazo fatigosamente y consultó su reloj de pulsera: las ocho y treinta y ocho minutos. ¿Qué haría Simone en aquel momento? ¿Qué estaría pensando?

El agotamiento tiraba de la voluntad de Jonathan. Se hundió aún más en la almohada, retirándose. Se había dado una ducha caliente y puesto un pijama ante la insistencia de Tom. Éste le había dado un cepillo de dientes nuevo y le había dicho que durmiera un par de horas, porque era tempranísimo. Eso habría sido alrededor de las siete. Ahora tenía que levantarse. Debía hacer algo con respecto a Simone, tenía que hablar con ella. Pero Jonathan siguió echado en la cama, desfallecido, escuchando las notas sueltas del clavicémbalo.

Ahora Tom tocaba los bajos de una pieza y, a juzgar por el sonido, parecía hacerla correctamente; las notas más graves que podían tocarse con un clavicémbalo. Como Tom había dicho, civilización instantánea. Haciendo un esfuerzo, Jonathan dejó las sábanas color azul pálido y la manta de lana de un azul algo más oscuro. Dio un traspié y con otro esfuerzo consiguió mantenerse erguido mientras caminaba hacia la puerta. Bajó las escaleras descalzo.

Tom leía las notas en una partitura que tenía ante sí. Ahora le tocaba el turno a las notas triples. La luz del sol penetraba por un resquicio de las cortinas de la puerta ventana y daba en el hombro izquierdo de Tom, realzando el dibujo dorado de su bata negra.

—¿Tom?

Tom se volvió en seguida y se levantó.

—¿Sí?

Jonathan se encontró peor al ver la cara de alarma que puso Tom. Cuando volvió en sí, estaba echado en el sofá amarillo y Tom le pasaba un paño humedecido por la cara, un paño de cocina.

—¿Té? ¿O coñac?... ¿Tiene encima alguna píldora de las que suele tomar?

Jonathan se sentía fatal, de un modo que le resultaba conocido y que sólo podía aliviarse con una transfusión. No había pasado tanto tiempo desde la última. Lo malo era que ahora se encontraba peor de lo normal. ¿Sería solamente por no haber dormido en toda la noche?

—¿Qué? — dijo Tom.

—Me temo que será mejor que me vaya al hospital.

—Ahora mismo le llevaré —dijo Tom. Salió de la sala y al cabo de un momento volvió con una copa en la mano—. Aquí tiene un poco de coñac con agua, si le

apetece. No se mueva. Tardaré sólo un minuto.

Jonathan cerró los ojos. Tenía el paño húmedo sobre la frente, cubriéndole también parte de una mejilla, sentía frío y estaba demasiado cansado para moverse. Le pareció que había transcurrido sólo un minuto cuando Tom volvió a la sala, vestido y trayéndole su ropa.

—De hecho, si se pone los zapatos y mi abrigo, no hará falta que se vista —dijo Tom.

Jonathan siguió su consejo. Volvieron a subir al Renault y se dirigieron a Fontainebleau. La ropa de Jonathan estaba pulcramente doblada en el asiento, entre los dos. Tom le preguntó si sabía exactamente a qué departamento del hospital debían dirigirse, si podían practicarle la transfusión nada más llegar.

—Tengo que hablar con Simone —dijo Jonathan.

—Ya lo haremos... o lo hará usted. Ahora no se preocupe por eso.

—¿Podría ir a buscarla? —preguntó Jonathan.

—Sí —dijo Tom con firmeza. No se había sentido preocupado por Jonathan hasta aquel instante. Simone se pondría furiosa al verlo, pero acudiría a ver a su marido, ya fuese con Tom o por sus propios medios—.

—¿Sigue sin tener teléfono en casa?

—Sí.

Tom habló con una de las recepcionistas del hospital. La mujer saludo a Jonathan como si le conociese. Tom sostenía a Jonathan por el brazo. Una vez hubo dejado a Jonathan al cuidado del médico pertinente, Tom dijo:

—Haré que venga Simone, Jonathan. No se preocupe —y, dirigiéndose a la recepcionista, que llevaba uniforme de enfermera agregó—: ¿Cree que una transfusión, le irá bien?

La recepcionista asintió con la cabeza amablemente, y Tom decidió no insistir, aunque ignoraba si la mujer sabía o no lo que decía. Pensó que podía habérselo preguntado al doctor. Tom subió al coche y se dirigió a la Rue Saint Merry. Consiguió aparcar a pocos metros de la casa, se apeó y echó a andar hacia los escalones de piedra con la barandilla negra. No había dormido nada, necesitaba un afeitado, pero al menos era portador de mensaje que podía ser de interés para *madame* Trevanny. Apretó el timbre.

No obtuvo respuesta. Volvió a llamar y con los ojos recorrió la acera por si veía a Simone. Era domingo y en Fontainebleau no había mercado, pero Tom pensó que tal vez Simone habría salido a comprar algo a las nueve y cincuenta minutos o que podía estar en la iglesia con Georges.

Tom bajó los escalones despacio y al llegar a la acera vio que Simone se dirigía hacia él con Georges a su lado. Simone llevaba la cesta de la compra al brazo.

—*Bonjour, madame* —saludó cortésmente Tom a pesar de la visible hostilidad de

Simone—. Venía sólo a traerle noticias de su marido. *Bonjour Georges*. — No quiero nada de usted —dijo Simone—, salvo que me diga dónde está mi marido.

Georges miraba a Tom fijamente, con expresión alerta y neutral.

Sus ojos y cejas eran como las de su padre.

—Creo que está bien, *madame*, pero está en... —Tom detestaba tener que decírselo en la calle. De momento está en el hospital. Creo que tienen que hacerle una transfusión.

Simone permanecía tan exasperada como furiosa, como si Tom tuviera la culpa de ello.

—¿Me permite hablarle un momento dentro de la casa, *madame*?

Resulta mucho más fácil.

Tras titubear unos instantes, Simone accedió, movida por la curiosidad. Al menos así se lo pareció a Tom. Simone abrió la puerta con una llave que se sacó del bolsillo de la chaqueta. Tom se fijó en que la prenda no era nueva.

—¿Qué le ha ocurrido a Jonathan? — preguntó Simone cuando entraron en el pequeño vestíbulo.

Tom aspiró hondo y contestó con voz serena:

—Tuvimos que conducir durante casi toda la noche. Me parece que sólo está cansado. Pero... claro, me dije que usted querría saberlo. Acabo de dejarle en el hospital. Puede andar sin ayuda. De veras creo que no corre peligro.

—¡Papá! ¡Quiero ver a papá! — exclamó Georges de forma algo petulante, como si la noche anterior también hubiese preguntado por su papá.

Simone dejó la cesta en el suelo.

—¿Qué le ha hecho a mi marido? No es el hombre que yo conocía... desde que le conocía a usted, *m'sieur*. Si vuelve usted a verle, le le...

Tom pensó que sólo la presencia del pequeño le impedía decir que le mataría.

—¿Por qué le tiene en su poder? — preguntó Simone con voz amargada, haciendo un esfuerzo por recobrar el dominio de sí misma.

—No le tengo en mi poder ni nunca le he tenido —dijo Tom—. Y creo que ahora el trabajo ya está hecho. No se lo puedo explicar en este momento.

—¿Qué trabajo? — preguntó Simone. Y, antes de que Tom pudiera abrir la boca, añadió—: *¡M'sieur*, es usted un delincuente y corrompe a los demás! ¿A qué clase de chantaje lo tiene sometido? ¿Y por qué?

El chantaje —la palabra francesa *chantage*— tenía tan poco que ver con el asunto que Tom tartamudeó un poco al contestar.

—*Madame*, nadie está recibiendo dinero de Jonathan. Ni ninguna otra cosa. Muy al contrario. Y no ha hecho nada que le ponga bajo el dominio de otras personas — Tom hablaba con convicción auténtica y sin duda era necesario que lo hiciera, ya que Simone parecía la imagen misma de la esposa virtuosa y honrada: los ojos le

centelleaban y le miraba ceñudamente, poderosa como la Victoria Alada de Samotracia—. Nos hemos pasado la noche limpiando cosas —a Tom no le gustaba hablar de esa manera, pero su francés, normalmente más elocuente, le abandonó de pronto. Sus palabras no conseguirían convencer a la encarnación de la virtud que tenía delante.

—¿Limpiando qué? — Simone se agachó para coger la cesta—. M'sieur, le agradeceré que salga de esta casa. Le agradezco que me haya informado del paradero de mi esposo.

Tom asintió con la cabeza.

—Me agradecería llevarles a usted y a Georges al hospital, si lo desean. Tengo el coche aquí mismo.

—Merci, non —Simone permanecía de pie en medio del vestíbulo, mirando hacia atrás y esperando que se marchase—. Vamos, Georges.

Tom abrió la puerta y salió. Subió al coche y pensó en volver al hospital para preguntar por el estado de Jonathan, ya que transcurrirían por lo menos diez minutos antes de que Simone pudiera llegar allí en taxi o a pie. Pero decidió telefonar desde su casa. Puso el coche en marcha y regresó a Belle Ombre. Al llegar, decidió no telefonar. Seguramente Simone ya habría llegado al hospital. ¿No le había dicho Jonathan que la transfusión duraba varias horas? Tom confió en que no fuese una crisis, que no fuese el principio del fin.

Sintonizó France Musique para tener compañía, abrió más las cortinas para que entrase la luz del sol, y puso orden en la cocina.

Se sirvió un vaso de leche, subió al piso de arriba, se puso otra vez el pijama y se acostó. Se afeitaba al levantarse.

Tom albergaba la esperanza de que Jonathan pudiese explicarle las cosas a Simone. Pero seguía siendo el mismo problema de siempre: ¿cómo se vio la Mafia envuelta en el asunto? ¿Qué relación podía haber entre la Mafia y los dos médicos alemanes?

Este problema sin solución hizo que a Tom le entrara sueño. ¿Y Reeves? ¿Qué le estaría ocurriendo a Reeves en Ascona? El atolondrado de Reeves. Tom seguía sintiendo cierto afecto por Reeves. De vez en cuando Reeves metía la pata, pero tenía el corazón, su loco corazón, donde debía estar.

Simone se encontraba sentada junto a la cama plana, más ruedas que cama, sobre la que yacía Jonathan recibiendo sangre a través de un tubo insertado en su brazo. Jonathan, como de costumbre evitaba mirar el frasco que contenía la sangre. La expresión de Simone era severa. Había hablado con la enfermera sin que Jonathan pudiera oír lo que decían. Jonathan pensaba ahora que su estado no era grave (suponiendo que Simone hubiese oído decir algo), puesto que, de serlo, su mujer se

hubiese mostrado más preocupada por él, más amable. Jonathan estaba recostado sobre un almohadón y le habían cubierto las piernas con una manta blanca para que no tuviera frío.

—Y llevas puesto el pijama de ese hombre —dijo Simone.

Cariño, algo tenía que ponerme para dormir. Debían de ser las seis de la mañana cuando llegamos... —Jonathan se interrumpió, sintiéndose desesperanzado, cansado. Simone le había hablado de la visita de Tom y de su reacción airada al verle. Jonathan nunca la había visto tan enfadada. Simone detestaba a Tom como si fuera Landrú o Svengali—. ¿Dónde está Georges? —preguntó Jonathan.

—Llamé a Gérard por teléfono. El e Yvonne llegarán a casa a las diez y media. Georges les abrirá.

Jonathan pensó que esperarían a Simone y luego todos irían a comer a Nemours, como tantos otros domingos.

Quieren que me quede aquí por lo menos hasta las tres —dijo Jonathan—. Ya sabes... por los análisis —Jonathan sabía que ella lo sabía, probablemente le sacarían otra muestra de médula ósea, lo cual tardaba sólo diez o quince minutos, pero siempre había otros análisis que hacer: de orina... palparle el bazo, etcétera. Jonathan todavía no se encontraba bien y no sabía qué esperar. La dureza de Simone no hacía más que aumentar su turbación.

—No puedo entenderlo, no puedo —dijo ella—. Jon, ¿por qué ves a este monstruo?

En realidad, Tom no era tan monstruo. Pero ¿cómo explicárselo? Jonathan lo intentó de nuevo.

—¿Te das cuenta de que anoche... de que aquellos hombres eran asesinos? Llevaban pistolas, llevaban «garrottes». Tu comprendes, «garrottes»... Se presentaron en casa de Tom.

—¿Y por qué estabas tú allí?

Se había acabado la excusa de los cuadros que Tom quería que le enmarcase. Uno no ayudaba a Tom a matar a nadie, no le ayudaba a desembarazarse de los cadáveres, sólo porque uno fuera a ponerle marco a unos cuantos cuadros. ¿Y qué favor le habría hecho Tom Ripley para que ahora él quisiera cooperar de aquella manera? Jonathan cerró los ojos, tratando de hacer acopio de fuerzas, tratando de pensar.

—*Madame*... —era la voz de la enfermera.

Jonathan oyó que la enfermera le decía a Simone que no debía fatigar a su esposo.

—Te prometo que te lo explicaré todo, Simone.

Simone se había puesto en pie.

—Me parece que no puedes explicarlo. Me parece que te da miedo hacerlo. Este hombre te tiene atrapado... ¿Por qué? Por dinero. Te paga. Pero ¿por qué?... ¿Quieres que piense que tú también eres un criminal? ¿Igual que el monstruo?

La enfermera había vuelto a salir y no podía oírles: Jonathan miró a Simone con los ojos semicerrados, desesperado, sin habla, derrotado, por el momento. ¿Conseguiría alguna vez demostrarle que las cosas no eran tan en blanco y negro como ella creía? Jonathan sintió frío y temor, una premonición del fracaso, como la muerte.

Y Simone se disponía a irse como si la última palabra ya estuviera dicha... como si la hubiese dicho ella y fuese su actitud la triunfante. Al llegar a la puerta le envió un beso, pero lo hizo mecánicamente, como una de esas personas que en la iglesia hacen una genuflexión apenas perceptible, sin pensar. Luego salió de la habitación. El día se abría ante Jonathan como una pesadilla inacabable. Tal vez los del hospital querrían que se quedase hasta el día siguiente. Jonathan cerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro.

Los análisis ya estaban casi terminados a la una de la tarde.

—Ha pasado por una gran tensión, ¿verdad, *m'sieur*? — le preguntó un médico joven—. ¿Ha hecho algún ejercicio fuera de lo normal? — inesperadamente, el médico se rió—. ¿Se ha mudado de casa? ¿O ha trabajado excesivamente en el jardín? Jonathan sonrió cortésmente. Se encontraba un poco mejor. De repente, Jonathan se echó a reír también, pero no por lo que el médico acababa de decirle. ¿Y si el colapso de aquella mañana había sido el principio del fin? Jonathan se sintió satisfecho de sí mismo por haber superado el trance sin perder la serenidad. Quizás algún día, cuando llegase la hora de la verdad, lograría hacer lo mismo. Le dejaron caminar por el pasillo hasta la sala donde iban a hacerle la última prueba: palparle el bazo.

—¿Monseiur Trevanny? Le llaman por teléfono —le dijo una enfermera—. Ya que está usted tan cerca... —le indicó un escritorio encima del cual había un teléfono descolgado.

Jonathan estaba seguro de que era Tom.

—¿Diga?

—Hola, Jonathan. Aquí Tom. ¿Cómo va todo?... No debe de estar tan mal cuando está de pie... Espléndido.

Tom parecía sinceramente complacido.

—Simone ha estado aquí. Gracias —dijo Jonathan—. Pero... —aunque hablaban en inglés, Jonathan no se sintió capaz de pronunciar las palabras.

—Ha pasado un mal rato. Me hago cargo. — Tónicos. Desde el extremo del hilo Tom advertía ansiedad en la voz de Jonathan—. Hice cuanto pude esta mañana, pero ¿quiere que... que trate de hablar con ella de nuevo?

Jonathan se humedeció los labios.

—No lo sé. Desde luego, no es que ella... —estaba a punto de decir «amenace con hacer algo», por ejemplo llevarse a Georges—. No sé si podrá hacer algo. Es

tan...

Tom le entendió.

—¿Y si lo intento? lo haré. ¡Valor, Jonathan! ¿Volverá a casa hoy? — No estoy seguro, creo que sí. Por cierto, Simone ha ido a comer con su familia en Nemours.

A Tom le resultaba embarazoso, ya que Simone no tenía teléfono. Por otro lado, de haberlo tenido, probablemente le habría contestado con un «no» rotundo al preguntarle si podía pasar a verla. Tom compró flores, dalias amarillas, en un puesto callejero cerca del *château* de Fontainebleau, ya que en su propio jardín no había aún nada presentable. A las cinco y veinte llamó a la puerta de los Trevanny.

Se oyeron unos pasos y luego la voz de Simone:

—*Qui est-ce?*

—Tom Ripley.

Silencio. Luego Simone abrió la puerta; su cara parecía de piedra.

—Buenas tardes... *bonjour, encore* —dijo Tom—. ¿Podría hablar unos minutos con usted, *madame*? ¿Ha vuelto Jonathan?

—Llegará a las siete. Le están haciendo otra transfusión —replicó Simone.

—¿De veras? — atrevidamente, Tom entró en el vestíbulo, ignorando si Simone se enfurecía o no—. Le he traído esto para la casa, *madame* —le entregó las flores con una sonrisa—. ¿Y Georges? *Bonjour, Georges!*—Tom extendió una mano y el pequeño se la estrechó al tiempo que sonreía. Tom había pensado en traerle unos dulces, pero luego había decidido que sería exagerar las cosas.

—¿Qué es lo que quiere? — preguntó Simone, que había recibido las flores con un frío «*merci*».

—Le debo una explicación. Por lo de anoche. Por esto he venido, *madame*.

—¿Quiere decir que lo de anoche tiene explicación?

Tom le devolvió la sonrisa cínica con otra que era fresca y sincera.

—En la medida en que alguien pueda explicar la Mafia. ¡Desde luego! ¡Sí! Ahora que lo pienso, hubiese podido sobornarlos... supongo. ¿Qué otra cosa quieren si no dinero? Sin embargo, en este caso no estoy tan seguro, toda vez que tenían algo especial contra mí.

Simone empezaba a sentir interés, aunque ello no disminuía la antipatía que

Tom le inspiraba. Al entrar él, Simone había retrocedido unos pasos.

—No podríamos pasar a la sala de estar?

Simone le guió hasta ella. Georges les siguió, mirando fijamente a Tom. Con un gesto, Simone indicó a Tom que se sentara en el sofá. Tom tomó asiento en el Chesterfield, dio una suave palmada al cuero negro e iba a hacerle un cumplido a Simone sobre el sofá, pero se contuvo.

—Sí, algo especial contra mí —prosiguió Tom—. Verá usted... da la

causalidad... la pura casualidad de que iba en el mismo tren que su marido al volver él de Munich recientemente. Sin duda lo recordará usted.

—Sí.

—¡Muniche! — exclamó Georges al mismo tiempo que se le iluminaba la cara como si fueran a contarle un cuento.

Tom le devolvió la sonrisa.

—Muniche... *Alors*, en ese tren... por motivos particulares... No dudo en decirle, *madame*, que a veces me tomo la justicia por mi mano, exactamente igual que hace la Mafia. La diferencia reside en que yo no haga chantaje a los inocentes, ni cobro dinero a cambio de proteger a personas que no necesitarían ninguna protección de no ser por mis amenazas —resultaba todo tan abstracto, que Tom tenía la seguridad de que Georges, pese a estar mirándole intensamente, no entendía nada.

—¿Adónde quiere ir a parar? — preguntó Simone.

—Al hecho de que maté a uno de aquellos bestias en el tren y estuve a punto de matar al otro... lo eché fuera de un empujón. Y Jonathan estaba allí y me vio. Verá... —Tom se sintió intimidado sólo fugazmente al ver la expresión de horror que apareció en el rostro de Simone, al ver la mirada de temor que dirigió a Georges, que seguía ávidamente la narración y que tal vez pensaba que «bestias» se refería realmente a unos animales, o quizá que Tom iba inventado la historia a medida que la contaba—. Verá, tuve tiempo de explicarle la situación a Jonathan. Íbamos en la plataforma... del tren en marcha. Jonathan vigiló por si venía alguien. Eso es todo lo que hizo. Pero le estoy agradecido. Me ayudó. Y espero que comprenda usted, *madame* Trevanny, que fue por una buena causa. Vea cómo la policía francesa está combatiendo a la Mafia en Marsella, a los traficantes de drogas. ¡Vea cómo todo el mundo está luchando contra la Mafia! O intentándolo. Pero uno ha de esperar reacciones peligrosas de ella, como usted sabrá. Y eso es lo que ocurrió anoche. Le... —¿se atrevería a decir que había recabado la ayuda de Jonathan? Sí—. La culpa fue mía y de nadie más... Jonathan estaba en mi casa porque yo le pedí que volviera a ayudarme.

Simone parecía perpleja y muy suspicaz.

—A cambio de dinero, claro.

Tom ya esperaba algo parecido, por lo que conservó la serenidad.

—No, no, *madame* iba a decir que se trataba de una cuestión de honor, pero no tenía sentido, ni siquiera para él. Pensó en decir que había sido por amistad, pero a Simone eso no le habría gustado—. Fue amabilidad por parte de Jonathan. Amabilidad y valor. No debería reprochárselo.

Simone meneó la cabeza lentamente, con incredulidad.

—Mi marido no es un agente de la policía, *m'sieur*. ¿Por qué no me dice la verdad?

—¡Pero si se la estoy diciendo! — dijo Tom sencillamente, abriendo las manos.

Simone estaba sentada en la butaca, tensa, apretando los dedos.

—Recientemente, muy recientemente —dijo—, mi marido ha recibido una buena cantidad de dinero. ¿Pretende decirme que es dinero no tiene nada que ver con usted? Tom se reclinó en el sofá y cruzó los pies. Llevaba las botas más viejas que tenía, unas botas casi gastadas del todo.

—Ah, sí. Me dijo algo sobre eso —dijo Tom con una sonrisa—. Los médicos de Alemania han hecho una apuesta y le han confiado a Jonathan el dinero. ¿No es así? Creía que se lo habría dicho.

Simone no dijo nada; siguió esperando que Tom prosiguiera.

—Además, Jonathan me dijo que le habían dado una gratificación... una especie de premio. Al fin y al cabo, le están utilizando para llevar a cabo experimentos.

—También me dijo que no había... ningún peligro real en las drogas. Siendo así, ¿por qué iban a pagarle? — Simone sacudió la cabeza y se rió brevemente—. No, *m'sieur*.

Tom guardó silencio. En su cara se pintaba la decepción, justo lo que él quería. —Cosas más raras ocurren, *madame*. Únicamente le estoy diciendo lo que Jonathan me contó a mí. No tengo motivos para pensar que no sea verdad.

Eso puso fin a la cuestión. Simone se agitó inquietamente y se levantó. Su rostro era encantador, con cejas y pestañas finas y hermosas, boca inteligente, capaz de ser dulce y severa. En aquel preciso momento era severa. Sonrió cortésmente.

—¿Y qué sabe usted acerca de la muerte de *monsieur* Gauthier? ¿Sabe algo? Tengo entendido que a menudo compraba usted cosas en su establecimiento. Tom también se había puesto en pie. Al menos, la muerte de Gauthier era algo que podía afrontar con la conciencia limpia.

—Sé que fue atropellado, *madame*, por un automovilista que se dio a la fuga.

—¿Eso es todo lo que sabe?

La voz de Simone resultaba ahora algo más aguda y un poco trémula.

—Sé que fue un accidente —Tom deseaba no tener que hablar en francés. Tenía la impresión de estar hablando de forma contundente—. Ese accidente no tiene sentido. Si cree que yo... que yo tuve algo que ver con el asunto, *madame*, quizá tendrá la bondad de decirme por qué motivo. De veras, *madame*... —Tom miró a Georges, que se había puesto a jugar en el suelo. La muerte de Gauthier parecía algo sacado de una tragedia griega. Pero no, en las tragedias riegas había un motivo para todo.

Simone torció un poco la boca, amargamente.

—Espero que no vuelva a necesitar a Jonathan.

—No recurriré a él, aunque le necesite —dijo amablemente Tom—. ¿Cómo es...?

—Creo yo —le interrumpió Simone— que a quien hay que llamar es a la policía.

¿No está de acuerdo? ¿O es que ya está usted en la policía secreta? ¿Tal vez en la de los Estados Unidos?

Tom comprendió que el sarcasmo de Simone tenía raíces muy profundas. Nunca conseguiría sus propósitos con ella. Tom sonrió un poco, aunque se sentía ligeramente herido. Peores palabras había soportado en la vida, pero en este caso lo lamentaba por lo mucho que había deseado convencer a Simone.

—No, no soy de la policía. Me meto en líos de vez en cuando, como usted sabrá, creo.

—Sí. Lo sé.

—¿Líos? ¿Qué son líos? — dijo Georges, mirando a Tom y a su madre. Ahora estaba de pie, muy cerca de ellos.

Tom, tras pensar un poco, había utilizado la palabra pétrins. — Calla, Georges — dijo su madre.

—Pero en este caso, debe reconocer que atacar a la Mafia no es una cosa mala.

Tom sintió deseos de preguntarle de qué lado estaba ella, pero habría empeorado las cosas.

—*Monsieur Ripley*, es usted un personaje extremadamente siniestro. Eso es todo lo que sé. Le agradecería muchísimo que nos dejase en paz, tanto a mí como a mi marido.

Las flores de Tom yacían sobre la mesa del vestíbulo, sin agua.

—¿Cómo está Jonathan ahora? — preguntó Tom, ya en el vestíbulo—. Espero que se encuentre mejor.

Tom ni siquiera se atrevió a decir que esperaba que Jonathan volviera a casa aquella misma noche, no fuera a pensar Simone que se proponía utilizarlo de nuevo.

—Me parece que ésta bien... mejor. Adiós, *monsieur Ripley*.

—Adiós y gracias —dijo Tom—. *Au revoir*, Georges.

Tom le dio unas palmaditas en la cabeza, y el pequeño sonrió. Seguidamente Tom salió de la casa y se dirigió hacia su coche. ¡Gauthier! Una cara conocida, una cara del vecindario que no volvería a ver. Le molestaba que Simone creyera que había tenido algo que ver con la muerte de Gauthier, que él la había maquinado, aunque Jonathan ya le había informado de ello unos días antes. ¡Qué mancha, Dios mío! Bueno, sí, llevaba una mancha encima. Peor, ¡había matado a varias personas! Era cierto. Dickie Greenleaf. Esa era la mancha, el verdadero crimen. Ímpetus de la juventud. ¡Tonterías! Había sido la codicia, los celos, el resentimiento que Dickie le inspiraba. Y, desde luego, la muerte de Dickie, mejor dicho, su asesinato, se había obligado a matar a Freddie Miles, aquel americano odioso. ¡Cuánto tiempo hacía ya de todo ello! Pero lo había hecho, sí. La ley lo sospechaba a medias, pero no podía probarlo. La historia se había extendido entre el público, la opinión pública, como una mancha de tinta en un papel secante. Tom se sentía avergonzado. Una

equivocación juvenil, horrible. Una equivocación fatal, cabría decir sólo que había tenido una suerte asombrosa después. Había sobrevivido, desde el punto de vista físico. Y sin duda los asesinatos posteriores, el de Murchison, por ejemplo, los había cometido para proteger a otras personas tanto como a sí mismo.

Simone estaba horrorizada. ¿Qué mujer no lo habría estado después de ver dos cadáveres en el suelo al entrar en Belle Ombre la noche anterior? ¿Pero acaso él, Tom, no lo había hecho para proteger a su marido además de a sí mismo? Si la Mafia le hubiese atrapado y torturado, ¿acaso no les habría dado el nombre y la dirección de Jonathan Trevanny?

Esto hizo que Tom pensara en Reeves Minot. ¿Qué tal le iría? Se dijo que debía telefonarle. De pronto se dio cuenta de que estaba ya junto al coche, con la mirada clavada en el tirador de la portezuela. Esta ni siquiera estaba cerrada y las llaves, como ocurría con frecuencia, colgaban del salpicadero.

El análisis de la muestra de médula ósea, extraída por un médico a media tarde del domingo, no dio buenos resultados y los doctores quisieron que Jonathan se quedase en el hospital por la noche y recibiera un tratamiento llamado Vincainestina, que consistía en un cambio completó de sangre y que Jonathan ya había recibido anteriormente.

Simone fue a verle poco después de las siete. Jonathan sabía que su mujer le había telefoneado antes. Pero quienquiera que hubiese hablado con ella, no le había dicho que tendría que hacer noche en el hospital, por lo que Simone se llevó una sorpresa al enterarse.

—Así... mañana —dijo Simone y pareció que no encontraba nada más que decir, Jonathan estaba acostado con la cabeza sobre varias almohadas. En lugar del pijama de Tom llevaba ahora una prenda holgada y tenía sendos tubos en ambos brazos. Jonathan sentía que había una terrible distancia le separaba de Simone. ¿o acaso se lo imaginaba?

—Mañana por la mañana, supongo. No te molestes en venir, querida. Cogeré Un taxi... ¿Qué tal has pasado la tarde? ¿Cómo está tu familia?

Simone hizo caso omiso de la pregunta.

—Tu amigo *monsieur* Ripley me hizo una visita esta tarde.

—¿Ah, sí?

—Es un... un embustero tan redomado, que una no sabe si creer siquiera una mínima parte de lo que dice. Mejor dicho, no te crees una sola palabra.

Simone volvió la cabeza, pero no había nadie detrás suyo. La cama de Jonathan era una de las muchas que había en la sala; no todas estaban ocupadas, pero sí lo estaban las de ambos lados y uno de los enfermos tenía visita. No podían hablar tranquilamente.

—Georges se llevará un chasco cuando sepa que no vendrás a casa esta noche —dijo Simone.

Luego se marchó.

Jonathan regresó a casa alrededor de las diez de la mañana siguiente, lunes. Encontró a Simone en casa, planchando algunas prendas de Georges. — ¿Te encuentras bien? ¿Te han dado desayuno? ¿Quieres un poco de café? ¿O prefieres té?

Jonathan se encontraba mucho mejor... uno siempre se encontraba mucho mejor después de la Vincainestina, hasta que la enfermedad se ponía a trabajar y volvía a estropearle la sangre. Jonathan sólo quería bañarse. Se bañó y después se cambió de ropa: unos pantalones de pana viejos, de color beige, dos suéteres porque la mañana era fresca o quizás él sentía el frío más que de costumbre. Simone llevaba un vestido de lana, de mangas cortas. El diario de la mañana, *Le Figaro*, estaba doblado sobre la

mesa de la cocina, con la primera página hacia fuera, como siempre, pero se notaba que Simone ya lo había hojeado.

Jonathan cogió el periódico y, en vista de que Simone no apartaba los ojos de la tabla de planchar, entró en la sala de estar. En un rincón inferior de la segunda página había una noticia a dos columnas.

«DOS CADÁVERES INCINERADOS EN UN AUTOMÓVIL»

La noticia venía fechada el 14 de mayo, en Chaumont. Un agricultor llamado René Gault, de cincuenta y cinco años, había encontrado los restos humeantes del Citroën a primera hora de la mañana del domingo y había avisado inmediatamente a la policía. Los papeles hallados en las carteras de los dos cadáveres los identificaban como Angelo Lippiari, treinta y tres años, contratista, y Filippo Turoli, treinta y un años, viajante de comercio, ambos de Milán. Lippiari había muerto a consecuencia de fracturas de cráneo; Turoli, de causas desconocidas, aunque se suponía que ya estaba inconsciente o muerto al ser incendiado el automóvil. No había pistas, de momento, y la policía seguía investigando.

Jonathan supuso que el fuego habría destruido completamente el «*garrotte*» y era evidente que el cadáver de Lippo había sido consumido por el fuego hasta tal punto que no quedaban rastros de estrangulamiento.

Simone entró en la sala con unas prendas de vestir en las manos.

—¿Y bien? Ya lo he leído. Los dos italianos.

—Sí.

—Y tú ayudaste a *monsieur* Ripley a hacerlo. Esto es lo que llamasteis «limpieza».

Jonathan no dijo nada. Suspiró y tomó asiento en el Chesterfield, que crujió lujosamente, pero se sentó algo erguido, no fuera a creer Simone que trataba de zafarse aparentando debilidad.

—Algo había que hacer con ellos.

—Y tú sencillamente tenías que ayudarle —dijo ella—, Jon... ahora que Georges no está aquí... Creo que deberíamos hablar del asunto —dejó las prendas sobre la librería que había junto a la puerta y se sentó en el borde de la butaca—. No me dices la verdad y tampoco me la ha dicho *monsieur* Ripley. Me pregunto qué más te verás obligado a hacer por él —al pronunciar las últimas palabras alzó la voz histéricamente.

—Nada —Jonathan estaba seguro de ello. Y si Tom le pedía que hiciese algo más, podría negarse, sencillamente. En aquel momento le parecía muy sencillo a Jonathan. Tenía que aferrarse a Simone a toda costa. Simone valía más que Tom Ripley, más que cualquier cosa que Tom pudiera ofrecerle.

—No alcanzo a entenderlo. Tú sabías lo que estabas haciendo... anoche. Le ayudaste a matar a aquellos hombres, ¿no es verdad? —dijo Simone con voz

trémula.

—Se trataba de proteger... lo que había ocurrido antes.

—Ah, sí, *monsieur* Ripley me lo explicó. Casualmente tú ibas en el mismo tren que él, al venir de Munich, ¿no es así? ¿Y tú le ayudaste a... matar a dos personas?

—Mafiosos —dijo Jonathan. ¿Qué diablos le habría dicho Tom?

—Tú... un pasajero normal y corriente, ¿ayudaste a un asesino? ¿Esperas que me crea eso, Jon?

Jonathan guardaba silencio, tratando de pensar, sintiéndose desgraciado. La respuesta era que no. *Al parecer, no te das cuenta de que eran de la Mafia*, sintió ganas de decir. *Estaban atacando a Tom Ripley*. Otra mentira, al menos en lo referente al tren. Jonathan apretó los labios y se recostó en el sofá generoso.

—No espero que me creas. Sólo tengo dos cosas que decirte: éste es final del asunto y los hombres a los que dimos muerte eran delincuentes y asesinos. Eso tendrás que admitirlo.

—¿Acaso eres agente de la policía secreta en tus ratos libres? ¿Por qué estás cobrando por esto, Jon? Tú... ¡un asesino! — Simone se levantó con los puños apretados fuertemente—. Eres como un extraño para mí. Nunca te he conocido antes de ahora.

—Oh, Simone —dijo Jonathan, levantándose.

—No puedo sentir simpatía por ti ni puedo quererte. Jonathan parpadeó. Simone lo había dicho en inglés.

—Sé que omities algo —prosiguió ella en francés—. Y ni siquiera deseo saber de qué se trata. ¿Comprendes? Es alguna relación horrible con *monsieur* Ripley, ese personaje odioso... y me pregunto qué será —añadió con el sarcasmo amargo de antes—. Salta a la vista que se trata de algo demasiado asqueroso para decírmelo. No me extrañaría sin duda habrás encubierto algún otro crimen suyo y por esto te paga, por esto te tiene en su poder. Muy bien, no quiero...

—¡No estoy en su poder! ¡Ya lo verás!

—¡Ya he visto bastante!

Simone salió de la sala, llevándose consigo la ropa planchada, y subió al piso de arriba.

Al llegar la hora del almuerzo, Simone dijo que no tenía hambre. Jonathan se preparó un huevo pasado por agua. Después se fue a la tienda pero dejó el cartelito de «FERME» en la puerta, porque oficialmente no abría los lunes. Nada había cambiado desde el medio día del sábado. Se notaba que Simone no había estado allí. De pronto Jonathan pensó en la pistola italiana, que normalmente guardaba en un cajón y que ahora se hallaba en casa de Tom Ripley. Jonathan cortó un marco, luego corto el cristal correspondiente, pero se desanimó al llegar el momento de clavar los clavos. ¿Qué iba a hacer con Simone? ¿Y si le contaba toda la historia, exactamente como

había sucedido en realidad? Sin embargo, Jonathan sabía que se enfrentaba a la actitud católica sobre segar vidas humanas. Sin contar que Simone exclamaría ¡*Fantastic!* ¡Repugnante! al oírle contar la primera propuesta que le hicieron. Resultaba curioso que la Mafia fuese ciento por ciento católica y que no le importasen las vidas humanas. ¿Y si le decía que había sido una «equivocación» de su parte, que lo lamentaba? Inútil. En primer lugar, ni él mismo creía en lo de la equivocación, así que ¿por qué contarle otra mentira?

Jonathan se acercó con mayor decisión a la mesa de trabajo y encoló y clavó el marco del cuadro, sellándolo luego pulcramente con papel de embalar por el dorso. Colocó el nombre del propietario en el alambre del cuadro. Después repasó los pedidos pendientes y despachó un cuadro más que, al igual que el anterior, no necesitaba orla. Siguió trabajando hasta las seis de la tarde. Entonces compró pan, y vino y unas lanchas de jamón en una *charcuterie*, suficiente para cenar los tres en el caso de que Simone no hubiese ido a la compra.

—Temo que la policía llame de un momento a otro y pregunte por ti —dijo Simone.

Jonathan siguió poniendo la mesa y durante unos segundos no dijo nada.

—No vendrá. ¿Por qué iba a venir?

—Eso de que no hay ninguna pista, nunca es verdad. Encontrarán a *monsieur* Ripley y él les hablará de ti.

Jonathan estaba seguro de que Simone no había comido en todo el día. En la nevera encontró algunas patatas sobrantes, puré de patatas, mejor dicho, y se puso a preparar la cena él mismo. Al cabo de un rato. Georges bajó de su cuarto.

—¿Qué te hicieron en el hospital, papá?

—Tengo la sangre completamente nueva —repuso Jonathan con una sonrisa, haciendo unas flexiones con los brazos—. Piénsalo bien. Toda la sangre nueva... o, al menos, ocho litros de ella.

—¿Cuanto son ocho litros? —dijo Georges, haciendo también unas flexiones con los brazos.

—Ocho veces esta botella —contestó Jonathan—. Por esto tardaron toda la noche.

Aunque se esforzó, Jonathan no pudo disipar el mal humor, el silencio de Simone, que jugueteaba con la comida, sin decir palabra. Georges no podía entenderlo. Jonathan, al fracasar sus esfuerzos, se sintió azorado y también él guardó silencio mientras tomaba el café incapaz siquiera de charlar con Georges.

Jonathan se preguntó si Simone habría hablado con su hermano Gérard. Se llevó a Georges a la sala de estar para ver la televisión en el nuevo aparato que compraran unos días antes. A aquella hora los programas —sólo había dos canales— no tenían interés para los pequeños, pero Jonathan albergaba la esperanza de que Georges se

quedase un rato mirando alguno.

—¿Por casualidad has hablado con Gérard? — dijo Jonathan, incapaz de reprimir la pregunta.

—Claro que no. ¿Crees que podría hablarle... de esto? — Simone estaba fumando un cigarrillo, cosa rara en ella. Miró hacia la puerta de la sala de estar, para asegurarse de que Georges no volviera al comedor—. Jon... creo que deberíamos empezar los trámites para separarnos.

En la televisión, un político francés estaba hablando de los *syndicats*.

Jonathan volvió a sentarse en la silla.

—Cariño, ya sé... Que ha sido un golpe para ti. ¿No quieres esperar unos días? Sé que conseguiré que lo comprendas. De veras.

Jonathan lo dijo con la mayor convicción y, a pesar de ello, se daba cuenta de que ni él mismo estaba convencido, ni pizca. Se aferraba a Simone como se hubiera aferrado a la vida, instintivamente.

—Sí, por supuesto, tú crees que podrás explicármelo. Pero me conozco muy bien. No soy una chica joven y emocional. Sabes que no lo soy —Simone le miró directamente a los ojos, con una expresión de la que había desaparecido el enfado, pero que ahora era decidida, distante—. Ya no me interesa todo tu dinero, ni un solo céntimo. Ya me las arreglaré por mi propia cuenta... con Georges.

—¡Con Georges!... ¡Dios mío! ¡A Georges lo mantendré yo, Simone!

Jonathan apenas podía creer que estuviesen diciendo todas aquellas cosas. Se levantó, obligó a Simone a levantarse, con cierta brusquedad, a consecuencia de lo cual el café de Simone se derramó un poco sobre el platito. Jonathan la abrazó y la quiso besar, pero ella se apartó.

—¡*Non!* — Simone apagó el cigarrillo y se puso a recoger la mesa—. Lamento decir también que no quiero dormir en la misma cama que tú.

—Oh, claro. Ya me lo figuraba —dijo Jonathan, y pensó «y mañana irás a la iglesia y rezarás una plegaria por mi alma»—. Simone, tienes que dejar que pase algún tiempo. No digas cosas que en realidad no sientes.

—No cambiaré. Pregúntale a *monsieur* Ripley. Creo que él lo sabe.

Georges regresó junto a ellos, olvidándose de la televisión, y les miró con perplejidad.

Jonathan le acarició la cabeza con la punta de los dedos. Había pensado subir al dormitorio, pero ya no era el dormitorio de los dos y, de todos modos, ¿qué iba a hacer allí? La televisión seguía zumbando Jonathan dio media vuelta en el vestíbulo, cogió la gabardina y la bufanda y salió a la calle. Anduvo hasta la Rue de France y giró a la izquierda. Al llegar al final de la calle, entró en el café—bar de la esquina. Quería telefonar a Tom Ripley. Recordaba su número.

—¿Diga? — pregunto Tom.

—Jonathan al habla.

—¿Cómo está?... Telefoneé al hospital y me dijeron que había pasado la noche allí. ¿Ha salido ya?

—Sí, sí esta mañana. Yo... —Jonathan empezó a jadear.

—¿Qué ocurre?

—¿Podría vede unos minutos? Si cree que no hay peligro, yo... Supongo que encontraré un taxi. Seguro.

—¿Dónde está ahora?

—En el bar de la esquina... el bar nuevo que hay cerca de l'Aigle Noir.

—Podría pasar a buscarle. ¿No?

Tom sospechó que Jonathan acababa de tener una escena con Simone.

—Iré a pie hasta el Monumento. Quiero caminar un poco. Le veré allí.

Jonathan se sintió mejor en el acto. Era falso, sin duda, era aplazar la situación con Simone, pero de momento eso no importaba. Se sentía como un hombre torturado al que dejasen en paz unos instantes y se sintió agradecido por aquellos momentos de alivio. Jonathan cedió un pitillo y se puso a caminar despacio, ya que Tom tardaría unos quince minutos en llegar. Jonathan entró en el Bar des Sports, a pocos pasos del Hôtel de l'Aigle Noir, y pidió una cerveza. Intentó no pensar en nada. Pero un pensamiento afloró a la superficie por impulso propio: Simone se avendría a razones. En cuanto pensó conscientemente en ello, temió que no fuera así. Ahora estaba solo. Sabía que estaba solo, que hasta Georges estaba ahora alejado de él, porque seguramente Simone se quedaría con el pequeño, pero Jonathan era consciente de que todavía no se percataba por completo del alcance que ello tenía. Necesitaría días. Los sentimientos eran más lentos que los pensamientos. A veces.

El Renault oscuro de Tom apareció entre el escaso tráfico de aquella hora, surgiendo de las tinieblas del bosque y entrando en la zona iluminada que rodeaba al Obelisque, el monumento. Eran las ocho y unos minutos. Jonathan estaba en la esquina, en la acera izquierda de la calle y a la derecha de Tom. Ripley tendría que describir un círculo completo para volver a coger el camino de vuelta a casa, caso de que fueran a su casa. Jonathan prefería la casa de Ripley a un bar. Tom se detuvo y abrió la portezuela.

—¡Buenas tardes! — saludó.

—Buenas tardes —repuso Jonathan, cerrando la portezuela. Tom arranco en seguida—. ¿Podemos ir a su casa? No tengo ganas de entrar en algún bar lleno de gente.

—Desde luego.

—He tenido una mala tarde. Y un mal día, me temo.

—Me lo imaginaba. ¿Simone?

—Al parecer, está decidida. ¿Quién puede culparla?

Jonathan se sentía azorado, quiso sacar un cigarrillo y hasta eso le pareció sin sentido, de modo que lo dejó correr.

—Hice cuanto pude —dijo Tom, concentrándose en conducir lo más velozmente posible sin llamar la atención de algún policía motorizado de los que solían acechar por aquel sector del bosque.

—Es por el dinero... por los cadáveres. ¡Dios mío! En cuanto al dinero, le dije que se lo estaba guardando a los alemanes de la apuesta. Usted ya sabe —de repente, a Jonathan le pareció ridículo el dinero, incluso la apuesta. En cierto modo, el dinero era tan concreto, tan tangible, tan útil y, pese a ello, no era ni la mitad de tangible y significativo que los dos muertos que Simone había visto. Tom conducía a bastante velocidad. A Jonathan le daba igual que fuera a estrellarse contra un árbol o a salirse de la carretera—. Para simplificar las cosas —prosiguió Jonathan—, se trata de los cadáveres. El hecho de que yo le ayudase... o lo hiciese. No creo que se eche atrás.

¿Qué gana un hombre...? A Jonathan casi le dieron ganas de reír. No había conquistado el mundo entero y tampoco había perdido su alma. De todos modos, Jonathan no creía en el alma. Se trataba más bien del respeto a sí mismo, del amor propio. No había perdido el respeto a sí mismo, sólo había perdido a Simone. Sin embargo, Simone le infundía moral. ¿Y acaso la moral no era respeto a sí mismo?

Tampoco Tom creía que Simone fuese a cambiar de actitud con respecto a Jonathan, pero no dijo nada. Quizá podrían hablar en casa, pero ¿qué más podía decir? ¿Palabras de consuelo, palabras de esperanza, de reconciliación, cuando es realidad no creía que la hubiera? Y, pese a ello, ¿quién podía estar seguro de lo que haría una mujer? A veces las mujeres parecían tener unas actitudes morales más fuertes que los hombres, y otras veces, especialmente en el caso de las trampas políticas y de los cerdos políticos con quienes eran capaces de casarse, a Tom le parecía que las mujeres eran más flexibles, más capaces de pensar con ambigüedad que los hombres. Desgraciadamente, Simone presentaba una imagen de rectitud inflexible. ¿No le había dicho Jonathan que iba a la iglesia también? Pero, además, Tom iba pensando en Reeves Minot. Reeves estaba nervioso, asustado, aunque Tom no veía ninguna razón poderosa para ello. De pronto Tom se encontró en el desvío de Villeperce, conduciendo a través de las calles conocidas, tranquilas.

Y más allá de los chopos se divisaba Belle Ombre, con una luz encendida sobre el umbral... completamente intacta.

Tom preparó café y Jonathan dijo que tomaría un poco. Tom dejó la cafetera y la botella de coñac sobre la mesita.

—Hablando de problemas —dijo Tom—. Reeves quiere venir a Francia. Hoy le llamé desde Sens. Está en Ascona, hospedado en un hotel que lleva por nombre «Los Tres Osos».

—Lo recuerdo —dijo Jonathan.

—Se imagina que le están espiando... que le espía la gente de la calle. Traté de decirle que... nuestros enemigos no pierden tiempo con esas cosas. Él debería saberlo. Traté de quitarle de la cabeza la idea de venir siquiera a París. Desde luego no vendrá aquí, a mi casa. No me atrevería a decir que Belle Ombre es un lugar más seguro del mundo, ¿no le parece? Como es natural, ni siquiera pude insinuarle algo sobre lo del sábado por la noche, aunque ello tal vez le habría tranquilizado. Quiero decir que al menos nos libramos de los dos sujetos que nos, vieron en el tren... pero no estoy seguro de cuánto tiempo duraran la paz y la tranquilidad —Tom se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en las rodillas y miró hacia las ventanas silenciosas—. Reeves no sabe nada de lo del sábado por la noche, o al menos no dijo nada. Puede que, si lo lee en los periódicos, ni siquiera saque las conclusiones acertadas. Supongo que habrá leído la prensa hoy, ¿no?

—Sí —dijo Jonathan.

—No hay pistas. Tampoco la radio ha dicho nada esta noche, pero los chicos de la televisión concedieron un espacio al asunto. No hay pistas —Tom sonrió y alargó la mano para coger uno de sus puritos. Después ofreció la caja a Jonathan, pero éste movió la cabeza en sentido negativo—. Y hay otra noticia igualmente buena: la gente de aquí no ha hecho ni una sola pregunta. He ido a la panadería y a la carnicería, a pie, sin prisas; para ver si oía algo. Y alrededor de las siete y media se presentó aquí Howard Clegg, un vecino mío, trayéndome una bolsa grande de plástico, llena de estiércol de caballo que le había dado uno de sus amigos agricultores; al que de vez en cuando compra un conejo —Tom dio una chupada al puro y se rió—. Fue Howard el que detuvo el coche ahí fuera el sábado por la noche, ¿se acuerda? Creyó que teníamos invitados, Heloise y yo, y que no era el momento más indicado para entregar el estiércol de caballo —Tom siguió hablando y hablando, tratando de llenar el tiempo mientras Jonathan se libraba un poco de la tensión—. Le dije que Heloise estaría fuera unos días y que habían venido a verme unos amigos de París, de ahí los coches con matrícula de la capital que había fuera. Creo que se lo tragó.

El reloj sobre la repisa de la chimenea dio las nueve con un sonido metálico, agradable, puro.

—Volviendo a Reeves —dijo Tom—, pensé en escribirle diciéndole que tenía razones para creer que la situación había mejorado, pero me lo impidieron dos cosas. Reeves podía abandonar Ascona de un momento a otro y, en segundo lugar, para él las cosas no han mejorado si los italianos aún desean ajustarle las cuentas. Ahora utiliza el nombre de Ralph Platt. Pero ellos saben cuál es su verdadero nombre y qué aspecto tiene. Si la Mafia sigue buscándole, Reeves no tiene más alternativa que irse al Brasil. E incluso el Brasil...

—Tom sonrió, pero esta vez su sonrisa no era de felicidad.

—¿Pero no está ya bastante acostumbrado? — preguntó Jonathan.

—¿A esto? No. Supongo que muy poca gente se acostumbra a la Mafia y vive para contarlo. Puede que viva, pero no muy cómodamente.

Jonathan pensó que Reeves se lo había buscado. Y Reeves le había metido en el lío. No, él, Jonathan, había entrado en el asunto por su propio pie, libremente, dejándose convencer... por dinero. Y era Tom Ripley quien había... al menos tratado de ayudarlo a cobrar el dinero, aunque la idea, aquel juego mortal, había surgido de Tom Ripley. El pensamiento de Jonathan voló hacia aquellos minutos en el tren entre Munich y Estrasburgo.

—Siento de veras lo de Simone —dijo Tom. La figura larga y caída de Jonathan, inclinado sobre su taza de café, parecía la representación del fracaso, como una estatua—. ¿Qué planes tiene Simone?

—Oh... —dijo Jonathan, encogiéndose de hombros—. Habla de separación. Llevándose ella a Georges, por supuesto. Tiene un hermano, Gérard, en Nemours. No sé qué le dirá a él... o a la demás familia que tiene allí. Está absolutamente horrorizada. Y avergonzada.

—Lo entiendo.

Tom pensó que también Heloise estaba avergonzada, pero Heloise era más inclinada a la ambigüedad. Heloise sabía que él andaba metido en asesinatos, en el crimen... pero ¿era un crimen? ¿Al menos recientemente, en el caso de Derwatt y ahora con la maldita Mafia? Tom apartó la cuestión moral de su mente, por el momento, y al mismo tiempo se dio cuenta de que se estaba tirando cenizas sobre la rodilla. ¿Qué sería de Jonathan? Sin Simone quedaría totalmente desmoralizado. Tom se preguntó si debía hacer otro intento y hablar de nuevo con Simone. Pero el recuerdo de la entrevista del día anterior le hizo desistir. No le hacía ninguna gracia volver a probar suerte con Simone.

—Estoy acabado —dijo Jonathan.

Tom empezó a decir algo y Jonathan le interrumpió:

—Sabe que he terminado con Simone... o que ella ha terminado conmigo. Después está la dichosa cuestión de cuánto tiempo me queda de vida. ¿Para qué empeñarse en seguir? Así que, Tom... —Jonathan se levantó—. Si puedo servirle en algo, aunque sea un suicidio, estoy a su disposición.

Tom sonrió.

—¿Coñac?

—Sí, un poco. Gracias.

Tom sirvió el coñac.

—Me he pasado los últimos minutos tratando de explicar por qué creo... creo que ya hemos vencido la cuesta. Es decir, en lo que se refiere a los mafiosos. Por supuesto que no estamos fuera de peligro si le echan el guante a Reeves... y lo torturan. Puede que hable de nosotros dos.

Jonathan ya se lo había figurado. Sencillamente no le importaba demasiado, aunque, desde luego, sí tenía importancia para Tom. Tom quería seguir viviendo.

—¿(Puedo serle de alguna utilidad? ¿Tal vez como señuelo? ¿Como sacrificio? — Jonathan soltó una carcajada.

—No quiero ningún señuelo —dijo Tom.

—No dijo una vez que la Mafia desearía cierta cantidad de sangre a modo de venganza?

Ciertamente, Tom había pensado en ello, pero no estaba seguro de haberlo dicho.

—Si no hacemos algo, puede que encuentren a Reeves y acaben con él —dijo Tom—. A esto se le llama dejar que la naturaleza siga su curso. Yo no metí esta idea, la de asesinar mafiosos, en la cabeza de Reeves. Y usted, tampoco.

La actitud fría de Tom consiguió que Jonathan se serenase un poco.

—¿Y qué hay de Fritz? — preguntó Jonathan, sentándose—. ¿Alguna novedad? Me acuerdo bien de él.

Jonathan sonrió como si recordara tiempos más felices, a Fritz llegando al piso de Reeves en Hamburgo, con la gorra en la mano, una sonrisa amistosa y el pequeño y eficaz revolver.

Tom tuvo que pensar un poco antes de recordar quién era Fritz: el factótum, el taxista-mensajero de Hamburgo.

—No. Confiamos en que Fritz haya vuelto con su familia en el campo, como dijo Reeves. Espero que no se mueva de allí. Quizá ya hayan dado el asunto por concluido en el caso de Fritz —Tom se levantó—. Jonathan, tiene que volver a su casa esta noche y afrontar la situación.

—Lo sé —a pesar de todo, Tom había conseguido que se sintiese mejor, incluso en lo referente a Simone—. Es curioso, para mí el problema ya no es la Mafia, sino Simone...

Tom lo sabía.

—Iré con usted, si quiere. Trataré de hablar con ella otra vez.

Jonathan volvió a encoger los hombros. Se había levantado y se le veía inquieto. Echó una mirada al cuadro que, según Tom, se titulaba *El hombre de la silla*, de Derwatt, y que estaba colgado sobre la chimenea. Se acordó del piso de Reeves, donde también había un Derwatt sobre la chimenea, y pensó que tal vez había resultado destruido.

—Me parece que esta noche dormiré en el Chesterfield... pase lo que pase —dijo Jonathan. Tom pensó en poner la radio para oír las noticias. Pero no era el momento más indicado para sintonizar algo, ni siquiera Italia.

—¿Qué le parece? Simone siempre puede impedirme entrar si así lo desea. A menos que piense usted que, si le acompaño, las cosas resultarán todavía peores.

—No pueden empeorar... De acuerdo. Me gustaría que viniese. Sí. Pero ¿que le

diremos?

Tom metió las manos en los bolsillos de sus viejos pantalones de franela. En el de la derecha guardaba la pequeña pistola italiana que Jonathan llevara en el tren. Tom dormía con el arma bajo la almohada desde la noche del sábado. Sí, ¿qué iban a decirle? Generalmente Tom confiaba en la inspiración del momento, ¿pero acaso no había echo ya todo lo posible por convencer a Simone? ¿Qué otra faceta brillante del problema podía sacar para deslumbrarle los ojos, el cerebro, y hacer que viera las cosas a su manera?

—Lo único que hay que hacer —dijo pensativamente Tom—, es tratar de convencerla de que ya no hay ningún peligro. Reconozco que es difícil. Será como saltarse los cadáveres, desde luego. Pero en gran medida el problema de Simone es la ansiedad, ¿sabe?

—Bueno... ¿es verdad que ya no hay peligro? — preguntó Jonathan—. No podemos estar seguros, ¿verdad? Se trata de Reeves, supongo.

Llegaron a Fontainebleau a las diez de la noche. Jonathan se adelantó en los escalones, llamó a la puerta, luego introdujo la llave en la cerradura. Pero la puerta tenía el cerrojo echado por dentro.

—¿Quién es? — preguntó Simone.

—Jon

Simone corrió el cerrojo

—¡Oh, Jon, estaba preocupada!

Al oírla, Tom pensó que aún había esperanzas.

Pero al abrir la puerta y ver a Tom, la expresión de Simone cambió.

—Sí, Tom viene conmigo. ¿Podemos entrar?

Simone pareció a punto de decir que no, luego retrocedió unos pasos, rígidamente. Jonathan y Tom entraron en la casa.

—Buenas noches, *madame*—dijo Tom.

En la sala la televisión estaba puesta y sobre el sofá de cuero negro había varios útiles de costura con los que, al parecer, Simone remendaba el forro de una chaqueta. Georges se encontraba tendido en el suelo, jugando con un camión de juguete.

«Un cuadro de paz doméstica», pensó Tom, al tiempo que saludaba a Georges.

—Siéntese, por favor, Tom —dijo Jonathan.

Pero Tom no se sentó, porque Simone no mostraba el menor gesto de querer sentarse.

—¿Y a qué se debe esta visita? — preguntó Simone, dirigiéndose a Tom.

—*Madame*, yo... —:—dijo Tom con cierto titubeo—, he venido para echar toda la culpa sobre mis espaldas y para tratar de convencerla para... para que se muestre un poco más amable con su marido.

—Me está usted diciendo que mi marido... —de pronto Simone se percató de la presencia de Georges y con aire de exasperación nerviosa cogió al pequeño de la mano—. Georges, tienes que irte arriba. ¿Me oyes? Por favor, cariño.

Georges se dirigió hacia la puerta, volvió la cabeza, luego salió al vestíbulo y empezó a subir las escaleras, de mala gana.

—¡*Dépêche-toi!* — le gritó Simone, cerrando después la puerta de la sala de estar—. ¿Me está usted diciendo —prosiguió— que mi marido no sabe nada de estos... acontecimientos; que se vio metido en ellos por casualidad? ¿Que este dinero sórdido procede de una apuesta entre médicos?

Tom respiró hondo.

—La culpa es mía. Quizás... Jon se equivocó al ayudarme. ¿Pero acaso eso no tiene perdón? Al fin y al cabo, es su marido y...

—Se ha convertido en un criminal. Quizás debido a la encantadora influencia de

usted, pero es un hecho. ¿O no?

Jonathan se sentó en la butaca.

Tom decidió sentarse en un extremo del sofá... hasta que Simone le echase de la casa. Valientemente, Tom volvió a la carga.

—Jon vino hace un rato a casa para hablar del asunto, *madame*. Está muy trastornado. El matrimonio... es una cosa sagrada, como usted bien sabe. Su vida, su valor quedaría totalmente destruido si perdiese el afecto de usted. Sin duda se da usted cuenta de ello. Y también debería pensar en su hijo, que necesita a su padre.

Aunque las palabras de Tom la afectaron un poco, Simone replicó:

—Sí, un padre. Un padre verdadero al que respetar. ¡Estoy de acuerdo!

Tom oyó pasos en los escalones de piedra y rápidamente miró a Jonathan.

—¿Esperas a alguien, Simone? — preguntó Jonathan, pensando que tal vez habría llamado a su hermano Gérard.

Simone meneó la cabeza.

—No.

Tom y Jonathan se levantaron de un salto.

—Vuelva a echar el cerrojo —susurró Tom en inglés a Jonathan—. Pregunte quién es. Mientras se dirigía hacia la puerta, Jonathan se dijo que sería algún vecino. Echó el cerrojo sin hacer ruido y preguntó.

—*¿Qui est-ce, s'il vous plaît?*

—*¿Monsieur Trevanny?*

Jonathan no reconoció aquella voz de hombre y miró por encima del hombro a Tom, que se hallaba en el vestíbulo. Tom pensó que seguramente habría más de uno. — ¿Y ahora qué? — preguntó Simone. Tom se llevó un dedo a los labios. Luego, sin importarle posible reacción de

Simone, cruzó el vestíbulo hacia la cocina, donde había una luz encendida. Simone le siguió. Tom buscó con los ojos algún objeto pesado. Todavía llevaba un «*garrotte*» en el bolsillo de atrás y, por supuesto, no iba a necesitarlo si el visitante era un vecino.

—¿Qué está haciendo? — preguntó Simone.

Tom abrió una puertecita amarilla en un rincón de la cocina. Era una especie de armario donde guardaban las escobas y en él había lo que tal vez necesitaría: un martillo y, además, un escoplo, aparte de diversas escobas y fregonas inofensivas.

—Puede que aquí sea de más utilidad —dijo Tom, cogiendo el martillo.

Esperaba oír un disparo a través de la puerta, quizás el ruido de alguien tratando de derribarla a golpes de hombro. Entonces oyó que el pestillo se abría y se preguntó si Jonathan se habría vuelto loco.

Simone salió rápidamente al vestíbulo y Tom la oyó dar un respingo. Se oyó el ruido de un forcejeo en el vestíbulo, después la puerta se cerró de golpe.

—¿*Madame* Trevanny? — dijo una voz de hombre.

La exclamación de Simone quedó sofocada antes de poder convertirse en un auténtico grito. Los ruidos se acercaban cada vez más a la cocina.

Apareció Simone arrastrada por un individuo grueso que vestía un traje oscuro y le tapaba la boca con una mano. Tom, que estaba a la izquierda del hombre al entrar éste en la cocina, avanzó un paso y le decargó un martillazo en la nuca, justo debajo del ala del sombrero. El hombre no perdió el conocimiento ni mucho menos, pero soltó a Simone y se irguió un poco, por lo que Tom tuvo la oportunidad de golpearle en la nariz y luego, al caérsele el sombrero al hombre, le asestó un tremendo golpe en la frente, como si se tratara de un buey en el matadero. El hombre se desplomó.

Simone se puso en pie y Tom la atrajo hacia el rincón donde estaba la puertecita amarilla, que no era visible desde el vestíbulo. Que Tom supiera, había sólo otro hombre en la casa y el silencio hizo que Tom pensara en el «*garrotte*». Sin soltar él martillo. Tom cruzó el vestíbulo hacia la puerta principal. A pesar de que procuró no hacer ruido, le oyó el italiano que permanecía en la sala de estar, donde Jonathan yacía en el suelo. En efecto, volvía a tratarse del «*garrotte*» con que estaba estrangulando a Jonathan y se disponía a desenfundar la pistola que llevaba en el sobaco, cuando Tom le asestó un martillazo en uno de los pómulos. ¡El martillo era más certero que una raqueta de tenis! El hombre, que no se había incorporado del todo, se echó hacia adelante y Tom le quitó el sombrero de un manotazo y con la mano derecha volvió a golpeado con el martillo.

¡Crac! Los ojos negros del pequeño Leviatán se cerraron, sus labios sonrosados se aflojaron y el hombre cayó al suelo con un golpe sordo.

Tom se arrodilló al lado de Jonathan. El cordón de nilón ya estaba muy hundido en la carne de Jonathan. Tom le volvió la cabeza hacia un lado y después hacia el otro, tratando de coger el cordón para aflojado. Jonathan tenía la boca abierta, mostrando los dientes, y con sus propios dedos trataba de aflojar el cordón, pero se sentía demasiado débil.

De pronto Simone apareció junto a ellos empuñando algo que parecía un abrecartas. Con la punta del instrumento hurgó en el cuello de Jonathan. El cordón se aflojó.

Tom perdió el equilibrio y quedó sentado en el suelo, pero se levantó rápidamente. De un tirón corrió las cortinas de la ventana principal, ya que había transcurrido un minuto y medio desde la entrada de los italianos en la casa. Recogió el martillo del suelo, se acercó a la puerta principal y la cerró de nuevo, corriendo también el cerrojo. Del exterior no llegaba más ruido que el de las pisadas de algún transeúnte que pasaba por la acera y el motor de un coche que cruzó por delante de la casa.

—¡Jon! — dijo Simone.

Jonathan tosió y se frotó el cuello. Trató de incorporarse.

El hombre porcino del traje gris seguía en el suelo, inmóvil, con la cabeza apoyada accidentalmente en una pata del sillón. Tom apretó con más fuerza el martillo y se dispuso a asestar otro golpe al caído, pero titubeó al ver que en la alfombra ya había sangre, aunque a él le parecía que el hombre seguía vivo.

—Cerdo —musitó Tom y, tirando de la camisa y la corbata chillona del italiano, para levantarlo un poco, le asestó un martillazo en la sien izquierda.

Georges estaba en el umbral, con los ojos desmesuradamente abiertos.

Simone le había traído un vaso de agua a Jonathan y estaba arrodillada a su lado.

—¡Fuera de aquí, Georges! — exclamó—. ¡Papá está bien! Vete a la... ¡Sube a tu cuarto, Georges!

Pero el pequeño no se movió. Se quedó donde estaba, fascinado por una escena que tal vez superaba a cuanto había visto en la televisión. Por el mismo motivo, no se lo estaba tomando demasiado en serio. Tenía los ojos muy abiertos, absorbiéndolo todo, pero no parecía aterrorizado.

Jonathan consiguió llegar hasta el sofá con la ayuda de Tom y Simone. Se sentó en él y Simone empezó a frotarle la cara con una toalla mojada.

—Estoy bien, de veras —musitó Jonathan.

Tom seguía con el oído atento por si se oían pasos, delante o detrás de la casa.

«Y pensar que me proponía darle a Simone la impresión de que era un fiambre pacífico», pensó.

—¿Está cerrado con llave el pasadizo del jardín, *madame*?

—Sí —dijo Simone.

Y Tom recordó las púas decorativas que había en lo alto de la puerta de hierro. Se volvió hacia Jonathan y le dijo en inglés:

—Probablemente habrá cuando menos otro afuera, esperando en el coche.

Tom supuso que Simone le entendía, pero no pudo tener la seguridad de que así fuese, a juzgar por la expresión de su cara. Simone miró a Jonathan, que ya parecía fuera de peligro, y luego se acercó a Georges, que aún se encontraba en el umbral.

—¡Georges! ¡Haz el favor!

De un puntapié le hizo apartarse del umbral, luego lo medio arrastró hasta la escalera y le dio un azote en el trasero.

—¡Métete en tu cuarto y cierra la puerta!

Tom pensó que Simone se estaba comportando espléndidamente. En cuestión de segundos aparecería otro hombre en la puerta, igual que en Belle Ombre. Trató de imaginarse lo que estaría pensando el hombre del automóvil: al advertir la ausencia de ruidos, de gritos de disparos, el individuo o individuos que esperaba fuera probablemente supondría que todo había salido tal como estaba planeado y que sus compinches saldrían por la puerta de un momento a otro, cumplida ya su misión de

matar a los Trevanny con el «*garrotte*» o a golpes. Tom supuso que Reeves habría hablado, dándoles el nombre y la dirección de Jonathan. Durante unos momentos se imaginó a sí mismo y a Jonathan poniéndose los sombreros de los italianos saliendo disparados hacia el coche (si lo había) y cogiéndolos por sorpresa con... la pistola pequeña, la única que tenían. Pero no podía pedirle a Jonathan que hiciera algo así.

—Jonathan, será mejor que salga antes de que sea demasiado tarde —dijo Tom.

—Demasiado tarde... ¿cómo?

Jonathan se había frotado la cara con la toalla húmeda y tenía algunos pelos de punta sobre la frente.

—Antes de que se acerquen a la puerta. Sospecharán algo si sus compinches no salen —dijo Tom mientras pensaba que, si los italianos se daban cuenta de la situación del interior de la casa, los matarían a tiros a los tres y huirían en el automóvil.

Tom se acercó a la ventana, se agachó y miró justo por encima del alféizar. Aguzó el oído, tratando de captar el ronroneo de un motor en marcha, y con los ojos buscó un coche aparcado con las luces de estacionamiento encendidas. Aquel día estaba permitido aparcar en la acera de enfrente. Tom vio el coche, o algo que le pareció un coche, a la izquierda, a unos doce metros en diagonal. Era grande y tenía las luces de estacionamiento encendidas, pero Tom no consiguió oír si también tenía el motor en marcha, puesto que se lo impidieron los restantes ruidos de la calle.

Jonathan se puso en pie y se acercó a Tom.

—Me parece que los veo —dijo Tom.

—¿Qué deberíamos hacer?

Tom pensó en lo que habría hecho de estar solo: quedarse en la casa y disparar contra cualquier topo que forzara la puerta y entrase.

—Tenemos que pensar en Simone y Georges. Hay que evitar una pelea aquí dentro. Creo que deberíamos atacarlos ahí fuera. De lo contrario, serán ellos los que nos ataquen y, si entran, habrá un tiroteo. Yo me encargo de ello, Jonathan.

Jonathan sintió una súbita rabia, un deseo de proteger su casa y su hogar.

—De acuerdo... ¡iremos juntos!

—¿Qué vas a hacer, Jon? — preguntó Simone.

—Creemos que puede haber más ahí fuera —contestó Jonathan en francés.

Tom entró en la cocina. Recogió el sombrero que estaba en el suelo de linóleo, cerca del muerto, se lo encasquetó en la cabeza Y comprobó que le caía hasta las orejas. Entonces, repentinamente, se dio cuenta de que los dos italianos llevaban pistola en el sobaco. Tom se apoderó de la que pertenecía al muerto de la cocina. Luego regresó a la sala de estar.

—¡Estas pistolas! — dijo recogiendo la del hombre que yacía en la sala y que había quedado oculta bajo la chaqueta de su dueño. Tom cogió el sombrero,

comprobó que le caía mejor que el otro y entregó éste a Jonathan—. Pruébeselo. Si conseguimos hacerlos pasar por estos dos hasta que hayamos cruzado la calle, tendremos una ligera ventaja. No venga conmigo, Jon. Bastará con que salga una persona. Lo único que pretendo es alejarlos.

—Entonces iré también —dijo Jonathan.

Sabía lo que tenía que hacer: ahuyentarlos y quizá disparar contra uno de ellos antes de que el hombre disparase contra él.

Tom entregó un arma a Simone, la pequeña pistola italiana. — podría necesitarla, *madame*.

Pero Simone no se atrevió a coger el arma, así que Tom la dejó sobre el sofá tras quitar el seguro.

Jonathan hizo lo mismo con la pistola que tenía en la mano.

—¿Ha podido ver cuántos hay en el coche?

—No he podido ver nada —justo en aquel momento oyó que alguien subía cautelosamente los escalones, procurando no hacer ruido. Tom hizo un gesto de cabeza hacia Jonathan—. Eche el cerrojo cuando hayamos salido, *madame* —susurró.

Tom y Jonathan, los dos con el sombrero puesto, cruzaron el vestíbulo. Tom corrió el cerrojo y abrió la puerta ante las narices del hombre que se encontraba frente a ella. Al mismo tiempo, Tom se abalanzó sobre él, le cogió un brazo y le obligó a dar media vuelta. Jonathan sujetó al individuo por el otro brazo. A simple vista, debido a la oscuridad, Tom y Jonathan podían pasar por los dos compinches del italiano, pero Tom sabía que la ilusión no duraría más de uno o dos segundos.

—¡A la izquierda, Jonathan! — exclamó Tom.

El italiano forcejeaba para soltarse, pero no chillaba, aunque estuvo en un tris de derribar a Tom.

Jonathan había visto el automóvil con las luces de estacionamiento encendidas y ahora vio que se encendían los faros delanteros al mismo tiempo que el motor aceleraba. El coche reculó un poco.

—¡Al suelo con él! — exclamó Tom.

Y entre los dos, como si lo hubiesen ensayado, empujaron al italiano hacia adelante. El sujeto dio de cabeza en un costado del coche que se acercaba despacio. Tom oyó el ruido de la pistola del italiano al caer al suelo. El vehículo se había detenido y la puerta que quedaba delante de Tom se estaba abriendo: al parecer, los chicos de la Mafia querían recuperar a su compinche. Tom sacó la pistola del bolsillo de los pantalones, apuntó al conductor y abrió fuego. El conductor, ayudado por el hombre que iba detrás, intentaba sentar al hombre aturdido en el asiento delantero. Tom no se atrevió a disparar de nuevo al ver que un par de personas se acercaban corriendo desde la Rue de France. Al mismo tiempo, se abrió una ventana en una de las casas vecinas. Tom vio, o creyó ver, que la otra portezuela posterior del automóvil

se abría y alguien era empujado al exterior desde dentro.

De la parte posterior del coche surgió un disparo, luego otro, justo en el momento en que Jonathan, tropezando o a propósito, se colocaba delante de Tom. El coche se alejaba.

Tom vio que Jonathan se inclinaba hacia adelante y, antes de poder impedido, caía al suelo, en el lugar donde estuviera el coche hasta hacía unos instantes.

«¡Maldita sea! — pensó Tom—. Si le he dado al conductor, habrá sido en el brazo sólo.»

El coche se perdió de vista.

Un joven llegó corriendo, luego un hombre y una mujer.

—¿Qué sucede?

—¿Le han matado?

—¡*Police!*

La última exclamación salió de una mujer joven.

—¡Jon!

Tom se figuró que Jonathan sólo habría tropezado, pero de repente se fijó en que no se levantaba, que apenas se movía. Con la ayuda de uno de los jóvenes, Tom consiguió colocar a Jonathan en el bordillo, aunque su cuerpo pesaba como el de un muerto.

A Jonathan le parecía que el tiro le había dado en el pecho, pero sólo se sentía como entumecido. Había notado una sacudida. Perdería el conocimiento de un momento a otro y tal vez fuera más grave que un desmayo. La gente se movía apresuradamente a su alrededor, gritando.

Hasta aquel momento no reconoció Tom a la persona que yacía en la acera. ¡Reeves! Se hallaba tendido cuán largo era y parecía esforzarse por recobrar el aliento.

—¡Ambulancia! — gritó una voz de mujer en francés—. ¡Tenemos que llamar una ambulancia!

—¡Yo tengo el coche aquí! — exclamó un hombre.

Tom miró las ventanas de la casa de Jonathan y vio la silueta negra de la cabeza de Simone asomando entre las cortinas. Se dijo que no debía dejarla allí. Tenía que llevar a Jonathan al hospital y en su coche llegarían antes que en una ambulancia.

—¡Reeves!... Quédate a defender el fuerte... ¡Volveré en seguida!... Ouí, *madame* —dijo Tom a una mujer (había ya cinco o seis personas a su alrededor)—. ¡Le llevaré al hospital en mi coche ahora mismo! — Tom cruzó corriendo la calle y empezó a descargar golpes contra la puerta—. ¡Simone! ¡Soy yo, Tom!

Cuando Simone abrió la puerta, Tom dijo: —Jonathan está herido. Tenemos que ir al hospital inmediatamente. Póngase un abrigo y venga conmigo. ¡Que venga Georges también!

El pequeño estaba en el vestíbulo. Simone no se entretuvo en recoger un abrigo, pero sí buscó a tientas en el bolsillo de uno que estaba colgado en el vestíbulo. Encontró las llaves y regresó corriendo junto a Tom.

—¿Herido? ¿Le han disparado?

—Me temo que sí. Tengo el coche ahí mismo, a la izquierda. El de color verde.

El coche estaba unos seis metros más allá de donde estuviera el de los italianos. Simone quiso acercarse a Jonathan, pero Tom le aseguró que lo mejor que podía hacer era abrir las portezuelas, que no estaban cerradas con llave. Seguía llegando más gente, pero todavía no se veía a un solo policía, y un hombrecillo entrometido le preguntó a Tom quién diablos se había creído que era para hacerse cargo de todo.'

—¡Váyase a la porra! — dijo Tom en inglés.

Tom y Reeves se estaban esforzando por levantar a Jonathan con el mayor cuidado posible. Habría sido mejor acercar el coche, pero, habiendo levantado ya a Jonathan, continuaron sosteniéndole y un par de personas acudieron en su ayuda, por lo que, después de dar unos pasos, la tarea no les resultó tan difícil. Instalaron a Jonathan en un rincón del asiento posterior.

Tom subió al coche; tenía la boca seca.

—Esta es *madame* Trevanny —le dijo Tom a Reeves—. Reeves Minot.

—Mucho gusto —dijo Reeves con su acento americano.

Simone subió a la parte posterior y se sentó junto a Jonathan. Reeves sentó a Georges a su lado y Tom puso el vehículo en marcha, dirigiéndose hacia el hospital de Fontainebleau.

—¿Papá se ha desmayado? — preguntó Georges.

—*Ouí*, Georges —repuso Simone, que había empezado a llorar. Jonathan oía las voces, pero no podía hablar. Tampoco podía moverse, ni siquiera un dedo. Tuvo una visión grisácea de un mar que se alejaba de la costa, de algún punto del litoral de Inglaterra, hundiéndose, derrumbándose. Ya se encontraba muy lejos de Simone, en cuyo pecho tenía apoyada la cabeza... o así se lo parecía. Pero Tom estaba vivo. Y Jonathan pensó que Tom conducía el coche como si fuera el mismísimo Dios. Alguien había recibido un balazo, pero eso ya no importaba. Ahora se trataba de la muerte, la misma muerte que en varias ocasiones había tratado de afrontar sin conseguirlo, para la que había intentado prepararse inútilmente. No había preparación posible, sino que, después de todo, se trataba sólo de rendirse. Y lo que había hecho, bueno o malo, lo que había logrado, aquello por lo que había luchado... todo parecía absurdo.

Tom se cruzó con una ambulancia que se dirigía hacia el lugar de los hechos, haciendo sonar la sirena. Tom conducía con cuidado. Tardarían solamente cinco o seis minutos en llegar al hospital. El silencio de los ocupantes del automóvil le parecía sobrenatural a Tom. Era como si él y Reeves, Simone, Georges y Jonathan, si

era consciente de algo, hubieran quedado inmobilizados en un segundo que se repetía una y otra vez.

—¡Este hombre ha muerto! — dijo con voz atónita un interno del hospital.

—Pero... —Tom no se lo creyó. No pudo articular ni una palabra más.

Sólo Simone soltó una exclamación.

Se encontraban de pie sobre la calzada de cemento de una de las entradas del hospital. Habían colocado a Jonathan en una camilla que ahora sostenían dos auxiliares que daban la impresión de no saber lo que debían hacer.

—Simone, ¿quiere...? — pero Tom no sabía ni siquiera lo que iba a decir.

Y en aquel momento Simone ya corría hacia Jonathan, al que estaban entrando en el hospital, seguida por Georges. Tom echó a correr detrás de Simone con la idea de pedirle las llaves para poder sacar los dos cadáveres de la casa, para hacer algo con ellos, luego se paró en seco y sus pies resbalaron sobre el cemento. La policía llegaría a casa de los Trevanny antes que él. Probablemente la policía, ya entraba en la casa, porque la gente congregada en la calle habría dicho a los agentes que los sucesos habían empezado en la casa gris, que después de los tiros una persona (Tom) había regresado corriendo a la casa, saliendo de ella al poco con una mujer y un niño pequeño, y que todos habían subido a un coche.

En aquel momento Simone se perdía de vista al doblar una esquina, siguiendo a los camilleros que llevaban a Jonathan. A Tom ya le parecía verla en un cortejo fúnebre. Así que dio media vuelta y regresó junto a Reeves.

—Nos vamos —dijo Tom— mientras podamos.

Quería marcharse antes de que alguien empezara a hacer preguntas o tomase nota de la matrícula de su automóvil.

Subieron al coche de Tom, quien puso el vehículo en marcha y se dirigió hacia el Monumento, camino de casa.

—¿Crees que Jonathan está muerto? — preguntó Reeves.

—Sí. Bueno... ya has oído al interno.

Reeves se dejó caer pesadamente contra el respaldo y se frotó los ojos.

Tom pensó que a los dos les costaba digerir la verdad. Tenía miedo que desde el hospital les estuviera siguiendo algún automóvil, incluso un coche de la policía. Uno no podía depositar un cadáver en la puerta y esfumarse sin que le hicieran preguntas. ¿Qué diría Simone? Tal vez la policía le perdonaría que no dijese nada aquella noche, pero ¿y al día siguiente?

—Y tú, amigo mío —dijo Tom con la garganta ronca—. ¿Ningún hueso roto, ningún diente de menos?

Tom recordó que Reeves había cantado, quizás en seguida.

—Sólo quemaduras de cigarrillo —dijo Reeves con voz humilde, como si las quemaduras no fuesen nada al lado de una bala.

Reeves llevaba una barba de unos dos centímetros y medio, rojiza.

—Supongo que ya sabes lo que hay en casa de los Trevanny... dos hombres muertos.

—Oh. Bueno... Sí, claro que lo sé. Los echaron en falta. No regresaron al coche.

—Yo hubiese vuelto a la casa, para hacer algo o tratar de hacerla, pero la policía ya debe de estar allí.

Detrás de ellos se oyó una sirena y Tom apretó el volante con fuerza, súbitamente presa de pánico, pero resultó ser una ambulancia blanca que llevaba una luz azul. La ambulancia adelantó a Tom al llegar al Monumento y viró velozmente hacia la derecha, camino de París. Tom se dijo que ojalá hubiera sido Jonathan camino de un hospital de París mejor equipado para atenderle. Pensó que Jonathan se había colocado deliberadamente entre él y la pistola del hombre del coche. ¿Estaría equivocado? Nadie les adelantó, nadie hizo sonar la sirena para que se detuvieran durante el trayecto hasta Villeperce. Reeves se había quedado dormido con la cabeza apoyada en la portezuela, pero se despertó cuando Tom detuvo el automóvil.

—Ya hemos llegado al hogar, dulce hogar —dijo Tom.

Se apearon en el garaje; Tom lo cerró con llave y luego abrió la puerta de la casa con otra llave. Todo estaba tranquilo. Resultaba casi increíble.

—¿Quieres echarte en el sofá mientras preparo un poco de té? — preguntó Tom—. Té es lo que nos hace falta.

Tomaron té y whisky, más té que whisky. Reeves, con su habitual aire de pedir disculpas, preguntó a Tom si tenía alguna pomada contra las quemaduras y Tom sacó un tarro del botiquín del lavabo de la planta baja. Reeves se encerró en él para vendarse las heridas, tras decir que todas ellas las tenía en el estómago. Tom encendió un puro, no tanto porque sintiera fuertes deseos de fumarse uno como porque el fumárselo le daba cierta sensación de estabilidad, una sensación que tal vez fuera ilusoria, pero lo que contaba era la ilusión, la actitud que uno adoptaba ante los problemas. Uno sencillamente debía adoptar una actitud confiada.

Al entrar en la sala, Reeves reparó en el clavicémbalo.

—Sí —dijo Tom—. Una nueva adquisición. Pienso buscar a alguien que me dé lecciones en Fontainebleau... o en alguna otra parte. Puede que Heloise también tome lecciones. No podemos seguir jugueteando con las teclas como si fuéramos un par de chimpancés —Tom se sentía curiosamente enfadado, no con Reeves ni con nada concreto—. Cuéntame lo que ocurrió en Ascona.

Reeves volvió a beber un sorbo de té con whisky y guardó silencio durante unos segundos, como un hombre que tuviera que tirar poco a poco de sí mismo, centímetro a centímetro, para volver de otro mundo.

—Estoy pensando en Jonathan. Muerto. Yo no quería eso, ¿sabes? Tom cruzó las piernas de nuevo. También él estaba pensando en Jonathan.

—Volviendo a lo de Ascona. ¿Qué sucedió allí?

—Oh. Bueno, ya te dije que me parecía que me habían localizado. Luego, hace un par de noches... sí... uno de estos tipos me abordó en la calle. Un sujeto joven, vestido con prendas deportivas de verano; parecía un turista italiano. Me dijo en inglés: «Haga el equipaje y pague la factura del hotel. Le estaremos esperando.» *Natch*, yo... yo sabía cuál era la alternativa... quiero decir que sabía lo que iba a pasarme si hacía las maletas y salía pitando. Esto fue alrededor de las siete de la tarde. El domingo. ¿Ayer?

—Ayer era domingo, sí.

Reeves se quedó mirando fijamente a la mesita de café; se hallaba sentado con el cuerpo erguido, con una mano apoyada delicadamente en el diafragma, donde quizás estaban las quemaduras.

—Por cierto. No me llevé la maleta. Todavía está en el vestíbulo del hotel de Ascona. Me hicieron una seña para que saliera del hotel y me dijeron «Déjala».

— Puedes telefonar al hotel —dijo Tom—. Desde Fontainebleau, por ejemplo. — Sí. De modo que... me hicieron preguntas y más preguntas. Querían saber quién era el cerebro director de todo el asunto. Les dije que no había tal cerebro. No podía ser yo... ¡Yo de cerebro director! — Reeves se rió débilmente—. No iba a decirles que eras tú, Tom. Sea como fuera, no eras tú quien quería ahuyentar a la Mafia de Hamburgo. De modo que... empezaron a quemarme con un cigarrillo. Me preguntaron quién iba en el tren. Me temo que no aguanté tanto como Fritz. El bueno de Fritz...

—No habrá muerto, ¿verdad? — preguntó Tom.

—No. No que yo sepa. Bueno, para acortar esta desgraciada historia, les di el nombre de Jonathan... y su dirección. Se lo dije... ¡Porque me tenían sujeto en el coche, en alguna parte de un bosque, y me estaban quemando con el cigarrillo. Recuerdo que pensé que, si gritaba como un loco pidiendo ayuda, nadie iba a oírme. Luego empezaron a apretarme la nariz, fingiendo que iban a asfixiarme —Reeves se estremeció en el sofá.

Tom se compadeció de él.

—¿No mencionaron mi nombre?

—No.

Tom se preguntó si podía considerar que el golpe que había dado con Jonathan era un éxito. Tal vez la familia Genotti pensaba realmente que la de Tom Ripley había sido una pista falsa.

—Supongo que los tipos de que me hablas eran de la familia Genotti, ¿no?

—Lógicamente, sí.

—¿No lo sabes?

—¡Nunca mencionan a la familia, por el amor de Dios, Tom! Era cierto.

—¿No mencionaron a Angy... ni a Lippo? ¿Ni a un capo llamado Luigi?

Reeves pensó un poco.

—Luigi... puede que oyera ese nombre. Me temo que estaba muerto de miedo, Tom. Tom suspiró.

—Angy y Lippo son los dos que Jonathan y yo nos cargamos el sábado por la noche —dijo Tom en voz baja, como si alguien pudiera oírle—. Dos tipos de la familia Genotti. Se presentaron aquí y nosotros... Los incineramos eh su propio coche, a muchos kilómetros de aquí. Jonathan estaba presente y se comportó de maravillas. ¡Deberías leer los periódicos! —agregó Tom, sonriendo—. Obligamos a Lippo a telefonar a su jefe diciéndole que yo no era el hombre al que buscaban. Por esto te pregunto si eran de la familia de los Genotti. Me interesa mucho saber si el truco salió bien o no.

Reeves seguía tratando de recordar.

—No mencionaron tu nombre, lo sé. ¿Que matasteis a dos de ellos aquí? ¡En la casa! ¡Caramba, Tom!

Reeves volvió a recostarse en el sofá y sonrió complacidamente, como si aquella fuese la primera vez que se relajaba en varios días.

Quizá lo era.

—Sin embargo, conocen mi nombre —dijo Tom—. No estoy seguro de si los dos que iban en el coche me han reconocido esta noche. Eso depende de las estrellas —se sorprendió de que ese dicho saliera de sus labios. Quería decir que había un cincuenta por ciento de probabilidades, algo por el estilo—. Quiero decir —prosiguió Tom con voz más firme— que no sé si su apetito se habrá saciado o no al matar a Jonathan esta noche.

Tom se levantó y dio la espalda a Reeves. Jonathan muerto. Y Jonathan ni siquiera había necesitado salir con Tom para dirigirse hacia el coche. ¿No se había colocado deliberadamente ante él, entre él y la pistola que le apuntaba desde el automóvil? Pero Tom no estaba completamente seguro de haber visto una pistola apuntándole. Todo había ocurrido tan de prisa. Jonathan no se había reconciliado con Simone, no había recibido una sola palabra de perdón de ella... nada salvo aquellos pocos minutos de atención que ella le prestara después de que casi le estrangularan con el «*garrotte*».

—¿No deberías pensar en acostarte, Reeves? A menos que antes quieras comer algo. ¿Tienes hambre?

—Me parece que estoy demasiado aturdido para comer. Gracias.

Me gustaría de veras irme a la cama. Gracias, Tom. No estaba seguro de si podrías alojarme en tu casa.

Tom se echó a reír.

—Tampoco yo.

Tom acompañó a Reeves al cuarto de los huéspedes, se disculpó por el hecho de que Jonathan hubiese dormido unas horas en la cama, y se ofreció a cambiar las sábanas, pero Reeves le aseguró que no hacía falta.

—Esa cama me parece el paraíso —dijo Reeves, tambaleándose de agotamiento al empezar a desnudarse.

Mientras, Tom pensaba que, si los chicos de la Mafia intentaban otro ataque aquella misma noche, ahora tenía la pistola italiana de mayor calibre, más el rifle, también la Luger; y al fatigado Reeves en lugar de Jonathan. Pero no creía que la Mafia volviera aquella noche. Probablemente preferían alejarse lo más posible de Fontainebleau. Tom tenía la esperanza de haber herido al conductor como mínimo, y de haberle herido gravemente.

Al día siguiente Tom dejó que Reeves durmiera hasta tarde. Él se sentó en la sala de estar con su café y la radio sintonizada con un popular programa francés que daba las noticias cada hora. Por desgracia, eran justo las nueve y algo. Se preguntó qué le estaría diciendo Simone a la policía y qué le habría dicho la noche antes. Tom pensó que Simone no mencionaría su nombre, ya que, de hacerla se hubiese descubierto la participación de Jonathan en los asesinatos de los mafiosos. Pero ¿se equivocaba tal vez? ¿Acaso Simone no podía decir que Tom Ripley había coaccionado a su marido? ... Pero ¿cómo? ¿Qué clase de presión habría ejercido sobre él? No, era más probable que Simone más o menos dijera: "No alcanzo a imaginarme por qué la Mafia (o los italianos) se presentaron en nuestra casa.» ¿Pero quién era el otro hombre que estaba con su marido? Los testigos dicen que había otro hombre... con acento americano.» Tom esperaba que ninguno de los mirones se hubiese fijado en su acento, aunque probablemente sí se habrían fijado. «No lo sé», podía decirles Simone. «Algún conocido de mi esposo. No recuerdo cómo se llama...»

Las cosas resultaban un poco inciertas de momento.

Reeves bajó antes de la diez. Tom hizo más café y le preparó unos huevos revueltos.

—Conviene que me marche por tu bien —dijo Reeves—. ¿Puedes llevarme en coche a... pensaba en Orly. También quiero telefonar para preguntar por mi maleta, pero no desde tu casa. ¿Podrías llevarme a Fontainebleau?

—Puedo llevarte a Fontainebleau y a Orly. ¿Adónde piensas ir?

—Pensaba irme a Zurich. Desde allí podría acercarme a Ascona y recoger mi maleta. Aunque, si llamo al hotel, puede que me la envíen a la American Express de Zurich. ¡Les diré que me la olvidé!

Reeves soltó una carcajada juvenil, despreocupada... o, mejor dicho, se obligó a sí mismo a soltarla.

También estaba el asunto del dinero. Tom tenía en casa unos mil trescientos francos en efectivo. Dijo que no le costaba nada prestarle unos cuantos a Reeves para

el billete del avión y para que el resto los cambiase por francos suizos en cuanto llegase a Zurich. Reeves tenía cheques de viaje en la maleta.

—¿Y tu pasaporte? — preguntó Tom.

—Aquí —Reeves se dio unos golpecitos en el bolsillo del pecho—. Los dos. Ralph Platt con la barba y yo sin ella. Me hice fotografiar por un amigo en Hamburgo, con una barba postiza. ¿Te imaginas a los italianos olvidándose de quitarme los pasaportes? A eso se le llama suerte, ¿eh?

Desde luego lo era. Tom pensó Reeves era indestructible, como un lagarto delgado cruzando velozmente entre las piedras. Le habían secuestrado, quemado con cigarrillos, intimidado Dios sabía cómo, arrojado desde un coche y ahí estaba, comiendo huevos revueltos, con ambos ojos intactos, sin ni siquiera la nariz rota.

—Volveré a utilizar mi verdadero pasaporte. De modo que esta mañana me afeitaré la barba. También me bañaré, si me lo permites. He bajado corriendo sólo porque me figuraba que me había dormido hasta muy tarde.

Tom telefoneó mientras Reeves se bañaba y pidió información sobre vuelos a Zurich. Había tres aquel mismo día; el primero salía a la una y veinte, y la chica de Orly dijo que probablemente habría una plaza libre.

Tom llegó a Orly con Reeves unos minutos después del mediodía. Dejó el coche aparcado y Reeves fue a telefonar al Hotel Tres Osos de Ascona para preguntar por su maleta. Los del hotel le dijeron que se la mandarían a Zurich. Reeves no estaba demasiado preocupado, no tanto como lo hubiera estado Tom de haberse olvidado una maleta sin cerrar con llave y conteniendo una interesante libreta de direcciones. Lo más probable era que al día siguiente Reeves recuperase su maleta intacta en Zurich. Tom había insistido en que Reeves se llevara una de sus maletas pequeñas con una camisa limpia, un suéter, pijama, calcetines y ropa interior, además de cepillo de dientes y el dentífrico del propio Tom, ya que para éste eran cosas esenciales si se quería dar a la maleta aspecto de normalidad. Sin saber por qué, Tom no había querido darle a Reeves el cepillo nuevo que Jonathan utilizara una sola vez. Tom también le prestó una gabardina.

Reeves estaba más pálido sin la barba.

—Tom, no esperes hasta la salida del avión. Ya me las arreglaré.

Te lo agradezco infinitamente. Me has salvado la vida.

No era del todo cierto, a menos que los italianos hubiesen tenido la intención de disparar contra Reeves después de arrojarlo del coche, cosa que Tom dudaba.

—Si no tengo noticias tuyas —dijo Tom con una sonrisa—, daré por sentado que estás bien.

—¡De acuerdo, Tom!

Reeves saludó con la mano y desapareció por las puertas de cristal. Tom subió al coche y se dirigió hacia casa, sintiéndose desgraciado y cada vez más triste. No tenía ganas de tratar de quitarse la tristeza de encima viendo a algunas personas aquella noche, ni a los Grais ni a los Clegg. Ni siquiera tenía ganas de ir a ver una película en París. Llamaría a Heloise alrededor de las siete de la tarde para comprobar si ya había emprendido la excursión a Suiza. Si así era, sus padres sabrían su número de teléfono en el chalet suizo, o sabrían cómo comunicarse con ella. Heloise siempre se acordaba de esas cosas, de dejar un número de teléfono o una dirección donde se la pudiera localizar.

Luego, por supuesto, tal vez la policía le hiciese una visita, lo cual pondría fin a sus esfuerzos por quitarse la depresión de encima. ¿Qué podía decirle a la policía? ¿Que la noche anterior no se había movido de casa? Tom se echó a reír y la risa fue un alivio. Primero, ni que decir tiene, tendría que averiguar lo que Simone ya les había dicho, si le era posible.

Pero la policía no se presentó y Tom no hizo ningún esfuerzo por hablar con Simone. Tom sufría su habitual aprensión de que la policía estuviera, en aquel momento, amasando pruebas y declaraciones de testigos antes de cargarle a él con el

mochuelo. Compró algunas cosas para la cena, practicó algunos ejercicios de dedos en el clavicémbalo, y escribió una nota amistosa a *madame* Annette, dirigiendo el sobre al domicilio de su hermana en Lyon:

«Mi querida *madame* Annette:

Belle Ombre la echa muchísimo de menos. Pero espero que esté descansando y disfrutando de estos hermosos días de principios de verano. Aquí todo está bien. La telefonaré una de estas tardes para ver cómo está. Mis mejores deseos.

Afectuosamente,  
Tom»

La radio de París dio cuenta de un «tiroteo» en Fontainebleau con tres hombres muertos, sin dar nombres. El periódico del martes (Tom compró el *France-Soir* en Villeperce) dedicaba una columna de trece centímetros al suceso: Jonathan Trevanny de Fontainebleau había sido muerto de un disparo, y la misma suerte habían corrido dos italianos en casa de Trevanny. Tom pasó rápidamente los ojos por encima de los nombres de los dos italianos, como si no quisiera recordarlos, aunque le constaba que probablemente permanecerían mucho tiempo en su memoria: Alfiori y Ponti. Los italianos habían irrumpido en la casa sin ningún motivo, según *madame* Trevanny había declarado a la policía. Primero habían llamado al timbre y luego, al serles abierta la puerta, se habían metido dentro. Un amigo cuyo nombre no citó *madame* Trevanny, había ayudado a su esposo, llevándoles luego a ambos, junto con su hijo de corta edad, al hospital de Fontainebleau, donde el esposo había ingresado ya cadáver.

«Ayudado, — pensó Tom, sintiendo ganas de reír— a la vista de los dos mafiosos con el cráneo aplastado en la casa de los Trevanny. Bastante habilidoso con el martillo, ese amigo de los Trevanny, y puede que lo mismo cupiera decir del propio Trevanny, teniendo en cuenta que se habían enfrentado a un total de cuatro hombres armados con pistolas.»

Tom comenzó a relajarse, incluso a reírse... y si en su risa había algo de histeria, ¿quién podía reprochárselo? Sabía que la prensa daría más detalles y, si no la prensa, los sabría a través de la misma policía: directamente a Simone, puede que directamente a él. Pero Tom creía que *madame* Simone intentaría proteger el honor de su marido y sus «ahorrillos» en Suiza, toda vez que, en caso contrario, ya habría revelado más cosas. Habría podido mencionar a Tom Ripley y las sospechas que le inspiraba. Los periódicos hubieran podido decir que *madame* Trevanny prometía hacer una declaración más detallada en otro momento. Pero, evidentemente, no había hecho tal promesa.

El entierro de Jonathan Trevanny se celebraría el miércoles 17 de mayo a las tres de la tarde, en la iglesia de San Luis. El miércoles, Tom sintió deseos de asistir al

entierro, pero se dijo que hubiera sido una equivocación, desde el punto de vista de Simone, y, después de todo, los entierros eran para los vivos, no para los muertos. Pasó aquellos momentos en silencio, trabajando en el jardín. (Tenía que azuzar a los condenados, albañiles para que de una vez terminasen el invernadero.) Se sentía cada vez mas convencido de que Jonathan le había protegido deliberadamente de aquella bala al colocarse ante él.

Seguramente la policía interrogaría a Simone los días siguientes al entierro; querían saber el nombre del amigo que había ayudado a su marido. ¿Acaso los italianos, a quienes tal vez ya hubieran identificado como miembros de la Mafia, no perseguían quizás al amigo en vez de a Jonathan Trevanny? La policía concedería a Simone varios días para que se recuperase de su dolor y luego volvería a interrogarla. Tom se imaginó a Simone reafirmando en su voluntad de seguir por el camino que ya había emprendido: el amigo no quería que se supiese su nombre, no era un amigo íntimo, había actuado en defensa propia, al igual que el marido, y *madame* Simone quería olvidarse de toda aquella pesadilla.

Alrededor de un mes más tarde, en junio, cuando ya hacía tiempo que Heloise había vuelto de Suiza y lo que Tom se imaginara sobre el asunto Trevanny se había convertido en realidad —los periódicos no habían publicado más declaraciones de *madame* Trevanny—, Tom vio que Simone se le acercaba por la acera de la Rue de France, en Fontainebleau. Tom llevaba un objeto pesado, una especie de jardinera, que acababa de comprar. Le sorprendió ver a Simone, porque había oído decir que estaba con su hijo en Toulouse, donde había adquirido una casa. La noticia la había sabido Tom por boca del joven y emprendedor propietario de las nuevas mantequerías que ahora ocupaban el local donde estuviera la tienda de material para artistas propiedad de Gauthier. Así, pues, con los brazos casi cediendo bajo el peso de aquella carga que había estado a punto de confiar al dependiente de la floristería, el desagradable recuerdo de *céleri rémoulade* y arenques con crema en la mente en lugar de los tubos de pintura aún inodoros, de los pinceles vírgenes y de las telas que estaba acostumbrado a ver en el establecimiento de Gauthier, más la creencia de que Simone ya se encontraba a muchos cientos de kilómetros de distancia, Tom creyó ver un fantasma, tener una visión. Tom iba en mangas de camisa y, de no haber visto a Simone, probablemente hubiera dejado la jardinera en el suelo para descansar, ya que no podía más. Tenía el coche en la esquina siguiente. Simone le vio en seguida y al instante su mirada empezó a brillar de una manera especial, como si acabase de avistar a un enemigo. Se detuvo brevemente al lado de Tom y, como éste también aflojó el paso, con el propósito de decirle «*Bonjour, madame*», escupió hacia él. No le dio en el rostro, ni en ninguna otra parte, y siguió su camino hacia la Rue Saint Merry.

Tal vez aquello equivalía a la venganza de la Mafia. Tom albergaba la esperanza

de que aquello fuese todo lo que iba a recibir... de la Mafia o de *madame* Simone. De hecho, el escupitajo fue una especie de garantía, ciertamente desagradable, tanto si le había tocado como si no. Pero si Simone no hubiese decidido conservar el dinero de Suiza, no se habría molestado en escupirle y él, Tom, estaría en la cárcel. Pensó que Simone se sentía un poquito avergonzada de sí misma. En eso era igual que gran parte del resto del mundo. Tom presintió que, de hecho, la conciencia de Simone estaría más tranquila que la de su esposo, de seguir él con vida.